ALMA COLLEGE LIBRARY
ALMA, MICHIGAN
Gift
[redacted]
Margaret E. Landwehr
No.
Accession No. 37481

PQ
6621
.E6
1918

Bind in the cover

OBRAS
DE
RICARDO LEÓN
DE LA
Real Academia Española

LOS CENTAUROS

TERCERA EDICION

Renacimiento
Madrid

37481

LIBRARY

87
118
165
203
204
213
361
363
387
PQ
6621
E6
1918

LOS CENTAUROS

OBRAS DE RICARDO LEON

CASTA DE HIDALGOS. (Novela.) (5.ª edición.)
LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS. (Diálogos.) (3.ª edición.)
COMEDIA SENTIMENTAL. (Novela.) (4.ª ídem.)
ALCALA DE LOS ZEGRÍES. (Novela.) (4.ª ídem.)
EL AMOR DE LOS AMORES. (Novela premiada por la Real Academia Española.) (6.ª edición.)
ALIVIO DE CAMINANTES. (Poesías.) (3.ª edición.)
LOS CENTAUROS. (Novela.) (3.ª edición.)
LOS CABALLEROS DE LA CRUZ (2.ª edición.)
EUROPA TRÁGICA (1.ª edición.)

RICARDO LEÓN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LOS CENTAUROS

(NOVELA)

(TERCERA EDICIÓN)

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1918

ES PROPIEDAD

Sgt
Margaret E. Landwehr
May 16, 1919

1918

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

PRÓLOGO

Aquí te ofrezco, lector, una novela de pícaros. No de aquellos que el ingenio de los antiguos novelistas puso en la cumbre de la fama, hurtando gloria á los varones eminentes en ciencia y santidad, sino de estos otros pícaros de ahora, menos donosos y pintorescos, sin duda, pero más sagaces y advertidos en los diversos estados y condiciones, para dar razón de lo mucho que en todas las artes se adelanta. Pues, ¿quién podrá decir que en el arte de la picardía no hemos progresado maravillosamente, hasta subir al punto y remate de la más acabada perfección? Rotos los muros de las insignes repúblicas y abiertos al asalto de los hombres más fuertes, astutos ó mañosos, creáronse al fin nuevas privanzas, nuevos oficios, nuevas industrias y embelecos en esos flamantes mercados de la política, de la prensa, del caciquismo, de los negocios; en esas máquinas civiles que suelen ser universidades y escuelas, percheles y almadrabas de la moderna picardía.

No intento descolgar de la espetera, donde hace siglos la colgaron, aquella rancia y gloriosa pluma con que se escribieron las donosísimas aventuras del Lazarillo de Tormes,

37481

Guzmán de Alfarache, el Escudero Marcos de Obregón y tantos otros, admiración y regocijo de las gentes; pues aunque algunos desapacibles colegas me reprochen la grande afición que tengo á mil preciosas antiguallas y aun me motejen de trasnochado y añejo, soy harto mozo y hombre de mi siglo como el que más, ya que en él nací y en él caben todos los amores, ideales, virtudes y picardías de los tiempos pasados, presentes y futuros. Ni visto gregüescos y jubón para andar por casa, ni estoy metido entre libros y papeles viejos; antes bien, quiso la adversidad ó la fortuna traerme á vivir en lo más bullicioso y activo de las disputas y negocios humanos, donde sólo á fuerza de imaginación y de espíritu logro silencio y soledad. Claro es que procuro siempre cubrir mis humildes obras con la mayor decencia posible y aderezarlas al uso castellano, sin pedirle novedades ni bizarrías á las modas forasteras: al fin y á la postre, como mi pobre ingenio no alcanza á descubrir nuevas Indias ni puedo suspender á nadie con peregrinas invenciones, ni siquiera engañar á los bobos con juegos de trucos y paradojas, prefiero parecerme á los padres de mi casta y solar, como hijo de ellos que soy, y sacar el aire de tan gloriosa familia, en vez de beberle los alientos al primer tudesco ó gabacho que salga por esos mundos con ínfulas de innovador.

No intento, repito, resucitar hazañas de lazarillos, soldados, pajes y escuderos, como hacen otros autores que á mí me llaman antiguo, siendo ellos coetáneos del oso de las cavernas: historias vivas te doy aquí, bonísimo lector, y lances de pícaros modernos que ocuparán más de un volumen, si este de Los Centauros no te enfada. Cuento aventuras y desventuras enteramente reales, y vistas con estos ojos que se

ha de comer la tierra; sucesos no fingidos, sino observados en los rincones, callejuelas y encrucijadas de la vida española, tan pintoresca y entretenida en todo tiempo.

No es el presente libro sesudo y formalote como algunos de sus hermanos, pues tampoco los hijos del ingenio suelen ir todos por el camino de la ciencia virtuosa; muchos escogen los atajos y veredas de la picardía, sin que en sus fortunas y reveses falten ejemplos y enseñanzas. No siempre se ha de escribir con el rigor de la doctrina ni poner las lecciones en la boca de los sabios: mejor se imprimen á veces en la memoria los desastres y escarmientos del vicio que las glorias y alabanzas de la virtud. Los varones más doctos de nuestra edad de oro solían mezclar las veras con las burlas y escribir, antes ó después que la vida de un santo, las locuras y enredos de algún pícaro socarrón.

Cuanto más, que esta novela que escribí no es un mero capricho ó pasatiempo del ánimo, sino raíz y prolegómeno de más altas cosas que ya irás viendo, lector amigo, si Dios me da salud, y su merced y tu gusto no me desamparan.

Con todo lo que he dicho, si leíste las edificantes aventuras de aquel Quijote á lo divino que en *El Amor de los Amores* te di, tal vez me tomes á mal que descienda de tales cumbres de oración y silencio á las ciudades vocingleras y me ande tan á la mano con la gente cruda, holgazana y corrompida. Quiero darte con ello, si no vivo ejemplar de altas virtudes, provechosa lección de vicios y locuras: el mismo manjar he rehogado en estos peroles; mas quise á lo menos variar de salsa y echarle un poquito de sal y pimienta, con otros aderezos de mi invención, pues yo fuí cocinero antes de fraile y algo pícaro y galopín en mis primeros años juveniles.

Bien podría pasarse la novela sin prólogos ni antesalas; mas como abundan los censores que toman el rábano por las hojas, conviene poner los puntos sobre las íes y dar una breve explicación, siquiera para las gentes que hablan de los libros sin abrirlos, ó, lo que es peor, sin entenderlos.

A ti, lector de buena voluntad, sólo te doy gracias y te pido nuevas indulgencias. VALE.

I

LA MAÈSTRA DEL POSTIGO DEL REY

A punto de caer las doce en el reloj de la Catedral, volvía Carmen Acuña á su humilde casita del Postigo del Rey, luego de dar las lecciones de la mañana. Venía la gentil maestra, bajo las lumbres de aquel día de Junio, encarnada como una amapola, viva y diligente, con el aire garboso, resuelto y señoril de la mujer bonita que sabe ser honesta sin dejar de ser graciosa. Vestida con elegante sencillez, envuelta en el crudo resol de las fachadas y aceras, bruñidos espejos del pródigo cielo andaluz, afrontaba sin timidez los requiebros de ociosos y mirones, siempre abundantes en el barrio de la Alcaicería, flor y nata de los alegres arrabales de Medina del Mar.

¡Linda maestra la del Postigo del Rey! No había mozo jaque ni viejo verde que, al verla venir, entonada y briosa como solía, recogiéndose la falda con mucho donaire, alta la frente, el paso menudito y ligero, no entornase los ojos para echar á los pies de la hermosa un puñado de flores, de esas que siembra el popular ingenio en los jardines de España. Pero la diligente señorita, con la dignidad y el porte de una

princesa, apretaba el paso hasta llegar á los umbrales de su hogar, dejando á todos los galancetes con un palmo de narices. ¡Váyanle con requiebros, cantilenas y gorjerías á una mujer que madruga con el alba, que en seguida se pone á trajinar y sale á correr por esas calles de Dios á las siete en punto para volver á las doce y tornar á la misma faena desde las catorce hasta el filo del anochecer! ¡Y esto un día y otro día, menos los domingos y fiestas de guardar; subiendo y bajando escaleras; desempedrando calles; recibiendo en pleno rostro cierzos y lluvias, flamas y resoles; quebrándose la cabeza para enmollecer la dura condición de pícaras holgazanas y vanidosas; padeciendo los caprichos y humores de madres desapacibles y antojadizas: todo ello por veinticinco duros al mes, con altibajos y vaivenes, suma precisa con que «sacar adelante» el hogar, el triste hogar venido á menos!...

¡Pobre maestra la del Postigo del Rey! ¡Carmencita de Acuña, dechado y espejo de las mujeres de mi tierra, de las mujeres encantadoras de Medina del Mar! ¡Tú, hija y nieta de hidalgos y caballeros, recibida al nacer en finísimos pañales, andas ahora de la ceca á la meca, peor que una menestrala, lisonjeando la fatuidad de los burgueses de tres al cuarto, que se dan el lustre de «tener maestra en casa» por sesenta reales al mes!... ¡Tú, tan hermosa y tan dulce, tan recatada y tan noble, tan primorosa y discreta, digna de hollar tapices y reposar en lecho de holandas y de plumas, vives en un cuartito interior, limpio, eso sí, como los chorros del oro, pero desnudo de toda gala, de toda comodidad! Tus manos blancas y hacendosas, que debieran posarse con delicado señorío sobre encajes y terciopelos, sólo conocen los pinchazos de la aguja, las quemaduras de la lumbre, la aspereza de

los rudos menesteres del hogar; tu corazón, lleno de almíbares, blando y amoroso, no halló en el mundo más que penas, sacrificios y humillaciones, y, sin embargo, llevas la carga de trabajos y pesadumbres con una sencillez, con una ligereza, con una valentía que transcienden á santidad... ¡Carmencita de Acuña: al escribir tu historia, tejida con hilos de lágrimas, yo consagro á tu dulcísimo recuerdo las más puras y fervorosas de cuantas vertió mi alma de caballero y de poeta!

No volaban tan alto los pensamientos de Carmencita cuando pisó los umbrales de su casa. Más á flor de tierra, por las razones del deber y las prisas del oficio, cruzó la joven el pequeño zaguán y subió por la escalera en un periquete, hasta llegar al primer piso, donde tenía su habitación. Abrióle la puerta Alfonsa, una vieja ama de llaves, tan cenceña, tosca y fuerte, que parecía hecha de alambres y de sarmientos.

Entrando en el gabinete, quitóse Carmen la mantilla, prenda que usaba con mucho garbo, y se dispuso á emprender las faenas habituales.

—Pero, ¿qué es esto?—dijo de pronto, viendo en la percha el sombrero de su hermano—. ¿Todavía no se ha marchado el señorito?

—Ni trazas de ello...— respondió la sirviente—. Me harté de llamarle esta mañana... le desperté á fuerza de gritos y empellones... le mojé la cara con agua fría... ¡Ni por ésas!... ¡Claro! ¡Como que el mocito se retiró á dormir de madrugada! Y por las señas... ¡Dios me ayude!... venía el refitolero niño que... tropezaba hasta con su sombra... Yo le sentí llegar desde mi cuarto, y aun me dió en la nariz el tufillo que traía...

Todo esto y mucho más dijo la dueña, con grande lujo de aspavientos, bordoncillos y alguna que otra picardía que de cuando en cuando se le escapaba en el borbotón de su rústica verbosidad. Es de advertir que la buena Alfonsa, reliquia venerable de la antigua servidumbre de los Acuñas, tuvo siempre muy buen corazón, pero muy pícara lengua, achaque invencible y acrecentado por los reveses.

Abrió Carmen la puerta y entró como un rayo en la alcoba del «señorito». Dormía éste á pierna suelta, con la cabeza entre los brazos, la ropa en desorden, las almohadas medio caídas. Todo confirmaba allí las presunciones de Alfonsa. El fuerte olorcillo de las soleras medinenses impregnaba la habitación.

—¡Arriba, tunante!—gritó Carmencita, sacudiendo al calavera—. ¿Es que no vas hoy á la oficina?... ¿Qué escándalo es éste? ¿Me estoy yo aperreando por esas calles para que tú te vayas por la noche de picos pardos y vuelvas á casa al amanecer?... ¿No te da vergüenza, bribón?

Estas palabras, con la añadidura de unos «magistrales» pellizcos, bastaron para despabilar al mozo. Levantóse al punto y comenzó á vestirse, mientras la hermana, que ejercía sobre él un severo ascendiente, le amonestaba con materno rigor.

—Mira, Jorge: así no podemos continuar... Esta casa no puede gobernarse á merced de tus caprichos y licencias... Aquí no quiero perdularios ni trasnochadores... Harto sufrí en el mundo para que tú seas ahora el cuchillo de mi garganta... Desde que te metiste en esos belenes de periódicos y literaturas parece que has perdido la chaveta... ¡Buenas literaturas nos dé Dios!... ¡Qué amigotes son esos que tan mal

te quieren?... Muy santo y muy bueno que en las horas de ocio cultives tus aficiones y te ejercites en el trato de las Musas..., pero luego de cumplir con las obligaciones y ganar honradamente el pan de cada día... ¡Buenos sudores me costó granjearte el destino que tienes! Lo perderás de fijo, pues ya me han dado hartas quejas de ti...

Alzó Jorge su semblante rubio, tan fresco, suave y rollizo como el de una muchacha, y mientras hundía el peine en los copiosos y dorados cabellos, habló de esta manera:

—Me tratas, Carmen, como si fuera un niño... Ya voy á cumplir diez y nueve años, y sé de sobra lo que me conviene... Yo necesito un porvenir... yo no he nacido para pasarme la vida sobre una carpeta, ganando el mísero jornal... ¡doce duros al mes por ocho horas diarias de trabajo!... Aspiro á labrarme otra posición más noble y honrosa, y á cambiar la pluma del escribiente por la péñola de oro del escritor... Y esos amigotes que dices son personas de calidad y de influencia, literatos, artistas, maestros y mecenas... Quiero conocer el mundo, alternar, aprender á ser hombre... Pegado á tus faldas sería un chiquillo siempre...

Los ojos azules de Jorge se inflamaban de entusiasmo y de audacia; la tez fina y juvenil, más pálida que de costumbre, se le encendía ahora con levísimo rubor; y los labios, gruesos y bermejos, apenas sombreados por una suave pelusa rubia, le temblaban de impaciencia. Movido de estos resortes, quitó el freno á sus latentes rebeldías, olvidando la mansedumbre y obediencia de antaño; pero bastó un solo gesto de Carmen para hacerle perder el hilo del discurso. Y concluyó por decir á su hermana, con mucho aderezo de carantoñas y zalamerías:

—¡Tontuela! ¡Si lo hago por ti!... ¡Si es que quiero libertarte de la esclavitud en que vives!... ¿Crees que no me remuerde en la conciencia lo mucho que trabajas?... El magisterio es oficio de pobretes y azacanes... Yo aspiro á tenerte como una gran señora, como una reina!...

Echóse á reir Carmencita (no otra cosa pretendía el pícaro Jorge) y replicóle luego con muy buena gracia:

—¡Bravo! Todo eso que cuentas me llena de admiración y maravilla... Pero, dime, Jorgito de mis pecados: para ser hombre y labrarse una posición, y redimir á la familia, y alternar, y conocer el mundo, y demás lindezas que refieres; para conseguir tantos primores, ¿crees tú que es absolutamente indispensable trasnochar, y coger una mona, y venir á casa haciendo eses, y faltar á la obligación, y dar que decir á los vecinos? Pues si el aprendizaje de semejante carrera pide tales requilorios, ¿qué no exigirá el doctorado? A juzgar por tus razones, para ser hombre cabal es preciso ser un sinvergüenza enteramente...

Á pesar de todo, sentía Carmen una gran ternura por su hermano. Era el único amor que tenía en el mundo, y era además el vivo retrato de su madre, de aquella santa señora muerta en la plena sazón de su hermosura insigne. Educada la hija en la escuela del dolor, en el culto del deber y de los recuerdos, sólo pensaba en su casita, en sus obligaciones, indiferente á los demás goces de su juventud. Y este chiquillo tan guapo, tan buen mozo, tan listo y tan alegre, enardecido por el rubor de las primeras calaveradas, era su ojito derecho. Mayor que él doce años, túvole Carmen sobre su falda desde el punto de nacer, sirviéndole de madre y de maestra, de tutor y de amigo en los tiempos de niñez, orfandad y desventura.

Pero el indino se nos tuerce —murmuraba Alfonsa, implacable—. ¿Adónde fué aquel nene tan blando y temeroso que apenas alzaba la vista del suelo?... Fué ayer, como quien dice, cuando se le iban las plumas en los pañales, y ya corre que vuela... ¡Miren el niño y qué guerrero salió!... Apuesto cualquier cosa, ¡Dios me perdone!, á que el mocito anda enredado en los faralaes de alguna damisela... No hay sino verle... que ha perdido hasta la color... ¡Buena está hogaño la mocedad!... Todo es puro vicio, «refitolero» vicio...

Oyendo Carmen estas razones se ponía triste y miraba con angustia á lo pasado. Recordaba los desastres de su casa, honda tragedia que aún tenía presente en el corazón: primero, la muerte de su madre, al dar á luz á Jorge; después, la ruina de su padre, infortunado caballero que de la noche á la mañana lo perdió todo, menos la honra; luego, años crueles de enfermedad y de pobreza, de ingratitudes y humillaciones, la frialdad de los parientes, la deserción de los amigos, la bellaquería de los criados, la aspereza de los acreedores, el egoísmo del mundo... Sólo Alfonsa, la antigua nodriza de Carmen, alpujarreña de poco meollo, pero de bonísimos sentimientos, permaneció con admirable fidelidad junto á sus amos. Para colmo de tantos reveses, cayó el pobre caballero presa de extraña dolencia, y arrastró durante algún tiempo una vida miserable, inútil, y no digo desesperada, porque el triste Acuña era un hombre de robusta fe. Las manos valientes de Carmen y de Alfonsa levantaron á pulso el hogar caído y defendieron hasta el último trance los rescoldos de aquella trabajada existencia. ¡Tenía entonces la hija de Acuña diez y ocho años!

—¡Pobre Carmela de mi alma! —decía la fidelísima Alfon-

sa, recordando también los pasados dolores—. ¡Válgame Dios y cuántas pesadumbres sufrió la infeliz en este valle de lágrimas! ¡En gloria pura se lo han de pagar en los cielos!... ¿No es maravilla veria, al cabo de tantos padeceres, hecha una rosa de Mayo, siempre tan linda, tan cariñosa, tan conversable, de tan cabal humor?... ¡Como que es la propia bondad de mi difunta señora, que de Dios goce!... ¡Bendita sea la rama que sale al árbol y no miente la casta aunque la hagan leña los piconeros!

Oyóse á este punto, á guisa de campana, el agudo retintín de una copa tañida por un tenedor. Era llegada la hora del almuerzo. El comedor, fresco y alegre como una canariera, tenía dos ventanas al patio, dos anchas rejas vestidas por los verdes pámpanos de un opulento parral. El fuerte sol meridiano, contenido por aquellas celosías naturales, se reflejaba suavemente, como al través de las hojas de un bosque, en el blanco mantel y la limpia vajilla, dejando á media luz los modestísimos muebles de la estancia. Sentáronse ambos hermanos delante de la mesa, el uno enfrente del otro, en tanto Alfonsa, con toda la gravedad de su ministerio, traía las patriarcales sopas de ajo.

Sirvió Carmencita las raciones muy escrupulosamente, haciendo gala de gentil ligereza, desenfadada y majestuosa, erguido el busto lozanísimo, al aire el precioso cuello de blanda nieve, desnudos los brazos, muy blancos y redondos, arrebolada la tez por el ardiente vaho de la sopera humeante. Habíase puesto la moza una blusa azul, baja de escote y corta de mangas, con la que estaba lindísima; pues aunque vestía siempre con extremada sencillez, realzaba cualquier trapito que se pusiera con su donaire y elegancia natural.

Era Carmen de buena estatura, fuerte, esbelta, señoril, muy graciosa en sus movimientos y actitudes; el rostro ovalado y lleno, sonrosado, limpio y apacible; el cabello azul de puro negro, sedoso, abundante, y peinado en dos crenchas ó aladares que le caían sobre las sienes; los ojos flavos, tan vivos y ardorosos que fascinaban al mirar; la nariz muy fina y un poquito levantada por la punta, lo que le daba un aire de encantadora malicia; los dientes blanquísimos, chiquitines, apretados; la barba redonda; las manos pequeñas y lindas. En la cara tenía dos lunares, al lado izquierdo, cerca de la boca, que le daban mucha gracia; en riendo, se le hacían dos hoyitos muy salados en los carrillos, mientras los ojos se le llenaban de júbilo y todo el semblante de suavísimo resplandor.

Ahora mostraba, enfrente de su hermano, reserva y gravedad; era preciso poner cara de enojo, en castigo de las recientes culpas. Jorge, con las narices sobre el plato, no decía palabra; comía poco y maquinalmente, con gran indignación de Alfonsa, que no paraba de rezongar.

—¡Miren el galopín y cómo le hace melindres á todo lo que le ponen! ¡Lástima de azotazos para que se le abrieran las ganas de comer!... A pan y agua te ponía yo hasta el día del juicio, á ver si tú lo cobrabas con el ayuno... ¡Claro! Acostumbrado á andar á las bonicas, no quiere roer hueso...

Jorge sufría con paciencia los chaparrones de Alfonsa, que le trataba como á un chiquillo, sin miramientos de ninguna clase. Aquel mozo, criado entre las faldas de las dos mujeres, corto de genio y de palabras, sentía un ansia profunda de libertad y emancipación; pero la gratitud, la timidez y el hábito añejo de la obediencia enfrenaban sus rebel-

días, en el hogar á lo menos. Pero en lanzándose á la calle, como un colegial en vacaciones, se le subía el corazón á la cabeza y ya no había frenos que contuviesen el ímpetu y el brío de su ambiciosa juventud.

Se acabó la comida en grande silencio, y, alzados los manteles, se dispuso Jorge para salir.

—A ver cómo te portas—le dijo la hermana—. Ve corriendo á la oficina y discúlpate con el jefe... Mira que te estás jugando el destino... Si te dejan cesante no vuelvas á casa, porque te planto de patitas en el arroyo... para que te mantengan las nueve Musas...

Dichas estas palabras fuése Carmen á su aposento y salió Jorge á la calle, más alegre que unas castañuelas al verse libre de pellizcos y de sermones, siquiera fuese por un instante; lleno el magín de arrebatadas fantasías, haciendo sonar en el bolsillo unas monedas que á su pobre hermana le había hurtado y con las cuales pensaba, aquella misma noche, conquistar el mundo.

Una hora más tarde salía también Carmencita, garbosa y diligente, recogiéndose la falda con mucho ángel, erguida la cabeza, el paso menudito y firme, levantando una nube de requiebros en aquel barrio popular y populoso, donde tantos admiradores tenía la gentil maestra del Postigo del Rey.

II

¡YO SOY UN LUCHADOR!

En el mismo barrio de la Alcaicería, mercado un tiempo de la sedeña industria medinense, tenía Jorge su cárcel, lóbrego zaquizamí dispuesto en el fondo de una especie de caverna que fué sucesivamente cuadra de mesón, taller de toneleros, depósito de carbones, fragua de gitanos y almacén, por último, de la casa «Nilson, Faure y C.ª» exportadores de frutos.

Ya no había rastro en el moruno arrabal de aquellos viejos telares de la famosa amelia nazarita, donde se fabricaban damascos y tisúes, brocados y finas estofas, admiración y orgullo de emires andaluces y califas de Oriente. Los bazares suntuosos, de colores alegres y rutilantes, se tornaron en obscuras alhóndigas y enormes bodegas; las túnicas y almalafas, los tiraces y ciclatones, los guardamacíes y alcatifas, en barriles de vino, cajas de almendras y de pasas, cestas de uvas, seretes de higos, pirámides de naranjas y limones, con otros sabrosísimos frutos de la vecina y bien repuesta vega de Albarán.

Llegado el tiempo de las vendimias y cosechas, todo el

barrio transcendía con los fuertes olores de cortijos y lagares, de pagos y de huertos, almácigas y jardines, zumbador y pródigo, invadido de una muchedumbre activa y pregonera, exaltada por las lumbres del sol, por los vapores del vino y la fiebre de los negocios. Venían sin cesar, de todos los pueblos de la comarca, luengas filas de campesinos carros con sus enormes y panzudos toldos; lucidas recuas de vistosas jáquimas y festivo cascabeleo; torres bamboleantes de cestas y cajas, sacos y toneles, amén de la aguerrida tropa de labradores y zagales, hortelanos y faeneros, mercaderes, arrieros y trajinantes, que entraban por las revueltas vías de pintorescos nombres, por la Alozaina y la Vendeja, por el Pasillo de los Claveles y el Postigo del Rey, con grande alharaca y vocerío. Una legión de carpinteros fabricaba, sin punto de reposo, los futuros envases, cantando al són del martilleo; y en los patios, en los almacenes, hasta en los zaguanes de las casas, según la amplitud del local y del negocio, chicos y mozuelas de primorosas manos vestían con papeles de seda los delicados frutos y acostaban en rizados lechos las racimos de pasas destilando mieles. Eran de ver allí, de oler y de gustar, las naranjas mandarinas y de granito de oro, tan dulces al paladar como á la vista y al olfato; las uvas marbellíes, de fino hollejo y azucarado mosto, doradas por el fuego del sol; los higos brevales, puestos antaño en las nubes por los poetas medinenses; las opulentísimas granadas, abiertas de puro rozagantes, rojas como estuches de rubíes, como bocas sedientas de mujer; los caldos generosos, de suavísimo aroma, con que se bebe la alegría y la felicidad... En este tiempo eran las calles una prolongación de los almacenes: mercado, lonja, bazar, campamento,

almotacén, talleres, ferias y atarazanas; allí se hacían los tratos y contratos á voz en cuello y grito de pregón, ventas, subastas, arqueos, catas y aforos, y aliviando los negros zaquizamíes, los lomos de las recuas y las bolsas de los carros, iban sin tregua cajas y cestos, serones y barricas al muelle próximo, hasta henchir los vagones de un tren ó el robusto vientre de un navío. La bulla, el trajín, el estrépito de aquel mercado; los gritos, risas, pregones, silbos, cantares y martilleos; el hervor de aquella industria al aire libre, bajo las llamas de un sol africano, traían á la memoria los gloriosos tiempos de Medina la bella, cuando los árabes, guerreros, mercaderes y artistas, llevaban sus armas, su cultura y su comercio á todos los lugares de concurrencia universal.

Para Jorge de Acuña la poesía de estos recuerdos, el júbilo y afán de las vendejas de su barrio, sólo eran motivos de tristeza y de prosa. Poco aficionado el mozo á las artes del comercio, y menos aún á las prácticas de contabilidad, sufría á regañadientes el ruin oficio, con la esperanza de cambiarle por otro más noble cuando las señoras Musas fueren servidas. Pues, ¿cómo había de ser plato de gusto para el joven poeta verse en el rincón de una cuadra, bajo la férula de un judío inglés, delante del roñoso pupitre y en compañía de unos pobres diablos, escribiendo cartas mercantiles, sentando facturas, oyendo simplezas y soportando humillaciones? Daba realmente grima ver á un mozo tan guapo, fino y bien dispuesto, metido en sórdido tabuco, durante horas y horas, dale que le das á la pluma y al sello de caucho y á la prensa de copiar; sujeto á duro trabajo en lóbrega cárcel, mientras la juventud y la vida cantaban afuera, prometiendo amores y sabrosos deleites. ¡Ah, pícara necesi-

dad, y cómo estrujas en tus garras de acero los corazones más delicados, las inteligencias más nobles, ensañándote con la timidez y la flaqueza!

Estaba el despacho en el fondo del antiguo mesón, tras una verja de poca altura, reforzada á trechos por la balumba de cajones y barriles. No tenía el menguado escritorio más respiradero que un ventanuco allá arriba, semejante al de una prisión; era forzoso escribir, en pleno día, con luz artificial, aspirando el ambiente enrarecido por el ardor de las lámparas, el humo de los cigarros y el denso vaho del almacén. Allí trabajaban, desde bien temprano hasta muy cerca de la noche, media docena de escribientes, bajo la implacable jefatura de Rodríguez, el tenedor de libros, un azacán grosero, desapacible y astroso, gruñón como un perro, trabajador como un buey, brazo derecho de la casa «Nilson, Faure y C.ª»

Odiaba Jorge, no sin motivos, á aquel miserable capataz, sucio y achacoso, barbitaheño como Judas, cerrado de mollera y rasgado de intenciones, que empleaba sus ocios en renegar y maldecir, en hurgarse las narices con los dedos y deshollinar los oídos con el cabo de la pluma; pero todavía le inspiraba más aversión el «gerente», míster John Nilson, un mercachifle inglés, alto, rubicundo, avaricioso y déspota, que se pasaba la vida hablando mal de España y enriqueciéndose á costa de los españoles. La ruindad y sordidez de Nilson eran sólo comparables á la astucia y perfidia de su amigo y consocio Faure, un gabacho capaz de vender el alma por treinta dineros.

Nilson dirigía el negocio y estaba más en contacto con los dependientes. Aborrecíanle todos y le temían por igual; ape-

nas asomaba su jeta de pastor luterano en las penumbras del almacén, corría por aquella caverna una ráfaga de terror.

—¡Que viene el inglés!—se oía decir en voz baja—. ¡Que viene el ogro!

El inglés, entrando en sus obscuros dominios, husmeaba los rincones, y solía decir, al cabo, haciendo gárgaras con las erres:

—Señoges... no podemos continuag de esta manega... Ustedes piegden el tiempo de chagla y de pelique... El tiempo es ogo... Segá menesteg que yo imponga un cogectivo...

Y el *cogectivo* consistía siempre en multas y descuentos que reducían los ya menguados jornales de aquellos infelices. ¡Eran de oir los comentarios, pésetes y maldiciones que salían del hosco zaquizamí, cuando el recio Shylock volvía las espaldas! ¡Qué de castizos denuestos, qué de gráficos remoquetes, qué de agudos ultrajes á la pérfida Albión y á sus pérfidos mercachifles! Hubo mocito de la Alcaicería que juró por siete cruces pintarle al inglés una rúbrica en la cara «en cuantito» cobrase el mes.

¿Cuál no sería el pánico de Jorge al entrar aquella tarde en el escritorio y ver, sentado delante de su carpeta, á míster Nilson, al propio míster Nilson, cruzado de brazos, silencioso, impenetrable como una esfinge? Tembló Jorge, sin saber qué decir; miró el inglés al mozo con sus ojos grises y fríos, alzóse de la silla y pronunció con voz tonante:

—¡Rodrigues! Quinse días de multa al señog Acuña por la falta de hoy...

Trató Jorge de excusarse con tímidos balbuceos; pero el «gerente», sin oirle, añadió:

—A la tersega falta que cometiege segá fogsoso el despedigle...

Y fuése, sin más ni más, imperturbable y altivo, como solía.

Rodríguez, así que salió el inglés, se frotó las manos y prorrumpió en una risita diabólica.

—¡Anda, pollo—dijo luego—, vuelve por uvas!... ¡Treinta pesetejas á beneficio de inventario!... ¡Apúntalas en el libro de «Ganancias y pérdidas»!... Supongo que no se te volverán á pegar las sábanas... ¡He aquí un lindo asunto para escribir una elegía!

Contuvo Jorge la cólera que le salía de lo más hondo del alma, y abrió con gran estrépito los libros, mojando la pluma en hieles.

—¡Yo no puedo sufrir más!—pensaba, casi con lágrimas en los ojos—. ¡Si esto no es vivir!... Preferiría morirme de hambre... En cuanto me den sueldo en el periódico, ¡no van á ser injurias las que les voy á soltar á estos bandidos!

En medio de sus humillaciones le confortaba la idea de rebelarse un día y azotar el rostro de sus verdugos con el látigo de la venganza. Sentía, á la par de sus enojos y rencores, una fuerza interior, algo profundo y dulce que le gritaba de esta suerte:

—¡Paciencia, Jorgito!... Ya llegará el momento de tu gloriosa liberación!... Ya te holgarás como un arcángel sobre esta impura taifa de mercaderes, abatiéndoles con tu espada de fuego... Recuerda que eres literato, que eres colaborador de *La Lucha*, diario político de la mañana; que te está reservado un brillante porvenir...

—¡Acuña!—clamó á este punto el tenedor de libros—. ¡Tráete el copiador número dos!... Se me figura que has «metido la pata» en los apuntes de ayer... ¡Claro! Como

siempre estás pensando en las musarañas.. ¡Ya te darán á ti literaturas!

En las tardes largas y apacibles del mes de Junio, todavía le restaban á Jorge dos horas de sol y de libertad, luego de concluir la penosa labor del escritorio. Ibase entonces á dar un paseo, en trazas de galán, por la vecina Alameda, ó al cafetín de la Castaña, mentidero de artistas y comediantes, sitio de cita de toreros y ociosos, de escritores noveles, «bohemios» y pícaros de toda laya. Después de cenar asistía algunas noches á la tertulia de la redacción, donde llevaba la voz cantante el director de *La Lucha*, don Diego Araujo, con la hinchazón, la oquedad y el énfasis que le eran peculiares. Y en oyendo el canto de los gallos, á las doce en punto, volvía el poeta, si no se terciaba otra cosa, al Postigo del Rey, pues á las once de la mañana había de estar en la oficina, so pena de tropezar con las erres de Nilson.

Para un mozo de apenas diez y nueve años no eran tales costumbres de muy honesto parecer; aquel ir y venir entre gentes de tan diversa condición; aquellos hábitos de paseante, zascandil y nocherniego daban sobrados motivos á los sermones de Carmen y á los pellizcos de Alfonsa; pero, ¿quién disciplina á un mancebo de esta edad, con humos de periodista y de poeta, á quien los amigos del café y el director del periódico le dicen á todas horas que tiene mucho talento y que le aguarda un magnífico porvenir? Harto hacía con ir al escritorio y pasar lo mejor del tiempo entre mercaderes y zarramplines, soportando al judío inglés y al Judas barbitaheño, por puntillo de honra y consideración de la hermana. Pero en cuanto le dieran sueldo en el periódico,

según se lo tenían prometido, ¡vive Dios y qué de puñetazos iba á dar sobre la roña de su pupitre!

Pocos meses antes se reducían los horizontes del poeta al patio del hogar y al ventanuco del almacén. Calladamente, en el silencio de la noche, leía con ansia libros y libros, privándose del sueño para leerlos y de todo placer para comprarlos, abriendo mucho los ojos y el alma por no perder ni una sílaba de aquellas peregrinas revelaciones. Después, á hurto de amigos y familiares, componía versos y los guardaba temblando, como si fuesen cartas de amor. ¡Cuántas veces cayó la ensortijada cabeza rubia, muerta de sueño, sobre las páginas furtivas, sorprendiéndole así la luz del amanecer, en la soledad del aposento, con la vela extinguida y el lecho intacto!

Un día, venciendo heroicamente la timidez, envió los versos á la redacción de *La Lucha*, acompañados de una cartita de colegial, donde pedía que «salieran en el periódico», si los juzgaban dignos de semejante honor. Y los versos «salieron» al cabo, en la tercera plana, entre el relato de un suicidio y el anuncio de una hierba maravillosa. Quien no sea escritor ni haya imaginado nunca tal, apenas podrá concebir la insensata alegría del novel poeta cuando vió en letras de molde su primer ensayo. ¡Con qué fruición leía su nombre, su propio nombre y apellido, Jorge de Acuña, al pie de los flamantes versos, intitulados *Bronces*, para mayor lustre y arrogancia! ¡Con qué solemne gravedad repetía á solas, ahuecando la voz y extendiendo el brazo, los últimos renglones, viva llamarada de entusiasmo juvenil, cómico alarde en boca de un tímido mancebo sujeto al yugo de Nilson y de Rodríguez!:

¡Yo soy un luchador! Pulso la lira
como pudiera manejar la espada.

En aquellos momentos luminosos y felices de su primera comunión con el arte no se cambiara el mozo por reyes ni emperadores; palpando á hurtadillas, dentro de la carpeta, el ejemplar de *La Lucha*, miraba á sus compañeros, ebrio de orgullo y desdén, sintiendo una dulcísima comezón, mezcla de vergüenza y deleite, igual que una virgen en la noche de bodas. Y al salir á la calle, ¡cuánta luz, cuánto júbilo, cuánta novedad! Todo el mundo le miraba, todos los transeuntes conocían su nombre, todos los vecinos del barrio llevaban en el bolsillo el dichosísimo papel: los sonoros «bronces» repicaban por todas partes como yunques y campanitas de gloria...

Se creyó en el caso de ir á dar las gracias á don Diego Araujo, el director de *La Lucha;* entró, sacando fuerzas de flaqueza, en el misterioso templo de la Fama, y hallóse frente á frente de un señor que se parecía mucho á Napoleón Bonaparte.

—Soy Jorge de Acuña...—pronunció el poeta, con el balido de un recental.

—Acuña... Acuña...—murmuró el director, mirándole severamente—. Pues no recuerdo...

¡Adiós, gloria! Más encendido que la grana, citó Jorge sus versos.

—¡Ah, sí! Unos versos que publicamos el otro día... ¡Bronces!... ¡eso es!... ¡bronces!

¿Quién podía imaginar que aquel efebo rubio y gentil, modesto y apacible, ruborizado como una damisela, fuese el vate de los bronces, el terrible luchador que empuñaba la lira á modo de tizona?

—¡Bien, pollo, muy bien! —añadió don Diego, suavizando la voz y el semblante—. «Aquello» tenía... cierto aroma juvenil... desenfado, rotundidad... ¿Tú me comprendes? ¡Hay madera, hay madera!...

Fuése Jorge, lleno de gozo, y mandó luego otra composición algo modernista: «El dios Pan», que le valió una rechifla en el escritorio. Allí no conocían otro dios que el panecillo. Lanzóse después á escribir algunas crónicas de altos vuelos, y, por último, una sátira, en décimas, contra los mercaderes de honras. Aún no se atrevía con los mercaderes de pasas.

—¿Por qué no te haces periodista?—le dijo una vez don Diego, su cariñoso protector—. Tienes felices disposiciones... ¡Deja los versos! Haz prosa, mucha prosa... ¿tú me comprendes? Mándame un artículo todas las semanas y ven con frecuencia á la redacción. Por la noche tenemos aquí tertulia... Conocerás á políticos, escritores y artistas; te harás al trato de las gentes... Esa pícara timidez te perjudica mucho...

Con las alas de estos consejos creció el poeta como la espuma. Concurrió á la tertulia del periódico, al alegre cafetín de la Castaña y á otros lugares más recatados: hizo amistad con poetas chirles, aventureros de la pluma y escritorzuelos maldicientes; ahogó sus rubores en las finas soleras de la Alcaicería; conoció las artes del engaño, la murmuración y el disimulo; aprendió á desdeñar los libros y á dar rienda suelta al ingenio, metiéndose de rondón en la vida fácil, bulliciosa y libre de Medina del Mar.

Don Diego Araujo le inspiraba una altísima reverencia. Aquel rostro lampiño y joven, pero de enérgico perfil; los

ojos pardos de agudo y penetrante mirar, la nariz aguileña, la voz dura, el busto recio, las manos gruesas é imperiosas, ejercían sobre el novel Acuña una especie de sugestión. Y es que el director de *La Lucha* tenía, á falta de otros talentos y virtudes, una apariencia de grande hombre, una fachada y un cierto dón de autoridad que para sí quisieran muchos varones insignes. Entrando en la sala de redactores ó en los talleres de la imprenta, parecía el propio Bonaparte al pasar revista en los campos de Austerlitz; su presencia imponía temor y silencio; sólo se oía entonces el rasguear de las plumas sobre el papel y el tic-tac de las letras en las cajas. La voz campanuda de don Diego sonaba á esta sazón como una voz de mando:

—¡A ver!... ¿No vienen esas pruebas?... ¡Que tengo prisa, regente!... Lechuga..., mira si falta original... Es preciso que afinéis... ¡Noticias, más noticias y menos fárrago de artículos!... ¿Tú me comprendes?

Lechuga era el principal reportero del periódico, un mozo langaruto, seco, nervioso, corredor, todo piernas, ojos y nariz, listo como una ardilla y tan fresco y verde como su nombre. Fué, sucesivamente, monacillo, seminarista, comediante, hortera, agente de negocios, y, por último, redactor de *La Lucha*, á fuer de andarín y luchador. Tenía buen ingenio y pésima ortografía, con más un olfato de lebrel para la caza de novedades y sucesos.

Le ayudaban en la confección del periódico Rafael Ariza, un muchachón alegre, agitanado, morenote, con sus puntas y ribetes de truhán, muy amigo de las mozas y de los «vasos de bon vino»; Magín Ramírez, alfeñique rubio, meloso, de voz atiplada y maneras femeninas, infatigable revistero

de salones; y dos ó tres mozalbetes meritorios que «luchaban» por amor al arte, disputando con bizarría los bonos de pan, los convites de los tenderos, las tarjetas de los casinos y las butacas de los teatros. Tales provechos y franquicias eran el sueño dorado de nuestro amigo Jorge de Acuña.

Párrafo aparte merece Manolo Agüera, el lugarteniente de Araujo, abogado novel y redactor jefe del periódico, joven de altiva presencia, trigueño, nervioso, locuaz, con los bigotes á la borgoñona, impenitente cursi, flor y nata de la afectación y la pedantería. Usaba unos trajes fantásticos de puro llamativos, exagerando siempre las últimas modas y añadiendo, de su cosecha, algún pormenor ó filili de mal gusto. Presumía de elegante, de buen mozo, culto, ingenioso y diserto; pero su verbosidad abrumadora, aderezada con toda suerte de lugares comunes, bordoncillos y filaterías, chasquidos de lengua, manotazos, visajes y carraspeos, producía la desagradable impresión de una murga. Era el «intelectual» de la casa y el ojito derecho de Araujo, á quien se daba cierto aire en lo hinchado y formalón, mas no así en lo vocero y parlanchín, pues el ceñudo «Bonaparte» parecía la estatua de la sobriedad. Mientras Agüera peroraba, don Diego le oía en silencio y movía el rostro aquilino como si quisiera decir:

—¡Eso... eso es lo que yo estaba pensando!... ¡Tú me comprendes!...

La redacción de *La Lucha*, sita en la Puerta de los Abades, junto á la Catedral, ocupaba los salones bajos de un antiguo convento. Entrábase á los talleres y oficinas del periódico por un umbroso claustro de arrayanes y acacias, lugar de recreo antaño de los piadosos teatinos. Ahora

solían pasear por allí, en amigable conversación, Diego Araujo y Manolo Agüera, disertando sobre «el egoísmo y rapacidad de las órdenes religiosas», mientras sonaba allá adentro, en el que fué desnudo refectorio, la flamante rotativa. Sobre una puerta de viejos cuarterones, maciza y ancha como de celda prioral, había una placa de cobre, y en la placa este letrero:

LA LUCHA

Diario independiente.

De la exactitud de esto último podían dar razón los medinenses, y sobre todos un personaje de muchas campanillas, don Adolfo López de la Rúa, de quien ya habrá noticia el curioso lector, el cual personaje, propietario de la casa, vivía en el piso principal de ella, con grande lujo y aparato.

No le faltaban estos aderezos á la redacción de *La Lucha* ni al despacho de su orondo director, aposento de prócer, pomposo marco de la severa estampa napoleónica. Era hombre, Araujo, muy amigo del fausto, de la vana ostentación; y para satisfacer semejantes inclinaciones nunca ponía tasa á los caudales propios ni á los ajenos. Se daba una vida de príncipe: tenía hotel propio, coche á la puerta, daifa elegante, mesa opípara, criados serviles y amigos aduladores. Sólo había un punto negro en aquella existencia dorada, muelle y voluptuosa de luchador *sui generis*: Polo Silva.

¿Qué quién era Polo Silva? Un hombrecillo de edad indefinible, rostro seco, frente desnuda, ojos de gato, nariz aguileña, boca torcida, bigote ruin, acre gesto y sonrisa de hiel;

torvo, cínico, maldiciente, agudo y procaz; aborrecido de todos y de todos lisonjeado; pobre con humos, vicioso sin dineros, hidalgo sin nobleza, docto sin gloria, triste sin esperanza, desventurado sin dignidad; despreciador de la vida y temeroso de la muerte; parásito rebelde y estómago desagradecido; cirujano de honras, empezando por la suya; saco de malicias, anzuelo de intenciones, envidioso y aguafiestas... el terror, el azote y el cauterio del señor Araujo y de otros muchos «próceres» de Medina del Mar.

Si el director de *La Lucha* pudiese aplastar bajo sus pies á este gusano sería un hombre enteramente feliz. Pero la correa de Polo Silva es superior á todas las coces y á todas las bofetadas: en este rostro pasivo, enjuto y sin sangre, que recibe las afrentas con un chiste y una sonrisita diabólica, asoma luego el arma terrible: la lengua, la lengua fina y mordiente como un buril. Además, Polo Silva, que siente nacer la hierba, posee ciertos secretillos del señor don Diego, los cuales, siendo públicos, darían quizás al traste con el hotel y el coche, y la despensa, y la daifa, y otros refocilos y granjerías. Así que el arrogante luchador, conteniendo sus ímpetus, afloja el ceño y la bolsa cuando viene el truhán, y le dice, cariñosamente:

—¡Picarón! ¡Si haces de mí cuanto te da la gana!... ¡Si con ese ángel que tienes ablandarías las pirámides de Egipto! Pide por esa boca, pillín...; pero haz el pajolero favor de no traerme en lenguas... Andas diciendo por ahí que si tal y si cual, que si fué, que si vino... y eso no está bien... ¿Tú me comprendes?

—¡Ah, grandísimo bellaco!—responde el picarón, abriendo la boca, desdentada y pedigüeña—. Si con estos pulgares

te rebañara la miajita de seso de la mollera me quedaba en ayunas... Pero no... no quiero destripar á mi gallinita de los huevos de oro... Por hoy no te pido más que un huevo...

—¡Qué gracioso!... ¡Qué gracioso es este muchacho!... ¡Tiene una sal y una delicadeza para decir las cosas!

La redacción de *La Lucha*, en las primeras horas de la noche, parecía el salón de un casino. Por allí desfilaban gentes innumerables, más ó menos ociosas é ilustres, al reclamo de la tertulia de don Diego y de sus pródigos convites: luchadores de la política, del arte, del periodismo, de los negocios; luchadores á secas, parásitos consecuentes, vasallos, farautes, ministriles y alabarderos del cuarto poder; nutrido enjambre de ambiciones, intrigas, despechos, vanidades, miserias, mentiras y lisonjas.

Aunque el periódico tenía un matiz democrático y gozaba del aura popular, establecía en sus tertulias una rigurosa distinción: los «notables» de Medina, diputados, ediles, mercaderes ricos y artistas de renombre ocupaban el salón principal ó el despacho de don Diego; en la antesala y en el aposento de los redactores quedábanse los contertulios de poco pelo y de menguada ropa. Lechuga, á fuer de antiguo comediante, llamaba á la primera tertulia el «proscenio» y á la otra la «cazuela». Polo Silva, desastrado y cínico, pasaba de la cazuela al proscenio con la misma desfachatez, para decirle algún donaire al director ó cortarle el habla al redactor jefe, á Manolito Agüera, el cual palidecía en viendo la figura del truhán.

Solía éste sentarse en un rinconcillo de la estancia y atisbar desde allí á todos los tertulianos, y caer de pronto sobre cualquiera de ellos como ave de rapiña. Vió, algunas noches,

al mozo poeta, al tímido luchador, y dedicóse á protegerle, encantado de la gentil presencia, de la peregrina simplicidad de Acuña.

—Jorgito—le decía Polo, entre burlas y veras—, tengo lástima de ti... ¿Quién te trajo á esta cueva de reptiles, joven inexperto?... ¿Cómo tú en la redacción de *La Lucha*, mozo mal aconsejado, alma cándida llena de ilusiones y virginidades?... Ya te cogió en sus uñas el buitre, ese buitre vestido con plumas de pavo real... periodista de callejón y encrucijada, topo con la péñola y lince con el sable; corchete de caciques, sabueso de actas, ganzúa de bolsas y abismo de codicias... ¡Mírale, qué grave y formalote, monstruo de vanidad con los pobretes, manso y ruin delante de los poderosos!... Rudo lo mismo que un alcornoque, ha descubierto, sin embargo, la piedra filosofal, pues vuelve en oro lo que toca; vive á lo gran señor, con gran lujo de criados y manceba, y es tramposo por hábito y deporte, no por falta de dineros... Ahora te ha cogido en sus garras para explotarte como á otros muchos... para darse pisto de Mecenas...

Protestó Jorge, indignado, de las palabras de Silva.

—Don Diego es un hombre de talento y de corazón... A mí me trata con gran cariño... Nunca le agradeceré bastante su delicado proceder... Me tiene prometido un sueldo en el periódico y...

—Lo que te diere ese bribón —repuso Polo—, que me lo claven aquí... ¡Joven incauto! Pero, ¿tú no sabes que el director de *La Lucha* paga á sus redactores en moneda de bombos, lisonjas y francachelas?

Acuña concluyó por reirse del pérfido Silva, tomando á burla sus truculentas sátiras. Pero el infatigable censor, beo-

do casi siempre, cogía el brazo del poeta y no le soltaba hasta caer rendido de sueño en uno de los divanes de la redacción. Habíase empeñado en adiestrar al mozo y enseñarle á conocer el mundo.

—Los pícaros de antaño—decía con sorna—eran unos infelices... No hay sino leer las historias de Quevedo, Espinel, Hurtado de Mendoza, Alemán y otros pontífices del género para convencerse del infantilismo de tales picardías... Casi todos aquellos aventureros eran gente soez y ordinaria que daban con su cuerpo, á las primeras de cambio, en cárceles y galeras. Hoy los pícaros tienen más arte, usan mejor ropa, son muy bien criados; invaden los oficios de más lustre, se dedican al comercio, á la curia, á la política y á la Prensa; intervienen con gran provecho en los negocios públicos, y no es raro verles llegar á los consejos de la Corona; son caciques, periodistas, diputados, oradores, jefes de partido, padres de la patria... Antaño los pícaros se dedicaban al hurto y al robo con más ó menos industria; ahora se visten de caballeros y montan en automóviles y esconden sus hazañas bajo nombres peregrinos: los intereses nacionales, la salud del pueblo, la regeneración social, la democracia, la libertad del pensamiento y otros ardides y remoquetes. No hubo ginovés, tahur, águila, entretenido ni garitero de aquellas antiguas centurias, ni siquiera valido de rey, que llegase al punto de finura de los linces de hogaño. Y á compás de la agudeza del ingenio y la pupila se ensancha la capacidad de las bocas y los estómagos; que ya se beben los ríos, se sorben villas y ciudades, y, agotado el yantar, se tragan ollas, platos y almireces, pues no hay metales, piedras ni cementos que resistan á las modernas dentaduras... Aprende,

joven, que aquí estás en la propia Salamanca de la picardía...

Pasmado oyó el buen Acuña las insolentes razones de aquel archidiablo. —¿Habráse visto—pensaba el mozo—pecho más vil ni lengua más facinerosa? —Hurtóse cuanto pudo á la presencia de tan desapacible mentor, pero el bohemio le perseguía con implacable tenacidad.

—Es menester, Jorgito—advirtió don Diego una noche—huir de esos coloquios... Silva es un desalmado... quiere corromperte... Yo no le arrojo de aquí por lástima... Si no fuese por mí ya se hubiera muerto de hambre...

Metido Jorge entre tan buena gente, empezó á conocer el mundo y á soltar los andadores. En el despacho de Araujo, en el escritorio de Nilson y en la casita del Postigo del Rey contenía sus nacientes ímpetus y bajaba los ojos al suelo; mas en llegando al cafetín de la Castaña, teatro de sus triunfos, tosía recio, imitando á su Mecenas, y puestos los pulgares entre las sisas del chaleco, recitaba los campanudos *Bronces* ante un auditorio de poetas chirles y ebenes:

¡La Musa del guerrero es quien me inspira,
la Musa de laureles coronada!
¡Yo soy un luchador! Pulso la lira
como pudiera manejar la espada.

III

EL DIVÁN DE LA CASTAÑA

En todas las ciudades, y aun en las villas con presunciones de ciudad, suele haber un sitio insigne, calle ó plaza, puerta ó lonja, rambla ó coso, donde se cifran y retratan y compendian el espíritu, la fisonomía, las costumbres locales; feria permanente; médula del comercio; corazón de la vida urbana; teatro al aire libre; paraje predilecto del señorío y de la plebe; punto clásico de cita y ocio, de tertulia, murmuración y galanteo. Es la calle de las Sierpes, en Sevilla; la de la Paz, en Valencia; la Plaza Mayor, en Salamanca; la Puerta del Sol, en Madrid; las Ramblas, en Barcelona; Zocodover, en Toledo; el Coso, en Zaragoza; el Zacatín, en Granada, y la Lonja, en Medina del Mar.

Pues al cabo de la Lonja, haciendo esquina con la calle del Realejo, estaba el antiguo «diván de la Castaña», café por un lado, taberna por otro, con humos de figón y ribetes de hostería; lugar ilustre en los anales medinenses, parte muy principal en los futuros episodios de esta novela. El café, propiamente dicho, tenía su entrada por la Lonja, y era tan pequeño, que, á no poner la mitad de las mesas en la calle,

no pudiera servir á sus numerosos parroquianos; pero la taberna, situada en el Realejo, al doblar la esquina de la Lonja, daba asilo holgadamente a las más copiosas bacanales. En los dinteles del café y de la taberna había sendos rótulos modernistas, que rezaban así: «Diván de Oriente» y «Hostería del Cisne»; pero el público, desde tiempo inmemorial, bautizó con el renombre de «la Castaña» á la taberna y al café. Ambos establecimientos se comunicaban por un largo pasillo interior con aposentos reservados para distintos usos y menesteres, algunos de éstos á espaldas de la honestidad y de la ley. Es fama que allí se consentía toda suerte de juegos, aprovechando las dos calles, las dos puertas y los muchos fondos y escondrijos del vetusto caserón. En el entresuelo vivían los dueños y explotadores del negocio, el señor Frascuelo, la «señá» Angustias y Candela, hija de entrambos, un pimpollo de quince abriles y garganta de colorín, alumna del Conservatorio y futura estrella del Arte.

Era el diván de la Castaña—clásico mentidero y parnasillo—la flor de la llaneza, el cogollo de la democracia, la espuma de la libertad. Allí no había clases, ni rúbricas, ni etiquetas: fraternizaban mozos y marchantes, plebeyos y señoritos, la gente del interior y la gente del arroyo; abiertas las ventanas en todo tiempo, merced á lo benigno del clima, sacábanse afuera sillas y veladores, sin que pudiera decirse, entre el bullicio del café y el bullicio de la Lonja, dónde concluía el diván y empezaba la vía pública. Sentábase Roquito, el camarero, á departir con los parroquianos en la misma mesa, y *Jurel*, un limpiabotas más negro que el betún, hacía aleluyas á costa de los concurrentes, diciendo, si alguno se amostazaba: —Aquí *tos semos* artistas...

Y era verdad. El señor Frascuelo tenía manos de ángel para tañer la guitarra; la «señá» Angustias fué en sus primaveras bailadora insigne; Candelita, según su madre, cantaba «por lo fino» mejor que los ruiseñores; Roquito, el mozo pinturero y sabihondo, rufo y jaquetón, las daba de literato, y aun el prieto *Jurel*, gitanillo ingenioso del arrabal de los Mármoles, improvisaba dísticos y versos cazurros en la punta de una bota.

Como de molde venía este nido de artistas espontáneos á todos los poetas chirles, pintamonas y literatuelos de la ciudad. Reuníanse en el fondo del café ó de la taberna, como apretado enjambre, alrededor de unas copas de aguardiente, moviendo recias disputas, hablando á voz en grito, con el ardor del Ojén, inflamadas las mejillas, chispos los ojos, sueltas las lenguas y las manos, dignos, en fin, por su traza y perge ños, del pincel realista de Velázquez ó Murillo.

Lechuga, Polo Silva, Rafael Ariza y el imberbe luchador solían frecuentar los diversos hondones de la Castaña; pero el más asiduo, el más famoso de todos los bohemios del diván y la hostería era Juan de Tarfe, pintor á ratos y á ratos escultor, tipo extraño de incultas barbas y pelos ásperos como crines, personaje membrudo, violento, astroso y cínico. Por la tez bronceada y enjuta, por los ojos negros y ardientes, por la cabeza melenuda y salvaje, por la rebelde condición, bien merecía el apodo del «fiero almoravide» que le pusieron sus camaradas. Parecíase en el rostro y catadura á aquellos «perros de Alah», bárbaros y crueles, azote de árabes, cristianos y berberiscos, á cuya semejanza venía como de perlas el legendario nombre de moruno sabor: Juan de Tarfe. Bajo trazas tan rigurosas hervía un genio anárquico

peregrino, infantil en ocasiones, tierno y sentimental, como de artista y de poeta; crudo y lúgubre á veces, lleno de odios y cóleras, de elocuentes arrebatos, que se deshacían al fin en espumas de temblorosas mansedumbres. Hijo de un alfarero, lo mismo que Iussuf, acostumbróse Tarfe desde la niñez á modelar con arcilla; recibió luego lecciones de Pintura, devoró muchos libros, pasó á Italia, tuvo una borrascosa mocedad y llegó á la madurez sin dar el fruto que su talento, sus viajes y lecturas prometieran. Artista de bríos, pero impaciente, desbordado, medio loco, pocas veces concluía una obra; si le apretaba el hambre modelaba un boceto, dibujaba un apunte y los vendía por un plato de lentejas y una botella de anís. Lleno el triste de rencores y despechos, solía desfogar el negro humor en trágicas borracheras, mezclando en su copa lloros y risas, ternuras y sarcasmos, gemidos é imprecaciones. Complacíase en pintar las imágenes fúnebres, dislocadas, desgarradoras de su descompuesta fantasía, y en cubrir de manchas, esbozos y monstruosas caricaturas las mesas de las tabernas, los muros de los cenáculos, las alcobas de las mancebías, todo cuanto hallaba al alcance del carboncillo ó del pincel. Y, á ratos, de la absurda madeja de líneas y colores surgía un hilo de luz, un rasgo magistral ó gracioso pormenor, barruntos del nativo ingenio aplastado por la arrogancia, la pereza y la locura. Decían los íntimos de Tarfe que en el fondo de esta vida azarosa hubo una tragedia, un secreto, una pasión de amores cuyos hierros encendidos le desgarraron alma y corazón; pero nadie concretamente sabía cómo ni cuándo fué...

Siempre al lado de Tarfe se agrupaba un coro de «discípulos» y aduladores que ponían al maestro por las nubes,

comparándole con el Greco y Goya y el divino Leonardo mientras el «fiero almoravide» erguía la rebelde cabeza para decir:

—Murillo era un pintor de monjas... un pastelero empalagoso y cursi... Velázquez, un fuerte objetivo, un glacial reproductor de la Naturaleza... ¿Y qué? Para el verdadero artista la Naturaleza es despreciable... El Greco... ¡el Greco ya es otra cosa! Domenico es el Precursor... Pero aún falta mucho: es preciso llegar al fondo de esas imágenes propias, íntimas, no reveladas; pintar estados de ánimo, sensaciones, ideas... ¿Qué importa el dibujo? ¿Qué importa el color? ¿Para qué sirve la técnica?... La forma es lo de menos; la idea es lo esencial... ¿Qué más tiene el lienzo de las Meninas que una sábana donde se dibujase al carbón la misma idea?... ¡Vive Cristo; una mancha, á veces, vale por cien cuadros!... Dadme algo original que me revele un espíritu, un temperamento; algo agresivo, inesperado, substancioso... que aunque la factura sea torpe, yo diré en seguida: he aquí un pintor.

Lo cual no impedía que, á los cinco minutos, dijese Tarfe todo lo contrario. Según el «fiero almoravide», la contradicción, la paradoja, es la señal aristocrática del talento.

Roquito, que tenía sus razones para satirizar á estos zarramplines, les confirmó con el apodo de los «cadetes de la Garduña», parodiando así los versos del Cirano:

Son los cadetes de la Garduña,
que á Tarfe tienen por capitán.

Luego, en estilo sentencioso, con ribetes de fabla y alamares gitanos, solía decirles:

—Han de saber vuesas mercedes que el hijo de mi «mare»

no les fía, magüer se pongan de hinojos, ni un «chato» más, desde este punto y hora... Que á mí el yantar no me viene del cielo...

Y si alguno de los poetastros apelaba á razones de mutuo «compañerismo», el mozo respondía muy firme:

—No empece, señor, no empece... Una cosa es la literatura y otra los metales...

A pesar de lo cual, había prójimo que le debía á Roquito, «chato á chato», más de catorce duros...

Al olor de las tertulias acudían á la Castaña innumerables parásitos, gentes de menudos oficios, mercaderes trashumantes, buhoneros, limpiabotas, mendigos, correntones, amén de alguna hembra «cañí», zurcidora y lagotera. El rey de la taifa era don Raimundo, personaje popular en Medina, truhán de siete suelas, viejo, gordo, bellaco y socarrón; hombre almacén, tienda ambulante, monumento vivo, mercader con ribetes de tahur y flecos de rufián. Traía una maleta en la mano y un mundo en los bolsillos, en el pecho y en la cintura; buhonerías de todas clases, afeites, untos, hierbas, artículos de venta reservada, objetos misteriosos y clandestinos, muchos de ellos de su propia invención. Fué antaño don Raimundo persona de calidad, pero gastóse la fortuna en timbas y francachelas, en aventuras soeces, hasta perder á un tiempo la salud, la honra y los caudales. Ahora arrastraba su afrentosa vejez por calles y ejidos, cafés, tabernas y burdeles, llevando á cuestas sus pesadumbres y trapacerías, haciendo alarde, con cínica desvergüenza, de la presente adversidad.

Polo Silva y don Raimundo fueron camaradas en sus buenos tiempos y aun solían trabar donosos diálogos en las penumbras del figón.

—¡Hola, príncipe!—decía Polo, dándole á su «alter ego» unos golpecitos en la panza.

—¡Adiós, prócer!—respondía el mercader con una mueca insolente y escupiendo por el colmillo.

—¿Cuántas doncellas cayeron anoche?

—¿Cuántos primos desplumaste esta mañana?

—¡Cállate, charrán, que eres la ruina de los hombres de bien!

—¡Mal fin tengas, ladrón, que de puro tunante estás revejido como una castaña pilonga!

—¡Permita Dios que sea en el buche la «puñalá» que te den...

—Anda, facineroso, que has de morir en la horca, igual que don Rodrigo...

Y después de estos requiebros y otros de más enjundia se daban un cómico abrazo y se bebían unas copas en amor y compaña, concluyendo siempre con la misma salutación:

—¡Adiós, prócer!

—¡Adiós, príncipe!

A veces, por en medio de esta turba alegre y zumbadora pasaba Candelita, muy macarena, para subir á su casa, recogiéndose el vestido con muchos melindres, como una paloma que, volando á ras del suelo, alzase las alas para evitar el lodo. Era la moza fina y gentil en su talle y garbo, blanca la tez y los cabos negros, el rostro dulce y apacible, y en todas las demás partes muy hermosa. No hay que decir cómo andaban tras ella los marchantes de la Hostería del Cisne y del Diván de Oriente; pero la niña, nada mollar, torcía el gesto, con desdén, á mirones y ronceros. Pretendióla el buen Lechuga, con honestos fines, enamorado del palmito de Can-

dela y de la alcancía de sus padres, sin lograr otra cosa que unas calabazas, á estilo de figón, aliñadas por la «señá» Angustias de esta manera:

¿Qué se ha figurado usté, señor don Lápiz? ¡Bueno sería que criase yo este manojito de claveles para un mal ángel como usté!... ¡Reyes de Oriente han de venir á pedírmela y he de ponerles reparo!... Cuanto más que usté, señor mío, no está para esos trotes... Cuídese la salú y arrópese los huesos... que me pincha usté con sólo mirarme... ¡Ni que pensara yo casar á mi niña con el zancarrón de Mahoma!

La «señá» Angustias tenía pasión por su pimpollo. Cuidábale como á un clavel en una maceta, con hartos mimos y ternuras, obsequiándole á todas horas con los más acendrados requiebros: candelita de oro, capullo de seda, espuma de sal, copo de nieve, flor de manteca, yemita de huevo, canela fina, azúcar cande, palmita de gloria, y otros por el estilo. Procuraba que la niña no se estropeara las manos ni el cutis, ni perdiese un ápice de su blancura de azucena; vivía pendiente de sus ojos, de sus pensamientos, de su vocecita de cristal... ¡Como que aquel primor estaba destinado á un príncipe, según lo tenía profetizado una gitana!

El señor Frascuelo gobernaba el negocio con grande astucia y formalidad. Sentado casi siempre detrás del mostrador, asistía impasible á las escenas del café, mientras la «señá» Angustias se las había con el figón, y la «Candelita de oro» estudiaba sus lecciones de canto. ¡Quién dijera que tan humildes principios celaban, según las profecías, un porvenir glorioso, y que, andando los tiempos, relucirían en la flamante espetera de la «señá» Angustias, en vez de cacerolas de cobre, diademas y coronas de oro puro!

A prima noche hervía la Lonja en el alegre rebullicio de costureras y menestralas, señoritos y obreros, paseantes y ociosos, gente joven, bizarra y sacudida, de los siete barrios de Medina del Mar. Alumbrada la calle por los focos eléctricos, por las luces de las tiendas, cafés y escaparates, por los ojos rasgados de las mozas de rumbo, parecía un ascua de oro. Cada café era una babilonia; cada tienda, una tertulia; cada esquina, un mentidero; cada portal, una atalaya: en el centro del arroyo, empedrado de grandes losas, se apiñaban los transeuntes sin temor á desafueros ni angosturas; codeábanse allí militares y paisanos, señores y plebeyos, damas y pícaros, galanes y modistillas, en pintoresca y española confusión. Si era domingo ó fiesta, se acrecentaba la muchedumbre con el gentío que tornaba al atardecer de la Alameda y del Muelle, de las Ventas de Onil y ramblas de Miraflores: un río humano, caliente del sol y el regodeo, se apretaba hervoroso para colmar la Lonja y esparcirse después por las vías y arrabales de la ciudad.

El café de la Castaña se ponía de bote en bote: afuera, en plena rúa, los jóvenes presumidos y moceros; en lo interior, junto á las ventanas, las personas graves por su edad y condición, propietarios, políticos, hombres de negocios; y en último término «la bohemia», los «cadetes de la Garduña», lazo de unión entre la hostería y el café. En estas horas de efervescencia y de ruido empezaban á revivir los soñolientos discípulos de Tarfe, pájaros nocturnos, despreciadores del sol, inertes durante el día, y enardecidos, al llegar la noche, por los destellos de la luz artificial. Fulminaba entonces el «fiero almoravide» sus truculentas paradojas, relámpagos de ingenio y de elocuencia; hacíanle coro pintorcillos y poetas-

tros; hurgábale Polo Silva con maliciosos remoquetes; iba y venía don Raimundo, de mesa en mesa, gesticulando á lo rufián; terciaba Roquito en todas las tertulias, «capote al brazo», para «dar su opinión»; decía *Jurel* las mayores desvergüenzas en verso y prosa; y entre el rumor de las conversaciones, el ruido de las disputas y el hervidero de la calle, solía oirse una voz de mujer, un hilo agudísimo de cristal que se deshacía en escalas, arpegios y gorgoritos: era el pimpollo de la «señá» Angustias, que ensayaba sus lecciones de solfeo, con las ventanas abiertas para lucirse; entonando el *do re mi fa sol*... y «arrancándose» á las veces con una copla por el estilo:

Dile al hombre que te dice
que está muriendo por ti
que en otro papel más fino
te enseñaron á escribir.

A lo cual solía responder Lechuga desde la esquina del Realejo:

Gastas mucha "fantesía",
y te tienes que quedar
señalando con el dedo
como se quedó San Juan.

IV

DON ADOLFO LÓPEZ DE LA RÚA

Una noche acertó á pasar por la Lonja el buen don Diego Araujo, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver á Jorgito en la Castaña, empinando el codo con Polo Silva, Juan de Tarfe y los cadetes de la Garduña!

Llamó al poeta con imperio y, echándole una mirada napoleónica, le dijo de esta suerte:

—¡Hola, mocito! ¿Así aprovechas mis consejos?

—No, señor—repuso el calavera, muy azorado y temeroso—. Es que vine... por casualidad... Vine en busca de Lechuga... Pero no me bebí mas que una copa...

—Ya sabes que os tengo prohibido poner los pies en la Castaña,..

—Si yo.., apenas me trato con Polo Silva...

—No es por él precisamente —replicó don Diego, con mucho asombro de Jorge—. Es que ahí se reunen ahora los amigos de Tristán... y no quiero verte al lado de esa gentuza.

—Pero, ¿quién es Tristán?

—Tristán es un danzante... un *condottiero*... ¿Tú me com-

prendes?... Fué amigo nuestro hasta hace poco... y candidato á la alcaldía... Por cuestiones de faldas se indispuso con el jefe y le declaró la guerra... Ya te pondré en autos de estas cosas para que vayas enterándote.

¡Cuánto le halagaban á Jorge las confidencias de Araujo! Yendo con él, calle arriba, hacia la redacción, creíase el mozo un personaje; miraba á todos lados, por el afán de exhibirse en tan ilustre compañía, y escuchaba fruitivamente las lecciones de su maestro.

—Tienes capacidad, tienes aptitud, pero te falta mundo. ¡Yo te adiestraré, Jorgito, yo te adiestraré! En mis manos llegarás á ser un hombre de pro... El artículo que escribiste la otra noche demuestra que tu fuerte es la política... Á pesar de tus pocos años, sabes poner los puntos sobre las íes... ¡Hay madera, muchacho, hay madera!

Decía así don Diego con un aire de cómica gravedad, persuadido de su admirable penetración; respondiendo majestuosamente á los saludos que le hacían, al pasar por la Lonja, amigos, colegas y hasta los guardias municipales.

—Pero es menester que te dejes guiar... Toma por modelo á Manolito Agüera, que es mozo serio y prudente... Quiero que seas redactor de plantilla desde primero de mes... Gozarás de todos los privilegios del periódico... y se te aumentará el sueldo hasta veinte duros...

Aunque Jorge no había cobrado nada de lo anteriormente prometido, las palabras de don Diego le sonaron á música de los ángeles. Apretó el brazo de su Mecenas con un movimiento de calurosa gratitud, y murmuró entre dientes, recordando á Fígaro: —¡Ya soy redactor!

—Don Adolfo López de la Rúa, nuestro insigne jefe, se

interesa mucho por ti... Ha leído tus crónicas y desea conocerte... Luego iremos á su casa... La amistad y protección de don Adolfo pueden llevarte muy lejos... Ya sabes que es el árbitro de Medina... Y en Madrid, una potencia...

Á este punto pasaba Rodríguez, el pelirrojo del almacén, por la acera de enfrente. Jorge, que le vió, hizo grandes extremos y saludóle muy fino, pues aunque le aborrecía tanto, quiso que advirtiese con qué personas se trataba el humilde empleado de «Nilson, Faure y C.ª»

—Don Adolfo—siguió diciendo Araujo—tiene, á pesar de su gran corazón, muchos enemigos, muchos envidiosos... El más temible de ellos es ese Perico Tristán, hombre sin conciencia, á quien sacó de la nada por pura simpatía...., por puro desinterés... Le metió en el Concejo, le colmó de mercedes, le entregó toda su confianza..., y, el muy bellaco, pagó tales beneficios con la más vil ingratitud... ¡Por supuesto! Parece ser que en el asunto anda la mujer de Perico, hembra de historia...

Llegaron el poeta y su mentor á la Puerta de los Abades. Entró don Diego en el despacho, después de saludar á los contertulios que había en la antesala, y encerróse con Acuña para leerle el artículo de fondo del día siguiente, lectura grave, fórmula singular, gentil espaldarazo con que el pontífice de *La Lucha* consagraba á su nuevo redactor.

—Es preciso, Jorge, que te asimiles «mis procedimientos»..., que estudies «la estructura» de mis artículos... Ya sabes que me gusta la sobriedad..., el concepto breve, conciso y lapidario. El periodista debe olvidarse del poeta y escribir con más intención y doctrina..., ¿tú me comprendes? Pues bien, escucha: *Pro domo nostra*...

Don Diego Araujo era muy aficionado á los latines; aunque no sabía jota de humanidades, poseía el abundante repertorio de esos dichos y sentencias al alcance de todas las fortunas: *Amicus Plato*, *Finis coronat opus*, *Alea jacta est*, *Si vis me flere* y otras frases por el estilo. Con esas virutas de erudición y varios «pensamientos escogidos» de autores clásicos, que traía en un libruco, por orden alfabético de materias; ítem más, algunas palabras de relumbrón, sacadas de su magín, componía unos artículos de fondo, tiesos y «doctrinales», que eran el pasmo de Lechuga y el hazmerreir de Polo Silva.

Hago gracia al lector del campanudo «editorial» intitulado *Pro domo nostra*, que leyó Araujo con énfasis y oyó Jorgito con unción religiosa, para referir la visita que luego hicieron ambos á don Adolfo López de la Rúa, diputado á Cortes, varón insigne en armas y letras, caudillo de las huestes liberales en la comarca, señor y dueño de Medina del Mar.

¡Don Adolfo López de la Rúa! ¿Quién no conoce á este encumbrado personaje, flor y nata de la sencillez, espejo de la bizarría, dechado de la majeza, espuma de la sinceridad, ápice del ingenio, coronilla de la democracia; el más simpático, agudo, conversable, perspicaz, rumboso, mañero y socarrón de todos los caciques y privados que en España han sido? ¿Quién, sino sus émulos, competidores y envidiosos, podrá negar las calidades y ornamentos de don Adolfo López de la Rúa, su carácter hospitalario, su franqueza gentil, su humor festivo, su dón de gentes, su benevolencia irónica para los pecadillos propios y ajenos, su espíritu campechano, su llaneza y valentía, su gracia, en fin? ¿Qué pueblo no se

juzga dichoso al verse gobernado por un hombre de tales prendas, que hasta para aligerar los bolsillos tiene un donaire singular? ¡Cállense los varones agrios y displicentes, los moralistas ceñudos y desapacibles: que en mi bendita tierra vale más un pícaro con gracia que mil Catones desabridos!

Con grande emoción subía el mozo poeta por la ancha escalera de mármol, profusamente iluminada, pensando que él, Jorgito de Acuña, iba á penetrar en aquella mansión de los dioses y á recibir los parabienes de don Adolfo, del hombre omnímodo, del famoso reyezuelo de Medina del Mar.

Llegando arriba, saludó don Diego con un ¡Hola, mocito!, al ayuda de cámara; cruzó la galería, llena de gente, y entróse con Jorgito en la antesala del cacique. Fué menester aguardar allí una buena pieza: ¡estaba tan ocupado siempre don Adolfo! —Y ahora, como tiene que irse á Madrid, antes de la apertura de las Cortes... no se da punto de reposo...— añadía Araujo.

Se abrió al fin la puerta del despacho, cerrada antes por dentro, y oyóse una voz de agudo timbre:

—Adelante, Diego, adelante...

El señor López de la Rúa estaba en pie, junto á la mesa, revisando unos papeles; pero al entrar su amigo, adelantóse á recibirle con familiar efusión. Aparentaba tener don Adolfo sobre cuarenta años: su semblante moreno, sonriente, jovial, que remataba en una barbita puntiaguda; los ojos grandes y vivos; la frente despejada; el airoso tupé; la nariz respingona; el cuerpo chiquito, esbelto, nervioso, daban al punto una impresión de simpática viveza, de energía y cordialidad.

—Aquí le traigo á este poeta—pronunció don Diego—.

Acabo de otorgarle el nombramiento de redactor... y desea ponerse á las órdenes de usted...

¡Con qué franca y alegre sonrisa se iluminó el rostro del personaje! Apretó la mano que el mozo le tendía, y le dijo, dándole al propio tiempo unos golpecitos en la espalda:

—¡Qué sea enhorabuena!... ¡Cuánto me place!... Yo también empecé muy joven... y aun siento los entusiasmos del oficio... Yo, antes que nada, soy periodista...

Habló don Adolfo con mucho gracejo; hizo sentarse en el diván á Jorge y su padrino, y abriendo una caja que había sobre la mesa, les obsequió con sendos habanos.

—Pues, sí... ya he leído los artículos de este pollo... ¡Bravo, amiguito! Empieza usted muy lindamente...

Jorge experimentaba cierta desilusión. Aquel hombrecillo de tan ruin estatura, tan amable y sencillote, ¿era el «amo» de Medina del Mar? Pues ¡si se parecía enteramente á un pobre diablo que vendía cuñetes de aceitunas en el café de la Castaña! Y es que el candoroso poeta, movido, sin duda, por el renombre del cacique, le había imaginado de una manera formidable, como un antiguo virrey, como un régulo de taifa, como un bajá de siete colas... Pero, al fin, ganado por la llaneza de don Adolfo, que le llamaba «amiguito» con dulce familiaridad, pensó el mozo que se puede ser «un grande hombre» aun no teniendo la apariencia bizarra de don Diego Araujo. ¡Cuántos alfeñiques no puso la historia en las cumbres de la inmortalidad!

La visita fué breve; el «grande hombre» disponía de poco tiempo; afuera esperaba una comisión de «correligionarios» para tratar de asuntos electorales... ¡Oh, la política! Por ella, por la patria, por los altos intereses públicos, hacía don

Adolfo el sacrificio de su bienestar; por ella abandonó la Prensa, que era el amor de sus amores; por ella vivía en constante ajetreo, sin placeres íntimos, á merced de parásitos y de gente mercenaria...

—Pero, en fin, es preciso luchar...—concluía el prócer—. Luchar es vivir..., según dicen los poetas... Aproveche usted, amiguito, sus veinte años...

Hablaba don Adolfo con un dejo zumbón, como quien se burla de aquello mismo que dice, sonriendo socarronamente y acariciándose la barbita con la palma de la mano. En el fondo de su modestia y sencillez se adivinaba un filósofo sutil ó un pillo de siete suelas...

—¡Oh, la juventud!... La juventud es la edad generosa de las audacias...

—*Audaces fortuna juvat*—sentenció don Diego, cogiendo la ocasión por la melena—. Sin las audacias juveniles, no habría en el mundo progreso ni libertad...

Jorgito no desplegaba los labios, cosidos por la pícara timidez. Sentado al borde del amplísimo diván miraba á hurtadillas los muebles del aposento, los armarios llenos de libros, la mesa de traza elegante, los lienzos de moderna factura, bañado todo ello en el suave resplandor de un candelabro con ampollas esmeriladas.

Advertíase allí la mezcla de lujo y desorden, propia de un solterón de muchas campanillas y dineros, metido en negocios políticos, rodeado constantemente de parásitos, sumergido en las aguas turbias de una vida azarosa y febril. Cubierta estaba la mesa de revueltos papeles; por todos los rincones había ropas, objetos de uso doméstico, paquetes de periódicos, en peregrina confusión, y aun acertó á ver el

poeta una vaporosa *écharpe* de color de malva, tendida en el brazo de un sofá, huella reciente de mujer en el despacho del solterón insigne.

Puestos ya en pie los tres luchadores, despidiéronse de don Adolfo el joven Acuña y su mentor, supliendo Jorgito las palabras con un sin fin de reverencias y sonrisas.

—¡Eh! ¿qué tal?—decía don Diego, conforme bajaba la escalera—. Dime, Jorge, por tu salud, si has visto nunca un hombre más simpático... ¡Es un niño grande! Es todo corazón!... Eso le pierde... porque en este mundo no se puede ser tan liberal...

El coche de Araujo esperaba en la Puerta de los Abades. Iba el poeta á despedirse de don Diego, cuanto éste le invitó á subir:

—Vente conmigo... Cenaremos juntos en Miraflores... en los jardines de la Isabela...

—Es que...— murmuró Jorge muy triste — me espera mi hermana para cenar...

—No importa, mocito... Mandaremos un recado con el *groom*.

Y diciendo así, le empujó hacia la portezuela del carruaje, el cual, poco después, empezó á rodar blandamente sobre sus llantas de goma, por las alamedas de Miraflores.

Don Diego, que á pesar de sus muchos pecados y de su enfática tiesura no tenía mal fondo, se propuso en serio proteger al poeta. Este muchacho, de carácter infantil y excelentes aptitudes, tan modesto, tan dócil, tan fino, le llegó á sorber el seso. Trató Araujo á «su poeta», desde los primeros días, con paternal solicitud, entre pedante y cariñoso, riñéndole, eso sí, «cuando lo había de menester», pero hala-

gándole luego con lisonjas y finezas. Jorge, por su parte, que en poco tiempo se soltó á escribir, en verso y prosa, merced á su vivo ingenio, dióse á querer de todos los de *La Lucha*, pues por debajo de su timidez y falta de mundo poseía el muy gitanillo un arte natural para atraerse las voluntades.

Miraflores era el orgullo de Medina, la joya de sus barrios, el edén de sus playas, el espejo de sus jardines, el nido de sus deleites; arrabal de lujo y de placer, lleno de palmas y naranjos, de quintas y recreos; paraíso andaluz, eterna primavera, florentísima arcadia, valle feliz puesto entre los montes y el mar como un regalo de la divina Providencia.

Daba la luna á la sazón en las frondosas alamedas, abriendo un abanico de plata sobre el inmenso cristal de la bahía. Temblaba el espeso parque en el silencio de la noche, movido por la brisa y empapado del relente, con un dulcísimo rumor, mezcla de risa y cuchicheo, de voces secretas, murmullo de aguas y desperezo de hojas. De cuando en cuando el ruido de un carruaje, el estridor de un tranvía, la charla de las tertulias al aire libre, rompían el sosiego del apacible camino; mas se apagaban pronto en la blandura de los horizontes.

Abría Jorge la boca para respirar los frescos aires embalsamados de claveles, recibiendo la caricia del paisaje hasta emborrachar los sentidos. Recostado el poeta en el coche abierto, sobre los muelles almohadones, veía desfilar y resplandecer las aguas y las frondas, los pórticos de mármol, los jardines inundados de luna, los setos floridos, las glorietas y las terrazas, patios, cancelas, columnas y surtidores; el mar, abajo, quieto como un estanque, y arriba el cielo, henchido de estrellas parpadeando inmensamente...

Llegó en esto el coche á las puertas de la Isabela, parque de espectáculos, deleitoso recreo donde se congregaba, en las noches de estío, la sociedad elegante de Medina. Unos arcos voltaicos, encendidos entre la arboleda, señalaban el ingreso, en suave rampa, al centro de los jardines, animados á esta hora por alegre son de músicas y holgorios. Al extremo de una gran plaza de finísima arena levantábase un teatrillo, y más adelante había diversas recreaciones: montaña rusa, columpios, tiro al blanco y un laberinto, siempre poblado de risas y gritos de mujeres. A la orilla del mar estaba el hotel, especie de casino y hostería, con salas de juego, hermosa terraza y amplios comedores. Una multitud elegante y placentera llenaba los jardines y discurría por los umbrosos bosquecillos, por los suaves andenes, oyendo la música y disfrutando el grato frescor de aquella apacible noche de verano.

Don Diego escogió para cenar una linda glorieta, cerca de la playa y lejos del bullicio, donde sólo se oía el blando batir de las olas y el canto monótono de un grillo entre la espesura.

La impresión de esta cena íntima, recatada, familiar, en un escondite tan delicioso; el olorcillo de las viandas mezclado con el de las flores; el aspecto bonachón de Araujo, que se humanizaba siempre delante de un buen yantar, desataron la lengua de Jorgito con efusiones singulares.

—Yo nací para ser periodista... Jamás olvidaré que á usted le debo la revelación de mi verdadero destino... ¡Qué contento estoy! ¡Si á usted le parece bien, dejo el escritorio desde mañana y mando á paseo á esos mercachifles... ¡Tengo más ganas de perder de vista á Nilson y al majadero de

Rodríguez!... Pero mi hermana Carmen no mira con buenos ojos que yo sea periodista... ¡Valiente chifladura!

—¿Sabes, mocito, que están muy ricas las perdices?—interrumpió Araujo, chupándose los dedos—. El cocinero de la Isabela vale un Potosí... ¿Qué me estabas contando?... ¡Ah, sí, convenido!... Mas con ese pícaro genio no se va á ninguna parte... El periodista debe ser audaz, entrometido y estar penetrado de su alta misión... ¿tú me comprendes?... ¡Toma esa pechuguita, que es *boccato di cardinale!*... Pues sí; el periodista ejerce un sacerdocio... ¿Quieres te ó café? ¡No haría más un padre por un hijo!... Como te iba diciendo, te falta la costumbre, el hábito, la audacia... eso es... A tus años ya conocía yo la aguja de marear... ¿Tú me comprendes?... El sábado iremos á casa de Margarita Gelmírez para que veas el «gran mundo»... Margarita Gelmírez es una señora de gran experiencia... Su tertulia es un admirable observatorio, una escuela de mundología... ¡Mozo: café y coñac!... Pues sí; en casa de la Gelmírez harás curiosas observaciones, conocerás mujeres... Las mujeres le enseñan á uno á vivir; son las grandes maestras... para todo... Pero ten cuidado, ¿eh?, que tú eres un inocente y no quiero que aprendas de golpe todas las cosas...

Después de la opípara cena fuéronse al teatrillo á ver los bailes de cierta famosa danzarina que traía revueltos á los medinenses. Luego Jorge y su director subieron al hotel para echar una ojeada á la rueda de la fortuna. La gran sala de juego estaba de bote en bote: mozos elegantes y disipados; viejos encanecidos sobre el tapete verde; tipos de siniestra catadura; fisonomías alteradas; ojos brillantes; manos trémulas; una atmósfera pesada y acre de luces y de humo; un si-

lencio trágico, y la voz gangosa del *croupier* que repetía:

—Hagan juego... No va más...

Llamaba mucho la atención un joven forastero de rostro pálido y marchito, perfil de águila enferma y ojazos errantes y melancólicos. Vestía con suntuosa elegancia, todo lleno de gemas como un gran señor de Oriente, y jugaba tan recio, tan impasible y desdeñoso, que tenía pasmados á los tahures y mirones de la Isabela.

—¿Quién es ese príncipe ruso?—preguntó Jorge á don Diego con grande curiosidad.

—Es César de Carvajal... un personaje fabuloso... una especie de Montecristo... A ciencia cierta nadie sabe quién es... Vino ha poco de París... Por el nombre parece español; por el acento, francés; por su lujo, americano; por su tipo, un ave de rapiña...

Era pasada la media noche cuando volvieron al carruaje Acuña y su maestro. Ya sólo quedaban en la Isabela los veteranos del vicio y del insomnio, aves nocturnas de la crápula, gerifaltes del tapete verde y tórtolas del amor...

—Te llevaré hasta tu casa—le dijo don Diego al poeta—. ¡Cochero, al Postigo del Rey!

Estaba el camino de Miraflores todo blanco de luna, recogido en apacible silencio. Las soñolientas frondas despedían perfumes enervantes, vahos de tierra cálida y húmeda, respiración de flores, soplo estival de brisas desmayadas, hojas cubiertas por el sudor del rocío; efluvios de la playa y de los jardines, olores de resinas y de bálsamos. El mar resplandecía como soberbia túnica de raso y de plata.

Rasgó los aires el toque agudo de un clarín y cruzó, raudo como las centellas, un automóvil.

—Ahi va César de Carvajal—dijo don Diego—. Se habrá dejado en la Isabela una fortuna...

Iba Jorge á inquirir nuevos detalles del misterioso forastero, cuando se oyó un confuso vocerío, un rumor creciente de jácara y de fiesta en el blando silencio del arrabal. Poco después pasaron tres coches, abiertos á la luz de la luna; tres coches llenos de señoritos y de mozas alegres, con grande bulla de gorjas, risas y palmoteos. En uno de los carruajes acertó á ver el poeta... ¿á quién diréis?... á don Adolfo, al propio don Adolfo López de la Rúa, al varón insigne, envuelto, para mayor escarnio, en un mantón de Manila, y empuñando, á guisa de cetro, el mástil roto de una guitarra.

Afortunadamente para la moral ya un poco descaecida de Jorge, éste no vió ni supo que los alegres compadres con quienes don Adolfo iba «de juerga», en compañía de unas mozas del partido, eran nada menos que el jefe de Policía, el presidente del Concejo y varios ediles y diputados de Medina del Mar...

V

LOS SÁBADOS DE LA CELMÍREZ

Noche feliz é inolvidable, noche de aventuras románticas, aquella del sábado en que entró Jorge de Acuña por las doradas puertas del «gran mundo», según decía su mentor!

Al llegar al hotel de Margarita pareció al novel poeta que traspasaba los alcázares de la gloria y que don Diego era una especie de semidiós ó rey mago; quizás la propia Minerva en figura de caballero andaluz, ó el padre Ulises con sombrero de «jipi», calcetines de seda y chaleco de fantasía. Y en la bóveda celeste, de terciopelo azul, temblaba un gran lucero, tal vez la estrella de los altos destinos.

Una gentil criada, linda como un clavel, abrió la cancela y acompañó á los visitantes. Atravesaron el jardín, húmedo y apacible, lleno del blando rumor de aguas y frondas, y subieron por breve escalinata de mármol hasta el vestíbulo, que despedía en las sombras de la noche vivísima claridad. Luego, al cruzar el patio, de bella traza morisca, y penetrar en las estancias y ver allí tal profusión de luces y espejos,

creyóse el joven luchador en uno de aquellos palacios maravillosos descritos con rútilo pincel en cuentos y novelas.

Iba el mozo pisando despacito, con el pecho anhelante y las piernas temblonas por el miedo de parecer torpe, de escurrirse en el tillado lustroso y derribar algún mueble. La emoción y la timidez le ahogaban. Tales sorpresa y turbación sentía, que estuvo á pique de meterse por la luna de un espejo; mas la doncella, sonriendo levemente, le mostró el camino al través de las lujosas habitaciones.

Se miró en otro espejo, y al verse tan pálido y ruin, sintió vergüenza de su propia timidez, y más vergüenza todavía de su trajecito de alpaca, de las botas de elásticos, de las menguadas prendas con que se presentaba «en sociedad». Iba á hacer la triste figura...

—¡Bah!—dijo al fin—. Los luchadores, los artistas no tenemos la obligación de ser elegantes. La pobreza es la hermana del talento...

Pensando de esta suerte, avanzó con soltura detrás de Araujo; mas de pronto oyó un cercano rumor de conversaciones y de risas; vióse á las puertas de una sala llena de gente, y allí acabó de perder los bríos. El trance no era para menos. Daba ya el primer paso en una existencia nueva, de lujo, de placer, de celebridad... ¡El sueño dorado de su ambiciosa juventud!

Hallóse, sin saber cómo, delante de una señora muy alta, gruesa, rubia y emperejilada, que sonreía con finísima urbanidad, enseñando unos preciosos dientes de marfil. Aunque la dama era vieja y un puro dengue, pareció á Jorge en aquel instante el dechado de la pulcritud, de la elegancia y la hermosura.

—Aquí tiene usted, Margarita—pronunció don Diego, muy meloso—, á Jorge de Acuña, mi poeta..., el niño mimado de la redacción... Es algo corto de genio; pero vale un Potosí...

Miró la señora al mozo con singular complacencia, al través de unos impertinentes. Jorge tendió la mano temblorosa, no sabiendo qué decir, sofocado de rubor.

—¡Cuánto placer!—exclamó la arrogante dueña, con voz opaca y quebradiza, y retuvo en sus dedos muelles la diestra tímida del mancebo—. Ya le conocía por sus versos y crónicas de *La Lucha*... ¡Bien venido á esta casa el admirable poeta!

Jorge se puso encarnado como la púrpura, sin acertar á responder; sentíase envuelto en la mirada tenaz de aquella señora y examinado de pies á cabeza por todas las gentes que llenaban la sala.

—¡Qué jovencito!—añadió la Gelmírez—. ¡Qué simpático!... Llegará muy lejos...

Estas últimas palabras se le quedaron á Jorge prisioneras en los oídos, como rumor de perlas en hojas de oro. Aturdido y embelesado, sufrió otras muchas presentaciones, murmuró torpemente algunas frases y sentóse, al fin, donde le dijeron: entre la dueña de la casa y una joven guapísima, que se llamaba Raquel. Esta vecindad y algunas miradas furtivas y maliciosas de don Diego, acomodado cerca del grupo, concluyeron por confundir al poeta; mas poco á poco el fresco vientecillo que entraba por las ventanas, el rumor de las conversaciones, la llaneza y familiaridad con que todos le atendían, como si de antiguo le conociesen, fueron parte á encubrir su timidez. Comenzó á mirar en torno suyo, á desentu-

mecer la lengua y á observar disimuladamente las personas y las cosas que le rodeaban.

Advirtió, con cierto leve desencanto, que no era, ni mucho menos, oro de ley todo lo que allí relucía. La rubia matrona tenía pintados el rostro y los cabellos; mirándola de cerca parecía un maniquí lleno de artificios y perejiles; sus maneras y conversación pecaban de libres y vulgares, y aun solía arrastrar un poco las sílabas hablando, como si fuese postiza la preciosa dentadura. Vestía de un modo peregrino, con mucho alarde y afectación; mal recatada la carne fofa entre gasas y livianas telas, cuajados los dedos de sortijas y a piel de adobos y afeites. Sobre el pecho enorme, sostenido á fuerza de habilidades, atraía los ojos con violencia una rosa encarnada, del tamaño de un corazón.

Los contertulios no eran ciertamente de la mejor sociedad. Había allí tres ó cuatro señoras con aire de cortesanas, muy vivas de genio y de lengua, que charlaban de todo sin grandes miramientos y cruzaban las piernas como los hombres. La vecinita de Acuña, la bella Raquel, parecía la más honesta y prudente; su rostro dulce y juvenil, sus ojos verdes, el talle esbelto, la voz delgada, los cabellos de oro, daban una impresión de finura y doncellez, de encantadora ingenuidad.

Bajo la luz cruda del salón, aderezado con presuntuosa rareza, advirtió Jorge la presencia de unos tipos estrafalarios, insolentes y bulliciosos, que solían concurrir al café de la Castaña y á la «cazuela» de *La Lucha*, artistas «bohemios», gentes de dudoso oficio que hallaron siempre hospitalidad y mesa pródiga en los saraos de la Gelmírez. Allí estaba Juan de Tarfe, adusto y silencioso, dibujando en las hojillas de su

carnet caricaturas feroces que luego pasaban de mano en mano, entre chistes, protestas y carcajadas. En el centro de aquella singular tertulia descollaba un señor anciano, de barbas fluviales y quevedos de oro, tipo respetable y aseñorado que hablaba con voz recia y majestuosa. Llamábase don Efrén y le oían todos como á un oráculo, repitiendo sus sentencias, pues era harto grave y sucinto.

Vió Jorge también á Manolo Agüera, Magín Ramírez y otras personas conocidas, «compañeros de redacción», y, por último, sentado muellemente en un cojín, á la vera de Tarfe, cruzadas las piernas sobre el suelo... un moro, un moro principal, de bronceada tez, barbas negras y blanquísimo albornoz, que fumaba en pipa y sonreía socarronamente.

—Es Muley Safar—dijo al oído de Jorge la damisela rubia—, un mercader tetuaní que tiene ahora negocios con don Efrén y la Gelmirez... Es un hombre listo y muy culto... Ha recorrido toda Europa y nos hace pasar unos ratos deliciosos.

Pasmado estaba el ingenuo poeta de las novedades y extravagancias que veía, pareciéndole, con todo, que aquel salón lleno de muebles raros y de tipos heterogéneos, semejante á la cámara de un buque, al comedor exótico de una fonda, era la flor y nata de la «buena sociedad» medinense.

La voz de Margarita, voz de campana rota, se oía sin tregua en el bullicio de la tertulia, sosteniendo todas las conversaciones, y solía resolverse en un reir jocundo, sardesco y áspero como redoble de atabales. La obesa jamona era locuaz y alegre, lo mismo que una plebeya de quince abriles.

—Siga usted, Magín—decía, pegando la hebra de la inte-

rrumpida conversación—, siga usted contándonos las singulares aventuras de ese magnífico doncel... ¿Cómo se llama?

—César de Carvajal.

En oyendo este nombre callaron los contertulios y reinó en la sala un gran silencio.

—César de Carvajal... ¿Español?

—Hay versiones para todos los gustos—respondió Magín Ramírez con su agudo falsete—. Dicen unos que es japonés, de la familia del Mikado, y que su verdadero nombre es Takú... y añaden que trae cierta misión secreta del imperio del Sol Naciente... Otros afirman que es un príncipe de la India, un poderoso rajá... No falta quien le hace reyezuelo ó cacique en Oceanía... Por último, aseguran que es un judío portugués, poseedor de minas de oro en el Brasil... ¡Averígüelo Vargas!

—Yo presumo—agregó Juan de Tarfe con mucha solemnidad—que es un mago, un brujo, un ente fabuloso... Quizá el marqués de Villena... Tal vez Apolonio de Tiana... Acaso el Preste Juan de las Indias ó Cagliostro el semidiós... Mefistófeles, el Judío errante, el Anticristo, el Diablo Cojuelo, Lucifer ó Belcebú...

—¡Qué horror!—dijo la dama, deshaciéndose en melindres.

—Nuestros cronistas de salones—pronunció Manolo Agüera con su habitual petulancia—no están bien informados. Esas cosas que refieren son invenciones del vulgo... ¡Así se forjan las leyendas!... Carvajal... ¿saben ustedes?... no es ningún personaje fabuloso, ni siquiera un héroe de folletín... no, señor... sino un advenedizo con manía de grandezas... ¿verdad?... Su padre era un indiano español, un bu-

honero de la Alpujarra que emigró al Nuevo Mundo... ¿saben ustedes?... Y de unos amores bárbaros que tuvo el alpujarreño con una indígena del Perú nació el joven César de Carvajal... ¡Ni más ni menos!... ¡Lo sé de buena tinta!... Muertos sus padres, y de muy mala manera, embarcóse el mestizo con rumbo á la vieja Europa y... ¡claro está!, fuése á París... ¿cómo no?... á derrochar allí la salud y el oro... Porque, eso sí: es inmensamente rico... Más tarde vínose á España por mandato de los médicos, y ahora busca en Medina su puerto de salvación... Bueno, pues...

—¡No sigas!—dijo con sorna Juan de Tarfe —. ¡No sigas, joven desfacedor de leyendas! Ya le has quitado al príncipe la corona y el manto... ¿Es que quieres dejarle en cueros vivos, y delante de señoras?

—Bueno, pues...—continuó Manolo impasible—. Yo no niego que á pesar de todo... á pesar de su origen tan... ¡vamos!, tan poco distinguido... César es muy culto, muy elegante... ¿verdad?... muy *chic*, ¿saben ustedes?... Se ha educado en Europa; no carece de talento; habla el francés, el inglés, el español... y el esperanto... Es muy artista, muy fino... ¿verdad?... un hombre de mundo.

—¿Y tiene tanto dinero como dicen? -preguntó una señora de ojos saltones y nariz agresiva, que no perdía ripio de la conversación.

—Psé... ¡una friolera de millones!... No ha hecho más que llegar... vea usted... y ya, pues nada, ¡fíjese! ha comprado la Almanzora... ¡un sitio regio!, ¿verdad?... ¡Doscientos mil duros! ¡Un millón de pesetas! Y eso es un capricho... ¿sabe usted?

A la curiosa dama se le salían los ojos de las órbitas; Mar-

garita Gelmírez asía los impertinentes, cual si quisiera ver mejor aquel río de oro; don Diego Araujo olfateaba como un lebrel; todos los contertulios, menos Juan de Tarfe, encendidos por la fiebre, se sintieron hechizados al oir las palabras maravillosas. Un capricho: un millón de pesetas... Doscientos mil duros...

Jorge escuchaba con atención, recordando al ilustre forastero, tal como le vió noches atrás, fastuoso lo mismo que un antiguo virrey, con los dedos cuajados de brillantes, la tez pálida y marchita, la nariz de cóndor y los ojos de gacela: estampa de un infante precoz, enfermo y libertino. Pero al buen Acuña le interesaba con más fuerza la gentil persona que tenía al lado, la donosísima Raquel: mirábala á hurtadillas, respirando con deleite el suave aroma de heliotropo que se exhalaba de los vestidos de la joven y asociaba en la fértil fantasía los encantos de la rubia damisela y el millón de la Almanzora...

—Yo he conocido un César de Carvajal—dijo el moro en «correcto andaluz»—. Fué en París, hace dos años.. Dió mucho que decir por sus «juergas» y amoríos... Era un «pirandón»...

—Quien debe saber su vida y milagros—repuso Magín—es Arístides...

—¿Arístides?—preguntó con viveza Margarita—. ¡Cómo! Pues ¿ya le conoce?

—Y hasta le tutea.

—¡El mismo diablo es Arístides!... ¡Calla! En menta ndo al ruin de Roma...

Hubo un movimiento de expectación en la sala. Arístides apareció en la puerta, altivo, sonriente, hecho un brazo de

mar. Venía con él un caballero muy atildado, bajito, grueso, panzudo, calvo y radiante como una bola de marfil.

—¡Arístides! ¡Pepe! — exclamó la Gelmírez, palmoteando de júbilo—. Pero ¿cómo venís tan tarde?

—Ahí verás...—dijo el señor de la calva deslumbradora—. Estuvimos con César, con el gran César... hablando de negocios... Íbamos á cenar con él, cuando ¡maldita casualidad! se atravesó Polo Silva y... ¡calla! que ahí viene...

—¿Quién? ¿César?

—No, mujer. Polo Silva.

—¡Hombre más indiscreto!... Pero, contadme... ¿Cómo habéis conocido á César?

—Es amigo de Arístides, amigo de la niñez... ¡vamos!... de la primera juventud... Pero ¡qué gran caballero es el señor de Carvajal!... ¡Un César del siglo diez y seis!... ¡Un fenómeno! ¡un verdadero fenómeno!

—¿Tan feo es el infeliz?

—¡Qué ha de ser feo... teniendo tantos millones!... Si es más gracioso, más elegante y más... Quiero decir que es un prodigio de talento, de finura, de...

—¡Gracias á Dios que hallé un hombre cabal!—exclamó Polo Silva, aparaciendo en la sala—. ¡Un indio! ¡un indio bravo que viene á dar lecciones á los tontos europeos!... Aprende, Manolito, aprende... Hazte amigo de César, á ver si dejas de ser cursi...

La Gelmírez, con tan gratas novedades, se olvidó del pobre Acuña; mas al poco rato hizo las presentaciones:

—Mi primo Pepe Antún...

—Sobra una ene — murmuró Polo Silva al oído del vate.

—El señor don Arístides García del Castañar... distinguido *sportsman*...

—Que quiere decir... vago de nacimiento.

—El joven poeta...— al llegar aquí la Gelmírez olvidó el nombre . Pero no hay que decir cómo se llama. ¿Quién no le conoce y le admira? Es el autor de los versos de *La Lucha*... ¿sabéis?... Un futuro Camprodón.

Camprodón era el ídolo de Margarita. ¡Cuántas lágrimas no había derramado ella, en sus verdes tiempos, al oir

Si oyes contar de un náufrago la historia!

—A ver, Arístides—dijo don Diego cuando todos se hubieron sentado—, ¡noticias! ¡vengan noticias!

—¡Sí! ¡sí! — añadió la dama de los ojos saltones —. Aquí estamos pendientes de sus labios...

Polo Silva murmuró algunas palabras que, por fortuna, no se oyeron bien.

—Diga cuanto sepa y parezca de ese enigma viviente, de ese famoso Carvajal — concluyó en tono jurídico el de las barbas fluviales.

—¡Amigos míos!—pronunció al cabo Arístides, pavoneándose con orgullo—. La vida de ese mozo es enteramente una novela...

Calló un instante para excitar con más brío la curiosidad del auditorio. Sacó la petaca, encendió un cigarrillo y se acomodó en la silla, todo con mucha pausa.

—Pues señor...— dijo por fin — César de Carvajal vino á este mundo en el antiguo imperio de los Incas. Era el padre un hidalgo andaluz, un varón á la antigua española, digno de haber militado con Farnesio en Flandes, con Gonzalo de

Córdoba en Italia, con el «Marqués» en el Perú... Llamábase Francisco de Carvajal; acaso nieto de aquel rayo terrible de la guerra á quien apellidaron el *Demonio de los Andes*... Capitán y poeta, como Ercilla; aventurero, como los Pizarros y Orellanas; amigo de las tormentas, como Alvar Núñez, corrió el mundo á su sabor mi buen Francisco de Carvajal; y unas veces soldado, otras pirata, mercader y explorador á un tiempo, metido en guerras y negocios, en empresas y hazañas increíbles, derrochó la juventud, la sangre y el dinero lo mismo que un virrey... ¡Era un hombre que, á nacer tres siglos antes, en el apogeo español, viviera todavía en lenguas de la fama, y tuviera un capítulo de oro en la *Historia* de Solís ó en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Pero nacido en tiempos desastrosos, vivió casi siempre fuera de la ley, errante, perseguido, en lucha con media humanidad, hasta que un día...

—¿Dónde has leído todo eso? — dijo Polo con sorna —. Este muchacho es una enciclopedia...

—¡Este muchacho es un artista!—afirmó Juan de Tarfe con brío —. Él viene á restablecer la leyenda del famoso Príncipe, destruída por un fatuo con humos de intelectual... Sigue, Arístides, con esa historia, que si *non è vera*... ¡vive Cristo! *è ben trovata*...

—Todo ello es cierto como la luz...—añadió Arístides—. Aseguran los tontos que la vida no es una novela: pues ¿qué son las novelas sino pálidos reflejos de la vida?... En fin, vuelvo á mi historia... Hallábase Francisco de Carvajal en tierras del Potosí, cuando topó con una india cuzqueña de singular hermosura, una virgen del Sol, en cuyas venas hervía la sangre de los viejos emperadores. Fruto de las bodas

del hidalgo andaluz y de la hija del Sol fué César, el cual, para mejor augurio, vino á nacer en la famosa Jauja, provincia frontera de El Dorado insigne... Poseía entonces Carvajal grandes haciendas, rebaños de alpacas y de vicuñas, minas de plata y oro en el Cuzco y edificios suntuosos en la Ciudad de los Reyes; vivía feliz como un Inca del siglo de Ollantay, pero su dicha le duró muy poco. Padecía el mal de la inquietud; era uno de aquellos leones del siglo XVI, que al derribar la presa la dejaban medio viva para hundir las garras en otra, con más hambre del manjar dudoso que del festín ya cierto; metióse el hidalgo en nuevas aventuras, y murió trágicamente en tierras salvajes, á manos de indios feroces. Muerta su esposa también, quedó el joven César de Carvajal huérfano, libre, con muchos millones y pocas primaveras, hermoso y alegre como un niño bárbaro... Lanzóse al mundo con el ansia del cachorro en sus primeros ímpetus, sediento de goces y novedades...

—¡Llaneza, muchacho!—dijo Polo Silva á esta sazón—. Que todo se te va en retóricas.

—¡Llaneza! Y ¿para qué?... ¡Bendita sea la retórica! Es la retórica en la palabra como vestido en el cuerpo de una noble doncella: realza su hermosura y defiende su honestidad. La llaneza es común al querube y al jumento. En cambio, el artificio...

—¡Es común al hombre y á la zorra!—exclamó Polo Silva.

—El bello artificio—repuso Arístides, altanero— es la corona de la naturaleza. Yo no admiro al jayán que extrae el diamante de la mina, sino al lapidario que lo talla y apura y engarza en oro y enciende en sus facetas las vivas lumbres del sol...

—Pero, al fin y al cabo—interrumpióle Manolo Agüera—, tu cuento no difiere gran cosa del que yo conté. Es el mismo, un poco adornado...

—¡Naturalmente!—replicó Arístides, que no podía ver á Manolo ni en pintura—. Mas ¿qué vale la realidad sin un poco de imaginación? Los necios vestidos de intelectuales quieren la vida sin adornos, las palabras sin retóricas, el arte sin fantasía; prefieren la carne cruda, como los brutos, sin la gracia de la sal ni la industria del cocinero...

Polo Silva y Manolo Agüera, unidos y conformes por única vez en su vida, respondieron al punto; pero Juan de Tarfe les atajó con voz recia:

—¡Bravo, Arístides!... ¿Qué pueden hacer los asnos cuando cantan los ruiseñores?... Sigue tu historia, que aquí estoy yo para ponerle, si es preciso, una contera de brillantes...

—Pues, como iba diciendo..., quedó el mozo huérfano y libre, vivió á sus anchas en Europa, bajo la tutela de un inglés que le robó lo que pudo, satisfaciendo á cambio sus menores caprichos; visitó los lugares del lujo y del placer; frecuentó la «buena sociedad»; viajó por Oriente; puso casa en París... Llegando luego á la mayor edad, vínose á España por recomendación de los médicos y por el ansia que él tenía de conocer la tierra de su padre. Tomóle él gusto á Madrid; pero, cada vez más delicado de salud el pobre mozo, se retiró á Medina del Mar... Es un niño enteramente, voluble, inquieto, vicioso y triste en el fondo; pero muy cortés, amigo del Arte, del lujo, de las bromas, de los festines, de las mujeres... Hay en su corazón una veta de fuerte melancolía, acaso la tristeza que llora en las flautas de los Incas errabundos y algo también de la inquietud paterna, de la pa-

sión y el hambre de aquel aventurero indómito... Conocí á César en Italia...

—Pero, ¿cuándo estuviste en Italia?—preguntó Juan de Tarfe, pasmado ya de la «imaginación» de su amigo.

—En tiempos de Nerón—dijo Polo Silva.—¿No os acordáis de Petronio?

—*Arbiter elegantias*—añadió Araujo, que solía estropear los latines que decía.

—¡Cállate, envidioso! replicó Silva, haciendo blanco.

—Pues, sí, en Italia...—siguió Arístides, que tenía mucha correa y oídos de mercader . ¡Qué viaje, amigos míos! Roma, Venecia, Nápoles, Milán... Después fuimos á Oriente. ¡Oh, los encantos de Atenas y Stambul, la salida del sol en el Cuerno de Oro, los misterios de la India, los paseos en elefante al pie de las pagodas de Benarés...

—¿Y César?—interrumpió Margarita, impaciente.

—Volví con él á París... ¡qué vida! Alquilamos un hotel en los Campos Elíseos... Me río yo del Nabab...

—Pero, diga usted—preguntó la señora de los ojos saltones—. ¿Cuál es el origen de esa fortuna?

—¡Oh! repuso Arístides con aire misterioso . ¡Cualquiera lo sabe! Eso ya se pierde en la noche de los tiempos...

—¡Yo os lo diré!—exclamó Juan de Tarfe con voz cavernosa.—¿Recordáis la conquista del Perú?

—Yo era entonces muy niño—respondió Silva con una mueca.

—En serio... ¿Recordáis la prisión y muerte del príncipe Huáscar por orden de su hermano el astuto emperador? Cautivo Atahualpa de Pizarro, envió mensajeros por todas las tierras del Perú, á fin de juntar oro con que pagar el rescate,

y temeroso el Inca, al propio tiempo, de que su hermano Huáscar le arrebatase el trono, excitando la codicia de los conquistadores con las fabulosas riquezas que poseía, le mandó matar... Pero la Providencia se encargó de vengarle... Cayó el imperio de los Incas; murió Atahualpa en garrote vil; perecieron también los Pizarros, víctimas de su propia ambición; manchóse el oro con la sangre de incas y españoles: ¡las riquezas de Huáscar, los auríferos tejuelos, brazaletes, moscadores y ventalles de oro y plumas, las ajorcas, los penachos, las vajillas, las coronas de esmeraldas, la serpiente de oro puro que la madre de aquel príncipe mandó labrar, en memoria de su dichoso natalicio, una culebra de setecientos pies de longitud y gruesa como una serpiente boa... todo quedó sepultado en las entrañas de la tierra, más piadosas á veces que las entrañas de los hombres!... Durante cuatro centurias, el tesoro de Huáscar fué pesadilla, acicate y desesperación de indígenas y forasteros, engaño de bobos y perdición de listos, germen de discordias, manantial de fábulas, anzuelo de «negocios» en cárceles y galeras; hiciéronse excavaciones en las selvas vírgenes, en las montañas, en los ríos; se derribaron pirámides, templos, sepulturas; se profanaron las ruinas del viejo imperio del Sol... Todo inútil: los tesoros del Inca permanecieron impenetrables...

Los contertulios de la Gelmírez escuchaban trémulos, poseídos de la fascinación del tesoro singular. Juan de Tarfe, que poseía una elocuencia grave, satírica á veces, pero más espontánea y profunda que el conceptuoso y florido verbo de Arístides, tendía los brazos con la majestad de un viejo rapsoda.

—Corrieron los siglos... Una noche la mujer de Francisco

Carvajal, la india cuzqueña, se levantó como sonámbula, se puso á bailar desaforadamente y á decir cosas fuera de razón. Túvola su marido por loca; pero ella, al fin, con más prudentes argumentos, le instó á salir al campo y aun le hizo beber unas copitas de *tonga* para rendirle la voluntad... Anduvieron los dos un buen espacio por aquellas benditas tierras de Jauja, hasta llegar á un antiguo cementerio. El español se daba á todos los demonios por el capricho de su mujer, yendo tan á deshora á visitar sepulcros; pero la india, alzando la tapa de uno de ellos, se deslizó por la fosa tranquilamente, mientras decía á su marido: «Espérame ahí si tienes miedo, que yo voy á buscar el tesoro de Huáscar...» «¿Miedo yo? —repuso el hidalgo andaluz —. ¡Voto á Cristo que allá voy, aunque sea á los infiernos!» Y sin más repulgos, hizo la señal de la cruz y se metió en la fosa detrás de su mujer, la cual llevaba á prevención un farolito. Arrimó la luz á las paredes de la fosa; pronunció en lengua quechúa unas palabras, y por ensalmo abrióse el muro, dejando al descubierto una caverna con muchas galerías, según luego se vió. «¡Jesús, y adentro!», dijo el andaluz, lo mismo que el montañés. En el fondo de la caverna sonaba un rumor, como de olas del mar, un sordo zumbido semejante al que vibra en los caracoles. «¡Caracoles!», refunfuñó también el hidalgo al meterse en tenebrosa galería y correr detrás de la cuzqueña como alma que lleva Lucifer, tropezando á cada instante, pues la luz del farolito alumbraba en las tinieblas lo mismo que un fuego fatuo. «Aquí es», dijo de pronto la del Cuzco. Repitió el sortilegio, y... ¡zas!, se desgarraron las paredes, se abrieron dóciles las rocas, y apareció un inmenso recinto de oro y gemas, grande como una catedral, resplandeciente como el

sol... ¿Quién podría describir las riquezas de aquella gruta maravillosa, los vasos de oro y plata, las rutilantes pedrerías, las joyas, las telas, plumas, pieles y aderezos magníficos del viejo imperio del Perú? Allí estaban como en cifra y resumen los espléndidos tesoros de El Dorado, Jauja y Potosí; los caudales insignes que movieron la codicia española, y corrompieron la austeridad de la raza, y fueron pago á nuestra sangre... ¡á la sangre sin precio de los hijos del Cid Rodrigo de Vivar!... Allí estaba la culebra de oro del Inca, la serpiente boa que destruyó á dos pueblos, el símbolo de las ambiciones crueles, enroscada en los muros del trágico y sublime panteón; allí, sentados en sus tronos, los antiguos emperadores, las momias seculares, sombras de antaño con apariencias de vida; allí los esqueletos mezclados con el oro, la ceniza con las piedras preciosas, los cráneos amarillos empenachados de plumas; las vacías órbitas, las quijadas hueras, con incrustaciones de esmeraldas y rubíes: la vanidad de los tesoros de este cochino mundo, resplandeciendo en el regazo de la muerte...

—¡Por Dios, amigo Tarfe—clamó la dama de los ojos saltones—, que me voy á poner mala!

—¡Y yo también!—dijo Margarita ·. ¡Bien podía usted contar cuentos más alegres!...

—Buen vermú para la cena—añadió Polo Silva, frotándose las manos—. ¡Hay un olorcillo á cadáver!

El moro sonreía con fruición, envuelto en azules bocanadas de humo. Los cadetes de la Garduña aplaudían á rabiar. La damisela de los ojos verdes, mirando á Jorge con ceñuelo infantil, movía donosamente el abanico.

—Este Juan de Tarfe—aseguraba Arístides embelesado—

vale más que los tesoros de Huáscar... Es un maravilloso narrador; tiene en la lengua los pinceles del Veronés...

—Más le valieran—repuso Polo—si los tuviese en las manos... Pero le pasa lo que á ti: toda el alma se os va por la boca.

—Tienes razón. Nuestro reino no es de este siglo. Hemos nacido demasiado tarde.

—Ó demasiado pronto.

—Y bien, ¿qué sucedió?—preguntaba don Efrén—. ¿Qué le pasó á Carvajal? Supongo que se llevaría el oro y dejaría los esqueletos.

—Lo mismo que tú—dijo Silva entre dientes.

—Sí, señor—repuso Tarfe—; pero aquel oro le trajo á la par la fortuna y la desgracia. La maldición de los dioses incas hirió con venganza formidable á los profanadores de sepulcros: la esposa del hidalgo murió á los siete días llena de úlceras, manando sangre por más de cien bocas que en la carne se le abrieron; el pobre Carvajal, según ya se dijo, pereció en la hoguera poco después, y sirvió de festín á los caníbales... Y colorín colorao... ¡Sólo me resta pedir al cielo que la terrible «maldición del oro» no alcance nunca á mis amigos!

—Para maldiciones, la tuya...—dijo Polo Silva de repente—. ¡Esa es gitana... y del Perchel!... Yo, en cambio, te deseo la bendición del cobre y de la roña... Que todo el oro que ganes se te vuelva ochavos morunos... con perdón de Muley Safar...

—¿Quién habla de ochavos?—repuso el infiel marroquí—. ¡Viva el oro, aunque sea inglés!

—Poderoso caballero—recitaba Silva, con las manos puestas en los bolsillos vacíos.

—¡Mintió Quevedo como un bellaco!—pronunció Tarfe—. El oro es tristeza y servidumbre... Epicteto, el esclavo, fué más feliz que todos los Césares... ¡Viva la pobreza, que es alegría y libertad! ¿Para qué les sirve el dinero á los pobres de espíritu?

—Y ¿para qué les sirve el espíritu á los que no tienen una perra gorda?—respondió Silva al instante.

Corrían vientos de discusión; mas don Efrén, el hombre grave y lapidario, levantóse con mucha solemnidad.

—Adiós, Margarita... Los imperiosos deberes...

—Pero, ¿no se queda usted á cenar con nosotros?...

—Imposible... El caduceo de Mercurio me aparta esta noche de la dulce compañía de las Musas... Harto lo siento, señora; pero la obligación es antes que la devoción.

—¡Ah, miserable!—dijo Silva, al salir el hombre del caduceo—. ¡Truhán... verrugo... y, por contera, cursi! Que todo el oro se te vuelva azogue, para que vayas al infierno con el baile de San Vito...

Despidiéronse después Manolo Agüera, Magín Ramírez y otros contertulios. Jorge hizo ademán de partir; pero la dueña de la casa le estorbó su intento.

—¿Cómo se entiende? El poeta honrará mi mesa esta noche... Dé usted el brazo á Raquel... Vamos á la terraza.

Se organizó la comitiva. Delante, la Gelmírez del brazo de Araujo; detrás, la de los ojos saltones, acompañada de Arístides; otra dama, jamona y repolluda, con Pepe Antún; Raquel y Jorge; el moro y una arrogante morena de tipo señorii; á retaguardia Silva, Tarfe y sus cadetes de la Garduña. Habían puesto la mesa en una terraza sobre el mar, sitio deleitoso que ni pintado para un idilio. Las aguas rompían

blandamente en la orilla, con dejos de barcarola y de suspiro, y el fuerte olor de la ribera se mezclaba á los aromas del jardín. Un emparrado, sostenido por rústicos pilares, cubría casi toda la terraza; las bombillas de luz eléctrica, medio ocultas entre las hojas, alumbraban suavemente la mesa central, vestida de blanco mantel y dispuesta ya para el alegre regodeo.

Jorge de Acuña, el tímido luchador, iba llevado de su gentil pareja sin atreverse á mirarla, lleno de vergüenza y de orgullo, ebrio de emoción y de felicidad. Sentía en su brazo trémulo la blanda presión del brazo de Raquel, y, en el ambiente que respiraba, el suave olor de heliotropo que despedían los vestidos de la joven.

¡Qué fisonomía tan dulce y angelical! ¡Qué aire tan recatado y honesto! La cabeza, rubia como el trigo; las pupilas, verdes con estrellitas de oro; la boca, de fresa; los dientes, blancos y menudos; las manos, finas; el cuerpo, esbelto y gracioso; la voz, delgada, llena de mimos y ternuras. ¿Cómo esta dulcísima Ofelia vino á dar en los salones de la Gelmírez?

Lisonjeada, sin duda, por la admiración tímida y silenciosa de Jorge, hablábale con cariño fraterno, como en tono de confidencia; y él, animado por las dulces palabras, dichas con leve acento exótico, llegó á expresarse con mayor serenidad.

—Nací en París—dijo Raquel, contestando á una pregunta del poeta—. Pero me crié en España y soy española de corazón.

Movidos ambos del mismo impulso, se asomaron al mar.

—¡Qué tranquilo, qué inmenso! pronunció la francesita,

con un fuerte suspiro—. Dan ganas de dormir en él para siempre...

Miró con ansia las olas perezosas que morían al pie del jardín; contempló luego la graciosa curva de la bahía, los hoteles de Miraflores, las luces lejanas del puerto, el resplandor de la ciudad, el mar confundido con el cielo en la sombras impenetrables.

—Parece mentira dijo al cabo—que siendo usted tan joven, casi un chiquillo, sepa hablar al alma de una manera tan profunda...

—He sufrido mucho—respondió el poeta, con cierta afectación—. Me eduqué en la escuela de la desgracia...

—¡Yo también! - exclamó la damisela, poniendo los ojos en blanco—. *¡J'ai trop vécu... hélas!*

—¡Basta de idilios!—dijo de pronto Margarita, interrumpiendo á los jóvenes—. ¡Á cenar tocan!

Logró Acuña sentarse al lado de Raquel y á cubierto de las miradas de Araujo, que daban pábulo á sus confusiones. Aún tuvo la suerte de esquivar á Polo Silva, con lo que se juzgó feliz enteramente. Acomodado entre Raquel y la de los ojos saltones; de cara al mar y á la arrogante morena, se abandonó á la impresión deliciosa de aquellos placeres para él tan nuevos y vírgenes.

Al principio de la cena se habló poco; los comensales hicieron los debidos honores á las viandas, servidas con generosa largueza, ya que no con excesivo refinamiento. Sólo se oía, de cuando en cuando, el ronco atabal de Margarita ó alguna sandez de la cosecha de Pepe Antún. Tarfe metía hasta las barbas en el plato, y Polo Silva, con ser tan ruin, le hacía la competencia á Gargantúa. Jorge, desviviéndose por

servir á Raquel, se contentaba con el olor del heliotropo.

Mediada la comida, empezaron los vinos á desatar las lenguas, pero sin salirse del terreno de lo cortés. Mas, poco á poco, las bocas se soltaron, los semblantes se tiñeron de púrpura, chispearon los ojos, alzáronse las manos, y un rumor creciente de voces y de risas quebró el silencio de la terraza. Polo Silva y Juan de Tarfe dieron la señal de los brindis bufos, de las ardientes paradojas, de los chistes envenenados. Se habló mal de los ausentes y aun de los presentes, en una mezcla detonante de agudezas y tonterías; se discutió á voz en cuello todo lo humano y lo divino. La dama de los ojos saltones, que resultó al cabo literata, charló con impetuosa vehemencia del amor libre, de la conciencia libre, del pensamiento libre y de todas las libertades habidas y por haber. Pepe Antún sacó á relucir las formas de gobierno y se declaró, entre copa y copa de vino, republicano conservador. Diego Araujo hizo, por centésima vez, profesión de fe política.

—Yo soy liberal, demócrata, progresivo... ¿ustedes me comprenden?... Quiero la monarquía, eso sí, que representa el orden, la paz... pero quiero también la separación de la Iglesia y del Estado... la libertad absoluta de cultos... la soberanía del poder civil... Es menester «europeizarse»... ¿Ustedes me comprenden?

—Aquí, lo mejor—dijo uno de los próceres del cafetín de la Castaña—es una dictadura... una dictadura inteligente... El pan en una mano y la estaca en la otra...

—¡Viva la anarquía!—gritó Juan de Tarfe, con voz estentórea.

—¡Viva César de Carvajal!—exclamó Polo Silva, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Vivaaa!—respondieron á coro los comensales, entre grandes carcajadas.

Polo se había levantado de su asiento y no cesaba de hablar ni de beber. Sentóse, al fin, junto al moro, en actitud agresiva.

—¡Mahoma era un botarate!—chilló en las barbas de Muley Safar.

—¡Completamente!—respondió el moro, apurando una copa de champaña.

—Eres un barbián, Muley.

—¿Qué te habías creído?—añadió el tetuaní—. Yo no necesito «europeizarme» como vosotros. Yo ya sé dónde me aprietan las babuchas.

Raquel y Jorge, escondidos en un rincón, platicaban como dos novios. La libertad de aquella casa, el vino, la dulce influencia de la noche, la mutua simpatía, les embriagaba, les tenía suspensos y felices. Eran dos románticos: podría jurarse que nacieron el uno para el otro.

—¿Es usted aficionado á la música?—preguntó Raquel, clavándole en la cara los ojos verdes.

—Muchísimo.

—Pues entonces venga á mi casa... le daré algún pequeño concierto... Recibo los martes, de seis á nueve... Yo toco algo el violín... Usted me leerá sus preciosos versos. ¿Qué le parece el programa?

—¡Divino! exclamó Jorge, lleno de emoción—. Es decir... salvo mis pobres poesías...

—No sea tan modesto... Pues mire, ya estoy loca de im-

paciencia esperando que llegue el martes... ¡Oh, la felicidad aún es posible!... *Encore... la vie est belle...* Cuando yo estaba con mi marido...

—Pero, ¿es usted casada?—preguntó Jorge, estupefacto.

—¡Ay... sí!—contestó Raquel, gemebunda—. Es una historia muy triste...

—¡Dios mío!—clamó el mancebo, apoyándose en la barandilla para no caerse—. ¡Y yo que soñé...!

Sintió un vértigo, empezaron á dar vueltas delante de sus ojos las luces, la mesa, los comensales, la terraza, la bella Raquel... Sentóse el infeliz en un banco de piedra, y se tapó la cara con las manos, casi á punto de llorar.

—¡Dios mío!—repitió, sin poder contenerse—. ¡Yo que empezaba á quererla... con toda la fe de mi corazón!

Y al través de sus manos seguía viendo los ojos verdes, las pupilas de malva, las crenchas rubias, la boca de sangre y de miel.

—*Mon petit!*—susurró la francesita, dulcemente—. *Mon petit enfant!*

Cuando el poeta levantó su rostro, bañado de profunda tristeza, Raquel había desaparecido. Miró Jorge con ansia sin ver por ninguna parte el lindo perfil.

—Se fué sin despedirse—pensó el mancebo—. Soy un tonto de capirote.

El temor de parecer ridículo contuvo las ganas de llorar que sentía. Júzgabase burlado, solo, fuera de su centro en aquel ambiente de licencia y de locura. Las voces de los alegres invitados, las risas, los taponazos del champaña, eran como insultos á su dolor y candidez. Sentíalos como al través de una neblina de sueño y de lágrimas. ¡Pobre niño,

pobre poeta, lastimado por el roce de la primera ilusión!

—Pero, ¿qué es esto?—dijo Polo Silva, descubriendo la mísera figura del mozo ¿Qué te sucede, joven luchador? ¿Tienes el vino triste?

Había tanta pena y tanta sinceridad en el semblante de Acuña, que el cínico «bohemio» se sintió conmovido.

¡Infeliz!—murmuró—. ¿Lo ves? No has hecho más que llegar... y ya comienzas á sufrir... Mira, Jorgito... huye de esta casa... huye de nosotros... vuelve á tu rincón humilde... ¿Qué buscas aquí? ¿La gloria?... Tú tienes más talento que todos esos danzantes... Tú llegarás... pero cuando llegues, te habrás dejado el corazón en el camino... se lo habrás echado á los perros... Tendrás humo de gloria; pero á cambio de lo que más vale, á cambio de la fe, de la sinceridad, del honor, de la pura virginidad del alma... ¡No vendas esa noble primogenitura por un plato de la Gelmírez!

—¡Déjeme usted! —repuso Acuña —. No tengo ganas de conversación.

—Jorgito... escúchame... te hablo en serio, absolutamente en serio, casi con ternura... Yo no creo en nada, yo no amo á nadie... y, sin embargo, te he tomado cariño desde el primer día... no sé por qué... Me das mucha lástima, y quisiera cogerte en mis brazos, como á un corderuelo, y librarte de esta manada de lobos...

—Y usted—replicó el poeta—, ¿por qué no lo hace? La caridad bien entendida...

—Yo soy otra cosa... Yo estoy podrido hasta los tuétanos... Á mí no me salva ni la Paz y Caridad... Fuí como tú, sencillo, romántico, entusiasta... Creía en todo y en todos... Si yo te contase mi historia...

Al decir esto, se pasó la mano por la frente y se apoyó en el banco de piedra.

—Tú quieres conocer el mundo—dijo, después de una pausa—y aquí le tienes abreviado, para noticia de tus ojos y escarmiento de tus ambiciones... Óyeme, joven incauto, y si luego de oirme no te vas á tu casa y renuncias á las glorias del mundo, buen provecho te hagan los desengaños que te esperan... Yo te pintaré á lo vivo lo que hay dentro de esos semblantes embusteros, de esas ropas mentirosas, de esas livianas coberturas... Verás: empecemos por la dueña de la casa, por la ilustre Margarita Gelmírez, á quien llaman la Gelmírez por lisonja, pues en la buena sociedad esto de decir «la Fulana», como á las mozas del partido, es «de buen tono»... ¡Mírala qué oronda, qué satisfecha, qué alegre! ¿Quién dirá que ya le cayeron sesenta inviernos encima? ¿Quién pensará que todo es falso en ella, desde el cabello rubicundo hasta los pechos opulentos, desde la color de la tez hasta la reluciente dentadura? Sólo un degenerado como Antún puede vivir sin repugnancia al lado de ese montón de carne viciosa y enferma, saturada de alcohol y de morfina, de aceites y ungüentos, que pide á gritos la cama de un hospital, y mejor aún el hoyo de la sepultura... Pues lo mejor que tiene es el cuerpo; al alma ya no le valen afeites ni perfumes... Mayor bellaca no conocí en mi vida; en esa mujer se cifran y concluyen todos los enredos, artes, máquinas, embelecos y astucias de las hembras pasadas, presentes y venideras... Divorciada de su marido, que es un señor de muchas campanillas, vive con Pepe Antún, su primo, como ella le dice, hombre de negocios... y «presidiable»... Tal para cual. Dios los cría y ellos se juntan... Como no pueden alternar

con gentes de pro, se han rodeado de una corte de advenedizos, artistas obscuros, políticos venales, mujeres de averiada honestidad... Con estas francachelas y tertulias atraen á los incautos y encubren las fechorías... ¿Y qué decir del joven y escurridizo Arístides, el hipócrita más refinado, el más lindo embustero, el pillo más insinuante de la tierra? ¡Qué guapo, qué listo, qué meloso, qué agudo, qué servicial! ¡Qué maña tiene para desatar las bolsas, para ganarse la confianza de los ricos, y quebrar la resistencia de las mujeres, y, sobre todo, para mentir! Es un artífice de la invención, un poeta del embuste, un bachiller del embeleco, un doctor de la trampa: ni aun por descuido dice verdad. Sin oficio conocido, vive á lo potentado, viste á lo galán, come á lo *gourmet*, gasta, triunfa, viaja y mariposea, perpetuamente feliz, con la sonrisa en los labios y la mentira en el corazón. ¡Mírale cómo todos le atienden y le regalan y lisonjean y adulan! Pudiera casarse con señorita de la flor y nata, porque tiene talentos y atractivos; pero él prefiere esta existencia vaporosa y aventurera, de corrupción elegante, de intriga refinada... Posee todos los vicios, pero con la apariencia de todas las virtudes... Pues ¿dónde me dejas á la honestísima Raquel, espíritu de ensueño, carne de idilio y ojos de esperanza? ¿Viste otra más linda, más ingenua, más apacible y angelical? Cuando coge el violín en sus delicadas manos, podría servir de modelo para pintar á Santa Cecilia... Pues esa encantadora criatura, que parece soltera y casi una niña, casó ya dos veces, y el segundo marido, oficial inglés, se ha ido á la India huyendo de su gentil esposa... No tiene hijos: es hermosa, infecunda y ardiente como una lengua de fuego. ¡Desventurado el que se deje engatusar por ella!

Las palabras de Silva se le clavaron á Jorge en el corazón.

—Pero entonces—dijo el poeta—, ¿todo es mentira? ¿No hay personas decentes en el mundo?

—Aquí—respondió Silva con tono sentencioso—no hay más personas decentes que el moro y tú... ¿Ves aquella arrogante morena que está al lado de Arístides? ¡Cómo dice su papel la muy tuna! Bien se le conoce que ha sido comedianta...

Miró Jorgito á la señora con grande curiosidad.

—Y de la legua—añadió—Silva—. Trotando por esos caminos, entre músicos y danzantes, traída y llevada de unos y otros, la conoció el mastuerzo de su marido, Perico Tristán, hoy el émulo de don Adolfo Pérez de la Rúa. Como Perico tenía buen corazón y poquísima vergüenza, cargó al fin con la farsanta... ¡Quién le había de decir á él que, andando los tiempos, se vería convertido en un personaje por obra y gracia de su habilísima consorte, en colaboración con don Adolfo! Llamábase la tal, Mercedes, pero de tantas como dió vino á quedarse en *Mercy*, que así la llaman, hablando en cursi... ¿Recuerdas, Jorgito, aquel grave varón, que se fué antes de cenar, cuya noble figura está pidiendo un manto como el Sófocles de Lisipo?

—¿Don Efrén?

—Justamente: don Efrén de la Patilla, respetable usurero, insigne ladrón de honras, vidas y haciendas...

Aterrado Jorge de las cosas que oía se despidió del maldiciente, con ánimo de no volver jamás á «los sábados de la Gelmírez».

—Huye de aquí, bisoño—le dijo Silva, á manera de estrambote—; huye para siempre de esta cueva de reptiles...

No te dejes seducir... Mira que eres un bocado sabrosísimo para estragados paladares... Aquí se urden y premeditan crímenes y secretas infamias... Aquí se forjan los escándalos públicos, las sombrías conjuras, los desfalcos y cohechos, los amores ilícitos... Aquí se roba y se asesina á la gente...

Echó Jorge á correr y despidióse de todos, sin hallar en la terraza á la sirena de los dos maridos. La señora de los ojos saltones, la mujer de Perico Tristán, la dama regordeta, Pepe Antún, el ingenioso Arístides, colmaron al joven Acuña de piropos y de finezas. En aquella sociedad de hembras corrompidas y pícaros veteranos tuvo gran éxito la presentación del mozo poeta, del tímido efebo, guapo, rubio, imberbe, que se ruborizaba á cada instante como una doncellita.

—No olvide usted el camino de esta casa—le dijo la Gelmírez—. Aquí, ya ve usted, todo es llaneza y cordialidad...

Al salir tropezó Jorge con la bella Raquel, que estaba en la puerta del *hall* y en compañía de don Diego.

—¡Hola, «mosito»!—Así solía llamarle el director de *La Lucha*, silbando mucho la ese—. Aguarda un poco... nos iremos juntos.

Mientras el grave mentor se despedía de los contertulios acercóse Raquel á su amiguito y le habló con voz melosa:

—Ya sabe usted... Los martes, de seis á nueve... No se le olvide... Ahora estudio un concierto de Chopin...

Cuando Jorge de Acuña se vió en la calle, suspiró con fuerza, henchido de muy diversas emociones. Sentía la necesidad de correr, de soñar, de reunir sus recuerdos, de caminar delante de sí mismo, respirando á pleno pulmón el suave ambiente de los jardines. Un mundo nuevo, de cosas raras, furtivas, agridulces, llenas de riesgos y abismos, de penas y

deleites, se le abría, como un dorado alcázar, ante los ojos.

Embebecido en arduos pensamientos llegó al Postigo del Rey dando las dos de la mañana. Con gran sigilo subió la escalera y se dispuso á abrir la puerta de la habitación. Le temblaban las manos lo mismo que si fuese á robar; con todos sus humos de calavera, sentíase cobarde y tímido en aquel trance, temiendo que su hermana le oyese venir tan á deshora. El chirrido de la puerta le produjo angustias y trasudores de muerte. Entró en el recibimiento pisando despacito, palpando las sombras, conteniendo la respiración. Al llegar al gabinete oyó el tic-tac del reloj, que sonaba en el silencio como un reproche. Ya se disponía á penetrar en la alcoba, juzgándose fuera de peligro, cuando sintió en la cerviz una zarpa formidable y oyó á sus espaldas la voz contenida de Alfonsa:

—¡Bribón! ¿Qué horas son éstas de volver á casa?... ¿Te parece justo?... Y vaya un olorcillo que traes... á *pachulí*. ¿Con quién has estado, cochinote?

El mozo, sorprendido, trémulo, no acertaba á responder. Alfonsa, dueña de la situación, dábale calladamente muy lindos sopapos.

—¡Calavera..., perdido!... Mañana verás, cuando se entere tu hermana...

—¡Alfonsa..., por Dios! —balbucía Jorge—. No se lo digas... Me sucedió... Ya te contaré...

—¡Sí..., sí! ¡Para cuentecitos estoy yo!

Y al fin, compadecida, le dejó en paz, después de haberle dado en silencio un buen porqué de refinados pellizcos y misteriosos mojicones, capaces de volver á la razón al más desalmado calavera...

VII

AVE CÆSAR!

IMAGINAD, lectores, un salón espacioso con grandes balcones á un jardín, bóveda pintada al temple, suelo de mármol y esculpidas puertas; traed aquí sin orden ni concierto, como en un almacén de antigüedades, muebles, lienzos, tapices, caprichos y riquezas de todos los siglos y de todos los climas: hierros, marfiles, alabastros, porcelanas, mayólicas, mosaicos, azulejos, maderas y metales preciosos; ánforas griegas, bronces romanos, vestiduras eclesiásticas, sederías orientales, brocados del Renacimiento, primores del siglo XVIII, bizarrías japonesas; joyas y reliquias etruscas, bizantinas, góticas y mudéjares; vargueños, sillones, arquetas, panoplias, cuadros, estatuas, paramentos, armarios y credencias de exquisita labor, cofres henchidos de tesoros, vitrinas resplandecientes... Figuraos, en medio de esta Babel, un mozo de mediana estatura, cuerpo agobiado y macilento, cabeza pequeña en forma de pirámide, rostro enfermizo y triste; los ojos grandes, muy negros y hundidos; la nariz corva; la frente estrecha; el cabello endrino, abundante y laso; la tez lampiña, de color de aceituna: vestidle con una especie de caftán,

delgadísima estofa de fondo blanco y sedas multicolores, á la manera de un hermoso pañolón de Manila; colocadle sobre la frente un gorro carmesí, con guirnaldas y flecos, parecido al *llantu* de los viejos soberanos del Perú: calzad sus pies menudos (y perdonadme tanta molestia) con unas finísimas babuchas; ponedle en la boca un cigarrillo turco y en los dedos de las manos muchas piedras preciosas; arrimadle, en fin, para que se siente, una silla curul, un faldistorio episcopal ó un sillón Luis XV, y tendréis la cabal hechura, el semblante, arreos y actitud de César Carvajal, el príncipe fastuoso, mezcla de Inca y de Virrey, tal como aparecía cierta mañana al salir del baño y recibir á su amigo Arístides en una de las estancias de la Almanzora.

Imaginaos también, lectores míos, la deliciosa inquietud, la viva fruición de Arístides García del Castañar—venturado Petronio medinense, con humos de poeta y garras de neblí —en presencia de tanta maravilla, de tanta joya, la menor de las cuales, puesta á buen recaudo en las faltriqueras de don Efrén, el usurero, ó de Maese Raimundo, el rufián, daría de sí para veinte noches de holgorio. Ufano, altivo, hermoso y elegante, como un joven caballero retratado por Van-Dyck, adelantóse el vividor en gallarda actitud: la cabeza erguida tieso el bigote, la boca sonriente, la mano izquierda en la cintura, fingiendo un exquisito desdén, el señorío de un prócer habituado á toda suerte de bizarrías.

—*Ave Cæsar!*—exclamó con donoso ademán.

Por entre las sedas de la túnica extendió el Inca su brazo desnudo, un brazo moreno y exangüe donde brillaban dos ajorcas de oro.

—Salud, Arístides; salud y fortuna.

—Albricias, amigo y dueño: tienes hoy un semblante que ni pintado para un día feliz. Respiras gozo y buen humor.

—No tal. Pasé muy mala noche...

—¿Con quién?

—Con mi conciencia, que es un niño llorón y desapacible.

—Yo te puedo presentar á la bella Raquel... una gran nodriza de conciencias...

—No me hables de mujeres. ¡Ah, vampiros! En los brazos de esas dulces enemigas perdí la fuerza de mi robusta juventud... Quise apagar la sed de mi alma en sus labios y estoy más sediento que nunca... Siempre que recuerdo...

—¿Para qué recordar cosas tristes? Haz lo que yo: sólo guardo memoria de los sucesos agradables.

—Tienes razón: me haré la cuenta de que empiezo á vivir, como un hombre nuevo, en este paraíso de la Almanzora... Ya verás qué de portentos voy á hacer en mi palacio... Me lo dieron casi de balde: un millón; vale cuatro veces más. ¡Qué hermoso Generalife para un rey artista!

—¿Quién más artista que tú?—repuso el barbilindo lisonjero.—¡Si eres magnífico y bizarro como un Califa cordobés!...

—Óyeme, Arístides: quiero dar una fiesta á mis amigos para celebrar la restauración de la Almanzora... Deseo que me ayudes para el buen éxito del programa. Verás: voy á repetir el banquete de Trimalción... ¿Qué te parece?

—¡Estupendo, admirable, oh César! No eres un hombre de este siglo. El árbitro de las antiguas elegancias hubiera superado, al retratarte, su bello *Satyricón;* y viniendo al glorioso Renacimiento, tuyos serían el mejor cuento de Bocaccio y la joya mejor de Benvenuto...

—Corre por mis venas—agregó el Inca, cerrando los ojos —la sangre de los Borjas: mi remoto abuelo el *Demonio de los Andes*, alférez del Gran Capitán y maese de campo del «muy magnífico» don Gonzalo Pizarro, era hijo natural de César Borja...

—Sublime abolengo el tuyo —fantaseaba Arístides, hundiéndose con delicia en el regazo de un sillón enorme ; abolengo que dió pontífices á Roma, genios al Arte, rayos á la Guerra y santos á la Cristiandad... ¡Tronco robusto de los Borjas españoles, árbol de recia fibra, de hojas perennes y frutos de embriaguez! ¡Clásico sarmiento, con racimos de furor y zumos de sangre heroica, estrujados y derramados á placer en flamígeras locuras, en pasiones indómitas y hasta en hermosos crímenes!

—¡Oh, sí! exclamó Carvajal, exaltado por el ímpetu que ponía en sus palabras aquel guasón de siete suelas—. ¡Daría mi sangre, mi oro, mi fortuna, por un solo día de gloria, de cumbre, de plenitud! Oigo en mi corazón las voces lejanas de la estirpe... ¡Ser el amo del mundo, el César, el tirano artista, el pontífice, el dios!... ¡Un día, un solo día...!

No pudo concluir; se le cortó el habla; se le nublaron los ojos; se le dobló la cabeza; quedóse más cárdeno que un lirio, exámine, glacial.

—¡César!—gritó Arístides, yendo en socorro de su amigo —, ¿qué tienes?

Se arrodilló á sus pies, le tomó el pulso, le abrió la túnica, no sin mirar de soslayo las riquezas del aposento.

—Arístides... — gimió el Inca, abriendo de súbito los ojos—. Fué un vahído... Ya pasó...

Era de ver su facha, con la montera torcida, el rostro mo-

rado, la túnica entreabierta y el brazo desnudo y colgante sobre el suelo. Nada más triste y cómico á la par.

Recobróse al fin el desdichado nieto de los Borjas y empezó á lamentarse amargamente:

—¿Lo ves? Si esto es horrible... Si cada vez estoy peor...

—¡Bah! — repuso con fisga el barbilindo—. Neurastenia... enfermedad de nervios próceres... el sello aristocrático de las vidas privilegiadas...

—No, no... Tengo aquí—dijo, señalando al corazón—algo roto, algo descompuesto... Ahí están las garras de la Intrusa...

Lanzó Arístides una alegre carcajada.

—Manías, aprensiones, coqueterías de mozo rico y poeta. Eso se cura con reposo, con tranquilidad. Ahora te conviene descanso, vida apacible... Así lo han dicho los médicos.

—Los médicos no saben nada. Toda su ciencia se reduce al formulario del doctor Pedro Recio de Tirteafuera: «No coma usted, no beba, no fume, no piense, no ame; procure evitar las emociones, las alegrías, las tristezas; rehuse los manjares, los vinos, los placeres...» Que es decir: «No viva usted; métase en un rincón, á morir de hastío...» ¡Los médicos! ¡Quieren asesinarme con sus estúpidas recetas!

Apoyado en el hombro de Arístides se puso á pasear por la estancia.

—Tienes razón—dijo después, ya más sereno—. El reposo, el dulce reposo... He vivido al galope y es fuerza descansar, hacer un alto en la pista para adquirir más bríos... Pero ¿acaso podré?... ¿No es mi dolencia la inquietud?... Sí; estoy harto de viajar, de correr por el mundo como un nómada, sin hogar y sin familia, viendo en todas partes los fan-

tasmas del tedio y de la muerte. Quiero echar raíces en esta noble tierra española, en este paraíso andaluz, y poner el nido entre las palmeras de Medina. Quiero vivir lejos de esas mórbidas estufas de la podrida civilización europea; lejos de París, de esa Celestina universal... Aquí hallaré la salud, la fuerza, la juventud... ¡Ven, Arístides; ven conmigo á tomar un baño de alegría y de sol!

Juntos subieron á la azotea de la Almanzora, terrado eminente, grandioso como un ágora, con elegantes balaustres, finos jarrones y graciosas agujas de piedra. Un gran templete circular, de esbeltas columnillas y cúpula esmaltada, puesto en el centro y á mayor altura, servía á la vez de ingreso y mirador. Desde allí se descubría el más espléndido paisaje que pudo imaginar un árabe andaluz: Medina y su vega, el mar y sus playas, cielos y montes azules, campiñas verdes, calizas deslumbradoras, aguas risueñas, horizontes dorados y derretidos en las lumbres del sol; una epifanía de colores y matices, fragancias y sonidos, hervores y centelleos; una formidable sensación de blancura y majestad, de reposo y magnitud, de viva pujanza y, al mismo tiempo, de exquisita dulzura...

Tomó su nombre la Almanzora de la montaña que le servía de asiento, robusta mole con figura de esfinge, frente morena y cabezota calva. Erguíase el palacio en el hombro derecho del gaitán, sobre un rellano espacioso, cara al Sur, y al abrigo de los vientos norteños; descendía el carmen desde allí, en suave pendiente, con sus regalados bosques, hasta dar en los pechos de la esfinge; vestíalos de frondas, y se esparcía por la falda, poblándola de murtas y naranjos, de palmas y camelias, cocos y bambúes, lindos arbustos y opulen-

tos rosales que la generosidad de aquella tierra producía entretenidos por multitud de surtidores de ingenioso artificio, burlescas aguas y retozonas fuentes.

¿Quién podría pintar la grandeza y hermosura de este paisaje, templado en fraguas de luz, en toda la fuerza, sazón y majestad del estío; paisaje meridional, ardiente, recio, juvenil, rico de sangre y de sudor; coronado de laureles, de racimos y pámpanos; tendido en sábana de rosas; casi desnudo al sol para curtir aún más la piel morena; respirando, con los sedientos pulmones, el aire salino de la mar; riendo á carcajadas; borracho de placer y de orgullo? No había en toda la redondez de sus horizontes gala que no encendiese los cinco sentidos; derramábase la vista por los cuatro vientos, sin acertar dónde ponerla que no hallara cosa mejor para su deleite; perdíanse los ojos por las azules sierras, por las doradas playas, elegantes jardines, regalados huertos y matizados cármenes: hénchíase el olfato con el perfume que traía el viento al orear los pensiles y beber la exquisita respiración de las flores; presentía el gusto las mieles y derretidos almíbares de los frutos copiosos, liberalmente esparcidos por la vega; lisonjeaban el oído los mil rumores de la ciudad y el puerto, del monte y del arrabal, de la selva y la fontana, como si la atmósfera estuviese hecha de gorjeos y dulcísimas armonías, y hasta los leves y desmayados aires llegaban con gentiles soplos y delgadas manos á rozar la epidermis y mover las vivas telas del alma.

Veía Arístides con desdeñosa indiferencia el paraíso donde le cupo en suerte nacer, creyendo quizás, ahora, que sólo valía la pena de vivir allí tal como vivía el felicísimo dueño del palacio. César, por su parte, henchido dejúbilo, confor-

37481

tado por el sol, miraba con ansias de convaleciente aquella tierra de salud, vigorosa nodriza de robusto seno, joven y hermosa como Venus al salir del mar.

Cerraba el paisaje, al Nordeste, una cadena de montañas azules, cuyas estribaciones descendían ondulando hacia la costa, con sus graciosos pliegues, sus redondas curvas, sus blandas moles, semejantes á pechos de mujer; suaves colinas de pródigos matices; morenas unas, como terrón de surco; rubias otras, como el ámbar; grises aquí, como de hierro; color de rosa allá, como de carne; blancas y duras éstas, como el mármol; aquéllas, rojas y amarillas como pirámides de naranjas y limones. Por el lado de poniente se extendía la ancha vega de Albarán, poblada de hortales y viñedos; al sur, el Mediterraneo, de color azul turquí, salpicado de fuyentes lonas, de regueros de luz; y entre los montes y la plana, la risueña urbe en espacioso anfiteatro, corriendo hacia la mar con los brazos abiertos de sus muelles. Maravillosa era la vista de tantos edificios, coronados por las torres de los templos y las chimeneas de las fábricas, dispersos por la vega, encaramados en las colinas y apretándose en torno de la bermeja catedral, como blanquísimo rebaño á la vera de su pastor. Un humilde río de sediento cauce partía la ciudad en dos cuarteles; del río allá, la Alcaicería y el barrio de los Mármoles; del río acá, las vías modernas del comercio y del lujo, los ensanches, los palacios y los jardines. Los hoteles y frondas de Miraflores y Onil nacían junto al puerto, ceñían los pies de la Almanzora y delineaban, asomándose al mar, la concha resplandeciente de la bahía.

—¿No te da gozo, Arístides?—preguntaba César, abarcando los términos del paisaje, con un ademán de rey.—

¿No sientes, como yo, la embriaguez de estos cielos, la soberana hermosura de esta tierra de felicidad?... ¡Oh, las ciudades blancas y alegres de Andalucía, viejas por sus tradiciones, pero eternamente niñas y joviales por su espíritu; princesas núbiles prometidas al Sol!...

En esto de improvisar discursos allá se iban el medinense y el peruano, que ambos eran los más gentiles fanfarrones del mundo; si bien el primero, harto más vivo y guasón, no abría nunca la boca sin su porqué.

—¡Oh espléndida Almanzora!—siguió diciendo Carvajal, siempre en estilo altisonante, con una mezcla de acento francés y meloso dejo americano.—Aquí tuvieron su Alcazaba los opulentos califas de Medina del Mar; los hamaditas, descendientes del Profeta; los almoravides, casta leonina de guerreros; los zegríes y gomeres de inmortal renombre; aquí vivió el afortunado rey Idris I, el favorito de Dios, y Habús, el fiero bereber, y el desventurado Hamet el Zegrí, cautivo en sus propias fortalezas; aquí moraron las huríes granadinas que entretuvieron los ocios de Idris II, el rey poeta, más amigo del adufe y de la guzla, de los festines y las zambras, que de la gloria militar; aquí entonaron sus kasidas y gacelas Reduan y Almalaquí y Abu-Beka, el insigne trovador de Alcalá de los Zegríes; y aquí, por último, clavó la cruz de oro de Toledo el capellán del Rey Católico, merced á la traición de Alí Dordux...

Pasmado estaba el buen Arístides viendo la erudición de su amigo en estos pormenores de la historia medinense, traídos tan por la melena, para ilustrar el paisaje, mientras Carvajal, llevado de su delirio de grandezas y fantasías, poblaba la Almanzora de abencerrajes, benimerines y gomeres, de

sultanes y odaliscas, torres y alhambras, guerras y desafíos, penachos y banderas multicolores.

A este punto hizo su aparición en la azotea Polo Silva, saliendo de pronto por la escotilla del templete; al sesgo, cauteloso y ruin como el trasgo de un cuento de brujas. Torció Arístides el rostro cuando vió llegar al «intruso»; pero César, que á fuer de príncipe gustaba de tener bufones en su mesa y compañía, echóse á reir:

—Hola, mi amigo... Pues ¿cómo entró?

—Por la puerta, mi amo. ¡Si conozco yo la Almanzora mejor que si fuese mía! Figúrese usted que me crié á los pechos de la marquesa de Abdalajís, la que mandó labrar este palacio...

—¡Embustero!—dijo el barbilindo sin poder contenerse.

—Adiós, Arístides—repuso Polo Silva—, no había reparado en ti. Mucho madrugas; ¡cómo se conoce que aquí calienta el sol más que en ninguna parte!... Y ¿qué tal de salud, señor don César? Divinamente, por lo que veo. ¡Vaya un temple y unos colores!... Pero ¿qué hace usted vestido de máscara? ¡Luego dirá que no tiene buen humor! ¡Viva mi dueño!... Pues, iba yo como siempre filosofando por esas calles de Dios y de don Adolfo López de la Rúa, cuando me dije: ¡Hombre! Ya estará despierto mi amo; voy allá y tomaré la mañana... Y dicho y hecho: le di gusto á los «pinreles» y, corre que ya es tarde, á la Almanzora en un santiamén. «El señor no recibe»—me soltó á boca de jarro el cancerbero, al ver mi triste figura.—¡Cuerpo de tal! ¿Que no recibe, y me está esperando para firmar unos papeles que le han de valer el oro y el moro y los millones del Perú?... Con esto y con la lengua fuera coléme de rondón... y aquí

me tiene usted, más muerto que vivo, para lo que guste mandar... Creo que bien se merece esta odisea unas copitas de anís.

—¿Cómo no?—respondióle César riendo.—Vamos á tomar la mañana.

—¡Pío, felice y generoso Carvajal!—exclamó Polo Silva con énfasis.—Nos trata usted tan delicadamente que acabaremos por venir á tomar todas las horas del día... y de la noche. ¿No es verdad, Arístides?

Arístides callaba por el temor de aquella lengua viperina.

Pocos minutos más tarde se hallaban los tres amigos en un amplio comedor de estilo inglés con vidrieras policromas, chimenea monumental, muebles severos y maderas claras. Sobre la mesa aparecía un buen repuesto de fiambres, dulces y licores, para abrir el apetito al paladar más estragado. Antes de comenzar el suculento desayuno, entróse el anfitrión en la estancia próxima y salió después como un figurín, con un traje de color canela que no había más que ver.

—Luego—dijo—les enseñaré las obras del palacio. Lo estoy poniendo á mi gusto. Su antiguo dueño era un hombre vulgar, un pobre burgués... Ya verán ustedes, entre otras cosas, mi futuro comedor; un triclinio, un verdadero triclinio.

—Esto es vivir, esto es beber—murmuraba Silva, empinando el codo—, y lo demás es dar vueltas á la noria... ¡cuerpo de Baco!

Hechas las últimas libaciones, se levantó Carvajal.

—Vamos á ver la Almanzora.

—Un instante—dijo Polo Silva—. ¿Me permite usted que le presente un amigo?

—¡Hombre, ya lo creo! Los amigos de mis amigos...

Fuése Polo al balcón; abrió los cristales; metióse los dedos en la boca y lanzó un estridente silbido que debió de alborotar á los ruiseñores del jardín.

—¡Esto ya pasa de castaño obscuro!—pronunció Aristides al oído de César.

—¡Bueno!; ¡déjale hacer! Estas cosas me divierten...

Apenas dijo así el magnánimo prócer, se apareció en la puerta del aposento... *Jurel*... ¿no recordáis?, el limpiabotas del diván de la Castaña; negro como la tizne, sucio como la mugre y festivo como una pandereta.

Cogióle Silva por el brazo y dijo:

—Tengo el gusto de presentar á ustedes á *Rafalito* Martín, alias *Jurel, cañí* de raza y andaluz de nacimiento, más vivo que una ardilla, más gracioso que una mona y más discreto que un difunto. Lo mismo sirve para un fregado que para un barrido; sabe limpiar las botas, componer aleluyas y bailar el garrotín; nada mejor para quitar las penas y abrir las ganas de comer... Pues, como eso del betún anda por los suelos, el chavalete quiere entrar aquí de lacayo, *valet de chambre* ó *bibelot*... En lavándole la cara y vistiéndole con una librea caprichosa... ¡habrá que reirse de los ángeles de Murillo!... ¡Es un *groom* ideal! ¿Acomoda?

—¡Bien, hombre!—exclamó César, encantado—. Le pondremos una chaqueta carmesí con botones de oro: parecerá un negrito cimarrón...

—Ya lo oyes, *Jurel*—se apresuró Polo á decirle—. Ya estás colocado en el paraíso terrenal... Tira el cofre, pélate las greñas y date un baño de lejía, que buena falta te hace... Y hasta que yo te avise... ¡la del humo!...

El gitanillo, loco de contento, dió dos zapatetas en el aire,

encogió la nariz, imitó el croar de la rana y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

—Es usted famoso, querido Silva—repuso César, con excelente humor.

—Así me parió mi madre, más fresco que una lechuga... Pero, en el fondo, soy una buena persona... ¡Ya me irá usted conociendo! Me dan fama de libertino y maldiciente porque no me ando con retóricas. *Amicus Plato*... ó Plauto, que diría Diego Araujo. Me gusta la verdad desnuda...

—Que es el colmo del libertinaje—replicó Arístides.

—¡Hipócrita! ¿La prefieres con falda pantalón?... En fin, yo soy amigo del «plato» y aun de las «tajadas», pero soy más amigo todavía de la verdad... Hoy todos huyen de esta señora; ¿quién se atreve á desposarse con ella? Los hombres de pro, como Arístides, se casan con la Mentira y le ponen un pisito á la Verdad.

—¡Qué mala lengua tienes!

—¿Sí, eh? Para que se vea lo que son las cosas. Por ser hombre de bien y amante de la verdad, dicen que tengo mala lengua; en cambio de ti, que eres un embustero, dicen tus amigos, y sobre todo tus amigas...

—Cállate; ahí viene Tristán.

—¿Perico Tristán?... Veo, señor don César, que es usted un perfecto mundano: acaba usted de llegar aquí y ya conoce lo más florido de la sociedad medinense...

—¡Ah, pícaro murmurador! ¿Qué tiene usted que decir de ese caballero?

—Absolutamente nada. Un caballero que tiene una mujer tan hermosa y tan... discreta, es absolutamente respetable. Yo soy amigo de Tristán en absoluto. Le admiro, por un

lado, y le compadezco, por otro; un hombre como él siempre está en peligro de morir.

—¿De morir?—preguntó César.

—¡Ay, sí! Lo mismo que Absalón.

—Pero, ¿es cierto lo que dicen?

—Y lo que no dicen.

—Pues ¿cómo lo sufre, siendo tan bravo?

—¡Amigo mío!—exclamó Silva, con sentenciosa majestad. —Según afirmaba un filósofo ecuánime, los dientes y los... Pero lo diré en verso y en latín, para mayor elegancia.

Dentes ne lugeas puer: vir cornua patiere
Prompte orituri pungentes, posterius alunt.

—¿Sabe usted latín?—preguntó Carvajal, sin entender el dístico.

—Sí, señor; sé latín y germanía; soy licenciado en letras y doctor en gramática parda...

—Don Pedro Tristán—dijo un criado, en la puerta.

—Que pase.

Alto, membrudo, la cabeza aquilina, el pelo negrísimo y copioso, la tez morena, los ojos garzos, la nariz y los labios gruesos, la barba rizada, guapo, arrogante, fuerte y macizo, era don Pedro Tristán uno de esos varones en quienes se echa de menos la coraza y la tizona, figuras de lienzo ó de tapiz, desposeídas de sus nobles arreos, forzadas, ¡ay!, por el hado cruel, á sumergirse en los turbios negocios de este siglo.

Lo cual debía de importarle un bledo al buen señor, pues avanzó resueltamente por la estancia, con la apariencia de un hombre feliz y muy en su punto, cortés, hueco, brioso, encantado de la vida.

—Vengo, querido Carvajal, á secuestrarle á usted: quiero que almorcemos juntos en mi casa.

—¡Imposible, mí amigo! En unos días no podré salir de la Almanzora. Todo está aquí revuelto: los muebles, las colecciones... Aún resta mucho por hacer, y deseo inaugurar mi nueva morada á principios de otoño.

—¡Vaya por Dios!—dijo el buen mozo, con viva contrariedad—. Tenía que hablarle á usted de una porción de asuntos...

—Buen remedio: quédese aquí; me hará la merced de sentarse á mi mesa.

—Con mil amores... ¡Tanto honor!

Polo Silva se mordía los labios para no reir.

—Vengan ustedes—añadió Carvajal—; vengan á ver los nuevos aposentos. Aunque apenas hay nada concluído...

Tocó un timbre y apareció el mayordomo, un inglés joven, esbelto, rubio, con ojos azules, gallardo, fino y elegante como el Jorge IV de sir Tomás Lawrence.

—Will, coge las llaves y síguenos.

Salieron por ancha galería, precedidos del dueño de la casa, el cual, con la ilusión y el gozo de su vivienda, como niño con juguetes nuevos, olvidaba achaques y pesadumbres.

Decía Arístides que no se había labrado fábrica tal en Medina desde el tiempo de los moros, y aunque esto fuese hipérbole andaluza, la solidez, elegancia, orden artístico, situación y blancura del palacio, la riqueza de sus mármoles y la hermosura de sus jardines, harto merecían la admiración de indígenas y forasteros. Pues sobre todos aquellos primores, algo deslucidos por el abandono en que la finca estuvo, derramó Carvajal á manos llenas el oro y la fantasía; entre

alarifes, jardineros, pintores, escultores, ebanistas, oficiales y artífices de diversa laya, bajo la dirección del inexperto mozo, pusieron como nueva la Almanzora y aun echaron á perder no pocos de sus antiguos esplendores.

El edificio, de noble arquitectura, tenía tres pisos, elegante pórtico de esbeltas columnas jónicas y un ático sostenido por graciosas estatuas. La escalera principal era de mármol con alta bóveda, lindos adornos y pintadas vidrieras. Entre las habitaciones del palacio las había de muchos estilos; algunas de ellas fueron totalmente reformadas á gusto del extravagante dueño, aficionadísimo á toda suerte de novelerías.

El más grande salón del piso bajo, abierto al jardín por un alegre pórtico lateral, convirtióse en *triclinio*, merced al ingenio del buen César, enamorado de Roma desde que leyó el famoso libro de Petronio. Una gran mesa circular, de madera esculpida y pies de bronce, imitando garras de león, ocupaba el centro, y alrededor de la mesa había cómodos lechos triclinares con ricos almohadones de seda y plumas. Veíase por doquiera estatuas de mármol, columnas de maderas finas, trípodes y lampadarios de bronce, ánforas de lo mismo llenas de rosas, pieles y tapices en espléndida confusión, y, á lo largo de los muros, antiguas cátedras, sillones ajustados á la forma del cuerpo para mejor comodidad, con grande lujo de mullidos cojines. Libérrimas pinturas mitológicas, trazadas por Juan de Tarfe, cubrían el techo y las paredes; en uno de aquellos frescos, ejecutado con la mayor frescura, aparecíase el propio César de Carvajal, así como su madre le parió, sin más vestido que una hoja de parra, persiguiendo á las ninfas entre el follaje de un bosque. El mar, el cielo y el jardín se veían desde todos los puntos del

triclinio, merced á la feliz disposición de puertas y ventanas, para acrecentar el deleite de los futuros regodeos.

—Yo soy un sibarita—dijo el pequeño Heliogábalo—y he querido, al disponer estas reformas, que el comedor, teatro de los goces más sabrosos, fuera parte muy principal en mi morada.

—*Ave, Cæsar!*—exclamó Polo Silva, repitiendo espontáneamente la salutación de Arístides. *Gaudeamus igitur!*

No lejos del triclinio había un saloncito japonés, un museo de lindezas orientales: armarios de laca; tapicerías de seda, objetos de porcelana y esmalte, biombos de colores, alcatifas primorosas, anaqueles cargados de juguetillos chinescos. La decoración de la sala era de fondo blanco arroz, vestido de crisantemos y peonías en amarillo, púrpura y azul. Oculto por los biombos había un lecho semejante á un armario, de maderas y bambúes, con espejitos burlones, paramentos cuajados de figuras y espléndida colcha verde recamada de oro; y á la vera del lecho un precioso palanquín lleno de cairelas y campanillas.

Embelesados estaban los visitantes, creyéndose en pleno país del abanico, cuando pusieron los ojos en otra pieza aderezada al estilo de Luis XV. ¡Válgame Dios y qué de diabluras había allí, de lujo, de comodidad y de placer! Plafones, lienzos, cornucopias, frisos y molduras de exquisita elegancia; muebles dorados, tapices de colores alegres, sillas de todas clases, *bergères*, consolas, sofás; y al lado del salón un gabinete, y en el gabinete ¡otro lecho de doble cabecera, con baldaquín dorado, goteras de pasamanería y un ramillete de plumas!

—¡Por la Venus de Milo!—clamó Silva, metiendo la nariz

entre los pabellones . Que esto más parece un harén que la casa de un cristiano. ¡Si hay camas aquí hasta en el comedor!

—Aún queda lo más selecto—respondió César con fisga. ¡El ojo del boticario!

—Pues ¡no va á ser nada lo del ojo!

Entraron después en una estancia de severo estilo español, con artesonado de roble y alizares de cuero, sillas y sillones de nogal, paños y tapices, vargueños y panoplias. Y, por último, al otro extremo del edificio, en una gran sala llena de luz, de fuentes, urnas y espejos, maravillosa de claridad y de alegría...

—He aquí mis termas—dijo el novísimo Caracalla—, he aquí el *sancta sanctorum* de mi hogar. He querido restablecer el baño al uso de Oriente, como sagrada ceremonia, como un rito. Este aposento es una capilla, un lugar de refinada contemplación.

Todo respiraba allí molicie, sensualidad, puro paganismo. Los blanquísimos mármoles, los finos mosaicos, los cobres relucientes, las lunas de los espejos resplandecían bajo la luz cenital que entraba por elegante claraboya; competían las columnas en gracia y esbeltez con los chorros de los surtidores, y el vaho de las aguas tibias y perfumadas desvanecía los sentidos, sumiéndolos en dulce laxitud. Había en la estancia una piscina y bañeras de diversa hechura, grifos y alambiques, aparatos de duchas y baños turcos; una completa instalación hidráulica, extravagante de puro singular.

—¿Qué me dice usted?—le preguntó César á Polo.

—Que siempre habrá alguna camita por ahí dentro...

—¿Cómo no? Vea, mi amigo.

Abrió una puerta lateral y mostróle espléndida tarbea de primorosa cúpula, friso de ataurique, alicatados muros y esbeltos ajimeces que derramaban apacible luz. Al fondo había un camarín por el estilo, donde se apuraban y concluían todos los refinamientos imaginables, y allí... otro lecho suntuoso que pareciera holgado para el sosiego y refocilo del gigante Goliat.

—Pues ahora verán ustedes...

Recorrieron los tres pisos de la Almanzora, cruzaron por otros salones en reparación, aposentos alegres donde albañiles, pintores y tapiceros trabajaban con febril actividad. En una gran cámara vacía apareciόse Juan de Tarfe, subido en un andamio, con su paleta y sus pinceles, concluyendo los frescos de la bóveda. Ya había el «fiero almoravide» poblado casi todo el salón de estupendas alegorías, ampulosas imágenes y truculentos símbolos. Uno de los frescos representaba el triunfo de la Muerte: iba la Segadora por escueta llanura, sobre negrísimo corcel, segando vidas á diestro y siniestro, dándole gusto á la guadaña en una muchedumbre de enanos, tristes parodias de los poderes y señoríos de la tierra. En otra de las pinturas, el rey Midas desfallecía de sed junto á una fuente de oro; Job se rascaba las úlceras con la teja; yacía aquí Prometeo, bajo las garras del buitre; allí moría Nerón, sobre el charco de su sangre; acullá, Brunequilda, atados los pies y las melenas á la cola de un caballo indómito; Ambrosia la Genovesa mostraba á Raimundo Lulio el pecho roído por el cáncer; Don Álvaro de Luna doblaba la cerviz en el tajo del patíbulo; perecía el duque de Valentinois por el hierro y por el fuego; Carlos V, el árbitro del sol, asistía en Yuste á sus propias honras, y el mar-

qués de Lombay renunciaba á los engaños del mundo al descubrir el feo cadáver de su graciosa emperatriz: mudas tragedias de la historia y de la fábula, horrores de la vida y de la muerte, la vanidad del oro, el riesgo de las codicias, la miseria de las glorias y privanzas, la brevedad de los deleites, la flaqueza del amor humano, la fragilidad de la hermosura; soberana lección, acaso profética, satírica tal vez, que el adusto Juan de Tarfe quiso trazar en los espléndidos muros de la Almanzora. Las pasiones, los apetitos, las violencias de la juventud, la exaltación de los placeres, en figura de fogosos centauros, galopaban hacia un abismo; las aves de rapiña cerníanse en el aire sobre un horizonte de sangrientas luces. Al frente de los centauros y al borde ya del precipicio, Neso, con su flotante túnica, estrechaba en los brazos nervudos á la princesa Deyanira. El rostro de Neso era trasunto del rostro de Carvajal, y, con mejor ó peor fortuna, pintó también el «fiero almoravide» sobre los hombros de los demás centauros las cabezas de sus amigos y la suya propia, con el semblante hirsuto y las revueltas crines. Todo ello en danza febril, vertiginoso, abocetado, sacudido, con esas aberraciones impresionistas de los «genios independientes»; pero redimido á trozos por la fuerza del espíritu y la opulencia del color.

Reíase Polo Silva con la desfachatez de un fauno; inclinaba César la frente con misteriosa pesadumbre; Arístides creía las pinturas demasiado «indiscretas», y Perico Tristán aseguraba no entender ni jota de «semejantes metáforas». El feroce pintor, desde su andamio, le decía con voz de trueno al cínico:

—¿De qué te ríes, bellacuelo? No has de ser tú siempre quien diga las verdades.

Quedóse el Daniel de la Castaña pintando el festín de Baltasar, mientras César y sus amigos se salieron á los jardines. Aunque era verano, y de los calurosos de Andalucía, sentíase aquí un dulcísimo bienestar. La viciosa vegetación del monte, la fragancia de las florestas, la sombra de los árboles, la frescura de las fuentes, la brisa del mar, mitigaban la lumbre del sol y esparcían por la atmósfera muy delicados refrigerios.

Digno era el parque de la magnificencia del palacio: había allí profusión de bosques, hortales, jardines y miraderos; graciosos laberintos, umbrías glorietas, juegos de aguas, cabañuelas rústicas, invernaderos y pabellones, terrazas de mármol, con toda suerte de fililies y caprichos de arte y floricultura. En las huertas doblábanse las ramas con el peso de los frutos, y salían al paso en los senderos como brazos generosos para brindar sus mercedes al caminante. Los alegres pajarillos y ruiseñores de arpadas lenguas, que en las silvosas espesuras tenían su habitación, deleitaban los oídos, en competencia con el rumor de las frondas, de las aguas corrientes, de los aires desfallecidos en el blando lecho de las flores.

Bajo las altas bóvedas del ramaje, allí donde los rayos del sol no tenían licencia para entrar, iban los cuatro amigos en gustosa plática. Polo Silva se hacía el remolón, aguardando que le convidasen á comer; pero al cabo comprendió que Perico Tristán le había cogido la delantera. Quedóse, pues, mohino, y cuando Arístides, más discreto, se despidió, fuése con él, á fin de que á lo menos le pagara «Petronio» el tranvía de Miraflores.

—¡Luego me dicen que trabaje!—murmuró al oído de Arístides—. ¿Cabe mayor trabajo que tener la comida en

manos ajenas?... Hombre, tú que eres rico por tu linda cara, ayúdame á confeccionar el menú... ¿Que no tienes dinero? ¡Válgame Dios! Araujo será conmigo. Voy á buscar mi gallinita de los huevos de oro... ¡Que un hombre como yo, que sabe latín y sus miajas de griego, haya de hacer estos papeles!

¡Qué impúdica alegría se retrató en el semblante de Tristán cuando se vió á solas con César! Embrazóle amorosamente, y así le llevó por la gran avenida de palmeras que daba ingreso al palacio.

—Tengo planes vastísimos—iba diciendo el buen mozo—. Las fuerzas políticas de la región... el partido liberal, quieren sacudirse el yugo de ese bellaco López de la Rúa. Yo he combatido, y combatiré mientras me quede una gota de sangre, esa tiranía vergonzosa que no puede, que no debe persistir... Es preciso emprender una campaña de moralidad, de selección, de higiene pública; mas para ello necesitamos, ante todo, un órgano en la Prensa. Porque la Prensa es la palanca, es el barómetro, es el...

Un mirlo donoso, emboscado en la floresta, comentó con tres agudos y burlones silbos las últimas palabras de Tristán. César, impaciente, murmuraba:

— No me seduce la política.

—Pero un hombre del prestigio y la posición de usted— arguyó Tristán, como si estuviese en los escaños del Concejo—no puede, no debe sustraerse á la política... Un acta de diputado, por ejemplo, le convendría á usted para adquirir cierta representación oficial, cierta influencia... Y un periódico, defensor de sus intereses, paladín de sus ideas, vehículo de sus...

—Bueno; lo del periódico me place; lo demás... Ya hablaremos después; de sobremesa. . Ahora, mi amigo, es la hora del almuerzo.

—¡Cuánto va á sentir *Mercy* que no venga usted con nosotros! ¡Tantos deseos como ella tenía de conocerle!... En fin, otra vez será... ¿palabra?... Quiero que vea usted un hogar feliz. Mi señora es un ángel... un ángel de Dios... Y luego, tan ingeniosa, tan discreta, con un gusto para todas las cosas... ¡Un alma de artista!

Sonrió César con gesto enigmático, y el pícaro mirlo, semejante á un rapazuelo socarrón, púsose á reir y á cantar, con tales solfas, tiples, duendes, silbos, gorjerías y mirladas, que el bosque entero se agitó gozoso, cual si todo él estuviera poblado de geniecillos invisibles y retozones...

VII

LA SIRENA DE LOS OJOS VERDES

Mi ingrato amigo: ¡Cuán pronto olvida usted sus promesas! ¡Y yo que le creía tan formal!... Sospecho que las Musas, como son harto celosas, no le consienten la menor distracción ni siquiera le permiten que venga á mi casa para oir á Chopin... El mago de las *Baladas* está enojadísimo con el poeta... ¿Es que no le place á usted la música? ¿Ni aun los *Nocturnos* del gran romántico?... Ya sabe usted: los martes, de seis á nueve... ¿Y por qué no mañana? Es domingo y no saldré en toda la tarde. Su admiradora devotísima, RAQUEL DE LIS.»

Por vigésima vez releía Jorge tales palabras, embriagándose con ellas y con el suave olor de heliotropo que despedía el billete. Lleno el poeta de indefinible turbación, igual que una doncella cuando recibe la primera epístola amorosa, miraba los hechiceros renglones, los rasgos menudos y redondos, los finísimos perfiles de aquella primorosa letra de mujer, y á fuerza de mirarlos, con dulcísimas angustias, los veía moverse y tomar vida, cuerpo y color, hasta dibujar, sobre la tersa página elegante, una mano chiquita, unos labios de

carmín, unos cabellos rubios, unas pupilas verdes con centelleos de oro...

¡Cuán sublime se aparecía la imagen de Raquel á los ojos embelesados del mancebo, envuelta en nubes de color de rosa, vestida de blancos y delgadísimos tules, sonriente, codiciable, como el modelo de la más acabada gentileza; trayéndole á la memoria los recuerdos del breve idilio, la casa de la Gelmírez, la cena en el terrado, las confidencias junto al mar!

Desde aquella noche se le había aposentado al mozo en las entrañas un rapazuelo antojadizo y dominante, á quien apenas conocía; un parásito del corazón que anda por el mundo, de pecho en pecho, robando paces, encendiendo guerras y locuras; un huésped incómodo y sutil, ducho en pesadumbres, que le hurtaba el sueño y le ponía triste y le hacía derramar muchas veces suavísimas lágrimas y romper en querellas y suspiros.

Educado Jorge en el hogar melancólico, bajo la blandura femenina de Carmen, sacó el genio muelle, tímido y sensible de una hembra. Con toda su facha de buen mozo, era un terrón de azúcar; á pesar de sus hábitos postizos de luchador y novelero, se le derretía el alma en flaquezas y ternuras inexplicables. Así tan fácilmente, por estos arroyuelos de miel, entróse el amor de pronto, como una prolongación del cariño fraternal, como furtiva ponzoña disfrazada con el sabor de los primeros besos recibidos en la cuna.

La apariencia angelical de la linda forastera fué parte á mover el pecho de Jorge, limpiándole de pasados amoríos, poseyéndole con simulacros y artilugios de falsa ingenuidad. arecía al p o eta que este amor no era nuevo, antes bien, tan

antiguo como su propio corazón y traído en el mismo regazo desde el punto y hora de nacer, igual que un hermano suyo. Lejos de dar crédito á lo que Polo Silva dijera de la bella mal maridada, túvola en su opinión por la más limpia, honesta y sensible criatura de cuantas hubieron la desgracia de no hallar amadores que supiesen comprenderlas; disculpó sus libertades diciendo que en el «gran mundo» hay licencias de «buen tono» desconocidas entre gente vulgar, y concluyó jurándole amor eterno á la sirena de los ojos verdes en un soneto, del que doy traslado al curioso lector:

Desde el punto en que os vi, dulce señora,
cautivo me tomó vuestra hermosura,
y en las entrañas de mi noche obscura
sentí de pronto amanecer la aurora.

Tened piedad de un alma que os adora,
prisionera en dulcísima locura,
y amor eterno á vuestras plantas jura
con la ternura que en mi pecho llora.

Como amaros así no es ofenderos,
dadle licencia á vuestros ojos claros
para ser de mi vida los luceros.

Fué mi dichosa perdición miraros,
pues si á amaros llegué con sólo veros...
¡dulce señora, moriré de amaros!

Así, con tan resbaladiza suavidad, se entregaba Jorge al tempranillo y peligroso gusto de su juventud, poniendo en él los melindres y los mimos de una niñez escondida entre los mal dibujados deseos de la naciente mocedad y hasta los espejismos de la literatura, linda tercera de toda suerte de

Harto le dolieron al principio sus desengaños al saber que la dama no era libre, pues la miró desde el primer momento como á la novia con quien hubiera de casarse. Aquellas palabras crueles, «mi marido», alzaron de súbito entre ambos una apretada celosía; los mandamientos religiosos, las leyes del honor, presentes en la conciencia, se irguieron entonces á guisa de altivos jueces y de escuderos leales; parpadeó en la sombra la idea del pecado como una llamita de azufre... Mas poco á poco, ante la pérfida y constante evocación de Raquel, fué hallando Jorge disculpas y argumentos para acallar sus escrúpulos. ¿Qué pecado había en quererla de un modo tan platónico y sentimental? Esta romántica afición de dos jóvenes artistas ¿no era una cosa muy natural y delicada? Precisamente no ha mucho leyó el mozo un libro novelesco acerca de los antiguos trovadores provenzales, y en los códigos de las viejas Cortes de amor y galantería, en las *tenzones* de la Gaya ciencia, encontró á porrillo axiomas, laudos y sentencias con que henchir las medidas de su antojo.

Creyóse por ello semejante á Pedro Vidal, Gocelmo Faidit ó Bernardo de Ventadour; pero, con todo, la pícara timidez le impedía ir á la calle de Pulchinela, donde la dama vivía, y subir á la habitación de la hermosa. Una tarde, por fin, ya más resuelto, acicalóse cuanto pudo, vertió un chorrito de agua de Colonia en el pañuelo y fuése; mas, al doblar la esquina, advirtió que entraba en el portal Arístides, y no se atrevió á seguir adelante.

Ahora, con el fino billete entre las manos, viendo el rostro de la sirena clavadito sobre el papel, se deshacía en mórbidas ternuras y en procelosas incertidumbres.

—¿Por qué no mañana? Es domingo y no saldré...—decían los hechiceros renglones.

Cerraba Acuña los ojos y volvía á verla detrás de unos visillos de color de rosa, en un aposento chiquitín, sola, impaciente, esperándole...

—¿Por qué no mañana?—repetía el poeta embelesado, lleno de gozo y de rubor.

Después de una lucha terrible, sacó Jorge de los senos de su voluntad un impulso de energía y lanzóse á la calle de Pulchinela y subió temblando al piso de la dama.

Fué ella misma quien le abrió la puerta, quien le tendió las manos temiendo que aun se le escapase, mientras le decía con voz aguda y cadenciosa:

—¡Dichosos los ojos!... ¡Bien sabe usted hacerse de rogar!

Pasóle á un gabinete modernista con antepechos á un jardín y estivos cortinajes: los muebles, las telas, los dorados, las luces y colores, todo se hallaba dispuesto merced á un refinadísimo estudio, todo respiraba ligereza, coquetería, juventud, lo mismo que el semblante de Raquel. No podía concebirse jaulita de oro más alegre para un enamorado ruiseñor, más primoroso estuche para una perla de exquisito oriente, ni marco más gentil para la imagen de aquella sensible criatura, tan ingenua, tan dulce...

Y ¡que no estaba apetitosa la muy pícara! Ceñido el cuerpo, á la par rollizo y elegante, por lindas sedas de color de malva, lo mismo que los ojos; el zapatito breve, para mostrar la media de calado y fino dibujo; el redondo cuello al aire, así como los brazos, sin más adornos ni aderezos que una menuda gargantilla y una pulsera de oro; los cabellos rubios formando una corona, y en el pecho, sobre las gasas

del escote, un ramo de jazmines; con esto, y con el ángel de su cara, envidia de las joyas y las flores, concluyó Raquel de trastornar el seso al pobrecito luchador...

El cual, aunque no diese pie con bola en punto á la conversación, paseaba los ojos y las intenciones por los encantos visibles é invisibles de su adorado tormento, saliéndose de buenas á primeras de aquel galante platonismo que á sus amores presidía. Y ella, que lo notó bien pronto, se echó á reir para enseñar los dientes, é hizo sentar al joven en el sitio donde mejor pudiese mirarla, y desplegó todas sus artes en mimos, cocos y posturas, mostrando aquí una lindeza y consintiendo que allá se adivinase otra, hasta poner al de la lira de bronce lo mismo que un merengue.

—Voy á obsequiarle á usted—dijo, por fin.—Tomaremos el te y unas copitas. ¿No le place?... Voy, con su licencia... Como es domingo, estoy sola...

Fué á los aposentos interiores y volvió á poco, trayendo una bandeja con el servicio de te, una tetera muy mona de barro y unas tazas modernistas. La dama era el colmo de la modernidad, según todas las señales.

—¡Ay, por Dios!—repuso Jorge con torpeza.—¿Por qué se ha molestado usted?

Echóse ella á reir; le encantaban las ingenuidades del poeta. Luego trajo una botella y unas copitas.

—*Chartreuse* .. benedictino... ¿Prefiere usted coñac? Hay aquí también dulces y bombones... ¿No es usted goloso?

Jorge gozaba y padecía á un tiempo. El confort de la apacible habitación, la presencia de Raquel, este refrigerio en tan suave intimidad y compaña, fueran capaces de seducir á don Juan Tenorio, cuanto más á un pobrete como Acu-

ña, que sólo conocía el mundo en las novelas; pero la cortedad del genio y sus angustias amorosas no le dejaban disfrutar con desembarazo de tales gollerías. Cien veces tuvo en la boca estas ó semejantes palabras: «La quiero á usted con todo mi corazón»; pero otras tantas veces se las calló, temblando, entre dudas, rubores y balbuceos.

La urgandilla, sin perder ripio de estos atrancos del poeta, saboreábalos con fruición y hasta se ponía «á tono», fingiendo un aire de inocencia angelical. De repente, acercóse á la mesita próxima, y abriendo un cofre de plata, sacó unos cigarrillos.

Son turcos... ¿No le agradan á usted?

Alargó la mano el mancebo y quedóse el infeliz absorto al ver el desenfado con que la dama encendió un cigarrillo y se puso á fumar.

—¿También los ángeles fuman?—dijo el mozo para sus adentros.

Mas ¡cuán hermosa le parecía la coqueta, medio sentada en el brazo de un sillón, balanceando un pie, desvaneciéndose en nubecillas azules!

Dispuesta, sin duda, á mostrar todas sus habilidades, trajo después el violín. Nada más bello ni gracioso que aquella elegante figura de mujer, puesta en medio de la estancia, al ladear el rostro seductor sobre la caja del dulcísimo instrumento y asir el arco tembloroso... Jorge estuvo á punto de arrodillarse, como si viera á la feliz Euterpe con blusa modernista, media calada y zapatito retozón.

—Tocaré primero una gavota de Mozart...

Para no mentir: no era Raquel precisamente una rival de Sarasate; mas como el pobre Acuña no oyó tocar el violín

en toda su vida sino á un ciego en el Postigo del Rey, parecióle que la dama tañía con extremada perfección, y al cabo, los acentos de música tan noble, por muy gangosos y desabridos que sonaran en el violín de Raquel, conmovieron al poeta, hiriéndole las fibras más sensibles.

—¡Divino!—exclamó.—Es usted una artista maravillosa...

—Muchas gracias... Ahora recite usted algunos versos.

¡Oh, qué ocasión! Trémulo de alegría, de zozobra, de impaciencia; más rojo que un tomate, se puso Jorge á recitar aquel soneto:

Desde el punto en que os vi, dulce señora...

—¡Qué precioso!—dijo la dama, cuando el poeta concluyó, y sin darse por entendida. —¡Si parece un soneto del Petrarca!...

Jorge quedó mohino, dudando qué responder. Luego, como fuera de sí, en un arranque de ternura, repitió el último verso, con los ojos henchidos de lágrimas:

¡Dulce señora: moriré de amaros!

Mas, ¡ay!, que á esta sazón precisamente se oyó repicar la campanilla de la puerta.

Raquel, un poco azorada, escondió en un santiamén el azafate, las copas, los dulces y todos los relieves del *pic-nic*.

—¿Cuándo volverá usted?—le preguntó, rápidamente, á Jorge.

—Cuando usted me diga...

—El sábado, á la misma hora.

Fuése corriendo á abrir. Acuña, temeroso, atisbó por detrás de las cortinas. De pronto palideció. En el ámbito del

recibimiento rechinaban con fuerza la voz y las «erres» de Nilson.

Pues sí: era John Nilson, el judío inglés en persona.

Entró en el gabinete, y se sentó en una butaca, sin responder apenas el saludo de Jorge.

El cual se despidió al punto y salió á la calle, maldiciendo, más furioso que nunca, á la pérfida Albión y á sus groseros mercachifles...

—¿Qué hasía aquí ese tagambana?—preguntó Nilson, de mal talante.

—¡Es un infeliz!—contestó Raquel, indiferente . Me lo presentaron en casa de la Gelmírez, y hoy vino á saludarme... Como es tan tímido, me divierte mucho...

—*Aoh schooking!*... ¡Si conosegé yo el agua mansa!... Estos son tímidos que se cuelan pog el ojo de una aguja... No quiego visitas ni engedos...

—¡Tonto!—repuso ella, haciéndole mil carantoñas—. *Es tu jaloux?*... De sobra sabes...

Y al inglés se le caía la baba.

Jorge, en cambio, salió de allí como un alma en pena; sentíase cobarde, irresoluto, presa de unos celos rabiosos, primerizos, infantiles, que le mordían el corazón. ¿Por qué iba Nilson á casa de Raquel? ¿Era verdad, acaso, cuanto dijera Polo Silva la otra noche? Pero no: pondría Acuña sus manos en el fuego por defender la virtud de su adorada Dulcinea. Pues, ¿cuándo se vió mujer tan en su punto? Que tenía el genio franco, alegre, festivo como unas castañuelas, esto sí; mas, ¿quién reprocha á los ángeles su alegría? Tan ciego estaba el mozo, al establecer estas piadosas conclusiones, que ni aun se le ocurrió pensar de qué vivía Raquel, ni quién pa-

gaba los lujos de su casa, ni por qué entraba Nilson allí como Perico por las puertas de la suya.

¡Con qué zozobras aguardó hasta el sábado nuestro flamante luchador! ¡Con qué ansiedad fué entonces á la calle de Pulchinela y penetró en el gabinete modernista! Y ¡qué preciosa estaba Raquel, con un blanquísimo peinador, más blanco y más ligero que la espuma!

—Le recibo á usted con toda confianza... Como hoy es día de faena...

—¡Cuán hacendosa!—discurrió el mancebo, embelesado.

Y, antes de que Jorge hablase, dijo ella de Nilson.

—Es una antigua amistad de mi familia... Tengo que estar amable con él... porque le debo muchos favores...

Bastaron estas palabras, dichas con la mayor inocencia, para desvanecer todas las dudas.

Sentáronse luego, muy juntos, á platicar como dos novios. Él buscaba ocasión de pegar el hilo de su soneto, roto en mal hora; ella le entretenía, á fuerza de monadas y arrumacos, gobernándole y divirtiéndole con muy sutil coquetería. Unas veces tocaba el violín; otras recitaba versos de Verlaine, su poeta favorito:

J'ai la fureur d'aimer. Mon cœur si faible est fou...

Pronunciaba el francés con un acento gracioso y dulcísimo, infantil de puro ligero, mirando á Jorge con languidez, y dejándole en ayunas, porque el mozo no entendía una palabra de la lengua de Racine.

Pronto la costumbre de ir á casa de Raquel llegó á constituir para Jorge una necesidad tan imperiosa como el respi-

rar. Cada vez más ciego, fascinado y seducido, cambió de carácter y costumbres, tornóse triste y huraño, con repentinas exaltaciones de alegría y resolución. Forjaba lindos planes la víspera; pero al entrar en casa de Raquel sentíase turbado, temblón y cobarde, sin atreverse á declarar sus atrevidos pensamientos. Ella, la pícara inocente, le provocaba y detenía, le manejaba á su sabor, jugueteando con él, como una gata con el incauto ratoncillo; consintiéndole aquí, rechazándole acullá, para dar treguas al gusto y refocilarse de antemano y escoger el momento en que se había de merendar la presa.

Cierto día, por fin, estando solos, perdió Jorge los estribos: tomó una mano de Raquel—¡cuán fina, cuán sedeña!—y la llevó á la boca, en un arranque de pasión y de ternura. La coqueta no retiró su mano; miró á Jorge con expresión indefinible, mientras él, de rodillas, murmuraba:

—¡Raquel! ¡Raquel... la quiero más que á mi vida!... La adoro á usted con todo mi corazón! Perdóneme... ó castígueme, si es preciso... pero déjeme usted que le diga cuánto la adoro... Á nadie en el mundo quise hasta aquí más que á mi hermana... Pero ya... no quiero á nadie más que á usted...

Estas palabras y otras muchas, atropelladas, balbucientes, dichas con el ímpetu de un desbordado corazón, tuvieron la virtud de conmover á la sirena. Llevóse un pañolito al rostro, no sabemos si para reir, no sabemos si para llorar.

—¿Por qué llora usted?—interpretó Acuña, piadosamente, lleno de lástima y pesadumbre.

—¿No he de llorar, amigo mío?... ¡Me duele tanto la ternura de usted!... ¡Es usted tan bueno!... Mas ¿qué puedo ofrecerle yo, pobre de mí, para corresponder á su ternura?...

Hélas! No soy libre: estoy atada á un destino cruel, á la más negra esclavitud...

—Pero un amor así... tan de poeta, ¿no sería una dulce compensación?... Yo siempre soñé con una Musa, de ojos verdes y cabellos de oro, que me acompañase por el mundo como una hermana, como una novia... ¿No quiere usted?...

> Pues amaros así no es ofenderos,
> dadle licencia á vuestros ojos claros
> para ser de mi vida los luceros...

—¡Oh, cuánto le quiero ya!—dijo de pronto Raquel, enternecida. Y cogiéndole la rizosa y juvenil cabeza con ambas manos, le dió un beso en la frente.

Desde aquel día comenzó un idilio que fué dejando al pobre poeta en los puros huesos. Jorge se contentaba con esas tímidas caricias fraternales, tan del gusto de las almas sensibles. Raquel tenía con su amado una confianza tan sabrosa, tan ingenua, que más que amante parecía novia... Era, en fin, un amor romántico, mantenido por el joven á fuerza de timidez y sentimiento; por la dama, á fuerza de coquetería. Mas poco á poco...

Jorge de Acuña, á pesar de su traje ramplón, de su carácter infantil, heredó la nobleza, la finura y la elegancia natural de su estirpe; las manos tenía blancas, delgaditas y suaves como las de una mujer; el perfil, dulce y enérgico á la par; las actitudes, poco resueltas, pero muy graciosas; la frente, ancha y dorada; los cabellos, rubios; los ojos, azules, francos, serenos, y una expresión en todo el semblante de hidalguía, de contenido vigor. Este mozo, delicado y fuerte, sensible, cándido y más puro que otros de su edad, era un bocado exquisito para la linda y refinada aventurera...

Una tarde la halló él muy triste, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te sucede, amor mío? preguntó, consternado.

—¡Ay, Jesús! Que viene el inglés...

—¿Quién? ¿Nilson?

—No, hombre: el otro...

—¿Quién es el otro?—repuso Jorge, con fiereza, pues en estos trotes iba perdiendo la cortedad.

—¿Quién ha de ser? Mi marido...

—¡Caracoles!

—Sabe que estoy aquí... Sabe que tú... Excuso decirte: mi marido es una fiera, y me temo una catástrofe... Es menester, dueño mío, que no vuelvas más...

—¡Raquel!—dijo el poeta, sintiendo que se le caían las alas del corazón—. ¿Es que ya no me quieres?

—¡Más que nunca!—pronunció ella, con brío, echándose en los brazos abiertos de Jorge—. ¿Podría yo renunciar á ti?... Pero es preciso, es urgente que busques otra casa donde nos veamos sin peligro... Escucha: una casita en el barrio de Oni!... una de esas casitas pequeñas con huertecillo y ventanas al mar..., un nido humilde para nosotros solos... Allí podremos estar días enteros, y... ¡quién sabe!... Acaso alguna noche...

—¡Sí! ¡Sí!... Yo he soñado también con ese nido para esconder nuestra ventura...

Saltó Raquel de júbilo y mojó de lágrimas el rostro sediento de su amigo.

—¡Jorge! Dirás que soy una loca...; pero, ¡te quiero tanto!

Salió Jorge á la calle con cierta pesadumbre; no por el riesgo del inglés, pues el valiente mozo se creía capaz de ha-

bérselas con toda la Gran Bretaña, sino por sus propios celos y por la natural zozobra de Raquel.

—¡Tiene razón!—pensaba Acuña—. ¡Cuánto me quiere! ¡Cómo se expone por mí!

El amor, el riesgo, la aventura, le colmaron de audaz resolución. Metido en tales andanzas, igual que un héroe de novela, irguió la frente con orgullo, pensando que don Juan Tenorio, don Félix de Montemar, los tres Mosqueteros y hasta los siete Niños de Écija, eran unos infelices á su lado. Remordióle después un poco la conciencia; pero...

—¡Voto á bríos!—exclamó, como en los antiguos folletines—. Esto de soplarle la dama á un inglés, y siendo ella francesa por añadidura, tiene mil años de perdón...

De repente se le ocurrió una pequeña dificultad: necesitaba dinero, bastante dinero...

¡Vaya un apuro! Con la paga del escritorio no había que contar, y menos con el sueldo de *La Lucha*, que aun estaba en el aire...

—Si don Diego quisiera... Pero, no; ¡antes morir!

Paradoja singular: este mozo, que entraba tan sin escrúpulos en el cercado ajeno, sentíase incapaz de pedir lo propio, lo que don Diego le debía. Primero hacer un disparate que «molestar» al campanudo director... ¡Ah, la pícara timidez!

—¡Bah! dijo por fin . Lo sacaré, si es preciso, del centro de la tierra...

VIII

EL TRICLINIO

Apenas había la redonda luna mostrado su apacible semblante en los balcones del cielo, abiertos de par en par á las templadas brisas de la noche, cuando los pacíficos habitantes de Medina y sus afueras, que en paseos, terrados y jardines buscaban alivio á los recientes calores del día, vieron arder la cumbre de la Almanzora en fiestas y luminarias. Algún ocioso marinero que en su obscura nave pasara á lo largo del litoral, debió de creer, mirando aquella muchedumbre de linternas y farolillos multicolores, que un gran suceso, función ó público regocijo se celebraba en la famosa Perla del Mediterráneo.

Lúculo comía en casa de Lúculo; César de Carvajal inauguraba la espléndida mansión, abriendo sus puertas á los amigos y ofreciéndoles un banquete, semejante á los pródigos convites que en las historias de los pasados siglos se refiere.

Una turba de curiosos, atraída al camino de Miraflores por la novedad del festejo, apiñábase en las verjas de la Almanzora y recibía con aplausos, zumbas y donaires á cada

invitado que entraba en tan magnífico edén. La estridente bocina de un automóvil despejó por un momento la alameda, y Perico Tristán, que iba en el carruaje, penetró en los jardines, mirando con olímpico desprecio á la «chusma», según solía decir aquel insigne demócrata.

Poco después vino Muley Safar, el moro tetuaní, en un coche de punto; más tarde, á pie y con la lengua fuera, Polo Silva. Juan de Tarfe llegó el último de todos, acompañado de sus «discípulos» y de algunos «artistas» vagabundos á quienes el Maestro, en competencia con el padrino de *Jurel*, dispensaba protección. Al entrar el «fiero almoravide» en la Almanzora, seguido de aquella caravana pintoresca, hubo hasta vítores y cohetes.

Rutilaba el monte como un ascua de oro; el frondosísimo jardín, los bosques, los andenes, las plazas y glorietas, las grutas y los estanques, iluminados por una red de farolillos venecianos, ampollas eléctricas, juegos de antorchas y de luces, vencían en claridad al mismo sol. Y en llegando á la avenida central, frente al palacio, dijérase que las lumbres del día, prisioneras en la fachada del edificio, en sus columnas y ornamentos, en remates y chapiteles, derramaban con fuerza todos sus resplandores para ofuscar la vista y suspender el ánimo. Huía de las frondas, avergonzada, la luna, y los incautos pajarillos sacudían el sueño y movían las lenguas harmoniosas, como si saludasen la aparición del astro rey.

Porteros, lacayos y asistentes, presididos por Will, el mayordomo, vestidos todos ellos con albas túnicas, recibían á los invitados y les conducían á las termas. Allí les bañaban con aguas tibias y olorosas, les ungían con óleos y perfumes, revistiéndoles luego de finas estofas y delgadas clámides al

uso romano. Eran de ver el «fiero almoravide» y Polo Silva, después de bañarse, no sin protesta, pues ambos tenían horror al agua, disfrazados de esta suerte como en noche de Carnaval. Compuestos y servidos tan á placer los comensales, saliéronse al jardín y discurrieron un rato por las florestas, bajo la brillante bóveda, riendo las chanzas de Polo, que había desabrochado la fíbula de su clámide para terciársela con rumbo como el capote de un torero.

Comentando estaban la bizarría de aquellos preparativos, cuando se oyó entre las frondas un agradable concierto de flautas, vihuelas y bandurrias que entonaban, ¡oh gentil anacronismo!, un vals de *La viuda alegre*... y apareció, en el pórtico de la Almanzora, César, el invicto César, con una toga de púrpura y una corona de pámpanos.

Trimalción, envuelto en paños de escarlata y transportado al triclinio en su litera, al son de flautas y cítaras, no recibió más grandes ovaciones que César de Carvajal. Adelantóse Polo Silva y elevó las manos al cielo.

—*Ave Cæsar!*—dijo—. *Inebriaturi te salutant!*

—¡Amigos míos!—respondió Carvajal, tendiendo los brazos desnudos, llenos de brazaletes —. Sed bien venidos á mi casa.

—Los dioses Lares y Penates la bendigan...

A compás de la invisible orquesta, que ahora tañía la Serenata de Schubert, pasearon por los jardines, entre alegres pláticas y donosas burlas. Era el lugar propicio y serenísima la noche; que el viento mismo, al pasar por tan deleitosos vergeles, se quedaba suspenso, desmayándose en el mullido lecho de las flores.

Al fin, como ya tenían todos muy gentiles ganas de cenar,

se dirigieron al palacio. *Jurel*, que estaba en la puerta, vestido con una túnica roja, advertía á los comensales, en verso *cañí:*

Entrar ustedes con *er* pie derecho,
que entrar con el zocato está mal hecho.

¡Viven los dioses y cómo resplandecía el triclinio! Grandes candelabros de bronce, cuajados de tulipanes de cristal, esparcían una luz deslumbradora; altas columnas, guarnecidas de pámpanos y yedras, rodeaban la mesa y los lechos, rematando en un dosel de hermosísimas flores; el piso, cubierto también por blando tapiz de rosas y yerbas aromáticas, despedía un olor deleitoso. Abiertas tenían de par en par las puertas y ventanas, al oreo y frescura del parque; los «esclavos», una turba de zagalones reclutados en la Alcaicería y vestidos con donosos arreos, iban y venían disponiendo todos los menesteres, mientras Will, el Jorge IV de Sir Lawrence, revestido de majestuosa dalmática, dirigía la fiesta.

Carvajal, con el aire de un emperador, sentóse en el lecho más alto, y á su vera se acomodaron los comensales por el orden que Will les iba diciendo: Tristán, á la derecha del anfitrión; á la izquierda, Arístides; luego, Juan de Tarfe, Muley Safar (que conservó sus ropas musulmanas), Pepe Antún, Polo Silva, Magín Ramírez, Lechuga, Rafael Ariza y media docena más de alegres capigorrones. César, desde su lecho eminente, derramaba la vista sobre sus convidados, dirigiéndoles frases de artificioso afecto, con alguno que otro discreto epigrama, á lo gran señor. La claridad de las luces, la blancura de los ropajes y manteles, acentuaban la fea palidez de aquellos rostros de calaveras y truhanes, socarrados

por la pasión y el vicio; únicamente Tristán, Arístides el moro tetuaní sabían tener los hábitos con cierta nobleza y majestad, merced á sus buenas trazas. Los zagalones de la Alcaicería, puestos en hilera detrás de los comensales, se tapaban la cara con los paños para disimular la risa.

—¡Hola, esclavos!—dijo César, alzando el brazo derecho.

De pronto se oyó un concierto dulcísimo de instrumentos y voces, una especie de orfeón que cantaba en el jardín, junto á las ventanas del triclinio, y al compás de tan agradable música entraron en el comedor hasta doce «esclavos», trayendo enormes fuentes y bandejas con los primeros manjares.

Sería curioso traducir al castellano los nombres de aquellas viandas, escritos en no sé qué idioma, sobre elegantes vitelas, por el lápiz humorístico de Tarfe y la libre imaginación de Carvajal. Según Polo, descifrador de todas las lenguas muertas y vivas, el *menu* rezaba, entre otras frioleras, puré de Gargantúa, lampreas de Heliogábalo, capones del Olimpo, ancas de Venus, solomillo del Pegaso, perdices de Jauja, pichones del Potosí, corazones de paloma, lenguas de ruiseñor, pechugas de ángeles, vinos de Chipre y de Falerno, miel hiblea, bellotas de la Edad de Oro, leche de las Cabrillas, bocados de cardenal, el huevo de Colón en dulce, la manzana de Guillermo Tell en compota, café, néctares y ambrosías, cigarros, *haschish*—vulgo estornudos—, huríes del Profeta y... el acabóse.

Los manteles eran de finos damascos, y entre la vajilla figuraba la flor y nata de las colecciones de César; espléndidos servicios de plata antigua, búcaros del imperio del Sol, vasos griegos, páteras romanas, lozas de Talavera y Alcora,

porcelanas de China y del Retiro, de Sèvres y de Sajonia, cristales de Bohemia, copas de Cataluña y de Flandes, de Venecia y de la Granja. En el centro de la mesa había un gran florero de cristal de roca montado en plata, obra de algún peregrino artífice del siglo XVI.

Pasmados estaban los comensales de tanta maravilla, aunque la mayor parte de ellos no conociesen el valor de semejantes piezas, dignas de lucir en el museo de un príncipe y no en mesas francas al riesgo de manos tan pecadoras. A Polo Silva le retozaban las suyas y se le iban los ojos detrás de los platos y los cálices, no por el vino y el manjar precisamente; buen cazador de gangas, pues había sido chamarilero muchos años, decía para su capote que uno de aquellos fililiés, el más chico de todos, puesto por «distracción» á buen seguro, podría quitar las penas al más infeliz de los mortales.

—¡Vive Dios!—añadía con grandes voces, para espantar los malos pensamientos.—¡Si esto parece un prodigio de las Mil y una noches!... ¡Salve, oh César! Bien se conoce que naciste en Jauja... Petronio á tu lado era una pobre criatura...

Perico Tristán y Arístides se disputaban el honor de servir á Carvajal, envolviéndole como á un dios en una nube de incienso. Pepe Antún comía á dos carrillos, con el rostro sobre el plato; no se veía del «primo» de la Gelmírez sino la calva fresca, reluciente, de color de rosa, como las posaderas de un niño. El «fiero almoravide», que tenía el hambre atrasada, se debatía con uno de los capones del Olimpo, mientras Muley Safar, discípulo de Epicuro, se reía de Mahoma y de los peces de colores entre dos perniles y sendos vasos de Jerez. Lechuga, Rafael Ariza y Magín Ra-

mírez, que andaban en negociaciones con Tristán para hacerle á don Diego una jugarreta, mostrábanse algo tímidos deante del anfitrión, á quien apenas conocían, pues le fueron presentados aquella misma noche, momentos antes del convite. Sobre todo, el revistero de salones, que á pesar de su oficio era tan poquita cosa, no desplegaba sus labios ni aun para comer.

Polo Silva lo advirtió y se dispuso á protegerle.

—Magín—le dijo—, te estás quedando sin cenar, y eso no es ley de Dios.

—No, no lo crea usted—respondió el alfeñique con su atiplada vocecita—. Es que yo me arreglo con cuatro cañamones...

—Ven acá, joven colorín. Tú eres nuevo en esta pajarera y necesitas que te enseñen á volar... Ya hace dos meses corridos que Arístides y yo estamos aquí, á mesa y mantel, comiéndole un riñón á nuestro pródigo Mecenas... Pues figúrate tú si habrás de afilar los dientes para hombrearte con nosotros. Come, hijo mío, come, que lo mismo te han de poner en la cuenta... y tú la tienes atrasada...

Vino un «esclavo» á esta sazón, trayendo una fuente monumental. Cogió Silva el trinchante, y, quieras que no, echóle á Magín en su plato dos libras de solomillo:

—Anda, Magín: ¡ya estás al día!

Arístides mudaba la color oyendo las bufonadas de Polo; en cambio, César reía á mandíbula batiente, y el truhán no daba paz á la boca, charlando y engullendo:

—¡Cualquiera se acostumbra, después de estos refocilos, á los boquerones, al gazpachuelo y á todas las porquerías que come uno en su casa! ¿No es verdad, Arístides?

—Cállate, Polo, y no seas ordinario...

—Cállate tú y no seas hipócrita. ¿Quieres refocilarte y que nadie te lo eche en cara?... ¡Si estás disfrutando más que yo! ¡Si en tu embustera vida te has visto como te ves ahora!... Yo, siquiera en mis juventudes, apaleaba los metales y me hacía con las onzas botones para el chaleco... Pero tú... ¡si tú naciste en Cuaresma, hijo mío! ¡Si te ha salido el pelo á fuerza de almejas y bacalao!... No me vengas con melindres, que yo te conozco á ti desde que llevabas al aire el faldón de la camisa y te chupabas los dedos comiendo las «cachorreñas»... ¡Si todas tus glorias no pasaron de la sopa de rape, de los espetones y los «chatos» de aguardiente! ¿Qué me vas tú á decir? «¡Pirandón!» ¿Quieres hacerte «de sentido» y que nadie te lo conozca?... ¡Si cuando tú andabas en pañales ya había yo corrido medio mundo con la princesa de Caramán Chimay!

Grandes y alegres risas corearon el discurso del cínico; pero Arístides, que tenía más correa que un odre, alzó su copa, la apuró de un trago y se quedó tan fresco.

Ya los dulces vapores de las viandas, de los vinos generosos, escanciados á placer, comenzaban á turbar deleitosamente los sentidos, á desentumecer las lenguas y amenizar el convite con libre y ruidosa animación. Hasta el pobre Magín, cobrando alientos, merced al solomillo y al Jerez, empezó á charlar por los codos.

—¡Ay! decía, dando saltitos como un jilguero—. No sé qué me sucede... Tengo unas ganas de cantar, de correr, de volar... ¡Quién fuera pájaro!

—Cierra el pico, Magín—le replicaba Silva—, que te van á conocer la «jumera» y... ¿qué van á decir del cronista de

salones?... Déjate de pájaros, que aquí el que más y el que menos lo es de cuenta y razón y canta en la copa de un pino... Yo no le tengo envidia más que al buey... Fíjate en Pepe Antún... ¡Quién fuera rumiante!... Mira cómo mete los belfos en el forraje substancioso y se atiborra hasta más no poder... Luego se acuesta en las alfombras mullidas de los prados, cuando no en las zaleas de la Gelmírez, y allí, con enorme voluptuosidad, se refocila de nuevo y se duerme, rumia que te rumia, dándole «coba» al potaje en sus cuatro estómagos... ¡Eso se llama sacarle partido á la puchera! Igual hace Tristán, que es de la misma casta... ¡Y aun presumimos los hombres de *gourmets*!... Decididamente, el hombre es el animal más infeliz de la tierra... ¡El rey de la creación! ¿A quién se le ocurre llamar así al más flaco, al más triste, al más cursi, al más tonto de los seres? Y encima le dieron la inteligencia, que fué como darle una pistola para que se pegase un tiro...

—¡No te lo pegaran á ti en el corazón! — dijo Arístides, que estaba ya entre dos luces.

—¡Diantre! Me olvidaba de ti, que eres un animal felicísimo, un monstruo rapaz con dos estómagos, cuatro caras y siete lenguas; un hipogrifo, un centauro...

—¡Quién fuera centauro!... repuso César, que lo oyó—. ¡Quién fuera centauro!—volvió á decir, vertiendo lumbre por los ojos—. Si pudiera cumplirse el símbolo de Tarfe: ¡ser el bárbaro Neso, robador de la dulce Deyanira! ¡Ir por el mundo á rienda suelta, con el brío de un potro salvaje y al propio tiempo con la inteligencia de un sabio y el corazón de un artista! ¿De qué nos sirve á los hombres el alma, si nuestros cuerpos son débiles y nuestros órganos entecos y nuestras

vidas miserables; si, más que á los brutos, nos estorba el freno de la ley, nos persigue la adversidad, nos flaquea la salud y nos fustiga el dolor? Imaginad el busto de Aquiles, inserto en el robusto tronco de un corcel, más blanco que la nieve, de lomo recio y ancas poderosas, lanzado á galope por las tierras vírgenes; figuraos la belleza viril, la bizarría del caballero unidas á la elegancia y la fuerza del caballo; el entendimiento del hombre con el ímpetu del animal; el ángel y la bestia, juntos con mayor eficacia y hermosura...

—Yo quisiera ser un nuevo Atila—dijo Tristán, el demócrata, esgrimiendo un tenedor—y destruir el mundo en una noche... Ver la tierra en llamas y sacudir la antorcha de los incendios por encima de todas las cumbres; abrevar mis caballos en ríos de sangre; hundir mis espuelas en los vientres de las mujeres y mi puñal en el corazón de los hombres... ¡Malhaya la civilización, que nos fuerza á vivir entre eunucos y raposas, sin la gallardía del bárbaro primitivo!...

—¡Ay, señor!—repuso Polo de Silva al oído de Magín—. ¿Qué iba á ser entonces de la pobrecita Mercedes?

—Pues yo—dijo á su vez Arístides, el de las «cachorreñas» —soy un romano del tiempo de Nerón... Viviría igual que Petronio, derrochando la juventud y estrujándola como un racimo hasta morir de puro sacio... Y al fin, me despediría del mundo, abriéndome las venas en los brazos de mi esclava favorita, para mezclar en un mismo instante los estertores del amor y de la muerte...

—¡Quién me diese á mí la espada de Almanzor!—dijo Muley Safar, acometiendo con fiereza á un inocente pollo que tenía en el plato—. ¡Quién me diese el estoque de los últimos califas cordobeses, para hacer vasallos míos á los nietos del Cid!

—¡Y á mí un pincel de fuego - exclamó Juan Tarfe con grande voz—para escribir las palabras proféticas: *Mane, Thecel, Phares,* en los palacios de todos los ricos de la tierra! Dios ha contado los días de vuestro reino...

—¡Cállate, Daniel!—gritó Polo Silva—. ¡Que le vas á cortar la digestión á Baltasar!

Llegando á los postres, sintieron los comensales que crujía el dosel como si fuera á caerse encima de la mesa. Alzáronse todos de los lechos, y á este punto vieron descender majestuosamente una bandeja colosal, prendida con dorados hilos y llena de caprichosos regalos; cofrecillos de plata con dulces y bombones, anillos de oro, preciosas tabaqueras, lindos *carnets*, dijes, alfileres y otras alhajas por este arte. A un ademán del anfitrión se echaron los comensales como fieras sobre aquellos presentes, y hubo larga disputa y escándalo, mientras el «fiero almoravide» le decía á Carvajal con humos de rey:

—Gracias; no admito propinas.

El vino subía á las lenguas y á los ojos como una llama impetuosa y alegre; multiplicaba las luces, encendía los semblantes, caldeaba los pensamientos, embravecía las conversaciones en un hervor parecido al de frenética multitud. Los comensales hablaban á gritos, moviendo con furia los brazos y quitándose las palabras de la boca, entre chistes, risas, brindis burlescos, aplausos y carcajadas.

—¡Señores!—decía Polo, muy solemne—. En vista de la liberalidad de nuestro insigne anfitrión, propongo que se le nombre, desde este punto y hora, tesorero de los «intelectuales» de Medina.

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—¡Loor al gran César, nuestro ilustre «concurdáneo»!

—¡Viva mil años para su felicidad y también para la de sus amigos!

—¡Gloria al Emperador de los Incas, al Príncipe de El Dorado, al Rey de los Andes!

—César Borgia á su vera es un buñuelo de viento...

—¡Viva Colón, providencia de todos los pícaros de España!

—No se consiente faltar á la familia...

—¡Moro! ¿Qué haces ahí tan mustio? ¿Se te ha subido el Falerno á la cabeza?

—Considerando estoy que todos los hombres, moros y cristianos, grandes y chicos, rubios y morenos, somos iguales ante unas copas de vino... ¡Todos unos imbéciles!

—Pues entonces, ¡viva el vino, que es flor y espejo de la perfecta democracia!

—¡Callaos! Que va á brindar Polo Silva...

—¡Que no brinde! ¡Que se calle ese truhán!

—¡Señores!—dijo Polo con voz estentórea, subido en su lecho triclinario.—La emoción... la vivísima emoción de estas horas de plenitud... de plenitud espiritual... me cohibe, me ata la lengua, me confunde los pensamientos... ¡Ah, señores! Habría yo de menester el pico de oro, el verbo florido de aquel águila de la elocuencia que se llamó Castelar, para decir... ¿qué digo? para cantar estas glorias... Mucho tiempo hacía que nuestros... corazones... eso es, nuestros corazones andaban faltos de este jugo vital... de los sentimientos, de estos manjares... del alma... Diré más aún...

Reinaba en el triclinio un gran silencio. El truhán, con lágrimas en los ojos y acentos conmovedores en la voz, decía así:

—Brindo por nuestro ilustre anfitrión, por nuestro espléndido Mecenas, por el pío, felice y generoso amigo, grande artista, magnífico señor, émulo de los Médicis, de los Bembo, de los Sciarra, de los Furcios... digo, de los Sforcias del Renacimiento... Brindo por el magnánimo prócer que ha venido á llenar un vacío..., eso es, un vacío en la sociedad medinense... Alzo la copa en su honor y hago votos por su salud... Que la Almanzora, retiro un tiempo de nobles hidalgos, recobre su antiguo lustre, merced á la largueza, á la graciosa liberalidad de nuestro insigne «tesorero»... de nuestro amigo y señor don César de Carvajal... He dicho.

Una gran ovación, una tempestad de aplausos ahogó las últimas palabras de Polo Silva.

—¡Amigos míos!—repuso Carvajal tambaleándose—. Gracias os doy por haber honrado mi casa y alegrado mis horas con vuestro ingenio y gentileza... La Almanzora, por ser mía, es también de mis amigos. Ni vosotros sois aquí extraños, ni yo soy en Medina forastero; pues aunque nací en Jauja, sangre española y andaluza corre por mis venas... Brindo... ¿cómo no?... por vuestra salud, por nuestra amistad, por esta noble tierra de mis abuelos, que si no fué mi cuna quiero que sea mi sepulcro cuando me llegue la hora de morir...

Dijo esto Carvajal con profunda emoción, en un súbito arranque del alma, que suspendió á todos sus amigos y les cortó los vítores en la boca.

Juan de Tarfe, movido de igual resorte, fué al encuentro de César y le dió un abrazo.

—¡Vive Cristo!—exclamó después—. ¡Eres un hombre de corazón!

Perico Tristán, algo mohino, ya que no pudo «colocar» el flamante discurso que traía, logró decir entre copa y copa:

—Brindemos también, señores. por el órgano de la Prensa que va á salir muy en breve á la luz del mundo, bajo los auspicios de nuestro insigne anfitrión...

—¡Ah, sí!—añadió el prócer—. Brindemos por el futuro periódico... y por su director, don Pedro Tristán.

—¿Cómo se va á llamar la criatura?—preguntó Silva.

—Aun no tiene nombre.

—Pues es preciso bautizarla. A ver: imaginemos entre todos un título, un gran título, un nombre arrogante y peregrino como su señor y Mecenas.

—Cada cual por orden diga su parecer—añadió Tristán—. Veamos quién es el mejor padrino. Que empiece Pepe Antún...

—No se me ocurre nada—repuso el de la Gelmírez, luego de exprimir la desnuda mollera.

—Como siempre...

En un instante salieron á colación veinte títulos. Cada uno de ellos fué coreado con grande chacota.

—*El Faro de Medina*...

—Eso del faro es muy vulgar.

—*La Nueva Lucha.*

—Menos; nunca segundas partes fueron buenas.

—*La Voz*...

—¡Cállate!

—*El Clarín.*

—¡Adiós, Marte!

—*La Campana*...

—De la Vela.

—*El Ideal.*

No seas cursi.

—*El Estómago Agradecido.*

—No seas adulador.

—*La Verdad.*

No seas embustero.

—¡Señores, un gran título!

—¿A ver?

—*Eureka!*

—Eso no lo entiende nadie.

—Pues ponle *El Cuerno*, y lo entenderán todos.

—O *La Palanca de Arquímedes*, que viene á ser lo mismo para muchos...

—¡Señores, en serio!

—¿Muy en serio? *La Honradez.*

—Hombre, ése no es título para un periódico liberal...

—Sino para una tienda de comestibles.

—Llamadle entonces *La Poca Lacha.*

—Tendrías tú que ser el director.

—*¡La Tizona!*

—Demasiado antiguo.

—Pues ponedle *La Ganzúa*, y será más moderno.

—*El Azor.*

—*La Sopa Boba.*

—*El Látigo.*

—*El Bombo.*

—*La Perra Chica.*

—*La Democracia.*

—Eso huele á chotuno.

—Nada de periódicos serios—dijo Polo Silva—. Un pe-

riódico serio es la carabina de Ambrosio. La risa tiene más eficacia que todas las razones. Hagamos un periódico juvenil, alegre, impetuoso como un centauro...

—¡Ese es el título!—gritó César—. *¡El Centauro!*

—Me parece poco serio—arguyó el director.

—Y ¡dale con la seriedad!

—¡Sí, sí! *¡El Centauro!*—dijo Tarfe—. ¡Es un gran símbolo!

—¡Sí, sí! *¡El Centauro!*—añadieron todos, con la obstinación y la vehemencia de la embriaguez.

—Tú lo dijiste, ¡oh César! No hay mejor padrino que tú...

Como se ve, tuteábanse ya los comensales con la llaneza que usaron los varones antiguos y los borrachos de todos los tiempos. Había llegado esa hora, tal vez la única, en que los hombres se sienten hermanos; hora de efusión y de ternura en que se abrazan, se tutean, se descubren sus secretos más graves y hasta se rompen la crisma, por pura fraternidad, como Caín. Tan á punto se hallaban el anfitrión y sus amigos, que algunos se caían de los lechos y otros capeaban una borrasca semejante á la que sufrió el escudero de Don Quijote luego de beber el bálsamo de Fierabrás.

Polo Silva, un poco más ágil, ofrecía una copa de *Chartreuse* al Fauno perseguidor de ninfas pintado en el muro del triclinio.

—¡Demonio!—exclamó, al dar con las narices en la pared—. Ya empiezo á confundir los frescos de Tarfe con los frescos del convite... ¡Estamos todos frescos, por vida mía!...

—¡Olímpico! ¡Soberbio!—ponderaba Lechuga, comentando el festín—. Pero falta una cosa..., la principal... ¿No comprendéis?... ¡Unas cuantas Evas para estos felicísimos Adanes!

No bien lo hubo dicho, cuando sonó una blanda música y entraron en el triclinio hasta dos docenas de bailarinas—la flor y nata de la Bética—, entre nubes de aromas y gasas transparentes. Los copiosos pámpanos puestos en las columnas de la estancia y en las sienes de los convidados, debieron mudar de sitio para socorro de la honestidad.

—¡César, amigo mío! gritó Silva, lleno de calurosa admiración—. ¡Eres un pagano enteramente!

Oyóse á este punto el vivo repique de los crótalos y el rasgueo de las vihuelas, con acompañamiento de coplas y palmas y toda suerte de alegrías. Después llegaron diez y seis hermosas «esclavas», envueltas en finísimos cendales, y á cada quisque le pusieron en la frente sendas coronas de arrayán y rosas. Los festivos dioses del amor y del vino se hicieron desde aquel instante dueños absolutos de la plaza.

Afuera, en el jardín, se desgañitaban los cantores y se volvían locos los músicos, merced al refuerzo de unos zaques pródigamente regalados á la servidumbre. El caldo generoso de las vides francesas y españolas corría sin tasa por el triclinio y sus aledaños, por las cocinas y el parque, por los mil andenes y recovecos de la Almanzora. El mismo frenesí conmovía á todos, hombres y mujeres, músicos y danzantes, criados y señores, indígenas y forasteros, moros y cristianos.

César, enardecido por aquella fiebre, se dió á recitar versos de Baudelaire, que nadie escuchaba; Tristán conquistó á Magín para soltarle el discursito; Pepe Antún dormía apaciblemente en su lecho triclinario; *Jurel*, subido en una mesa, bailaba el garrotín; Polo Silva había cogido por las barbas al moro, y éste, de un bofetón, le echó á rodar por el suelo, á los pies de una danzarina; Lechuga salió al jardín del brazo

de dos «esclavas», y Arístides se hallaba en sus glorias con la reina de las huríes. Unicamente Will, el mayordomo, que no bebía nunca, asistía en pleno uso de razón á la ruidosa bacanal, vigilando las puertas con sus ojos azules y fríos.

Juan de Tarfe, entretanto, fuése á una gran habitación frontera de las cocinas, seguido de la turba astrosa de vagabundos, «artistas» callejeros, gitanillos y galopines que con él se colaron en la Almanzora, y allí se dió un olímpico festín con todos los relieves del convite.

No fué poca la burla y chanza que los truhanes de la cocina hicieron de aquella cena singular; pero el Maestro, saltando de júbilo, henchido de alcohol y de ternura, sirvió con sus propias manos á los «chorreles», mientras les decía de esta manera:

—Comed, angelitos de Dios; comed y hartaos siquiera una noche en vuestra vida, ya que no tuvisteis la suerte de nacer en Jauja ni dieron vuestros padres con los tesoros del Potosí... Comed, alegres gitanillos, flor y nata de Andalucía, que por ser españoles y andaluces, sabéis llevar tan festivamente la pobreza y la adversidad... Comed y no hagáis caso de las risas de esos malsines, que no hay peor cuña que la de la propia madera... Comed, hijos de mi alma; comed y bebed y refocilaos, por esta noche á lo menos... Con lo que gastan los ricos en ofender á Dios tendrían los pobres para no morirse de hambre...

IX

POR UNA MUJER...

Encaramado sobre redonda peña, entre los montes y la mar, estaba el arisco barrio de las Palmas, alcazabilla un tiempo de los reyes moros, después asilo de mudéjares, y, al cabo, nido de la gente cruda, holgazana, maleante y socarrona de la ciudad y sus afueras.

Dos ó tres vías de áspera pendiente, varios portillos misteriosos y alguna que otra escalera de sórdidos peldaños, al través de las murallas y las rocas, daban ingreso al arrabal: informe laberinto de retorcidas calles, vetustos caserones, angostos pasadizos, mutilados restos de antiguas fortalezas, reductos y rebellines, cuevas de gitanos, abiertos corralones, hazas de escombros y basuras, con tal cual añejo torreón, desprecio de los siglos, ó liviano jardín, desprecio de la roña. En la cimera de este viejísimo casco lleno de herrumbre se columpiaban, á guisa de airón, dos palmeras gentilísimas, de gruesos nudos y opulentos abanicos, dos palmeras gigantes que dieron su nombre al barrio desde tiempo inmemorial.

Nada más romancesco y temeroso que aventurarse por allí, cerrad. ya la noche, y escalar aquellos tramos y meterse

en aquellas angosturas, y asomar la nariz por semejantes madrigueras, donde reinaban á sus anchas y según sus fueros los jácaros más ternes, las hembras más perdidas y los chavales más desvergonzados del mundo. ¿Qué mejor parodia de la Edad de Oro que este barrio feliz, do las gentes convivían á su propia merced, ignorantes de las palabras *tuyo* y *mío*, desdeñando, como dioses, las leyes y costumbres de policía y propiedad? Teníanse aquí todas las cosas por libres y comunes: los vicios, los engaños, los dineros y aun las mujeres, pues la mayor parte de éstas eran de las que llaman del partido. Nadie había menester, para alcanzar su ordinario sustento, buscar otro camino ni trabajo que el de esgrimir las uñas y apañar lo ajeno, ó ganarlo en tratos y oficios de rufianesca condición. Las mercancías del vecino Muelle, los gallineros del cercano Miraflores, con más las artes del contrabando y del matute, en magnífica abundancia, fácil hurto y provisión les ofrecían por doquier. En el fondo de los cubiles y en el umbral de los portales formaban su república las solícitas mancebas, ofreciéndose al aventurero transeunte con desgarradas voces. Todo era consentido, todo bien aprobado, todo corriente, moliente y natural: aun no se atrevía el Concejo á imponer aquí sus perezosas ordenanzas; corrían los «chavcas» de calle en calle, lo mismo que sus madres los parieron, con la honda en la mano y los mocos en las narices; se espulgaban las viejas en medio del arroyo, donde esquilaban también sus burros los gitanos; reñían los jaques á la vuelta de cada esquina, rompiéndose el bautismo por un mirar de ojos, y la justicia se estaba en otros términos con tal de no perseguir ni ofender á los bravíos moradores del suburbio; andaban las mozas libres y

señeras, sin riesgo de perder su honestidad, ya que jamás la conocieron, y en llegando la noche no había cristiano, como no fuese Juan de Tarfe, Maese Raimundo ó Polo Silva, que se atreviera á subir á las Palmas, recorrer sus burdeles y otear los misterios de tan umbrosos andurriales.

Dentro del arrabal y en los vacíos aposentos de una torre mudéjar, que aun se erguía, por milagro de Dios, sobre el firme cimiento de la roca, tenía el «fiero almoravide» su taller y su posada. La necesidad y el ingenio, que siempre van juntos en compañía de los pobres, hicieron también prodigios en aquellas ociosas y abandonadas ruinas; á fuerza de industria y de sudor, asentando aquí unas piedras, allí unas tablas, acullá unos lienzos, sin más ayuda que su brazo y su gentil caletre, consiguió el peregrino aderezarse la más cumplida y barata habitación que pudo soñar un artista como él, tan rico de invenciones y tan escaso de dineros.

Así vivía Juan de Tarfe, pobre, triste, orgulloso, de negro humor á todas horas, sin reir nunca, renegando del mundo y de los hombres—mezcla de cínico y de asceta—en el riñón más podrido de Medina del Mar. Y cosa extraña: los rufos soeces, las coimas empedernidas, los chavales desvergonzados que en aquellas madrigueras tenían también su habitación, sentían por el huésped de la torre un cariño salvaje. Porque el «fiero almoravide», con todo su mal genio, con sus humos de anarquista á quien estorban la sociedad, el orden, la compostura y la limpieza, era un apóstol á su modo, «un anarquista cristiano» —según decían sus «cadetes»—, un misionero extravagante, mordaz, duro, insolente con los ricos, blando y sensible como cera al trato de los humildes y los pobres. Hacía gala de esas gentiles paradojas y agudas

moralejas populares, de ese «ebionismo» justiciero tan del gusto de los hombres que viven fuera de la ley; quitábase el pan de la boca para dárselo al prójimo; no podía ver una lástima sin procurar el remedio; le sacaban de quicio los abusos de la fuerza; tenía sus puntas y ribetes de Quijote: era, en fin, entre gruñidos y sarcasmos, un monstruo de caridad y de ternura. No se le conocieron dolos ni malas artes, ni fué jamás borracho de afición: bebía por olvidar, por sumergir en el vino un mal recuerdo, una secreta memoria que le mordía las entrañas.

Gateando, más que subiendo, por la angosta vía de la Tizne, hasta dar en el campillo del Churumbel, se llegaba á la torre mudéjar donde Tarfe tenía su cubil. A la vera de un corralón, siempre lleno de brujas quintañonas; sobre una haza de ruinas y de escombros había como un túnel, y en el túnel un postigo; tras el postigo una escalera de homéricos peldaños, y al fin de la escalera, más obscura que boca de lobo, cierta especie de aposento con ínfulas de tarbea y desnudeces de pajar. El techo, ni aun con la vista se alcanzaba: tan alto era y tan negro; negreaban también las paredes, que fueron blancas cuando Dios quería; un espeso tapiz de polvo, aceite, barro, pintura y roña cubría las viejas tablas del piso; entraba el viento por las rendijas y el agua por las goteras con la mayor facilidad; gemían puertas y ajimeces como ánimas del Purgatorio, y se estremecía la torre con todas sus piedras y raíces cuando soplaba el aire, no sin pavor y riesgo; pero estas últimas molestias se moderaban durante el estío, que era lo más del año en tan ardiente clima.

¡Qué mezcla de cosas raras y disformes contenía el misérrimo desván! Aquí un sillón de vaqueta y un largo canapé

lleno de estampas, ropas y enseres domésticos; allí un estante con libros, pellas de barro, pinceles y tubos de pintura; acullá un fogón y una espetera donde paraban en amigable compañía chafarotes y cacerolas, un renegrido yelmo y dos sartenes; más allá un cofre antiguo y encima, *vis-á-vis*, una guitarra y una calavera; junto á los cristales de un ventanal, dos lienzos sin concluir, en sus caballetes, y algunas estatuillas sobre trípodes; por doquiera cuadros, libros y muebles viejos, polvo y mugre; finalmente, en el más obscuro rincón, un catre, y en el catre el «fiero almoravide» roncando á toda orquesta.

Una gitana, joven todavía, de negros ojos, piel de bronce y copiosas greñas, encendía la lumbre en el fogón. Esta gitana le servía á Tarfe de manceba y de criada, de modelo y ama de llaves; le cuidaba la puchera cuando había con qué, le lavaba la ropa, le barría el aposento y le aguantaba el humor: todo ello no por dinero ni interés, sino «por la mucha voluntad que le tenía».

Al encender la lumbre movió sin duda la espetera y vínose abajo un chafarote con espantable ruido. Saltó en la cama el bereber.

—¡Bruja de los demonios! ¿Tiraste al suelo la tizona del Cid?

Y la gitana, que tenía también muy malas pulgas, repuso á gritos:

—Permita *Undivé* que con ella te corten el gañote...

Luego, muy melosa, añadió:

—Dime, *resalao:* ¿no hay dinero para el avío?

—Ni un ochavo, *Serení.*

—Como siempre. Aquí se vive peor que en la *trena.* ¡Cla-

ro! Todo se vuelve hacer caridad... como si hubiera la obligación de mantener charranes... ¡Mala *puñalá* le den á esa partida de la Tizne que nos está dejando en cueros vivos!... Por mi salud: si no te tuviera como te tengo tan retebuena ley, ahora mismito me iba con los peroles á otra parte...

—Calla, *Serení*, por las candelas de tus ojos; que amanecí de mal humor...

Saltó el «bohemio» del catre con la misma facha que Don Quijote cuando se andaba por Sierra Morena en penitencias y en pañales; dió dos pasos por el desván, como un león en su jaula, estirando las flacas y vellosas piernas, y descubriendo, por la entreabierta camisa, el pecho hirsuto y salvaje, con otras cosas que no es preciso decir. En tan crítica sazón llamaron á la puerta de la cámara. Fué á abrir la gitanilla, y apareció Jorge de Acuña en los umbrales.

—¡Vive Cristo!... ¡Adelante, joven luchador!

Recibióle «el maestro» sin ponerse en los hombros ni una mala colcha. Mas no venía Jorge para reparar en pelillos: nervioso, pálido, trémulo, se adelantó por la estancia, mientras salía *Serení* con un cántaro hacia la fuente.

—¿Qué te pasa, muchacho?—preguntó el «bohemio», quien sentía por el mozo profunda simpatía.

—Una cosa horrible: me veo en el trance de buscar mil pesetas ó pegarme un tiro.

—¿Mil pesetas? ¿un tiro?... He aquí dos cosas verdaderamente trágicas...

—No se burle usted, por la Virgen Santísima...

—¡Si no me burlo! Pero, cuéntame.

Refirióle Acuña que había sustraído mil pesetas en el escritorio.

—Fué un caso de fuerza mayor... Verá usted: yo pensaba restituir la suma sin que el desfalco se descubriese..., irla reponiendo poco á poco... Mas, por desgracia, por una casualidad..., anoche se descubrió... Ya no tengo más remedio que restituir... Si no, la cárcel..., la deshonra... ¿Qué va á ser de mi pobre hermana?... ¡Dios mío!

—Pero, hombre—repuso Tarfe . ¿Por qué cogiste ese dinero?... ¡Eso es un robo en toda regla, desventurado!

—¡Sí... soy un ladrón!... ¡Escúpame usted á la cara!... ¡Desprécieme usted!... Harto lo he merecido... Pero, tenga usted lástima de mí... Yo hubiera dado mi sangre por ese dinero; no lo hice por maldad, sino por la fuerza de un sentimiento que me tiene loco... Fué... ¡por una mujer!...

—¿Por una mujer?—interrumpióle Tarfe . ¡Bravo chiquillo: eres un hombre!... ¡Por una mujer!... ¡Sí! Tienes razón: por una mujer se roba, por una mujer se mata, por una mujer se pierde un hombre... ¿Qué no haría yo por una mujer?... Me has tocado la fibra sensible..., me has removido las entrañas...

Era de ver aquel virote, casi desnudo, en medio de la vetusta habitación, con los ojos echando lumbres, moviendo los brazos y la lengua lo mismo que un orate.

Por una mujer...—repitió como en sueños, sentándose al borde de la cama—. Y dime: ¿la quieres mucho?

—¡Que si la quiero! .. Por ella me haría trizas el corazón... ¡No sé decir cuánto la quiero!

—¡Jorge! exclamó Tarfe estrechando las manos temblorosas de Acuña —. ¡Hiciste bien acordándote de mí!... Yo te salvaré!

—¡Maestro! ¡amigo!—balbucía Jorge, con lágrimas en los

ojos—. ¿Cómo podría yo pagarle...? Pero, ¿es de veras?... ¿es de veras que usted podrá...?

—¿Yo?... Yo no tengo dónde caerme muerto..., ¿no ves que todo lo doy?... Lo que gané en la Almanzora se me fué en cuatro días... ¡Hay tantas penas en el mundo!... Pero aquí donde me ves... En fin: Jorge, vete; ni una palabra más... Ya sabes que te quiero como á un hermano pequeñito... Antes de tres horas tienes las mil pesetas en tu casa.

Salió Jorge llorando, riendo y saltando por los vericuetos del arrabal, mientras el «fiero almoravide» se vestía con sus mejores ropas, que eran harto menguadas; se ponía, como supremo lujo, una camisa limpia y una corbata nueva. Con esto y un trago de aguardiente que se bebió para engañar el hambre, ya se juzgó en disposición de conquistar el mundo.

—*¡Eureka, Serení!*—dijo de pronto, volcando los bolsillos del chaleco. ¡Viva la fortuna! Aquí topé con cuatro perras gordas.

—Ya tenemos *pa* el pucherete respondió *Serení*, que acababa de entrar con el cantarico al brazo.

—Pues abur, morena; si tardo mucho cómete el potaje, y si algo sobra se lo das á la vecina, que por la noche Dios proveerá...

Y así se fué á la calle, dando brincos, aquel terrible luchador, que sólo estaba alegre cuando podía remediar males ajenos, aunque fuese á costa de los propios.

Sin vacilar un punto encaminóse á la Almanzora, y halló por suerte á César en el momento de salir del baño.

—César—le dijo de repente—: tú eres un hombre de corazón.

Eso me pierde, el pícaro corazón... ¡Ojalá no le tuviera!...

—Eso digo yo también, ¡voto al diantre!... Pero, en fin, hay momentos en la vida en que se alegra uno de tener corazón... y además de tener dinero.

—¡Ah, vamos! ¿Cuánto quieres?

—¿Yo? Para mí no quiero nada... Antes que pedir dinero para mí, me cortaría la lengua: soy pobre, pero orgulloso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De una obra de misericordia. Yo tengo un amigo, un infeliz, medio escritor, medio escribiente; guapo mozo, poeta gentil, un alma de Dios... Aunque es muy corto de genio, ha cometido un desaguisado... Figúrate que en el escritorio donde trabaja ha distraído mil pesetas...

—¡Vaya con la distracción! Si llega á ser largo de genio, no deja en la casa ni los clavos.

—¡Pobrecillo! Él pensaba restituir la suma sin que nadie se enterase; la tomó á guisa de anticipo, pero le han descubierto.

—Buenos amigos tienes...

—Mi amigo no es un ladronzuelo vulgar. Le conozco desde niño; es un poeta... Cogió el dinero en un instante de apuro, de frenesí..., ciego por el amor de una mujer.

—Amores de mil pesetas... Cara comida para un estudiante.

—¡César! Tú sabes hacerte cargo de las cosas; tú vas á darme las mil pesetas... Se trata de la felicidad de un hombre, y, sobre todo, del honor de una mujer...

—Mil pesetas: ¡qué barato es el honor de esa señora!

—Me refiero á la hermana de mi amigo... la mujer más

bella, más inteligente, más noble y santa del mundo. ¡La perla de las mujeres de Medina!

—*Pas plus* dijo César sonriendo . Toma mi cartera: veinte mil francos...

—Sólo necesito mil pesetas.

—¿Cómo no? Hazla un regalito, y...

—Esa mujer no admite regalos de nadie.

—Será como tú: pobre, pero orgullosa.

—Pues, ¿qué nos quedara á los pobres si nos quitasen el orgullo? Estas mil pesetas son sólo á título de préstamo. Yo te las devolveré...

—Cállate, que me ofendes...—repuso Carvajal, amostazado—. Y ¿cómo se llama esa señora?

—Carmen de Acuña. Es de familia ilustre, pero venida á menos. Vive la infeliz dando lecciones.

—¿Lecciones de qué?

—De primeras letras, de bordados, de música...

—¿Toca el piano?

—Divinamente.

—¿Y es hermosa?

—Como el sol de Andalucía.

—Quiero conocerla...—manifestó Carvajal, con vivo interés—. Tú me presentarás... Se podría hacer algo por ellos: el mozo...

—Sería un gran secretario—insinuó Tarfe, cogiendo al aire la ocasión.

—Pero, hombre, tan distraído... En fin, no me importa; con un buen sueldo ya no tendrá esas distracciones... Y su hermana... si quisiera dar aquí algunos conciertos...

—¡No querrá!—exclamó el «fiero almoravide».

—¿Por qué?

—Porque es mujer muy de su casa, muy honesta y...

—¡Con su pan se lo coma!—repuso Carvajal, despidiendo al orgulloso pintor en la avenida del jardín.

—¡Rayos y truenos!—gruñía Tarfe, al salir de la Almanzora—. ¿Será capaz este bellaco de enamorarse de ella, de mi estrellita de oro? Seguro: en cuanto la viese la querría conquistar á fuerza de millones... Creerá que esta mujer es como aquellas otras de París... ¡A buena parte vino!... En fin: vamos al Postigo del Rey, que el negocio corre prisa. ¡Voto á tal! Esto de tener corazón es una desgracia muy grande...

No hay que decir el llanto, la pesadumbre y la vergüenza que el mal suceso de Jorgito llevó á la humilde morada del Postigo del Rey. Todo era allí trastorno y confusión. Martirizábase Alfonsa los cabellos, mezclando las preces á la Virgen de las Angustias con improperios al «charrán de Jorge» y á todos los tunantes y bribonas que de tal manera le habían corrompido. Vertía Carmen el agua tristísima de sus ojos, bebiéndola en silencio, como un nuevo cáliz de amargura, mientras pedía luces á su santa patrona Teresa de Jesús y procuraba, con firme diligencia, buscar remedios á tan difícil situación.

Muy de mañana púsose un manto, y luego de oir misa en la próxima iglesia del Carmen, fuése corriendo á casa de Nilson. Pero el judío inglés no conocía la piedad.

—¡Ah, el misegable!—gritaba—. ¡Mil pesetas! ¡Me ha gobado mil pesetas! ¡Ah, el misegable!

—Señor Nilson... decía la infeliz—tiene usted razón... ¡tiene usted razón que le sobra!... ¡Ay Dios mío: qué bochorno!... Yo le juro á usted, señor Nilson...

—¡Mil pesetas! ¡Me ha gobado mil pesetas!—repetía el mercachifle, alzando las manos al cielo.

—Yo las restituiré... Yo las sacaré del centro de la tierra, si es preciso, aunque me cueste la vida... Sólo le pido á usted, por lo que más quiera en el mundo, que me otorgue un plazo, que me evite la vergüenza... la irreparable vergüenza de ver á mi hermano en la cárcel...

—¡Mil pesetas! Y no gobó más pogque no pudo, pogque Rodrigues tenía las llaves de la caja... ¡Fíese usted del agua dogmida! Ya lo desía yo: estos tímidos...

—¡Caballero! Yo le suplico á usted...

—No, señoga... es inútil. Yo gespondo ante mis socios de esa suma... y si dentro de veinticuatro horas no están las mil pesetas en la caja...

—Pero ¿cómo en un solo día podré buscar las mil pesetas? ¿Quién me las va á prestar, pobre de mí?... ¡Tenga usted compasión! Yo empeñaré algunas alhajas que poseo, ropas, muebles... Podré reunir la tercera parte, acaso la mitad... y el resto á plazos, aunque haya de quitármelo de la boca...

—¡Imposible! Si en el tégmino dicho no gestituye usted... igá el mosito á la cágsel.

—Y ¿no comprende usted, señor Nilson, que de ese modo nos deshonra usted, nos arruina para siempre?... ¿Quién ha de recibir luego á mi hermano, si se le acusa públicamente de ladrón?... Yo también perderé todas mis lecciones, pues nadie me querrá por maestra de sus hijas...

—¿Qué me dise usted, señoga? ¿Tengo yo la culpa de este negosio?

— Pero el caso puede remediarse con buena voluntad... A usted también le conviene facilitar nuestra solvencia... Propongo una solución: yo le firmo un pagaré por esa suma, añadiendo el tanto por ciento que usted quiera... á seis meses de plazo, por ejemplo.

—¡Imposible! Yo no hago préstamos sobre gobos.

—¡Por caridad!

—¡Basta, señoga!—digo Nilson al fin—. Tengo muchos quehaseges... No puedo perdeg el tiempo... Ya sabe usted: espego las mil pesetas... hasta mañana á esta misma hoga...

Y se dirigió, impasible, hacia la puerta.

Volvió Carmen al Postigo del Rey: entró en su cuarto; se echó, transida, en el sofá.

— No hay remedio, Alfonsa... Ese hombre no tiene corazón.

— ¡Jesús, mil veces Jesús!—clamó la vieja —. ¡Carmelica de mi alma! ¿Quién diría que nos íbamos á ver en este trance? Ya decía yo que las idas y venidas de ese «pendoncillo» no habían de parar en bien... Dios me perdone...

Alzó Carmen el hermosísimo rostro, bañado de lágrimas; púsose en pie con energía y exclamó, recobrando su admirable fortaleza:

—No hay tiempo que perder, Alfonsa... Es preciso encontrar ese dinero...

—Quizá el indino lo traiga. ¿No han de dárselo por ahí los señorones que le protegen?

—Sí, sí... Harto conozco el mundo; cuando se pide dinero todas las puertas se cierran. Nada, Alfonsa: no hay que con-

tar con nadie... Tú y yo estamos solitas... como siempre... ¡Hagamos nosotras el milagro!

— ¿De qué manera?

—Verás: saca los baúles y los vestidos; avisa corriendo á Clotilde... Que se lo lleve todo: las ropas, los muebles, hasta las camas...

— ¿Y dónde vamos á dormir?

— ¡Aunque sea en el suelo!

—Pero, ven acá, luz de mi vida... Aunque lo vendas todo, hasta los clavos... ¿qué van á darte por ello? ¡Una miseria!

—No importa... Luego me echaré á la calle... visitaré á mis amigas... y en último caso, veré á don Efrén...

— ¡Á don Efrén, santo Dios!

—Calla y haz lo que te digo. Ve corriendo... no vuelvas sin traerme á Clotilde...

La cual era una moza gitana, de lindo parecer, muy ducha en artes de contrabando y de comercio. Como vivía cerca, llegó á poco, tan frescota y gentil, vestida de crujientes y almidonados percales, hecha un brazo de mar.

— Ave María.

— Sin pecado...

— ¿Qué se le ofrece á usted, señorita Carmen?

— ¡Ay, Clotilde, me veo en un apuro!... Ya le contaré... Quiero venderlo todo... Tenga usted caridad... Deme lo más que pueda...

—Por mi salud, señorita... Ya me conoce de sobra... Pero, me pilla usted en una ocasión!... ¡Están los tiempos tan malos!

—Haga un esfuerzo, Clotilde... Empezaremos por las joyas; son de mi madre..., mírelas usted.

—¡Oh, qué antiquísimas! Un collar, un brazalete, unas arracadas. Sí; buen oro, bonitas perlas..., pero esto ya no se estila... y la gente quiere novedades, aunque sean peores... El oro se toma al peso...

—Pero, vea usted, es oro finísimo..., y esas perlas del collar...

—Valen poco, señorita.

—Á ver... ¿Cuánto le parece?...

Sonó á este punto un vivo campanillazo. Salió Alfonsa á la puerta, y apareció en la sala Juan de Tarfe, lleno de polvo y de sudor, con las greñas alborotadas y hecho un guiñapo el corbatín.

—¿Qué desea usted?—preguntó, temblando, la de Acuña, creyendo ya invadida la casa de esbirros y alguaciles.

—Señorita respondió el bohemio, dulcemente—. Soy Juan de Tarfe, pintor... Usted no me conoce... Yo sí la conozco á usted... Y conocí á su padre, que era el más noble caballero de España... Quisiera darle á usted un recado... ¿Podríamos hablar á solas?

No muy tranquila Carmen por la recia catadura del pintor, le introdujo en el próximo gabinete.

—Perdóneme, señorita; harto comprendo... Pero Jorge me refirió lo sucedido... y aquí vengo á traer las mil pesetas.

—¡Cómo! ¿Usted?...

—Yo soy muy pobre... pero tengo amigos, y uno de ellos, César de Carvajal...

—¿Ese forastero de quien tanto se habla por ahí?

—Justamente. Él me ha dado la suma..., y además quiere recibir por secretario á Jorge... Al lado de un señor tan rico, el mozo hará carrera.

—¡Jesús!—pronunció Carmen, llorando y riendo á la par—. ¡No sé qué decirle!... ¡Dios mío! ¿Cómo agradecerle á usted...? ¡Oh, qué gran corazón! De fijo es usted un santo...

—¡Ay, señorita! Yo soy un pecador empedernido... ¡Usted sí que es una santa! Sé mucho de su vida y sus virtudes... Conocí la casa de los Acuñas en sus tiempos de dicha y de riqueza... Usted, entonces, era una niña; yo comenzaba mis primeros estudios de arte... Luego..., ¡cuánto hemos padecido en este mundo... usted y yo! Aunque de lejos, yo la he seguido en su calvario... ¡Muchas veces, el ejemplo heroico de usted me dió fuezas para luchar, para resistir! Mientras usted vivía en su rincón, absorta en sus deberes, un hombre, un pobre diablo, mezcla de artista y de loco, guardaba amorosamente en el corazón las semillas del bien que usted esparcía en silencio... ¡Es raro!, ¿verdad?

—¡Dios mío! exclamó la joven con un acento profundo—. La vida está llena de sorpresas...

—Y de misterios, Carmen... La vida está llena de amores silenciosos, de sufrimientos y desventuras, de cosas muy tristes...

—Pero también muy dulces y exquisitas. Vea usted, amigo Tarfe... ¡Bien puedo llamarle amigo! Usted que sabe llorar como yo... ¿No se siente orgulloso de sus lágrimas?

¡Quién dijera que este hombre, tan sensible y romántico, fuese el adusto y «fiero almoravide», el de la torre de los picaros! Todo el rudo semblante, lleno de polvo y de sudor, se le había amansado en un gesto de suprema ternura.

Tanto le sacudía la emoción, que, sin saber ya qué decir, cogió las manos de Carmen, las estrechó en silencio, despi-

dióse al punto y se lanzó al Postigo del Rey, dejando pasmadas á las tres mujeres.

—¡Vive Dios—se dijo, ya en la calle—, que esto no hay cristiano que lo resista!... ¿Pues no me hizo llorar?... ¡Voto al chápiro! ¿Qué no haría yo por esa mujer?... ¡Siento un hambre y una alegría! ¡Como que no he tomado más que una copa de aguardiente! Pero, ¿qué importa el estómago vacío cuando se tiene lleno el corazón?

X

LUCHADORES Y CENTAUROS

Una noche de las templadas y deleitosas del otoño andaluz hubo gran revuelo y alborozo en la Lonja de Medina. El caso no era para menos: César, el opulento César, el *Nabab de la Almanzora*, el *Niño de Jauja*, el *Loco Dios*, el *Demonio de los Andes*, el *Rey de las tumbagas*, el *Pasmo de Miraflores*—que con éstos y otros muchos remoquetes le confirmaron los ociosos y truhanes de la ciudad—, hizo su aparición en el festivo mentidero, en compañía de Jorge y de Arístides, luciendo traje gris, chambergo peludo y unos brillantes fabulosos que dieran envidia al mismo sol.

No hay que decir la curiosidad que por doquiera despertaba este mozo millonario y extravagante, voluble como un niño, mujeriego como un doncel, vicioso como un jácaro, liberal como un príncipe y espléndido como un zar; tan pronto triste como alegre y amigo de la bulla; siempre seguido por su brava escolta de parásitos y aduladores, igual que los antiguos Mecenas, lo mismo que los toreros de hogaño.

Ricardo Torres *(Bombita)*, exhibiendo su gentil persona en la Campana de las Sierpes, después de larga ausencia, no

produce mayor expectación que el joven indiano al aparecer en la Lonja de Medina del Mar. Semejante á un polvorín había corrido la especie de sus locuras y sus derroches, de sus convites fastuosos; hízose misterio y conseja de los banquetes en el triclinio, de las orgías en la Almanzora; repetíase el cuento de los tesoros del Perú, con mil arrequives y añadiduras; iban estas leyendas de boca en boca y eran motivo de escándalo para unos, de admiración para otros, y, para todos juntos, de irresistible curiosidad. Las gentes de pro, las familias principales de Medina, pretendieron abrir sus puertas y sus brazos al magnífico forastero; mas poco á poco se apartaron de él, por razones de pudor, declarándole incapaz de vivir entre personas cabales y prudentes. César, que tenía una rara mezcla de instintos señoriles y plebeyas inclinaciones, desdeñó siempre á esta burguesía mercantil con humos de aristocracia; prefería el trato familiar de los artistas, de los histriones y los pícaros, quienes á falta de muchas cosas poseían ingenio y buen humor; gozaba, al modo infantil, con los donaires y los chistes, con mofas y chanzonetas; sentía hervir su sangre andaluza en el ardiente vaho de las «juergas» y bureos medinenses; olvidaba hastíos é inquietudes; seguía el fácil curso de las horas, embriagándose con el aura popular...

¡El aura popular! Por dondequiera que el mozo fuese le acosaba un tropel de azotacalles y vagabundos, gitanillos y betuneros, no sin harta desazón de Arístides y regocijo de Polo Silva, hasta que César, muy alborozado, echaba un puño de monedas al aire para deshacer aquella nube de malandrines. Así nunca se vió libre de ellos mientras caminaba á pie.

¿Visteis entrar en el café de una ciudad castiza y bullan-

guera al diestro famoso, al árbitro de los carteles, al rey de las multitudes, al favorito de las damas, hecho un brazo de mar, altivo, triunfador, alegre? ¡Cómo le rodean los amigos, cómo le siguen los chavales, cómo le miran las hembras, cómo hasta el aire se detiene en un blando susurro de lisonja! Si el héroe va á sentarse, veinte manos se alargan para ofrecerle silla; si va á encender un veguero, brotan candelillas á docenas, lo mismo que en noche de luminarias; si abre la boca, las gentes la abren también de pasmo y admiración; si dice una necedad, ¡qué de risas y oles en alabanza de su ingenio! Los mozos del café, servilleta al brazo, le contemplan en éxtasis; todas las tertulias se suspenden; todas las conversaciones se acaban; los curiosos se agolpan á las puertas: el ídolo sonríe, adoptando la postura más garbosa, como si fueran á retratarle...

Pues así, con este rumbo y majeza, entró aquella noche el virrey del Perú en el diván de la Castaña. Para mayor fiesta y escándalo, había en la calle una murga que daba serenata á cierta Pilarica—pues era víspera del Pilar—, y el director de la charanga, un chuflón de siete suelas, en cuanto vió venir al prócer de la Almanzora, saludóle al punto con la Marcha Real: *Chinda, chinda, tachinda chinda, chinda, catapún chin chin...* Á compás de estos acordes penetró el «Rey de las tumbagas» en el café y sentóse con sus amigos en el lugar más visible. Bien pronto acudieron, igual que moscas á la miel, todos los parásitos del diván, los «cadetes de la Garduña», los pintamonas, los poetas chirles; ítem más, Lechuga, Rafael Ariza y otros luchadores que habían desertado de *La Lucha* para acogerse á las banderas del vencedor, según contaremos después.

Vino en seguida Roquito, muy serio y ceremonioso, «capote al brazo». Inclinó el cetrino semblante, picado de viruelas, y

—¿Qué piden vuesas mercedes?—preguntó, dirigiéndose á Carvajal.

—Mi merced, un «chato»—dijo Polo Silva.

Cada uno pidió lo que tuvo por conveniente: Lechuga, á pesar de ser tan fresco, un «arlequín»; Ariza, un chocolate con bizcochos; cierto poeta, un plato de jamón; harto sabían todos que estando el prócer allí había mesa franca.

—Yo, un ajenjo—añadió Carvajal.

Ante aquella invasión, las personas graves, enemigas del ruido, se replegaron á los rincones; César y sus compinches quedáronse por dueños del café, y en torno de la novísima tertulia comenzaron á merodear Maese Raimundo, los limpiabotas, los mercaderes trashumantes, los gitanillos, la taifa del arroyo reentrante siempre en la Castaña.

Polo Silva, sentado entre Acuña y Carvajal, hacía los honores de la mesa y la tertulia, charlaba por los codos y ponía de negro humor á Arístides con presentar á César todos los truhanes que aparecían por allí.

—Este mozo que nos sirve es Roquito, un estupendo poeta, de la especie de Antón el Ropero, por la sal y hasta por el oficio, pues aunque le ves aquí con la servilleta al hombro, fué también aprendiz de alfayate...

—Zí, zeñor—añadía el aludido, que era muy prieto de rostro y de palabra—. Magüer mi pobre condición me place *camelar* á las Musas. El dios Apolo es también marchante mío. Lo cual no empece para que yo le sirva á usted con mil amores...

—Ese viejo socarrón de la panza y el maletín es don Raimundo, flor de la picardía, espuma de la licencia, sorbete del cinismo, dibujo de la más refinada bellaquería. Con todo y con eso, es una excelente persona. ¡Ven aquí, príncipe! ¿no me oyes?... Para este gavilán no hay paloma segura ni fama limpia ni doncella firme, que es capaz de rendir la virtud de la propia Cibeles...

—¿Qué estás mintiendo, charrán?—dijo el otro, escupiendo por un colmillo—.¿Tuve yo acaso la culpa de aquello que le pasó á tu hermana? Como si las hembras necesitasen argumentos para convencerse! Harto lo sabes tú, que has sido cocinero antes que fraile. Las mujeres y las ostras no se abren por la persuasión... sino por la candela...

—Pues ahí viene *Zahorí*, la gitana más gitana del barrio de los Mármoles... ¡Mira, rabudilla, dile la buena suerte á este señor!...

—Vaya, y por mi salú que le venía buscando—respondió ella, acercándose á Carvajal—para decirle la buenaventura de parte de *Undivé*... *Mistelá*.., Ven aquí, *resalao*, dame la tuya mano chiquetita... *¡Uyuyui*, qué garboso es el caballero! ¡Si parece *encargao* para una sastrería de la Lonja!... Cesarico te llamas por tu buena estrella, que el día que naciste se pusieron los ángeles á bailar el garrotín delante del señor San Pedro... Allá, en las Américas, te *diñaron* todito el oro del Perú..., así saliste tan generoso... Una morena estás *diquelando* que es la reina de las Andalucías; con ella has de casarte, que tienes hechuras de mozo bueno y *parneses* de inglés. . Algunas desazones ha de costarte, porque las mujeres son *asín*, y á la hembra *desamorá*, á la adelfa le sabe el agua de rosas... Una rayita veo aquí, junto al *deo* del cora-

zón, que trae *mú* malos agüeros: muchos peligros te amenazan; que una *bicha* de oro *te se* quiere liar al cuello, y unos lobitos te siguen que han de beberte la sangre..., si *Undivé* no lo remedia... Pasarás *ducas* de muerte por *mor* de una mujer...; pero ella te salvará, pues tiene manos de ángel y muy buenas *corazonás*... Con el velo del Espíritu Santo te veas cubierto; que no seas cautivo ni muerto, ni de ningún toro *perseguío*, ni de mala *puñalá jerio*. *Undivé* te dé la guía, como á la *Vigen* María desde la casa de Belén á las puertas de Jerusalén... Y líbrate de la desgracia que te espera, con unos *chavicos* de la faltriquera. *Undivé* te lo pague, *resalao*, que tienes *clisos* de *enamorao*...

—¡Mal tiro te peguen, *Zahorí!*—dijo Maese Raimundo—. Que con tu mala ventura le has puesto triste al señorito...

—¿Quieres que te la *iga* á ti, patitas de *bailaor?*

—Anda, *jurda*, que traes la mala suerte como los cigarrones. ¿Vienes aquí á *mentar la bicha* y quieres que encima te lo paguen?

A esta sazón llegó, de la Lonja, Candelaria, el pimpollo de la señá Angustias, y entró en el café con mucho garabato, más primorosa que jaquita de feria. Miró, al pasar, al forastero, y éste, como la vió tan linda y tan gentil, hizo que la llamasen; pero la muchacha, que, según se dijo, no era nada mollar, puso un gesto desdeñoso.

—Anda, mujer, no seas arisca replicóle el señor Frascuelo desde el mostrador—, que don César quiere conocerte... Es mi hija, ¿sabe usted?—añadió el antiguo tañedor de guitarra—. Y no es porque sea mi hija, pero vale todo el oro del Perú... Como usted tiene buen gusto y entenderá de

cante, por supuesto, me gustaría á mí que la oyese usted cantar... Es enteramente un ruiseñor...

—Piquito de oro—repuso *Zahorí*, que aun estaba allí presente—, almendra de *confitería*... Trae esos jazmines de tus manos, que en ellas tienes la rueda de la fortuna... Anda, ojito de perdiz... que ya supo tu *mare* lo que se hizo echándote al mundo, para bendición y regalo de un rey de las Indias... Sí; con un rey te has de casar, ¡pedazo de gloria!... Estos *clisos* que ahora te ven humilde, han de verte más alta que el sol, en sillas de oro y de brillantes... Que el *churumbel* que tengo en casa se me vuelva un chivo si te miento...

Un organillo fanfarrón, que vino á mover sus aires chulapos á las puertas del Diván, interrumpió los últimos donaires de *Zahorí*. Hervía la Lonja con el confuso rebullicio de ociosos y transeuntes, de señoritos y costureras, de la gente joven y alegre que á prima noche tomaba por asalto la pintoresca vía, los zaguanes y las tiendas, los colmados y los cafés. Hicieron su aparición en la Castaña Juan de Tarfe, Perico Tristán y otros muchos que allí solían caer hasta la hora de cenar, con los cuales se puso el cafetín de bote en bote.

Poco tiempo después se alzó en la Lonja cierto murmullo singular. Oyóse un agudo y creciente vocerío entre el misterioso runrún de la apretada muchedumbre.

—*¡El Centauro! ¡El Centauro!*—decían por todas partes.

Los contertulios del Diván se irguieron llenos de júbilo,

—*¡El Centauro!*—gritaba un tropel de mozalbetes con desgarradas voces—. *¡El Centauro*, periódico nuevo de la tarde!... ¡Vaya por cinco céntimos *El Centauro*, que acaba de salir ahora!... ¡Trae los últimos sucesos de Medina, la

cuestión del juego, los «chanchullos» del cabildo, los escándalos de la Diputación!...

Al fin corría de boca en boca y de mano en mano, recién salido de las prensas, el periódico de Tristán, el valiente y agresivo paladín de la salud pública, bautizado una noche de orgía en el triclinio. Allí estaba *El Centauro*, viniendo al galope por la Lonja, publicando á los cuatro vientos las abominaciones del cacique. Algunos chavales voceaban el papel con una especie de canturia, como pregón de flores; otros, en una gangosa melopea, como romance de ciego, y los más, á grito herido, con unos ayes gitanos que partían el corazón. Todo ello acrecentaba el escándalo y la mofa: era como si una nube de audaces pregoneros recorriese la ciudad á tambor batiente y pavoroso plañido, poniendo en la picota el nombre y la fama de don Adolfo López de la Rúa.

Cuando mayores eran los comentarios y los ruidos, acertó á pasar por la Lonja el director de *La Lucha*, en el preciso momento en que salían de la Castaña Tristán, César y sus compinches. Miró don Diego á sus rivales, pálido de furor, y deteniendo al joven Acuña, que iba detrás, le asió de súbito por un brazo.

—*Tu quoque?* - le dijo, con voz tonante y echando lumbre por los ojos—. ¿Tú también me abandonas, como esos malandrines?... Yo te abrí las puertas de mi hogar y de mi confianza; yo te lancé á la vida del periodismo y de la lucha; yo te recibí en mi seno *ex tote corde*... ¡y ahora me dejas para servir á mis enemigos! Más que el dinero que ellos puedan darte valía mi paternal solicitud... ¡Temprano empiezas á ser ingrato y felón!

—Mis convicciones políticas...—repuso Jorge, balbucien-

te —me impiden servir á don Adolfo... Yo á usted le tengo cariño... gratitud... pero mis convicciones políticas... créame usted...

—¡Hipócrita'—replicó don Diego—. Ya me las pagarás... ¿tú me comprendes?

—No, señor...—atrevióse á decir Jorgito—. Usted sí que debería pagarme aquella friolera...

—*Vade retro!*—exclamó Araujo, y le volvió la espalda.

¡Cuán atribulado se sentía don Diego con la defección de sus amigos y luchadores!

—Magín Ramírez, Rafael Ariza, Lechuga, Jorgito, hasta el miserable Polo... Todos se van al sol que más calienta. ¡Pícara humanidad! *Vanitas vanitatis*...

Con la emoción y el susto se le torcían los latines en la boca al infeliz. Triste y mohino, se fué á la Puerta de los Abades, atravesó el claustro silencioso, y recató su duelo y sus zozobras en los salones de *La Lucha*. Qué elocuente soledad! Los contertulios de la *cazuela* y del *proscenio* habían emigrado también aquella noche; sólo un pequeño número de fieles, entre ellos Manolo Agüera, vinieron á recibir al orondo director.

Encerróse al punto en su despacho, tomó una pluma, se pasó la mano por la frente; ¡nada! Imposible coordinar las ideas, ni aun con el auxilio del libruco de memorias. Leyó, para «entonarse», *El Príncipe*, de Maquiavelo; ¡peor!

—Aquéllos eran otros López...—dijo por fin—. Quisiera yo ver en mi caso al astuto florentino, puesto entre la espada y la pared, entre Perico Tristán y don Adolfo López de la Rúa...

Al través de las ventanas del aposento, llegó de pronto,

con los ruidos de la calle, el eco de los fatídicos pregones:

—¡*El Centauro*! ¡*El Centauro*, que acaba de salir ahora! Trae los últimos sucesos de Medina y las hazañas del caciquismo...

Cosas harto sabidas de la gente, pero que producían una eficacia singular al correr por todas partes á grito herido y en letras de molde.

Abrumado Araujo por tantos quebraderos de cabeza, llamó á su lugarteniente.

—Ven acá, Manolo, amigo fidelísimo... *Nihil prius fide*.. Es menester que busques redactores; yo no me puedo ocupar en eso; el tiempo me apura... Por de pronto, dispón el número de mañana; si falta original, encomiéndate á las tijeras... Podías escribir esta noche un artículo filosófico sobre la ingratitud...

Dadas tan discretas órdenes, y tosiendo recio al pasar por los talleres para mantener la decaída autoridad, subió Araujo á ver al cacique.

—La situación es grave, don Adolfo—le dijo—. El oro del Perú, manejado hábilmente por Tristán, desmoraliza nuestras huestes... La redacción en masa, exceptuando á Manolo Agüera, se ha pasado al enemigo con armas y bagajes... Polo Silva, que sabe tantas «cosas», se ha vendido también... El primer número de *El Centauro* arde en un candil: nos sacan á colación el empréstito municipal, las obras públicas, los consumos, el juego, las aguas... ¡todos los trapitos sucios, don Adolfo!... Y piden al ministro la suspensión del Ayuntamiento, una visita de inspección, y elevan denuncias al Gobierno, á la Audiencia, al *Sursum Corda*...

—Sí... sí—decía don Adolfo, inalterable, sonriendo soca-

rronamente, acariciándose la barbita con la palma de la mano—. Esos chicos son terribles... pero no conocen la aguja de marear... Al fin, bisoños; empiezan por poner toda la carne en el asador: ¿qué dejan para después?

—Mas, por de pronto—repuso don Diego, pasmado de la pachorra del cacique—, ya dieron el escándalo... Todo esto transcenderá á Madrid...

—A estas horas, ya paré el golpe. La visita, que era lo peliagudo, no se hará; lo otro... ya verá usted cómo se convierte en agua de cerrajas. Allí no hay peligro; aquí... ya se apagarán los fuegos...

—Don Adolfo: se me está ocurriendo ahora un artículo formidable para *La Lucha*... Este es el título: *Salus populi suprema lex*...

—Por Dios, Araujo; nada de latines... No me eche usted á perder el negocio. Los latines y las gramáticas ya me las tengo yo en el despacho del ministro... Aquí se necesitan otras armas; no el escudo romano ni la daga florentina, sino la faca y el trabuco naranjero... ¿Usted me entiende?... Ya le daré instrucciones; por de pronto, necesitamos otro periódico que sea el escudero de *La Lucha*, el quitador... Envaine usted el *salus populi*... y búsqueme un pillo con gracia, que no tenga mucho que perder... Magallón, por ejemplo, que anda por ahí buscando un árbol donde ahorcarse... *El Centauro* salió con aires de libelo; hagamos, pues, otro libelo...

—*Similia similibus curantur*...—pronunció Araujo, incorregible—. Me parece de perlas... Eso es... Magallón: *ecce homo*... Juanito Magallón es un barbián de los que saben mover ora el trabuco, ora la pluma...

—Pues bien: se le coge, se le viste, se le calza, se le da de comer, se le procura un destinillo y...

—¡Admirable! Es usted un verdadero hombre de Estado...

Dicho y hecho. Aquella misma noche, lo más recatadamente posible, Araujo mandó buscar á Juanito Magallón. El cual, después de haber salido de la cárcel, andaba como perro sin amo, triste, amarillo, famélico, dispuesto «á todo», con tal de no quedarse sin cenar.

Diéronle caza los «corchetes» de don Diego en un garito de la Alcaicería, y le llevaron al comedor reservado de cierto café, donde esperaba el director de *La Lucha*.

Sentáronse los dos ante la mesa, ya aderezada con el blanco mantel, los cubiertos, botellas y entremeses. Magallón, tagarote de ojos turnios y semblante desapacible, velludo y feo como un oso, hizo la salva con las manos apenas dió las buenas noches.

—Mozo... Traiga usted en seguida un «bistec» con patatas.

Cuando el infeliz, que se caía de inanición, tuvo delante de sus ojos y entre los dientes la carne apetitosa chorreando sangre, sintióse capaz de todos los heroísmos.

—¿Á quién hay que matar? dijo, esgrimiendo el tenedor con estupenda fiereza.

—No, hombre; no hay que matar á nadie... por ahora. Se trata, sencillamente, de escribir un periódico satírico..., ¿usted me comprende?..., que arda en un candil...

— Bien, comprendido... ¡Mozo! Una ración de calamares en su tinta... Se escribirá, se escribirá con sangre, don Diego, no lo dude usted.

Araujo, que traía revuelto el estómago por estas noveda

des y ajetreos, no quiso cenar; hizo colación con un chocolatito. En cambio, el tagarote aprovechaba la coyuntura; después de rebañar la tinta, pidió unos riñones con tomate; luego, una ensalada rusa, un flan, café, dos copas de ron...

¡Ahora un cigarro! dijo don Diego, al fin, dándole un «águila imperial» de enorme calibre.

¡Viva la fortuna! El calorcillo del estómago, el dulce mareo del vino y del café, el rico sabor del habano, pusieron á Magallón en las puertas del Olimpo.

Mordía con ansia el veguero y charlaba por los codos, envuelto en una nube azul, con el generoso ardor del hambre satisfecha. ¡Qué de proyectos, qué de fantasías, qué de júbilos, detonantes como taponazos del champaña!

—¡Esto es vivir! —pensaba—. Ya sólo necesito una mujer...

—Pues según iba diciendo —añadió Araujo, trayéndole á la realidad —, hay que escribir unos articulitos...

— ¿Contra quién?

—Contra Perico Tristán.

— ¡Bravo! Precisamente á él le debo mis dos meses de cárcel.

—Pues ahora tienes ocasión de pagarle el débito con las setenas...

— *De chipén:* ¿Y qué hay qué decirle?

—¡Una friolera! ¿Has leído *El Centauro?*

— Sí; le llevo en el bolsillo.

—Pues hay que decirle al señor Tristán que no en balde nació en Sierra Morena (no sé si tú sabrás que Perico es de Vilches); que aquí, en el Cabildo, se tragó hasta los pitos de los serenos; que cuando estuvo en la Diputación se morían de hambre los chicos de la Misericordia (yo te daré datos y

cifras); que en su vida pública es un bribón, y en su vida privada... de sobra lo sabe todo el mundo...

—Bueno: eso, á él. ¿Y á su madre, qué se le dice?

—¡Hombre, déjala en paz! Ya se murió la pobrecita.

—¡Precisamente! respondió el tagarote—. Yo me pinto solo para levantar muertos...

—Al *Niño de Jauja*, como es el «caballo blanco», hay que hacerle polvo. Podrías empezar dedicándole unos versitos...

—¿Cómo los quiere usted, clásicos ó modernistas?... Escribiré unos ovillejos que quiten el sentido.

—Es preciso también poner en solfa á la tertulia de la Castaña.

¿Qué más quería Magallón? Cabalmente había sido amigote de Tarfe, de Polo Silva y los «cadetes de la Garduña»; pero tales cosas hizo en el Diván, que le echaron todos á la calle y hasta le excomulgó Maese Raimundo.

Con el refuerzo de aquel periodista facineroso cobraron bríos los de *La Lucha*, y arremetieron al punto contra *El Centauro*. Entablóse una ruin porfía con burlas de sainete y barruntos de tragedia, y salió á luz, para remate, el periódico de Magallón, un papelucho innoble, agresivo y soez, donde el ingenio, con ser harto copioso, apenas bastaba á disimular la desvergüenza.

Crujió *El Látigo*—que así se decía el cachorro de *La Lucha* sobre las carnes de Tristán, turdiéndole las tiras del pellejo y revolviéndole la sangre, ya de por sí revuelta y enconada. Respondió *El Centauro* con nuevas diatribas, echando espuma por la boca, y riñóse la batalla más fuerte, villanesca y sañuda que registra la historia del periodismo caciquil, tan fecunda en lances de este jaez. Fuera de seso los

contendientes, olvidaron todo escrúpulo de conciencia, de hidalguía, de pudor, hasta apurar y concluir el arte de difamar en prosa y en verso, manejando ora la pluma, ora la faca, el trabuco, el garrote, la honda, y al fin, las armas de los rufianes y mujerzuelas: los dientes, las uñas, el salivazo y las pellas de cieno. Pronto llegaron las salpicaduras al rostro de Carvajal; pero aun no se atrevían á atacarle de frente, con la esperanza de atraérselo á su bando, merced á las secretas gestiones que realizaba López de la Rúa por conducto de la Gelmírez.

Las gentes graves de Medina, desdeñosamente retraídas de los negocios públicos—así andaban ellos y ellas—, asistían, no sin escándalo y bochorno, á este duelo de jaques; pero los amigos de toros y cañas hicieron juego, apuesta y remoquete con *Luchadores* y *Centauros*, motes que habían puesto á los banderizos de don Adolfo y de Tristán. Al fin trascendió la batalla de los periódicos á las calles, al Cabildo, á todas las Corporaciones de Medina y á los pueblos cercanos, con harta inquietud del cacique, ya en trance de perder la pachorra.

Un día fué teatro el Concejo de singular escaramuza. Dos ediles, ganados por la astucia de Perico y por el oro de César, salieron á la defensa de la moral pública, ultrajada por «rapaces pretores»; vociferó el alcalde, más amigo de don Adolfo que de la moral, y rompió unas cuantas campanillas; revolviéronse ambos ediles, alborotándose los otros; tomó parte en la disputa el pueblo soberano, y hubo allí gritos, injurias, coces y bofetadas. En lo más recio de la contienda saltó de su escaño Tristán, ciego de cólera, enarboló su bastón, cuyo puño era de asta por más señas, arremetió contra

el alcalde, le dió dos varetazos en el pecho, y después, sintiéndose Atila, igual que aquella noche en el triclinio, embravecióse como una fiera, dando golpes y bramidos, hasta quedarse solo y dueño de la plaza.

Enardeciéronse las pasiones con estos y otros desafueros de ambas partes. Al día siguiente de la batalla del Cabildo, salió *La Lucha*, mordiéndose los puños de rabia, y, poco después, *El Látigo*, convertido en un haz de víboras. No se le quedó en el tintero á Magallón ni una sola de las burlas, afrentas y bravatas, deshonras, injurias y desvergüenzas de su abundante repertorio, sino que las echó todas sobre la frente de Tristán, como un chaparrón de cieno. Pero á las pocas noches, al retirarse el libelista á su posada, en una callejuela de los Mármoles, cayeron sobre él las estacas de unos desalmados, que aunque parecían yangüeses por la furia, eran gitanos por la facha y polizontes por el arte que tenían para adobar las duras correas del facineroso. Rugió éste como un león y sacó dos palmos de faca al sentir los primeros compases de la solfa; pero, con faca y todo, cayó de bruces sobre las piedras, bajo el ímpetu de los garrotes, los cuales no le dejaron en paz hasta zurrarle bien el cuero, abrirle la cabeza, romperle las costillas y abandonarle por difunto.

XI

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

¡Hemos concluído!—le decía Jorge, furioso, á la bella Raquel—. ¡Hemos concluído para siempre! ¡Ni una palabra más!... Ya estoy harto de tus burlas, de tus mentiras, de tus traiciones... ¿Acaso creíste que iba yo á consentir que me engañases? No me faltaba otra cosa! Tú dijiste sin duda: á este bobo, á este chiquillo, le doy gato por liebre... Pues, no, señor: ya te demostraré que soy un hombre... que tengo vergüenza, que tengo dignidad...

Hallábanse los tórtolos en la casita del barrio de Onil. Este hotelillo coquetón y alegre, con huerto y balcones al mar, soñado en horas felices y alquilado merced á las mil pesetas de marras, se le caía á Jorge encima del corazón.

—¡Ahora lo comprendo todo! - añadía el infeliz, como en las comedias—. He sido un juguete en tus manos; me dijiste que venía *el inglés* para alejarme de tu casa, para evitar los celos del *otro*, de ese mercachifle que Dios confunda... ¿Quién lo había de imaginar?

Paseábase el mozo igual que una fierecilla por el aposento, por aquel lindo gabinete de sus amores y desengaños, ir-

guiéndose con el brío y la entereza del hombre que acaba de tomar una resolución heroica. La sirena de los ojos verdes le dejaba despacharse á su gusto, mientras ella, muy tranquila, desplegaba todos sus mimos delante de un armario de luna, después de soltar al aire los cabellos rubios, resplandecientes al sol como lenguas de fuego.

—¡Qué infamia! ¡qué espantosa infamia!—repetía Jorge, mirando á la pérfida de reojo—. Yo la creía una mujer más pura que la luz de las estrellas... Era la Musa de mis sueños, la casta novia, la novia prometida, la amante ideal: Julieta, Eloísa, Ofelia, Beatriz... Yo imaginaba un amor dulcísimo, semejante al amor de los antiguos trovadores... ¡Qué desengaño tan horrible!... Infidelidad: tu nombre es de mujer...

—¡Adiós, Otelo!—pronunció la dama, arqueando los primorosos brazos por encima de las guedejas rubias.

—¡Voy á matarte para que lo digas con razón!—exclamó Jorge, iracundo—. ¡Voy á matarte!... Pero no; me basta con el odio, con el desprecio, con el más absoluto desdén... ¡Ya no eres nadie para mí!

Volvió Raquel su linda cara, llena de inocencia y de dolor, como quien jamás ha roto un plato, y alzó la voz delgadita y melosa.

—Pero, ven acá, chiquito mío... *mon petit*... Óyeme, hazte cargo, pon los ojos en la realidad... la poesía es el alimento de los dioses... pero no de los hombres, ni menos de las mujeres... ¿Querías tú que yo viviera del aire?

Luego, con tono dramático, añadió:

—Abandonada de mi marido, sola en el mundo, en medio de las mayores tribulaciones, en el abismo de la más terrible desventura... ¿qué había yo de hacer, pobre de mí? En tan

amargo trance vino el *otro*, Nilson... *hélas!* Yo perdí la cabeza... me entregué, no por el cariño, yo te lo juro, sino por la desesperación... Ahora me veo atada á ese hombre... no puedo rechazarle enteramente; la gratitud, ciertos secretos de familia que me ligan á él... ¡La fatalidad lo quiso!

—¿Y fué también la fatalidad - repuso Jorge la que te trajo aquí con Arístides á engañarme en mi propia casa?

—¡Eso es mentira! —gritó Raquel con súbita soberbia.

— Capaz serías de negar la luz del sol. ¿Acaso no te vi la otra noche, con mis propios ojos, entrar aquí del brazo de ese tunante?

—Fué porque... ya verás... Había yo salido aquella noche para ir al hotel de la Gelmírez, y al regresar... ¡qué horror! me acometieron junto al barrio de las Palmas unos *brigantes*... *Mon Dieu!* Arístides, que me acompañaba, se batió con ellos como un león... Luego, era tarde para volver á mi casa, y yo, aturdida, sin saber dónde refugiarme... le dije que me trajese aquí... Como eres tan celoso, no quise decírtelo...

Atropelladamente, iba ensartando la muy pícara embuste tras embuste, con una insolencia deliciosa.

— En fin; si yo he mentido alguna vez —concluyó —, si te alejé de mi casa, fué por evitarte un disgusto; por conservar tu cariño, ya que no podía despachar al *otro*... ¿No comprendes? Todo esto es amor... Porque te quiero de verdad, Jorgito de mis pecados; porque no puedo vivir sin ti... ¿Qué te importa el inglés? Él se conforma con los relieves de nuestra mesa; él paga, y nosotros, libres de preocupaciones, nos dedicamos al arte, á la literatura... ¡Un inglés que paga en vez de cobrar! ¿No es esto muy divertido?

—Pero, ¿qué especie de mujer es ésta?—repuso Jorge lleno de asombro.

—Yo soy una mujer á la moderna, *comm'il faut*.. Vosotros, los españoles, andáis muy atrasados de noticias.., A mí me gusta el amor libre y sin costas. He leído á Ibsen y «obedezco á mi propia ley», procurando la «alegría de vivir»... Soy una mujer sincera, «comprensiva», emancipada de los prejuicios de mi sexo... defensora de la libertad del espíritu... Aprende, Jorge, aprende esta filosofía, que es la más cómoda del mundo... No seas bobo: déjate querer... ¡Si tú eres el Benjamín de mi casa, mi ojito derecho, mi amante de corazón!

Y, al decirle así, le tendía los brazos, muy socarrona.

—¡Déjame en paz'—replicó el mancebo rechazándola.—Hemos concluído... Hemos concluído para siempre.. Por tu culpa estuve á punto de ir á la cárcel... Por ti dejé de ser honrado...

—¡Qué necedad! ¡Qué ingratitud'—exclamó Raquel.—Pues ¿no me echa en cara lo de las mil pesetas?... ¿Por qué no me dijiste entonces que no tenías dinero? ¡Yo se lo hubiera pedido al inglés'... ¡Tonto! No hay mal que por bien no venga... Gracias á aquella *distracción* conociste al *Niño de Jauja*, á ese famoso Carvajal que tanto te protege... Si no fuera por él... mejor dicho, si no fuera por mí, aún estarías pudriéndote en un rincón... hecho un pelagatos...

—¡Más me valiera!... Más feliz era yo entonces... Levantaba mi frente con orgullo, con alegría... mientras que ahora...

—¡Tonto de capirote! Cuando te digo que vives fuera de la realidad... Mírate en ese espejo, picarón: mira qué guapo, qué elegante, qué gentil... Entonces parecías un «chavea» del

Hospicio... Ahora vives *au grand air*, comes *á la carta*, vistes á la moda, fumas á lo torero, paseas en automóvil, no te faltan nunca cinco duros, tienes un hotel en el barrio de Onil y una mujer que te quiere más que á la sangre de sus venas... ¿Cabe mayor felicidad?... ¡Quéjate, ingrato! ¿A quién se lo debes todo? Antes eras un niño; yo te hice hombre... te enseñé á vivir, á querer, á triunfar, á lucir... ¡Y aún me vienes con celos de capa y espada, con ínfulas de dómine, con escrúpulos de monja!... *C'est bête!*

Levantó Jorge los ojos, que tenía puestos en los pintados baldosines, y vióse en la luna del espejo tal como dijo la pícara: triste, pero guapo; lloroso, pero elegante, con el rostro bañado de aristocrática palidez, los cabellos partidos en dos crenchas, el cuello tieso, la pechera reluciente, el traje á la última moda, el pantalón recogido, los calcetines de seda, los zapatos de piel de Rusia, el junco flexible, los guantes en la mano, lo mismo que un figurín. Vió también sobre el pérfido cristal la imagen bellísima de Raquel, aderezándose el tocado, con los hombros desnudos, tendida al aire la melena de oro; tembló el infeliz de frío y de calor á un tiempo; sostuvo una breve y trágica lucha con su conciencia, y, al cabo, sin decir palabra, miró á la sirena, que se le acercaba despacito echando lumbre por los ojos verdes, y la recibió en sus brazos al fin, cediendo á un impulso de irreparable cobardía.

Fué aquel abrazo y todo lo que después se siguió sima profunda, tenebrosa y voraz adonde arrojó el mozo, definitivamente, su vida y su porvenir, la pureza de su alma, la fe de su niñez, el brío de su juventud, la dignidad del hombre y la honra del caballero. Desde tal punto y hora dejó de

ser Acuña, para siempre, el infante tímido y sensible, criado entre honestas faldas, y se lanzó con furia á todos los medros, codicias y vilezas del mundo.

La bella Raquel, saboreando su victoria, quiso hacerla más patente y remachar los hierros de su esclavo con estas palabras:

¿Lo ves, Jorgito de mi vida? Esto se llama ponerse en razón... Déjate querer, chiquillo, déjate guiar; que si eres dócil y te fías de mí, has de verte en los cuernos de la luna... *Mon petit Georges: profite de la vie, qui se donne à toi...* ¡Ya eres mío, ya eres mío para siempre!

Sí; suyo fué, de allí en adelante, con dulce y provechoso vilipendio. Avasallado el infeliz por la parte menos lúcida y noble de su gentil naturaleza; muerto á la vida moral en los brazos de aquella mujer... «exquisita» y «consciente», según de ella decía Arístides, cerró Acuña los ojos á la virtud y los oídos á la conciencia, para arrojarse sin escrúpulos á las mayores picardías.

Ayudáronle á triunfar en estos vericuetos sus juveniles prendas, ya que la buena fortuna suele acompañar á los pícaros cuando son guapos y buenos mozos y tienen ese don de gentes, ese donaire y atractivo que dan la juventud, la hermosura y la poca aprensión. ¡Lástima que abunden tanto en el mundo los pillos con gracia, los tunantes simpáticos, los bribones donosos, y se perpetúe la licencia con estos arrequives, en detrimento de la virtud, no siempre tan linda, melosa y alegre á los ojos del vulgo! Así don Juan Tenorio, con ser un mal caballero, pasa con aires de galán por la imaginación de las hembras; Diego Corrientes, salteador de caminos, goza del favor de la plebe, y hasta el propio Lucifer le

parece amable á muchos incautos si se introduce en el alma de una mujer bonita y se embosca en unos ojos de color de cielo.

Mas no fueron sólo las gitanerías de Jorge y las artes de Raquel las que pusieron al mozo en los cuernos de la luna, según le fué pronosticado: otra razón de más fuerza le granjeó las mercedes de Carvajal y le asentó en la Almanzora con humos y privanzas de favorito. Ni eran ajenos los encantos de Carmen, ¡oh paradoja singular!, á los favores de esta fortuna sin seso.

Como Juan de Tarfe predijo un día, apenas conoció el indiano á la hermosa y honestísima dama, cobró por ella una afición irresistible. De cuantas mujeres vió César en Medina—vió muchas y logró no pocas—ninguna le pareció tan guapa, tan discreta, noble, inteligente y cabal. Tenía Carmen de Acuña, sobre todas sus bellezas corporales, un resplandor como de espíritu en el rostro, una luz como del cielo en la mirada, un dejo de ternura en el metal de la voz, un aroma suavísimo de castidad y de pureza, con otros carismas inefables, que en el torpe y vicioso forastero, veterano de opuestas lides, produjeron al punto vivísima impresión. Así como Jorge, tímido, inexperto, se vió cautivo en las redes de la buscona, Carvajal, depravado y artista, sintióse fascinado por las virtudes de la maestra. Que Amor vive y se nutre de oposiciones y contrastes.

La primera vez que la vió fué en la casita del Postigo del Rey. Este ambiente de pobreza honrada y señoril, de pulcritud y de reposo, que César no conocía, penetró con fuerza en ese rinconcillo del alma que aun los hombres más adulterados tienen para sentir la dulzura del hogar. Una atracción

dominadora guió desde entonces los pasos del forastero y le condujo, del brazo de Jorge, á la humilde morada; y habiendo allí gozado muchas veces de la graciosa presencia de Carmen, empezó el galán á padecer unos deseos vehementes y abrasadores, un apetito violento de aquella mujer, tan distinta de las otras que él había poseído. Acostumbrado á conseguir todos sus antojos por la fuerza de sus caudales, dióse á poner alrededor de la doncella un cerco de sobornos y lisonjas: para adorar el santo por la peana, colmó de obsequios á Jorge, aduló y regaló á la pobre Alfonsa cuanto pudo, y derramó el dinero á manos llenas en el Postigo del Rey. Todo inútil: Carmen, que era una santa muy lista, apenas se dió cuenta de las negras intenciones del indiano, le paró los pies con mucha delicadeza y dignidad.

Aconteció una noche, que, yendo Maese Raimundo á la Almanzora con ciertos envites y recados, sacó César á colación el nombre de la maestra, envuelto pérfidamente en astutas alabanzas.

—Mi querido señor—dijo el rufián muy presuroso—. Mentarme el nombre de esa niña es como mentarle al diablo la cruz. Yo soy lo que soy, pero en mirando á esa mujer me quito el chapeo y me dan ganas de rezar un avemaría... Pídame usted una princesa del Almanaque Gotha, pídame usted todas las mujeres del mundo... menos la maestra del Postigo del Rey... Por ejemplo: ¿no le gusta á usted Candelita, la del diván de la Castaña? ¡Un primor!

—Para mí no hay en el mundo más que una mujer: ¡Carmen de Acuña!—exclamó César con ímpetu.

—Pues figúrese usted que se acabó la humanidad... Como soy buen sastre conozco el paño, y de ese terciopelo no hace

mangas y capirotes ni el propio Calixto, si no entra por los umbrales de la Vicaría... Cuanto más que esa joven no es Melibea, sino la casta Susana, que ha nacido otra vez, y no en Babilonia precisamente...

—¡Por ella daría mi sangre, mi vida, mi fortuna! repuso el mozo en un arrebato de pasión—. ¡La quiero... la quiero á toda costa! ¿sabes?... ¡Aunque sea á viva fuerza! ¿me oyes?... ¡Pide, bergante, pide!... ¡Salud, honra, dinero!

Erguíase Carvajal, escandecido por la amorosa fiebre; los ojos le relucían lo mismo que dos ascuas; el rostro flaco, cetrino, y la nariz corva, se dilataban con salvaje energía, como el perfil de un ave carnicera.

—Yo no supe hasta ahora lo que es amar... lo que es morirse de hambre y de sed...—añadió como hablando en sueños—. ¿De qué me sirve el oro si no puedo comprar con él un solo día de felicidad?... Ven aquí, Maese Raimundo; tú eres el diablo en persona; tú eres el pícaro Mefistófeles y puedes, con lindos cofrecillos, sonsacar la doncellez de Margarita... Sírveme: tengo joyas, tengo tesoros, tengo perlas y brillantes como avellanas...

—Vale más la virtud de esa real moza...

—¡La virtud ... Maese Raimundo: ¿crees acaso en la virtud?

—Ay, don César de mi alma! Yo no creía ni en la virtud de mi madre, aunque la pobrecita no tuvo la culpa de que yo fuese un charrán... Pero, vea usted lo que son las cosas: á fuerza de estudiar en el vicio he llegado á creer en la virtud... y á convencerme de que no todo se compra con dinero... Nadie conoce la gloria de Dios como el diablo.

—Es curioso, «mi amigo». A pesar de tus muchas canas y

de tus muchas picardías, sabes menos que un niño de la escuela... Toda mujer... ¿cómo no?... por casta y virtuosa que la imagines, tiene su cuarto de hora...

—Eso será en París, señor de Carvajal... En España hay mujeres que desafían á todos los relojes.

—Y ¿para qué te sirven tus artes?

—Con esa moza no sirven artes, ni redes, ni anzuelos, ni cofrecillos, ni pepitas de oro; con esa moza no hay sino casarse como Dios manda... Lo demás es perder el tiempo, el dinero y la poca lacha que uno tiene...

—¡Quita allá! ¿Quién piensa en casorios?

—Pues piénselo usted despacio, que, al fin y á la postre, no sería ningún disparate. ¿Le parece á usted grano de anís traerse á este paraíso la flor y nata de las hembras de Medina, que es decir de las mujeres de España? Con todos los tesoros del mundo no se pagaría semejante felicidad, Pues, ¡no ha tenido usted chica suerte! Vino usted á este pueblo sin conocer á nadie, y, de buenas á primeras, por un milagro de Dios, descubre usted la azucena más preciosa de sus jardines... Figúrese usted que topa con una de esas ladinas que son la perdición de los hombres (aquí abundan lo mismo que en Francia y en el Perú), y que, como es usted tan rico y tan barbián (dicho sea sin adulación), y como aquí las hembras tienen más recursos que un diestro de cartel, le coge por su cuenta, le da unos pases de pecho y otros de costado, le cuadra, se pone de perfil y le mete el estoque hasta el corazón... Nada, don César, para luego es tarde: cásese usted con esa niña. Se lo dice á usted un hombre de sentido que, á fuerza de hacer entuertos, sabe estimar las cosas derechas. A usted le conviene una mujer propia que le

dé salud y alegría, que le dé calor y compaña... Si tanto le gusta la maestra, ¿por qué andar con esos repulgos? A fe que no es ninguna moza de cántaro, sino una real señora, nacida en buenos pañales y con más pergaminos que el archivo de Simancas...

—Maese Raimundo: me dejas estupefacto. ¿Vas á meterte ahora á casamentero y moralista?

—¿Por qué no? Ay, señor don César! Uno es todo lo que sea preciso: un rufián, un mohatrero, un pícaro sin ley; el hambre es mala consejera y la necesidad tiene cara de tacaño y de bribón... Uno necesita vivir; cada cual vive como puede, ya que no como debe, y yo me las guiso según el diablo me da á entender... Pero, fuera del negocio, soy un hombre lo mismo que los demás. Ya ve usted: mi oficio no es casar doncellas, sino meterles los demonios en el cuerpo, fabricar embustes y zurcir las negras honrillas..., pero, de cuando en cuando, uno tiene también sus corazonadas. Lo cortés no quita á lo valiente. Usted, como es forastero, no sabe que en mi tierra hasta los rufianes somos hombres de corazón... Voy á referirle, á este propósito, una historieta muy española y de mucha miga:—Llegó cierta noche el Santo Oficio, en los tiempos del temeroso Tribunal, á una de esas casas donde venden amores y compran remordimientos. Abrióse al punto un postigo, se asomó una de las mozas y, viendo que era la Inquisición, dijo santiguándose: A la casa de al lado, que aquí *semos* rameras, pero muy buenas cristianas...

Agradóle no poco el cuento á Carvajal y fuése al cabo don Raimundo, con su maletín al hombro, escupiendo por el colmillo y murmurando de esta suerte:

—Una cosa es el negocio y otra es el lado izquierdo. Voy

aquí contra mis intereses; pero, ¡qué demontre!, cuando llega la ocasión, me río yo del dinero, me río de los tesoros del Perú... ¿Yo consentir que un mal ángel marchite la azucena de mi barrio? ¡Me parecería á mí que vendía á la Virgen de la Victoria! ¡Primero me cortan el gañote!... Que se case si quiere.., que eso ya es ley de Dios... Apuesto el maletín á que este besugo muerde el anzuelo... ¡tendrá que ver! Ya lo dice el refrán: no hay mal que por bien no venga...

XII

EL GAVILÁN Y LA PALOMA

Quién dijera que el truhán más soez del cafetín de la Castaña le había de procurar novio y marido á la más santa doncella de Medina? Así también, por estas malas veredas, suelen venir las buenas obras, que Dios se vale á veces de las más perdidas criaturas para cumplir sus altos fines y hace instrumentos de su voluntad al ser más vil y á la materia más rebelde.

Los sagaces discursos de aquel pícaro dejaron suspenso á Carvajal é hicieron viva mella en sus propósitos, y como estaba tan amartelado y encendido en la hoguera del deseo, fué encariñándose con las prudentes razones de Maese Raimundo.

—Sí, dice bien—meditaba el mozo—. Yo necesito una esposa, un hogar, una compañera... alguien que me cuide y me quiera, no por interés, sino por la ternura... Estoy muy mal así, á merced de los amigos, de los criados, de la gente codiciosa y mercenaria... ¿Para qué sirve el dinero si no sirve para adquirir la felicidad?

Después de no pocas incertidumbres, porque amaba mucho también este desorden y majeza de su juventud, determinó cerrar los ojos y abrir el corazón y casarse «como Dios manda», poniendo su libertad y su fortuna en manos de Carmen, si ella era servida de recibirle por marido y dueño. A resolver así, más le empujaban los malos apetitos que las buenas intenciones y más el antojo de hacer suya, fuese como fuese, á tan hermosa doncella, que el santo designio de erigir una familia y reformar él sus libres costumbres; pero, con todo, cuando ya se hizo fuerte en la resolución de casarse, le brotaron del pecho unas ansias muy nuevas, unos sentimientos muy finos, que vinieron á ennoblecer y á templar aquel primer ímpetu y rejo de la pasión amorosa. Consideró, no sin bochorno, que un rufián le había dado lecciones de hidalguía; sintió grande lástima de Carmen y no menos vergüenza de sí mismo, y entonces, mudando de repente, merced á lo infantil de su genio, caprichoso y voluble, se puso á querer á la dama con un afán lleno de reverencia, de humilde recato, de exquisita veneración.

Fué éste el primer cariño profundo y afectuoso de Carvajal; el descubrimiento de una existencia noble, mansa y apacible; el único lazo capaz de redimir las culpas y contener la juventud de un mozo huérfano y libre, instruído en la peor escuela del mundo, soliviantado por estímulos precoces, por viajes y lecturas, torpes placeres y sensaciones violentas.

Nacido en lecho de fiebres é inquietudes, educado luego en la vieja Europa, metido en las entrañas ardientes y podridas de la licencia universal, cansado de vivir antes de conocer la vida, escéptico antes de gustar la fe, depravado antes

de sentir el amor, entregóse al fin á la virtud de una mujer que prometía en su regazo ternuras de madre, calor de esposa y amistad de hermana.

El trato sencillo, dulce y honesto de Carmela llegó á remover en el corazón de Carvajal cuanto en él había de honrado y sensible, restituyendole á la blandura y mansedumbre de su niñez. No sin maravilla, al verse á sí mismo tan trocado, principió César á mudar de vida, de carácter, de pensamientos y costumbres; hurtóse á la tutela y compañía de sus amigos, con gran asombro y cólera de todos ellos; recató en la soledad, por un instinto de pudor, el secreto de estas nuevas aficiones, y llevólas al cabo hasta el punto de verter suavísimas lágrimas: de su espíritu sin oriente, de su juventud sin consejo, de su orfandad sin apoyo, de su pecho sin arrimo, surgía un ansia férvida, un ímpetu más noble que los deseos de la carne, más fuerte que los relámpagos de la fantasía, una sed de amor y de ternura: de la ternura y el amor que no había conocido jamás.

Presa de tan ardientes inquietudes, salió una noche de la Almanzora en un precioso tilburi recién traído de París; fué al Postigo del Rey por las calles más solitarias, ocultándose á duras penas de amigotes y parásitos; entró en la casita de Acuña, y hallando sola en el modesto gabinete á la bellísima joven, le declaró con súbita elocuencia sus enamorados pensamientos. Con la vanidad del mozo rico, muy pagado de su persona y más aún de sus caudales, no dudó César, en tan solemne ocasión, que aquellas palabras elocuentes fueran bien acogidas; ¡imaginad, pues, su asombro, su rubor y su despecho, al recibir á guisa de regalo unas arrogantes calabazas, delicadamente envueltas en prudentísimas disculpas!

Acostumbrado el príncipe á la omnipotencia del oro, no le cabía en el magín que una moza pobre y humilde, sin más caudal que su virtud y su palmito, rechazase de buenas á primeras la mano de un «virrey podrido de millones», según decía Lechuga; creyóse luego Carvajal que todo era melindre y coquetería, ardid de guerra que en los primeros encuentros del amor usan las mujeres, aun las más honestas, y sospechándolo así, porfió para llevarse un rayito de esperanza y de luz; pero la dama, con argumentos tan corteses como firmes, tapó horizontes y resquicios, y dejó al infeliz en puras tinieblas, persuadiéndole á no frecuentar el Postigo del Rey, que esto fué decirle—no sin grande finura cuánto padecía la honra de una doncella con la asiduidad de un señor de tantas campanillas, famoso por sus locuras, licencias y bacanales.

Frente á tan recia actitud, ante tan brava y orgullosa pobreza, quedóse el millonario más chiquito que un maravedí: rezongó unas pocas galanterías, en las cuales latieron juntos el amor, el despecho y la vanidad; despidióse casi con lágrimas en los ojos, y salió de aquel menguado gabinete donde había recibido la primera humillación de su vida. Llegando á la calle, y antes de subir al coche, tropezó en la acera con una moza de cántaro; una bisoja desgarrada y lince, la cual, como si adivinase en el rostro del prócer su pesadumbre, le soltó á cara descubierta la siguiente copla:

La flor de la calabaza
es una pícara flor
que se la dan á los hombres
en la mejor ocasión.

Es de advertir que las idas y venidas del intruso produjeron en el Postigo del Rey y en todos sus aledaños un verdadero alboroto. Carmen de Acuña era la reina del arrabal, la Musa de la Alcaicería, el espejito donde se miraban viejos y mozos, ricos y pobres, burgueses y plebeyos. La sencillez y caridad de la maestra, sus desgracias y virtudes, y, sobre todo, su hermosura—el más fuerte imán de los ojos y corazones—le granjearon la devota simpatía de sus galantes convecinos. Y así que éstos vieron al «inglés»—que allí era inglés cualquier extraño, aunque hubiese nacido en el Perú—; así que le vieron rondar la calle, entrar en la casa de Acuña y lucir en el Postigo del Rey sus trenes, sus dineros y sus joyas, empezaron á chismear y á gruñir, hasta declararle guerra sin cuartel, lo mismo que antaño á Napoleón.

Martín Tenorio, profesor de guitarra, maestro peluquero y republicano federal, según decía su tarjeta, se erigió en caudillo del motín; el zapatero de enfrente, que era á la vez callista, para enmendar con un oficio los desaguisados del otro, agregóse á la coalición, y hasta las mozas alegres de la calle de la Gloria se pusieron á conspirar contra el «inglés». Las lenguas de las comadres no se daban punto de reposo: —¿Ha visto usted, *señá* Engracia, el *novio* que le ha salido á la Maestra? No me hable usted de ese hombre, *señá* Remedios, que sólo de verle tengo la sangre *irritá*. —Pues á mí me da en el corazón que ese «inglés» no viene á cosa buena.—Eso pienso yo también; que la vitola del gachó no es de buen cristiano... —Tendría que ver que ese gavilán se llevara tan de rositas á la paloma del Postigo del Rey... —Si eso ocurre será porque no hay hombres en el barrio...

Contribuyeron á esta cruzada el odio de los pobres á los

ricos, mayor aún cuando los ricos son forasteros; la fama de César, quien por su vida y costumbres atrajo las codicias y las curiosidades, pero no los corazones, y más especialmente el orgullo de raza, el amor propio de los gallitos del arrabal, los cuales tomaron á ofensa que el «intruso» pusiera los ojos en la Reina de la Alcaicería.

Rompiéronse las hostilidades con burlas y motes, risas y coplas, amén de alguna piedra que cayó rebotando á los pies del galán. Apenas asomaba éste la nariz por el Postigo, ya estaba el zapatero ensayándose la voz:

A la reina de mi barrio
la está queriendo un "inglés";
el que se case con ella
más sandunga ha de tener.

La castañera de la esquina, una mozuela de pelo en pecho, le pregonaba al pasar:

Yo tuve un novio paquete
y le atraqué la castora;
tenía tiriila tiesa;
¡por poquito si se ahoga!

La niña de la portera le aludía también de esta suerte:

Ven á verme por las noches
cuando la luna se va,
que caras como la tuya
pierden con la claridad.

Y hasta se dió el caso de que un mendigo, á quien Carmela socorría todos los sábados, rechazó la limosna del «inglés», diciéndole en sus propias narices:

De San Juan quiero la palma
y de San Diego la cruz;
mas del santo de tu nombre
no quiero ni la salud.

Grande aflicción y vergüenza recibía el indiano con estas burlas y continuos desaires: lleno de sonrojo y de cólera, resolvió no poner más los pies en el ingrato arrabal; pero como los estorbos y desdenes son espuelas de amor, aguijones que más le pican y estimulan, sintióse el mozo arrastrado por fuerza invencible á la casita del Postigo del Rey.

Volvió allí una tarde «á pie y sin dineros», manso y humilde, con lágrimas y razones capaces de enternecer á un pecho de mármol, cuanto más á un corazón tan sensible y fino como el de Carmencita. Lloró Carvajal, suplicó, aduló, juró y porfió con tan vivas instancias, con muestras de tan veraces sentimientos, que, si no rindió la esquiva fortaleza, creyó abrir á lo menos un resquicio á la esperanza.

—¡Si usted viera el fondo de mi alma—le dijo con un tono de profunda sinceridad—; si usted supiera lo que he sufrido, lo que he llorado en estos días!... ¡Ni yo mismo me conozco: dentro de mí se ha despertado un hombre nuevo... Al principio, cuando empecé á tratar á usted, sólo codiciaba su hermosura; pero luego he visto que es usted una mujer singular y ha caído de rodillas ante su virtud, con un respeto que jamás sentí delante de una mujer... Nunca imaginara yo que tuviese la virtud estos supremos atractivos... Usted me ha revelado con su presencia, con su noble amistad, un mundo que yo no conocía... ¡Y me rechaza usted cuando empiezo á sentir tan exquisita felicidad!... ¿No le mueven mis lágrimas el corazón?... Yo no soy tan perverso como dicen. Se

cuenta de mí muchas fábulas: me rodea la mentira, la leyenda; yo mismo, á veces, las he fomentado por una especie de vanidad infantil... ahora lo conozco y me arrepiento... A usted le digo la verdad, toda la verdad: mi padre era un emigrante que, á fuerza de trabajo y de sudores, hizo fortuna; mi madre, una mujer humilde, pero honrada y fidelísima. Ella murió al darme á luz, y yo me crié en manos recias que no sabían acariciar... Después me trajeron á Europa y atendieron á instruirme, pero no á educarme. Viví en París, «en tren» de mozo soltero y rico; pero, hastiado de aquellos placeres, me vine á España... Eso es todo... Mi juventud se reduce á dos pesadumbres: tedio y tristeza.

—¡Es curioso! - repuso Carmen con un dejo de ironía—. Y yo le creía á usted tan alegre, tan divertido, tan jovial... Tantas cosas como refieren por ahí de los festejos de la Almanzora, del buen humor de don César, de sus festines, de su ingenio...

—Las apariencias engañan—replicó el indiano, creyendo ver en aquellas ironías un rayito de luz —. Me juzgan feliz y alegre porque pretendo distraer con ruidosas locuras el aburrimiento de mi espíritu, la soledad de mi corazón... Pero le juro á usted que no soy dichoso... Aunque pude alcanzar muchos regalos de la vida, satisfacer algunos deseos, antojos y vanidades, siento la nostalgia de otros deleites... Padezco una inquietud profunda; quizá la sed de cosas más altas y más nobles... ¡Sí! ¡Tengo una sed de amor, de virtud, de lealtad, de cariños puros, de afectos desinteresados!... Yo, según dije, no conocí á la que me dió el sér; yo no gusté esas dulces ternuras que se beben, como licor suavísimo del alma, en los pechos maternales... Yo no supe nunca lo que

era amor... Mi padre tenía la sequedad y la dureza de una encina alpujarreña: la única vez que me acarició con sus manos fuertes y callosas me hizo llorar... Después me quedé solo en el mundo, á los catorce años, sin guía, sin experiencia, sin carácter, sin un fondo serio de educación; ¿qué tiene de extraño que me abandonara á las pasiones, que viviera sin ley ni freno, á merced de los instintos? ¿Qué sabía yo del bien y del mal, del vicio y la virtud?... Aprendí á desear las cosas buenas á fuerza de sufrir el tedio de las malas... Ya ve usted que soy sincero, que no le oculto ni una sola de las pesadumbres de mi vida... Ya ve usted que no soy un hombre enteramente frívolo...

Estas razones, tan bien concertadas y sentidas, rastro y señal de las luces que enciende el amor en los más obscuros entendimientos, dejaron á Carmen un tanto suspensa.

—Las palabras de usted—dijo por fin—me sorprenden y confunden... Las creo sinceríisimas, y como tales, las recibo y las agradezco... Sentí al escucharlas... ¿por qué no declararlo?... una especie de compasión... No se ofenda usted; es harto presuntuoso, en una moza tan humilde, compadecerse de un caballero á quien todos envidian y adulan... Pero usted ya conoce mi franqueza, mi buena voluntad... Repito que la vida de usted me infunde lástima; sus desventuras me conmueven; su persona me inspira afecto y gratitud... ¿Qué más podría decirle?... Pero hágase cargo, amigo Carvajal: no me juzgue usted ni coqueta ni gazmoña... Nada merezco; nada valgo; soy una pobre azacana del magisterio, de este triste magisterio español, desposado con la pobreza y perseguido por el desdén... Mas precisamente por esto, porque soy tan pobre y tan humilde, tengo reparos, siento escrúpulos...

¡perdóneme usted, amigo mío!... No faltaría quien imaginase que me movió el interés, que me cegó la ambición... ¡Es el mundo tan perverso!... Ya ve usted: su presencia en esta casa, la asiduidad de sus visitas y favores, han desatado al fin la maledicencia... ¡Figúrese usted qué no dirían!... Pero, sobre todo, yo no me guío exclusivamente por la opinión del vulgo, aunque estimo y deseo la buena fama; poco me importaría el «qué dirán» si dentro de mi conciencia, en el fondo de mi corazón, hallase un sentimiento poderoso con que vencer y confundir las murmuraciones...

—¡Siempre lo mismo! —interrumpió á este punto Carvajal—. Por dondequiera que ando me sigue, como la sombra al cuerpo, la leyenda de mi fortuna, la maldición del oro... No hay nada como el oro para esconder y desamparar el corazón... Si la pobreza es un estigma, según los ricos, la riqueza es un pecado, según los pobres. Pero los pobres llevan en su libertad una esperanza, mientras los ricos arrastran con su dinero una cadena. El pobre, á lo menos, si es amado, sabe que lo es por sí mismo, por su hermosura, por su talento, por su donaire ó su virtud; el rico pocas veces consigue semejante felicidad. Se nos odia ó se nos teme; ó nos maldicen ó adulan; nos huyen ó nos engañan. Somos la presa de los ruines y el desaire de los altivos, el cebo de los parásitos y la afrenta de los orgullosos. Cuando queremos descubrir el fondo de nuestra vida sentimental y ofrecer la joya más noble, el corazón, nos atraen con avaricia ó nos rechazan con desprecio. ¡No somos hombres; somos... ricos!

—¡Válgame Dios—dijo Carmen, riendo—y qué sutiles filosofías! Créame usted, amigo Carvajal: el ser rico ó el ser

pobre tiene su pro y su contra, su pesadumbre y su alegría; todo consiste en el talento, en la virtud y en la discreción del pobre y del rico. Hay un arte de ser rico y hay una ciencia de ser pobre. Todas las desventuras de usted se reducen á una sola: usted nació rico, pero no le enseñaron á serlo...

—Y usted, tan caritativa y tan buena..., ¿no habría de enseñarme todo lo que yo ignoro? ¿Hay más dulce magisterio que el del amor? Usted, que posee la ciencia delicada de la virtud y el arte exquisito de la ternura..., ¿por qué se niega á darme esas preciosas lecciones?

—Porque serían á costa de mi fama y de mi conciencia.

—Hay algo de orgullo en su actitud — repuso con viveza Carvajal—. Perdone usted que se lo diga...

—Acaso tenga usted razón—respondióle Carmen un tanto picada, pero en tono de broma—. Soy demasiado independiente. No me siento con fuerzas bastantes para hacer el sacrificio de mi humildad..., ó, si usted lo prefiere, de mi altivez, de mi orgullosa pobreza... Yo pienso de distinto modo que la generalidad de las mujeres de mi clase... No soy ninguna niña; he cumplido ya los treinta años; vea usted si soy franca...; ¿cabe mayor franqueza en una mujer que confesar la edad que tiene?... Los años, las pesadumbres, las realidades de la vida y hasta el ejercicio de mi profesión, me han hecho aguzar el entendimiento y ver las cosas á muy buena luz... Conozco del mundo la miel y la hiel, la fortuna y la desgracia, el lujo y la miseria, la solicitud y el desamparo... Pues ¿querrá usted creerlo?, he llegado á convencerme de que la dicha se logra mejor en la humildad, en la sencillez, en el apartamiento. Me acostumbré á vivir así, en esta obscuridad apacible; estoy contenta de mí misma; casi me siento dichosa...

libre de esas cadenas del dinero, que tanto le fatigan á usted... La sola idea de alterar mis costumbres, de torcer mis inclinaciones, de interrumpir mi vida presente, me asusta y me confunde...

¿Por qué había usted de perder su paz? ¡Si yo viviría para hacerla feliz; para halagar sus gustos y satisfacer sus deseos! Si yo...

—Eso se dice ahora; pero al fin y al cabo... genio y figura... Perdone usted la franqueza. Las mujeres poseemos ciertas facultades de adivinación, y yo adivino que no seríamos felices si hiciéramos el disparate de casarnos... ¿Cómo felices? ¡Si no llegaríamos ni á entendernos! Pero, ¿no lo comprende usted? A pesar de sus muchas picardías, yo le juzgo un caballero, un hombre de buen fondo; pero tenemos usted y yo costumbres y caracteres, y gustos y opiniones, y modos de ver y de sentir tan distintos y contrarios... ¡Como que vivimos en dos mundos diferentes!

—Pero yo le juro á usted...

—No jure nada. No creo en juramentos de amor, sobre todo cuando el amor es tan ciego y caprichoso... Porque, ¡mire que es capricho venir á enamorarse de una pobrecilla como yo, con más años que usted, sin más caudal que su buena fama ni más mérito que su franqueza!... Eso, por mucho que usted jure y perjure, no es amor, sino un antojo... ¿No lo comprende usted mismo?... Si es que está empeñado en casarse, ¿le han de faltar mujeres lindas y virtuosas, igual aquí que en el Perú? Yo soy una maestra provinciana, una mujer á la antigua española, demasiado casera, de gustos poco refinados; y usted necesita en su hogar una dama de otro linaje: que sepa hacer los honores y dar lustre á su for-

tuna, y brillar en la Almanzora como una virreina; otra mujer, algo «modernista», que imite y secunde las aficiones de usted...

El buen humor de Carmen, que era muy andaluza, y como tal, un poco traviesa y un mucho burlona, deslizaba de cuando en cuando en tan solemne conversación unos granillos de sal y pimienta.

—Sí, yo ya sé—repuso el mozo, sin darse por entendido — que otras mujeres... acaso todas—añadió con ridículo orgullo—me recibirían con los brazos abiertos... fingiendo amores... Pero hay una... tal vez una sola... pero precisamente la única á quien yo amo, que por puntillo de honra, de amor propio, me dice: no puedo quererle á usted; es usted demasiado rico...

—Y ¡dale con la riqueza!... Pero, venga usted acá: ¿querría usted que yo fingiese... «como todas»? ¿Qué valor tendría entonces á sus ojos? Si yo me casara sin amor, ¿no merecería los más duros vituperios? ¿No tendrían razón las gentes, y usted mismo, para motejarme de codiciosa?

— Igual diría la gente si se casara usted por amor; ¿quién se libra de los errores del vulgo?

—Pero entonces, nada me importaría lo que el vulgo dijese; me bastaría la sanción de mi propia conciencia.

—¡Carmen!—exclamó Carvajal, fuera de sí —. Esos escrúpulos me están matando... Yo la quiero á usted con toda mi alma. Yo no puedo vivir sin usted... Tenga usted caridad y lástima de mí...

Pero, acaso respondió ella con la pesadumbre de tan larga y enojosa disputa —, ¿podría satisfacerle la posesión de una mujer que se le entregase sin cariño? ¿No

sería yo en este caso «una de tantas»? Ni sé, ni puedo, ni quiero fingir amor... ¿No tendría usted el derecho de decir que soy «como todas»? ¿No aseguró usted antes que quería ser amado por sí mismo... «como los pobres»? Tengo el deber de hablarle con sinceridad, con absoluta franqueza; es preferible la crueldad á la mentira...

A pesar de la firmeza, brío y resolución de Carmen, desazonada ya con la pesadez del pretendiente, no pararon aquí las querellas, los ruegos, desplantes y humillaciones de Carvajal, mezcla peregrina de listo y de sandio, de inocente y calavera, de pícaro y sensible, de niño terco y mozo disoluto. Empeñado en rendir á la arrogante Musa de la Alcaicería, no perdonó astucia ni omitió gasto, ni calló argumento ni reprimió lágrimas, con tal de satisfacer el encendido antojo que le socarraba las telas del corazón.

A las porfías del indiano vinieron á juntarse los consejos, prédicas y vehementes súplicas de Jorge y Alfonsa, los cuales ponían el grito en el cielo al ver que la joven rechazaba con tan ciega obstinación... ¡ahí es grano de anís! la fortuna y la felicidad.

—¿Es posible?—decía la alpujarreña—que le hagas melindres y ascos y pucheros á un pollo tan rico y tan galán, que es el pasmo y admiración de las mocitas de Miraflores? ¿Serás capaz de despedir al mejor partido que hay en cien leguas á la redonda?

—Pero, mujer, si no le quiero—respondía Carmen con aspereza.

—¿Qué sabes tú si le quieres ó no? ¿Qué entiendes tú de esos perfiles si nunca has tenido novio? Luego que le trates más de cerca y le tomes un poco de voluntad... Porque esas

cosas del querer no entran siempre de súbito... Mi madre se casó sin conocer á mi padre... y fueron tan *venturaos*... La hembra de buen natío le toma apego al varón así que se roza con él...

—Eso será en la Alpujarra...

—Pero, ¿qué sabes tú de amores? ¿Vas á meterte á monja? ¡A fe que ese rey mago está muertecito por tí!...

—No, y mil veces no. Más vale mi buen nombre que los tesoros del Perú... ¡Bonita fama tiene el niño!... ¿Qué dirías tú si me enamorase del zapatero de enfrente? Pues para el caso es lo mismo... y quizá peor. Cada oveja con su pareja... Ni el zapatero ni el rey...

—¡*Fantesías* tuyas! ¡Repulgos de empanada! Cosas que te han metido en la cabeza cuatro *asperones* del barrio que no pueden ver á don César ni en pintura... ¿Es envidia ó caridad?... No hagas caso de habladurías. ¿Qué te dan esos ronceros? Mucho ¡viva mi reina!, y ¡ole con ole! y ¡vaya usted con Dios!; pero ninguno tiene para mercar dos reales de dulces... Los unos por los otros, la casa por barrer... ¿No es una pena que te pases lo mejor de tus años como una azacana, para llegar á la vejez sin tener dónde caerte muerta? ¿Qué harás el día en que yo cierre los ojos y tu hermano se case ó quiera campar por sus respetos y te veas sola en el mundo, á merced de los extraños, y, lo que Dios no permita nunca, te falte la salud? ¡Valiente porvenir para una hija de señores!... Mira que si no te casas ahora, te quedas para vestir á San Antonio... Que aunque tú mereces ser reina de las Españas, los galanes sólo buscan el dinero y no quieren palmitos sino *engarzaos* en oro puro...

—¡Cállate, Alfonsa! —exclamó Carmen impaciente—. ¿Ha-

bía yo de ser feliz con un perdido, con un calavera?... Pues si cuentan de él...

—Cosas de la edad... Como es tan mozo, ¡claro! procura divertirse... Pero en casándose ¡qué duda tiene! sentará la cabeza... Y tú, que eres tan viva y apañada, le pondrás más suave que un guante... No hagas caso de lo que dice la gente: á la gente se la come la envidia. Que si el galán es así, que si hace esto ó lo otro... Feo, sí que es el indino; pero ¡qué demontre! todo no lo va á tener una sola persona y él ya tiene lo suyo con sus caudales... Cuanto más que el hombre y el oso... Mire, señorita, que don César es de buena casta; yo conocí á su padre y era un hombre cabal: Frasquito el Guapo. que así le decían, nació muy cerca de mi pueblo, en Dúrcal, á una legua de Talará, en el valle de Lecrín, donde yo vine á este picotero mundo...

Alfonsa, como buena campesina, se cegó con el oro del indiano; la idea de ver á Carmen «igual que una infanta» en la Almanzora, le quitó de la mollera el poco meollo que tenía. Y Jorge, no hay que decir: puso en el cerco más ahinco, más ardor, más interés aún que el enamorado Carvajal. ¡Como que el joven luchador, tan á gusto en el machito, veía disiparse con los desdenes de Carmela todas sus nuevas glorias, su privanza, su fértil «secretaría», su rumbo, sus trajes ingleses, el hotel de Onil, el suculento yantar, los cigarros, las joyas, el automóvil y hasta la bella Raquel!...

—¡Tú has perdido la chaveta! clamaba el picaruelo, temblando de cólera y de terror... ¡Tú estás loca de remate!... ¿Qué ilusiones son las tuyas? ¿Cuándo soñó una maestrilla de tres al cuarto que le saliese un novio como César? ¿Es que quieres morirte de hambre y de orgullo?... En fin: si fueras tú

sola... ¡vaya por Dios!; cada cual es dueño de tirar por la ventana la felicidad... Pero, ¿no comprendes que me estás arruinando? ¿que con eso me cierras las puertas del porvenir?... ¿Qué va á ser de nosotros el dia en que ese hombre nos vuelva la espalda?... Es una insensatez lo que haces; y una horrible ingratitud. ¡Tanto como le debemos á Carvajal!... ¡Si no tienes corazón! ¡Si eres una simple, una orgullosa, una egoísta!

—Y tú eres un mozo sin pudor y sin delicadeza - respondió Carmen al punto—. Si lo que quiero, precisamente, es apartarte de ese hombre, que va á ser tu perdición y la de todos... ¿Quieres á costa mía sostener tus vicios?... ¡Si levantara tu padre la cabeza! Desde que cometiste «aquella» felonía te has dado á vivir sin freno ni ley; has renegado de tu honor y de tu limpio nombre; de la educación que recibiste; de tu propia sangre. Ya no puedo hacer carrera de ti... ¿No se te cae la cara de bochorno? ¡Y aún te atreves á llamarme egoísta! ¿Cabe más descarnado egoísmo que el tuyo?

Bien pronto advirtió Jorge que por este camino llevaba «las de perder»; mas conociendo el flaco de la joven y su ternura fraternal, apeló á otra suerte de ardides: juró y perjuró que se arrepentia, hizo propósito de la enmienda y llenó las manos de Carmen de besos y de lágrimas.

A todo esto, el «oro inglés», pródigamente derramado por la Alcaicería, empezó á contener las lenguas y á suavizar los corazones; fenecieron las coplas y las burlas, sosegáronse los espíritus y poco á poco se cambiaron las tornas, de manera que las mismas comadres que al principio perseguían al «gavilán» concluyeron por mirarle con buenos ojos y decir en voz baja:—A fin de cuentas, el ser «inglés» no es ningún cri-

men; hay *yanis* tan de bien como nosotros, y éste, por lo que se ve, es católico, apostólico, romano... —Tiene usted razón, *señá* Remedios; quien hace tanta *caridá* no es un hereje... —Yo estoy cierta de que viene con buen fin... En ese caso, bien puede afirmar la niña que han venido á verla los Reyes Magos... —Esa es *la chipén*...

Martín Tenorio, el profesor de guitarra, luego de recibir recado para que fuese á la Almanzora á dar lección al «señorito», aseguró que don César era también republicano federal y grande amigo del pueblo. Clotilde la vendedora, la niña de la portera, todas las comadres del Postigo, se dejaron corromper, no sin muchos dengues, por tan dulces sobornos. Unicamente el zapatero, menos accesible á las dádivas, siguió cantando, pero *sotto voce:*

Nadie se iguale con ella
ni en sangre ni en calidad;
tú tienes de dos metales
y ella de uno nada más.

El barrio entero, con esa inconsciencia de las veleidosas muchedumbres, se puso al fin de parte del inglés; apretaron el cerco unos y otros; instó Jorge, rezongó Alfonsa y redobló sus impetus Carvajal con tales sacrificios y penitencias de amor, que los cimientos de la esquiva fortaleza empezaron á conmoverse.

¿Qué piedra, aun la más dura, resiste al ahinco de la perenne gota de agua? ¿Qué mujer, por mucho tesón que tenga, es del todo insensible á las cuitas amorosas? ¿Qué humano corazón no se conmueve ante el dolor ajeno?

Perdía Carmen la voluntad y los bríos en tan recias apreturas; se pasaba las noches de claro en claro entre cavilaciones é incertidumbres; veía, por una parte, los riesgos de semejante matrimonio; pero por otra, sentía gratitud y lástima del mancebo. Como la joven tenía tan alto espíritu, no influyeron para nada en su intención, ni su pobreza presente ni los caudales del indiano, ni sombra de interés ó vanagloria; juzgaba el negocio desde un punto de vista moral. Pues bien: las razones de César, sus juramentos y sus lloros, el cambio de su carácter, la reforma de sus costumbres, ¿no parecían señales evidentes de un puro y exquisito amor? Y en este caso, ¿no fuera grande crueldad repeler á un hombre que por el amor podía redimirse?

Tan sitiada se vió de escrúpulos y dudas, luchando con mil especies de ideas y sentimientos, que resolvió consultar á persona de maduro juicio y conocida virtud.

Había entonces en Medina un varón popular y famoso de la Compañía de Jesús, un heroico misionero, un escogido de Dios, que vino á renovar en este siglo las fuertes obras, las encendidas palabras, las maravillosas conversiones de San Juan de la Cruz, el Maestro Juan de Avila y Fray Diego de Cádiz; de aquellos santos apóstoles, doctos maestros y ardentísimos serafines que avivaron el fuego de la caridad en tierras de Andalucía.

Era el padre Borja, que así se llamaba aquel insigne capitán de los tercios de la Cruz, hombre de harta ciencia y experiencia en las cosas del espíritu; confesor de los Acuñas durante muchos años, contribuyó no poco á modelar el discreto y apacible corazón de la joven.

—Hija mía—pronunció dulcemente el misionero, al enten-

der los apuros de Carmen—. Ya tengo noticias de Carvajal; le conozco por referencias... ¿Tú le quieres?

—No sé qué decir... Al principio me inspiraba cierta repulsión física, cierto disgusto moral... Como tiene tan mala reputación... Después, sus desventuras, sus lágrimas, su arrepentimiento... Yo le debo gratitud, y, sobre todo, me da una lástima muy grande... No sé si esto es cariño...

Al cabo de otras dudas y explicaciones más íntimas, repuso el padre Borja:

—Si yo mirase únicamente á tu conveniencia, á tu felicidad, te aconsejaría que no te casaras. Ese hombre, por mucho que te quiera, no es capaz de hacer feliz á un ángel como tú... Se lo impiden sus malos apetitos, sus torpes hábitos, su genio, su educación... Pero hay otra suerte de consideraciones más altas: acaso el amor podría redimirle, tal vez la ternura... y luego el cariño paternal... Si le rehusas, tornará á sus vicios, perderá su alma irremisiblemente... Ese mozo, con sus pocos años y sus torcidas inclinaciones, sería un instrumento de Luzbel... ¿Tú te sientes con fuerzas para hacer el enorme sacrificio de tu dicha y afrontar los riesgos de semejante matrimonio? Ten presente, hija mía, que esa boda no es, como todos juzgan, una felicidad, sino una penitencia, una carga abrumadora... Mide tus bríos, examina tus propios sentimientos y ve si te hallas con ánimos para tan recia lucha... Toma ese yugo, si puedes, como quien toma una cruz...

Al día siguiente, después de una noche de insomnio, de incertidumbres, de oraciones y lágrimas, recibió Carmen la visita de Carvajal. Más fogoso, más elocuente que nunca, al advertir la tristeza y palidez de su amada, repitió el mozo

sus vivas imploraciones. Oyólas ella, y rindiéndose al cabo, entre cobarde y valerosa, pronunció un «si» tan dulce, tan leve y trémulo, que parecía un suspiro.

¡Con qué radiante júbilo salió César aquella mañana del Postigo del Rey! Sentíase feliz, enteramente feliz; saltaba de orgullo y alborozo; tenía unos deseos vehementes de abrazar á todo el mundo, dar albricias y pregonar á gritos su felicidad...

El zapatero de la calle, como le vió tan alegre y saltarín, sospechó la nueva, torció el gesto, hizo crujir el tirapié á modo de látigo, y se puso á cantar entre dientes:

Adiós, rèina de mi barrio;
adiós, paloma torcaz;
¡lástima de la paloma
que se lleva el gavilán!

XIII

LA CAMARILLA

Desde el punto y hora en que el «Niño de Jauja» sentó sus reales en Medina y, con tan poco seso y prudencia, abrió las puertas de la Almanzora á sus «amigos», entablóse una viva y sorda disputa entre todos ellos para conseguir el favor de Carvajal y acomodarse en su privanza, como pérfidos cortesanos á la vera de un príncipe mozo y disoluto. Apuró la Gelmírez sus artes de vieja raposa; instruyó á Pepe Antún, su habilísimo cimbel, y colmó de nuevos alicientes los antiguos «sábados», á fin de atraer y explotar al suntuoso forastero; intrigó López de la Rúa, concertándose con Margarita para administrar juntos el oro del Potosí, mientras Perico Tristán le ganaba por la mano... de la astuta *Mercy*, lustre y corona de su quevedesco marido; esforzábase Arístides por distraer á César de esta gentecilla y conducirle á más altas cumbres donde él solo pudiera exprimir la bolsa del perulero sin tantos rivales y avisados testigos; Polo Silva, el tiuhán, «trabajaba» para sí con la mayor desvergüenza, vendiendo tan caras las burlas como las lisonjas: todos, quién

más quién menos, á excepción de Tarfe, «luchaban» y engullían sin escrúpulos, con una voracidad y un desahogo increíbles.

La redacción de *El Centauro*, el triclinio de la Almanzora, el hotel de la Gelmírez, la casa de Tristán, los estómagos y las faltriqueras de estos bergantes codiciosos, eran otros tantos sumideros por donde se le iba al prócer la sangre de sus venas y de sus minas. Don Efrén, severo espectador de aquel sainete, escondía las uñas bajo la toga, y preparaba el sutil artificio de sus retros, hipotecas y mohatras, considerando que todo el Perú no bastaría á resistir el asalto de tan valientes luchadores.

Ajeno César á las leyes del buen gobierno y acostumbrado á vivir de esta manera, lo mismo entre los «bohemios» de París que entre los pícaros de Medina, hallaba gozo y diversión en semejante albur y se dejaba explotar de unos y otros con la sonrisa en la boca. Siempre voluble como una veleta, inclinábase cada día de un lado, hasta promover tenaces pugnas y ardorosas emulaciones; mudaba de favoritos con la misma frecuencia que de caballos ó de trenes, y repartía los favores sin ton ni son, prefiriendo de sus amigos al último que llegaba.

El primero que cautivó su voluntad fué Arístides, el pícaro más gentil, elegante, disimulado, culto y embustero de todos. Entróse el barbilindo en la Almanzora, y reinó allí durante un par de meses, haciendo mangas y capirotes con los dineros del amigo; mas como César frecuentó los «aquelarres» del hotel de Miraflores, quedó el *sportsman* en segundo término y convirtióse la Gelmírez en tutora del pródigo. Así que éste rehizo un tanto la salud, merced al cambio de

clima, empezó á usar y á abusar del amor, de los festines y de otros muchos refocilos; aprovechó la dama tan felices disposiciones, declarándose maestra del mancebo, zurcidora de sus deleites y administradora de sus caudales; embelecó á López de la Rúa con el señuelo de César para entretener y explotar á los dos, y aun imaginaba mayores gollerías, cuando Tristán, de la noche á la mañana, se alzó lindamente con la tutela.

Cada uno de estos «ministerios relámpagos» producía en la Almanzora grave trastorno y singular alteración; empezando por la servidumbre y concluyendo por los muebles, no quedaba allí títere con cabeza; los favoritos de Carvajal, conociendo que su privanza era «flor de un día», procuraban aprovechar el tiempo sin perder un solo minuto.

Una noche, después de muchas de holgorio y fiesta en casa de Tristán, cayó el indiano, que se perecía por toda suerte de faldas, en las de *Mercy*, la antigua farandulera, habilísima en prestigios, disfraces y tramoyas. Desde entonces aquel ladino matrimonio, aquella razón social *Perico Tristán, Mercy and Company ilimited* gobernó á su sabor y talante la salud, vida y hacienda del reyezuelo. Era la mujer de Perico hembra liviana, hermosa y lince; salida y entremetida á la par; cómica de la legua en sus verdes años, pero actriz eminente ahora en el proscenio del mundo; morenaza, pelinegra, arrogantona, muy prieta de carnes y de alma; tan aguileña de nariz como de manos y uñas; capaz á todas horas de vencer á Dalila en eso de quitarle las melenas y los bríos al tremebundo Sansón, cuanto más al mozo del Perú, tan escaso de pelo y de meollo.

Pues con tales prendas y otras más escondidas y eficaces

no logró sujetar el ánimo de César arriba de ocho semanas. ¿Quién había de decirles, á ella, á su consorte y á todos los parásitos de Carvajal, que un mocito de apenas veinte abriles, un joven imberbe, estudiante en las primeras aulas de la picardía, Jorge de Acuña, en fin, llegase de repente á las cumbres del favor, en detrimento de tantas hembras y varones doctorados en la germanesca facultad? Mordíanse unas y otros los puños y los labios al verse en segundo término, vencidos sin lucha por el poeta, y aguzaban el ingenio para aprender la clave de tan súbita privanza.

Escondía César sus amores cuidadosamente por un natural instinto de pudor y aun por cierta burlona astucia de su carácter infantil; nada dijo tampoco Maese Raimundo, cauteloso y discreto merced á la experiencia de su oficio; pero las visitas al Postigo del Rey, la actitud de Jorge, el runrún popular, el cambio en las costumbres de la Almanzora, pusieron sobre la pista á los bergantes. Polo Silva, que olió el negocio, andaba olfateando alrededor de Carvajal, mientras éste, cada día más ciego, llegó á sentir un ansia vehemente de publicar su dicha, de pregonarla por las calles como *El Centauro* y dar rienda suelta á las dulces angustias del corazón.

Al fin, una noche en que el mozo venía de pelar la pava, le propuso el cínico cierta aventura galante. César la rehusó, por primera vez en su vida.

—No, no quiero—dijo: ¿no sabes que estoy enamorado?

—¡Cómo!—replicó Silva, haciéndose de nuevas—. ¿Enamorado tú?

—Completamente, apasionadamente...

—¡Jesús! ¡Qué desgracia más horrible!

—¿Por qué? Di más bien qué felicidad...

—¡Perdidos! ¡Estamos perdidos!

—Pero ¡qué bromista eres!

—Sí, sí... El asunto es para echarlo á broma... Y de quién te enamoraste? ¿De *Mercy*? ¿De Raquel? ¿De Candelaria?... ¡Supongo que no será de la Gelmírez!

—¡Quiá! De la mujer más hermosa, más inteligente, más dulce y más honrada que existe en el mundo...

—¡Una mujer honrada!—exclamó el truhán—. ¡Mayor desgracia todavía!

—¿Qué estás diciendo?

—Pero ¿tú sabes, infeliz, lo que es una mujer honrada? ¡La mayor calamidad que le puede caer á un hombre *comm'il faut*!... La mujer honrada, por el orgullo de su honra, se cree en el caso de prescindir en absoluto de las demás virtudes... La mujer honrada no se hace cargo de sus deberes, no conoce el arte de agradar, no cultiva su belleza, ignora todos los refinamientos del amor... Las mujeres honradas son las que han desacreditado la virtud...

—¿Acaso tú no has tenido madre?

—Las madres no tienen sexo... Cuando una mujer es madre deja de ser mujer...

—¡Si es cuando empieza á serlo de veras!

—¡Ay qué cursi! ¡Una mujer honrada!

—¿Querías tú que me casara con una que no lo fuese?

Polo se llevó las manos á la cabeza y preguntó á su vez lleno de asombro:

—¿Pero es que vas á casarte, hombre de Dios?

—¡Naturalmente!

César: tú has perdido el juicio... No me cabe duda... ¡Casase un mozo como tú, un muchacho de tu posición, de

tu talento, de tu experiencia!... ¿Quién te aconsejó semejante absurdo? El matrimonio es bueno para los tontos, porque así encuentran quien disimule su necedad; para los pobretones, porque así tienen mujer de balde; para los bellacos, que la quieren de balde y con propina... Pero un hombre como tú... En serio, amigo mío: has perdido la brújula... ¿Para qué te sirve el oro? ¿Para qué te sirve la inteligencia? ¿Para qué te sirve la libertad?... ¿No tienes de sobra mujeres? ¿No te brindan el amor y el placer sus más espléndidos favores?

—¡Hembras sin espíritu!—exclamó Carvajal, con energía—. ¡Placeres mercenarios! En sus lechos impuros derrochamos los hombres lo más fuerte y hermoso de la juventud. Como seres irracionales nos revolcamos, casi todos, en ese albañal... Pero llega un día en que nos repugnan los amores sin alma, los dorados cienos, los viciosos perfumes... Entonces sentimos otras necesidades más nobles y recobra sus fueros el corazón...

—¡No me quedaba más que oir!—saltó el cínico, entre grandes risas—. Cuando el diablo no tiene qué hacer...

—¡Cállate, necio!—repuso César, con severidad—. ¿Qué sabes tú del corazón?

Polo Silva abrió mucho los ojos, como si le hablaran de una cosa enteramente nueva y desconocida.

—¡Bah!—dijo, por fin—. ¡El corazón! ¡Valiente consejero! El corazón es el comodín de los hipócritas, la pantalla de los bribones, el escudo de los ambiciosos, el consonante de los malos poetas, el anzuelo de los rufianes, el alcahuete de los instintos, el talismán de los adulterios, infidelidades y bellaquerías... Bajo la máscara del corazón se esconden los ape-

titos, los engaños, las traiciones, las miserias de la carne y de la sangre... A todo alcanza la generosa disculpa de ese músculo privilegiado, cómplice, encubridor, abogadillo y medianero de los demás órganos... Por él engañan las mujeres á sus maridos; por él pierden su flor las más honestas doncellas; por él abandonan los hijos á sus padres; por él faltan los letrados á la razón, los ministros á la ley y los jueces á la justicia... ¡Es tan cómodo y gentil, para explicar nuestros deslices, poner una mano sobre el pecho en actitud dramática!... Mira: cuando me dicen: «Fulano es un hombre de corazón», me echo á reir y traduzco la frase de ésta manera: «Ese es un hombre capaz de las mayores atrocidades para satisfacer sus gustos...» ¡El corazón! Misterio, sombra, abismo, pecado... ¿Qué sé yo, qué sabes tú, qué sabe nadie del corazón?

Las palabras del cínico, dichas con estridente sarcasmo, hicieron no poca mella en el ánimo impresionable de Carvajal. Quedóse el mozo triste y meditabundo, con los ojos en el suelo y las manos á la espalda.

¿Quién es la novia?—preguntó Silva, de repente.

—¿No lo adivinas? ¿No te dije que es la mujer más hermosa y más discreta del mundo? ¿Necesito añadir que se llama Carmen de Acuña?

—¡Me lo estaba maliciando!... ¡Carmen de Acuña! ¡Miren la maestrilla, miren la beata, miren la gazmoña cómo supo cazar el «mejor partido» de Miraflores!... ¡Si no hay nada como el oro para derretir el corazón! Y esa niña es de las que tienen el corazón en la faltriquera...

Nunca dijese tal. Movido César de agresiva cólera, descargó en el rostro del maldiciente una sonora bofetada. Rodó

el bellaco por el suelo y derribó al caer un precioso mueble lleno de *bibelots* y figulinas.

—¡Ah, miserable —gritó Carvajal—. ¡Ah, bandido! ¡Me has roto un esmalte de Bernardo Palissy que valía una fortuna!

—¡Di más bien que valía una bofetada!—repuso Polo, riendo con la mayor insolencia.

Y aprovechando la ocasión, se metió en los bolsillos los despojos de la catástrofe.

—Quien rompe paga y además se lleva los cascos—dijo y salió corriendo, mientras el prócer se encogía de hombros y ordenaba á la servidumbre que cerrasen al truhán, de allí para siempre, las puertas de la Almanzora.

No pudo hallar César confidente más reservado que Polo Silva. A las pocas horas de esta notable conversación ya estaba la camarilla en autos de los amores del Mecenas. Ante el peligro común se unieron todos como un solo pícaro y se echaron sobre Carvajal, pretendiendo desviarle del Postigo del Rey. Lloraba *Mercy* de envidia y de furor, mientras Perico Tristán se mordía los mostachos, y la Gelmírez intentaba el último esfuerzo para recobrar al príncipe, metiéndole por los ojos una mocita zalamera con la intención de casarle bajo sus auspicios. El «fiero almoravide», cada vez más sombrío, más fosco, más huraño, concluyó por huir de la Almanzora, del hotel de la Gelmírez, del cafetín de la Castaña, y se encerró en su desván á esconder el hambre, á devorar los celos, á desfogar sus cóleras sobre la pobre *Serení*.

Arístides, más vivo que todos, aprovechó aquellas novedades para volver á la gracia de César. Astutamente se introdujo en casa de los hermanos Acuñas, ganó la voluntad de

Carmencita y procuró hacer méritos con el futuro matrimonio.

—Es preciso—le decía el muy lince á Carvajal que arrojes definitivamente de tu lado á esa gentuza... Debes hacer con todos ellos lo que hiciste con Polo Silva... El trato de la Gelmírez es pernicioso, y no hablemos de Perico Tristán... Ese hombre es un bandido; su amistad te compromete... Ya ves: con las campañas de *El Centauro* te ha puesto como bandera enfrente de don Adolfo y los suyos... Bien sabía yo que todo ello era una encerrona para explotar tu nombre y tu dinero... No quisiste hacerme caso... Apártate de ese bribón y de su gomia; que son dos facinerosos y te van á traer algún conflicto...

Merced á estos consejos tan prudentes, iba el indiano poco á poco zafándose de los antiguos amigotes, cerrándoles la puerta y la bolsa, mientras apresuraba con grandísima impaciencia los preparativos de las nupcias. Y una noche, de las ya poco frecuentes en que César recibía á los *centauros*, les dió el golpe de gracia.

—Amigos míos—declaró—: no quiero ocultar á nadie la grata nueva... Y he dicho grata—añadió con cierta ironía—, porque siéndolo para mí supongo que lo será también para vosotros... Ello es que me caso.

Tristán, Pepe Antún, Ariza, Lechuga y Magín Ramírez, que estaban presentes, no pudieron reprimir un gesto de rencor.

—Pues ¡que sea enhorabuena!—pronunció el «primo» de la Gelmírez entre dientes.

—Sí, me caso... y muy pronto: el día de Año Nuevo... Ya lo dice el refrán: año nuevo, vida nueva...

Hubo un silencio embarazoso. Tristán mordía el puño del

bastón; Magín Ramírez daba saltitos en su asiento; Lechuga, por hacer algo, se hurgaba la nariz.

—¿Y saldrás de Medina?—repuso Pepe Antún.

—Sí; emprenderemos un viaje por Italia, Francia, Bélgica... Dos ó tres meses... Ahora os invito al último festín..., no una orgía, claro está, sino una honrada cena á la española... ¿Cómo no?... La Nochebuena, al cantar los gallos... Esa será mi despedida de soltero...

Esta palabra terrrible: «despedida», sonó en los oidos de los parásitos como un ultraje, pues harto presumían todos que en casándose el Mecenas quedaban ellos, por muchas razones, despedidos de la Almanzora.

—¡Esto es insufrible!—aseguraba Tristán, cuando se vió en la calle con sus amigos y redactores—. ¡Nos ha engañado miserablemente!... ¿Pues no ha tenido la avilantez de discutir, la otra noche, las cuentas del periódico? ¡Será capaz de retirarnos la subvención, la ridícula subvención de trescientas pesetas que nos da todos los días!... ¡Una limosna; qué bochorno! Yo no puedo, no debo consentirlo...

Y extendiendo el brazo, trágicamente, concluyó:

—¡Ah, miserable! ¡Te acordarás de mí!

—¿Conque se casa el caballo blanco?—añadía Lechuga con lágrimas en los ojos—. ¡Adiós las glorias del Perú, los convites en el triclinio, las tertulias en la Castaña, las cenas en la redacción! ¡Adiós mi dinero!

Al día siguiente, muy temprano, subía un coche por el parque de la Almanzora. En el coche iba una dama que escondía el rostro debajo de un velo. Era *Mercy*.

—¿Conque es decir, que te casas?—le preguntó á Carvajal cuando le tuvo frente á frente, en el saloncito japonés.

—Sí, me caso...—respondió el mozo muy firme, dispuesto á concluir con aquella peligrosa Dalila.

Irguióse la comedianta como una leona. Allí fué el mesarse los cabellos, el fruncir las cejas, el poner la boquita escarolada y encomendarse á Dios, ya que el diablo nada podía hacer en el negocio. Lloró *Mercy*, gimió, rugió, suplicó, se arrastró por las alfombras, se abrazó á las piernas del mancebo y, por último, se desplomó sobre un tapiz, como presa de mortal soponcio, cayendo á tierra con más arte que Eleonora Duse.

Apuradísimo Carvajal ante la triste y lastimada señora, intentó en vano levantarla del suelo, le roció de agua la frente y le aplicó á la nariz un frasco de sales; no sin cerrar la puerta de la habitación, para que nada trascendiese afuera del imprevisto episodio.

Al fin abrió los párpados la dama, se incorporó llena de cólera, y dijo de esta suerte:

—¡Traidor, infame, bellaco!... Yo te entregué mi honra, mi vida, mi alma... yo afronté por ti los riesgos más atroces... Porque Tristán, ahí donde le ves, no sufre ancas de nadie, y es bravo y celoso como el mismísimo Otelo... ¡Y ahora piensas deshacerte de mí, para casarte con otra!... ¿Te has figurado tú, mequetrefe, que yo soy de esas infelices que se toma y se deja y se tira al arroyo, después de robarles el honor?... ¡Buena es la hija de mi madre para consentir esa infamia! Yo evitaré tu boda por todos los medios posibles... Esto no puede quedar así... ¡No lo consiente mi dignidad!

Y luego de añadir otras cosas, de más enojo y substancia, cubrióse el rostro con el velo y salió de la Almanzora con la majestad de una reina ofendida.

XIV

LANCES DE HONOR

Erase que se era, y va de cuento, un salteador andaluz de los de charpa y calañés, trabuco naranjero y sangre más negra que las moras, á quien llamaban Currito el Guapo en sus precoces abriles, por lo garboso, lo gentil y, más aún, por lo truhán. Nació á la mala del diablo, Dios sabe cómo; crióse en arpilleras á guisa de pañales; echó los primeros dientes á fuerza de roer mendrugos; aprendió á vivir y á hurtar al mismo tiempo; tuvo por cuna el monte, por guía la trocha, por hogar la intemperie, la cárcel por escuela, por maestro el vicio, por templo la taberna, por refugio el burdel; fueron su cartilla los naipes, la honda su juguete, su instrumento la faca, su oficio la valentía, la desvergüenza su blasón... Vino del campo á la ciudad, de la cueva al arroyo, del vicio al crimen; cayó de ratero en alcahuete, de guapo en mantenido, de rufo en tahur, y, al cabo, en contrabandista y bandolero, pues por dar expansión á sus proezas y huir á la vez de la justicia, tornó á las breñas de la Alpujarra, su cuna, y allí, como los antiguos monfíes, salteó los caminos; bajó luego á las playas de Almería, tomóle gusto al contra-

bando, aficionóse al mar, hasta que un día, viéndose perseguido sin tregua, se embarcó en el puerto de Cádiz con rumbo á tierras del Perú... Y *audentes fortuna juvat:* aquel facineroso, cuyos crímenes pedían á gritos la horca, emuló en América las hazañas del *Demonio de los Andes;* se enriqueció, explotando la fábula de los tesoros del Inca; se metió en luchas civiles; renegó de su patria, de su religión, de su bandera; se hizo corsario, filibustero, mormón, reyezuelo de países bárbaros, y dió justo remate á su vida en una hoguera, socarrado á fuego lento para merienda de caníbales... Murió el bandido alpujarreño; mas... *latet anguis in herba;* de los tratos que tuvo el rahez con una venus mulata, siendo él ya rico y setentón y ella *chuquisa* vergonzante en la ciudad de los Reyes, nació un borde, un mestizo, prieto y zurdo como un engendro de Satanás y Proserpina. Tan feo salió el cachorro, que acertó á conmover las duras entrañas de su padre, el cual, aunque llenó con su fecunda prole todos los burdeles del Mundo Nuevo, sólo quiso reconocer al triste fruto de la aventura senil. Púsole por nombre César—*risum teneatis*—para que fuese torpe simulacro de la *Docena* de Suetonio y ridícula parodia de aquellos sátiros insignes—*caenum sanguine confectum*—que en sangre y lodo percudieron la noble púrpura imperial... Corriendo los años, el hijo del monfí de la Alpujarra y de la astuta perulera llegó á mozo, heredó los caudales y los vicios de sus ilustres genitores, entró en París con humos de nabab, tapó las lacras de su origen con un barniz de gran señor, se hizo pasar por nieto de incas y virreyes, deslumbró á los necios, engañó á los bobos, desplumó á los incautos, dió ciento y raya á los bribones, paseó sus doradas bellaquerías á la faz de Europa: en

París fué expulsado de un club elegante por motivos tan vergonzosos que... *horresco referens!*, y en Londres, siendo el tal un mozalbete, le condenaron á recibir cien azotes, merced á sus aventuras con el famoso autor de *Salomé*, Oscar Wilde... Harto el mestizo ya de Albión y de Lutecia, vino á España, sentó sus reales en cierta ciudad de Andalucía, á la vera del Mediterráneo, y allí compró un retiro pintoresco, una ínsula de oro, cuyo nombre recuerda los laureles del viejo califato cordobés. ¿Quién podría referir, sin noble y justa indignación, las locuras, abominaciones y atrocidades perpetradas en los bosques deleitosos de esta modernísima Caprea? Banquetes sacrílegos, semejantes á los del rey de Babilonia; *misas negras*, imaginadas en monstruosos delirios de impiedad y lujuria; saturnales clandestinas, lazos y señuelos de una encubierta corrupción de menores; insolentes bacanales, donde los convidados se refocilan á sus anchas, discurriendo por los jardines *in puris naturalibus*... Si ¡hasta la pluma tiembla de ira y de rubor al descubrir estas secretas infamias, no tan secretas ya que no circulen por ahí de boca en boca para escándalo y ludibrio de la cobarde sociedad que las permite! *Quousque tandem?* ¿Hasta cuándo consentiremos los hombres de bien que en nuestro seno se abriguen y prosperen esas víboras, esos pequeños monstruos del bizantinismo plutocrático, frutos podridos de la licencia cosmopolita, despojos del vicio nómada, viles *rastacueros* que á fuerza de leer novelas impúdicas pretenden realizarlas y vivir *au rebours* como el marqués de Sade, el *caballero des Esseintes* y el idiota *Monsieur de Phocas?* Nunca se vió en la sana y robusta sociedad española crecer y medrar estos abortos de París; antes bien, la opinión, siempre celosa de la pública mo-

ral, castigó con eterno sambenito á los herejes, sodomitas y burladores. Mas *novus ordo:* los tiempos y las costumbres degeneran; hogaño no les falta á ciertos advenedizos una espléndida corte de lisonjeros y parásitos, lindos rufianes y encopetadas celestinas que sean artífices de sus tramoyas y ministros de sus placeres... *Proh pudor!* ¡Si hay también doncellitas gentiles, flores de honestidad, hermosas damas de irreprochable alcuña, maestras... en el arte de cazar millones, que ponen su orgullo y su recato por alcatifa de un aventurero!... *Ubinam gentium sumus?* ¿Ya no importa á las nietas de algunos hidalgos españoles ser hijas de un monfí de la Alpujarra y esposas de un discípulo de Oscar Wilde con tal de merecer la ínsula de Caprea? ¿Quién vió á las vírgenes del Betis y del Genil, á las reinas de los cármenes andaluces, irse, como las ninfas, de bureo y solazarse con los monstruos y rendir la castísima doncellez al capricho brutal de los centauros?...»

He aquí el desayuno que, en la bandeja de *La Lucha*, sirvieron á Carvajal una mañana, en vísperas de su boda.

Comenzó el infeliz á leer *aquello*, sin sospechar siquiera la disfrazada injuria: palideció de pronto, al ver el nombre de su padre; siguió leyendo atropelladamente, y quedóse, al fin, trémulo, transido, con el espanto y la cólera del hombre á quien escupen de súbito en el rostro.

—¡Qué infamia—pensó—, qué horrible infamia!

Tornó á mirar *La Lucha*, víctima el triste de esa torpe atracción de las afrentas devoradas á solas y en silencio; volvió á coger en sus manos aquel astuto memorial de mofas, de calumnias y ultrajes; leyó muchas veces el cruel artículo, puesto en la primera plana del periódico y encabezado por

unas letras muy negras y redondas, que decían: *O tempora!, o mores!...* Y cuanto más lo leía, con más ímpetu se le hincaba, dentro del corazón, la cobarde pluma, la traidora faca del periodista baratero.

—*O tempora!, o mores!*—pensó también, y no en latín, el ofendido Carvajal, considerando cuán fácilmente, en nuestro siglo, se convierten las plumas en puñales, sin temor al Código, juez harto benigno con las bellaquerías de la diosa Imprenta. Bajo el disfraz de una ingeniosa fábula (y éste es el caso más honesto), cualquier obscuro zascandil hunde la péñola en las honras y las hace trizas y las arrastra por el fango entre las voces alegres de la estúpida muchedumbre...

No de otro modo escarnecían la fama de Carvajal, merced á la ficción de un donoso cuentecillo, con burlescos *inris* y transparentes alusiones; todos los abonados á *La Lucha,* así que leyeran el artículo, señalarían con el dedo la Almanzora, y, lo que era peor, la humilde casita del Postigo del Rey...

—Acaso Carmen lo haya leído ya—dijo César, temblando de miedo y de ira.

Al recordar á Carmen, al ver el noble rostro de la amada, blanco á tan viles salpicaduras de cieno, se irguió con humos de violenta irritación.

—Es preciso matar á ese bellaco, á ese bandido, que así nos ofende, que así nos calumnia y echa nuestras honras por la ventana, como pedazos de carne, al apetito de las fieras... ¡Oh, pérfido Araujo: con cien vidas que tuvieses no pagarías esta infamia!

Revolvióse el mozo en su aposento Luis XV, donde á la sazón se hallaba, y extendió con ímpetu los brazos, no sin peligro de las frágiles lindezas que en el precioso camarín

había. Después, imaginó salir de la Almanzora para tomar venganza de la afrenta, buscar al director de *La Lucha*, y dondequiera que le viese, matarle como á un perro...

Pasadas estas crisis de furor, breves como relámpagos en su carácter infantil, sintió la necesidad de ver á sus amigos, de pedirles consejo y esconder en pechos leales la escarnecida frente. Sin perjuicio de avisar á Jorge, pensó acudir á Juan de Tarfe; mas recordó en seguida que el pintor asceta se había encerrado á piedra y lodo, lúgubre y enfermo, en su hosca madriguera de las Palmas.

—Arístides... Que venga Arístides—discurrió, por último, Carvajal—. Después de Jorge, es mi mejor amigo... Y además, es hombre de mundo y de talento...

Con intención de llamarle fué á tocar el timbre; mas antes de extender el brazo, se abrió la puerta y apareció el mayordomo.

—Don Arístides García del Castañar—dijo Will, que traía una bandeja—envía esta carta urgente para el señor.

Tomóla Carvajal con avidez, rasgó el sobre y leyó lo que sigue, escrito con lápiz en una cartulina:

«Querido César: Corro desalado á la noble Alcalá de los Zegríes para cerrar los ojos á mi ilustre tío don Juan Manuel, maestrante de aquella ciudad. Según telegrama que me envían, mi caro deudo acaba de morir. No me queda tiempo para despedirme de los íntimos. Regresaré pronto. Adiós. Tu camarada, *Arístides*.»

—¡Maldito viaje!—exclamó César—. ¿A quién acudir ahora? Tristán ha días que no viene; sin duda, su mujer... En fin, es preciso no perder un momento...

Mandó buscar á Jorge. Y él se quedó en la estancia, caído

en una *bergère*, inmóvil, irresoluto, con dolorosas mezclas de indignación y cobardía. Cuando más embebido estaba en sus tristes cavilaciones, volvió el mayordomo y dijo, con énfasis, desde la puerta:

—Don Pedro Tristán desea ver al señor.

Tan solo, tan inerme yacía el pobre César bajo la inesperada pesadumbre, que se agarró al hipócrita vilcheño como el náufrago á la tabla salvadora.

—¡Mi buen amigo!, ¡mi noble amigo!—pronunció Tristán, amorosamente—. ¿Leíste *La Lucha?* ¡Estoy furioso!... ¡qué villanía!... Vengo á ponerme á tus órdenes... Pues ¡no faltaba más! Supongo que habrás resuelto batirte con Araujo... ¡Qué bribón! Te injuria del modo más soez... escarnece la santa memoria de tus padres... y aun intenta echar puñados de lodo sobre tu futura esposa, la inocente Carmencita...

Decía así Tristán con refinada delectación, revolviendo el puñal en la herida de su amigo.

—No puedes retroceder... No debes consentir semejante agravio... Es preciso castigar con mano dura al insolente libelista. Nada, nada; aquí no caben ya rectificaciones ni enmiendas; hay que exigir una reparación por las armas en el terreno del honor... Tú no puedes, no debes consentir...

Merced á las arengas del fariseo, que abrían nuevo surco á la vergüenza y cólera del ultraje, cobró e mozo los ánimos y alzó la frente con valerosa actitud.

—Pues ¡no faltaba más!... ¡Qué villanía! ¡Con qué ingenio sortean esos miserables los peligros de la difamación y la calumnia! ¡Oh, vil Araujo! ¿Cabe mayor perfidia en el pecho de un hombre? ¡Hay que meterle una bala en el corazón; una

bala envuelta en esos burdos latinajos! Luego es preciso provocar á López de la Rúa, batirse con él... arrancarle las entrañas de raíz... De esto me encargo yo... ¿Sabes algo de esgrima?

—Casi nada; nunca le tuve afición...

—¿Y á la pistola?

—Menos todavía.

—Perfectamente... ¡Vamos, quiero decir que no te apures! Con un padrino como yo... ¡ríete de los caballeros de la Tabla redonda!... Pues ¡no faltaba más! Aquí es donde hay que ver á los hombres: en el terreno del honor... Yo no puedo, yo no debo consentir...

Tristán estaba en sus glorias. ¡Ni aun sabía disimular el júbilo que sentía! ¡Como que él en cuestiones de honor era un águila!

—En fin: ahora mismo voy á buscar á Arístides... ¿no te parece?... Iremos los dos en tu nombre y...

—Arístides se fué—repuso Carvajal—. Salió en el tren de esta mañana. Mira...

—¡Bravo! —exclamó Perico después de leer el billete—. ¿Conque á cerrar los ojos de su caro deudo... el maestrante de Alcalá de los Zegríes?... ¡Habrá guasón! ¿Tú sabes dónde está el mozo á estas horas? Refocilándose con la bella Raquel en la calle de Pulchinela. Casualmente lo supe hace poco... ¡Fíate del señor García del Castañar!

—¿Y por qué miente el muy bellaco?... Dime: ¿por qué maquina esos embustes?

—Por no dejar á su coima... por escurrir el bulto... por no meterse en lances y quedar bien con todos... ¿No ves que ese niño juega con dos barajas?... ¡Pobre de ti! ¿Cuándo te

convencerás de que soy yo el único amigo... el único amigo verdadero que tienes?

Abría César los ojos, pasmado de aquellas cosas, sin acabar de creerlas.

—Pues bien—añadió Tristán—. Buscaremos á Rafael Ariza por cubrir el expediente... Que yo me basto y me sobro para enmendar sinrazones... Hasta luego, pues... Ánimo, querido... Fíate de mí, que yo te pondré en el lugar que cumple á un caballero, á un hombre de honor... Pues ¡no faltaba más!

Salía de la Almanzora el arrogante «padrino», dispuesto, sin duda, por las trazas, á esgrimir el lanzón de don Quijote, á restablecer los fueros de la verdad y la inocencia escarnecidas, cuando entraba Jorge de Acuña trémulo, ruboroso, no de vergüenza, pues ya la había perdido completamente, sino acosado por el temor recóndito de que los golpes y los latines de *La Lucha* desbaratasen la boda, cúmulo y cifra de ilusiones para el gentil mancebo.

Apenas Carvajal vió á su cormano, corrió á su encuentro, le miró con ansia, le preguntó con vivísima impaciencia:

—¡Qué! ¿Leiste ya...? ¿Y Carmen? ¿lo ha visto?... ¿Sabe algo?

—¡Qué ha de saber! La infeliz estos días no sale de su rincón... embelesada con los preparativos de la boda... ¡Ya comprenderás!... Y ella no lee periódicos... Pues ¡si les tiene una tirria!

—Pero alguien puede ir—añadió César con profunda inquietud—y contárselo... Un vecino indiscreto... Una amiga envidiosa... ¡Por Dios, Jorge! Es menester, á todo trance, que no sepa nada, que no sospeche nada... ¡Sería horrible!

—¡Quiá! Pues ¡buen cuidado tengo yo!... Antes de venir monté un verdadero servicio de policía... Todo el Postigo del Rey está de nuestra parte... Y Alfonsa, no te digo... ¡si es un perro de presa!... Además, en mi barrio no hay quien entienda el latín...

—Jorge, no te fíes...

—Mi hermana es una monjita enteramente. Allí se pasa las horas muertas, dale que le das á la aguja, encima del bastidor... Desde que suspendió las lecciones no ha puesto los pies en la calle ni siquiera se asoma á las ventanas del patio... ¿Visitas? Como no sea la señora del principal, que vive también fuera de este siglo... En último término, Carmela no haría caso de nadie. ¡Buen genio tiene para escuchar habladurías! Figúrate que la otra mañana recibió un anónimo... diciéndole mil embustes de ti... Pues ni acabó de leerlo; torció el hociquito, rompió el papelucho y... á la basura con él... Desde entonces, por pura precaución, hablé al cartero, me da á mí las cartas y ejerzo previamente la censura... ¡Me río yo del fiscal!

—Muy bien, Jorgito. Que nada sepa, que nada sospeche de la diatriba ni del duelo...

—Pero, ¿es que vas á batirte?—preguntó Jorge con asombro.

—Pues ¡cómo no? ¿Podría yo sufrir cobardemente un agravio?...

—¡Eso se desprecia! ¡eso se tira á la basura, como hizo mi hermana!

—¿Y lo que escriben de ella? ¡Si eso me duele más que las injurias á mi madre! Sólo por eso le arrancaría la lengua y el corazón al miserable Araujo...

—¿Qué dices? ¡Si no lo ha escrito él!... ¡Sí sabré yo los puntos que calza el director de *La Lucha*!... Araujo, si acaso, habrá puesto los latines... ¡Ni eso siquiera! Porque son latines de más caletre...

—Pero el director de un periódico es responsable de los artículos sin firma.

— Déjate de historias! A *La Lucha* le contestaré yo en *El Centauro* y en dialecto *cañí*... Tú no puedes batirte... Un duelo en estas circunstancias... Podrían matarte... ¡Jesús!... No puede ser!, ¡de ninguna manera!

Y Jorge se ponía frenético al pensar que corriese el menor peligro la preciosa vida de su futuro cuñado.

—¡Antes de casarte! ¡Un duelo en víspera de una boda!... (Si fuera después...) ¡Nada!, ¡imposible! Soy capaz de contárselo todo á Carmencita...

—Y yo sería capaz también—exclamó César en un nuevo arranque varonil de perder para siempre mi felicidad con tal de satisfacer los mandatos de mi honor!... En fin: no hablemos de eso, Jorge, te lo suplico... Ya dí á Tristán mis poderes... A estas horas...

—¡Cómo! repuso Jorge—. ¿Has puesto tu honor en manos de Tristán? ¡María Santísima! Te lo va á devolver lo mismo que un calcetín... ¿No comprendes, cuitado, lo que busca ese *tío*? ¡Que tú le saques las castañas del fuego! ¿No tiene él la culpa de todo? Él te metió en esos trotes...

— ¡Sí! Pero ya es imposible retroceder... Es mi honor, es el honor de Carmen...

Tras una larga disputa, pareció que Jorgito se resignaba á consentir el duelo. Abrazó efusivamente á Carvajal y despidióse de él, no sin prevenirle de esta manera:

—No vayas hoy por allí. Estás muy nervioso, y Carmen sospecharía si te viese... Yo te disculparé... Hasta luego...

Así que el hijo de Currito el Guapo se vió otra vez á solas en la apacible comodidad de su estancia, tornó á sentir una medrosa angustia. Contempló su alterado semblante en las lunas de los espejos, y huyendo de sí mismo se fué al jardín, paseó un rato y quiso tomar una ducha para recobrar las decaídas fuerzas. Pero las sombras de Araujo y de Tristán, los fantasmas del inminente desafío le perseguían por todas partes, como reptiles pavorosos entre las opulencias de la Almanzora.

—Jorge tiene razón—vino á decir—. Esto es absurdo, completamente absurdo... Batirse en vísperas de boda, á las puertas de la felicidad, por un artículo de periódico, por unos garabatos miserables impresos en un papel...

A este punto llegó Perico Tristán, acompañado de Rafael Ariza.

—¡Ea!—exclamó jovialmente el caballero de Vilches—. Ya está el asunto arreglado...

Al oir estas palabras se irguió César con recóndita alegría. Juzgó, sin duda, que un acta decorosa, una explicación leal...

—Araujo se ha puesto al nivel de las circunstancias y acepta todas nuestras condiciones. A pistola, á veinticinco pasos y avanzando, hasta que uno de los dos quede fuera de combate...

César palideció intensamente, como si ya las balas silbasen junto á su cabeza.

—Creo—añadió Tristán—haber interpretado tus honradísimos deseos. La ofensa es irreparable; te han herido lo más

hondo, lo más puro, lo más íntimo de tus sagradas afecciones. La impoluta memoria de tus padres, la buena fama de tu prometida esposa, tu dignidad de caballero, piden á gritos una completa y definitiva satisfacción. Como yo sé cuáles son tus ideas sobre estas cuestiones tan delicadas é ineludibles, no he vacilado un momento; he creído que no podía, que no debía vacilar ni tanto así en vender la vida al precio altísimo de la honra... Yo no podía, yo no debía consentir, llevando la hidalga representación de tu honor ofendido, que los necios escrúpulos de la flaqueza, de la piedad y el sentimiento fuesen parte á dejar inultas afrentas que piden la inmediata, la insustituíble reparación de la sangre...

Dijo así Tristán con elocuencia sublime, alzando la altiva y adornada frente, lleno el espíritu de generoso fuego, tal como si hablasen por su boca los viejos códigos del honor. Rafael Ariza estuvo á punto de aplaudir, igual que en las comedias.

—Ahora, si te parece, almorzaremos—dijo por fin aquel novísimo Suero de Quiñones—. Hay que reparar también los bríos... Rafael y yo nos quedaremos aquí para acompañarte... ¿Quieres?

Asintió Carvajal con una helada mueca, y dirigióse, en medio de sus padrinos, hacia el comedor. Tristán y Ariza, que tenían muy gentiles disposiciones, se regalaron con mucho donaire, mientras el pobre César le pedía luces y alas al claro mosto de las cepas medinenses.

—No bebas tanto, amigo mío—le aconsejó Rafael, no sin fisga—. Es necesario que conserves la firmeza del pulso. La sobriedad es el secreto del valor, y el valor es la garantía del éxito. No olvides nunca estos axiomas.

Merced al ímpetu del vino, César logró entonarse. Llegó á reir y á charlar por los codos, filosofando á los postres, discutiendo con vehemencia sobre la psicología del valor, para mostrar holgadamente que no sentía miedo.

Al cabo de una cumplida sobremesa en la terraza, salieron los tres amigos al parque de la Almanzora. Tristán, modelo de hombres juiciosos, trajo dos pistolas de salón y propuso á Carvajal que se ejercitase en el tiro al blanco. Fuéronse á lo más escondido del bosque, y allí, sobre la corteza de un pino, señaló Tristán los burdos contornos de un muñeco.

—Vamos á ver—dijo después, como si estuviesen ya en el campo del honor —. Coge la pistola, César... Veinticinco pasos... Aquí... Ponte en guardia... Más erguido... más alta la frente... Levanta el brazo ahora...

César obedecía como un bisoño, trémulo de ansiedad, sudando á mares. Perico ejercía sobre él una invencible sugestión.

—Así...—añadió Tristán, echando chispas por los ojos—. A la una, á las dos, á las tres... ¡Fuego!

Sonó un pequeño estampido, y la bala, á diez metros del blanco, se perdió en las copas de los árboles, levantando un tropel de colorines y ruiseñores. Sintió César un vértigo al ver su desdichada puntería... Cargó otra vez la pistola y disparó. A las tres veces logró dar en el tronco.

—¡Bravo!—dijo Tristán—. ¡En el corazón! ¡En el mismísimo corazón!

Según avanzaban las horas, sufría Carvajal una creciente inquietud. Hubiera deseado estar solo, prevenir sus asuntos con tiempo, reflexionar, recogerse en sí mismo, prepararse, en fin, para afrontar aquella tragedia que se le echaba enci-

ma tan de repente. Pero los pérfidos padrinos no le dejaron ni á sol ni á sombra.

Ya muy tarde, se despidieron para volver al punto de cenar. Jorge, que desde afuera los espiaba, aprovechó la coyuntura y se introdujo en el aposento de César.

—No hay novedad—le dijo—. Carmencita no sospecha nada... ¿Cuándo es el lance?

—Mañana al amanecer.

—¿Dónde?

—En la huerta de Martiricos... Pero no hablemos de eso.. Háblame de Carmela... ¿Preguntó por mí? ¿Está triste? Si yo no volviese al Postigo del Rey... Esto es lo único que me hace temblar....

La presencia de Jorge, el recuerdo de Carmen, la melancolía del ocaso que llenaba el aposento de tibias y desmayadas lumbres, desataron de pronto en el corazón del infeliz todo el torrente de ternura, ansiedades y zozobras, mal disimuladas por la negra honrilla en aquel trance supremo.

—¡Hermano mío!—exclamó sin poder resistir la pesadumbre de tantas emociones.—Si no volviese á verla, dila que he muerto con su nombre en los labios... que me perdone... que rece por mí... que no me olvide... ¡Hermano de mi alma!—añadió echándose en los brazos del mancebo.—¡Tienes razón! Esto es una insensatez... pero yo no podía... yo no debía...

En su agudo trastorno sólo acertaba á repetir maquinalmente los bordoncillos de Tristán.

—El duelo es absurdo... Una mujer tan discreta y virtuosa como Carmen, seguramente abomina del duelo... Pero al saber que la injurian y la agravian, ¿no le parecería más ab-

surdo que la dejase indefensa? ¿No sería yo entonces un cobarde? Ya ves que no puedo, que no debo consentir...

Con estas razones y otras por el estilo, intentaba mover su cólera y persuadir á su flaqueza. Mas cuando Jorge se fué; cuando los padrinos se despidieron, después de cenar, y él se quedó solo, enfrente de la noche—acaso la última de su vida—, sintió un entrañable escozor, una invasora inquietud, un ímpetu de miedo que ascendía de lo más profundo de su ser, de las raíces de su carne.

Los rudos episodios de aquella lúgubre jornada se sucedieron de una manera tan brusca, tan de golpe, con tan furiosa rapidez, que el pobre César estaba absorto, rendido, sin noción precisa de la inminente realidad. Lo único cierto y claro para él, en medio de sus obscuras cavilaciones, era que iba á batirse; que unos en apariencia caballeros, celadores implacables del triste honor del amigo, habían concertado su muerte... ¡Su muerte, sí! Lo presentía...

Vencido bajo el peso de la espantosa certidumbre, se dejó caer en una butaca. Los sucesos recientes surgían confusos, pertinaces, agrandados por el terror de la noche, como las sombras de una tragedia. La imaginación, exaltada por la calentura del miedo, veía en todas partes rostros burlones, fauces abiertas, ojos turnios, brazos vellosos, recias figuras de realidad y pesadilla; un tropel de imágenes pavorosas que invadía los aposentos, meneaba los muebles, alzaba los tapices, se asomaba á los espejos y encendía las luces de los altos candelabros. Allí estaban presentes, en fantástica ronda, Tristán, fiero, membrudo, como la estampa de Lucifer, con unos cuernos agresivos y un rabo de dos varas; *Mercy* en paños menores, desmelenada y bravía, echando sapos y cule-

bras por la ardiente boca; Polo Silva, enjuto, cetrino, chiquitín, haciendo muecas lo mismo que un orangután; la Gelmírez, con el vientre enorme, la cara llena de adobos y los «impertinentes» en la nariz; Diego Araujo, semejante á Napoleón, arrastrando un sable por el suelo y amenazando á César con el cañón de una pistola; don Adolfo López de la Rúa, en guisa de Mefistófeles, vestido de rojo y acariciándose la barbita con la palma de la mano... ¿Qué más? ¡Si hasta veía César al tío de Aristides, el fabuloso maestrante de Alcalá, en un lujoso féretro, de cuerpo presente, con el rostro lívido y las charreteras doradas!

Amedrentado el mozo quiso huir de aquellos espectros; pero la sombra de *Mercy* le persiguió por las estancias de la Almanzora, gritando como una arpía:

—¡No te verás libre de mí!... ¡Buena es la hija de mi madre para sufrir ancas ajenas! ¡Yo evitaré tu boda por todos los medios posibles!... ¿Qué te figuras, mequetrefe?

Una luz se encendió de súbito en el alma de Carvajal. Recordó las amenazas de *Mercy*, la actitud hostil de los parásitos, las negociaciones de la Gelmírez, los primeros ataques de *El Látigo* y *La Lucha;* vióse en el centro de un infame complot y á la merced de enemigos terribles, declarados ó encubiertos; conoció el triste fruto de sus complacencias con Tristán, de los devaneos con su mujer, de las alegres zambras con la funesta camarilla. ¡Entre todos le habían comprometido, le habían sonsacado, y ahora le llevaban á la muerte!

Iba á morir, caído en el cieno de aquellas luchas grotescas, ruines codicias y pasiones abominables; iba á morir, por el delito de ser débil, pródigo, simple y bonachón, devorado por los celos de una buscona, por la venganza fría de un

rufián, por el despecho de un ridículo mandarín, por la furia de unos gaceteros insolentes y espadachines, que se jugaban la vida al brinco de una onza de oro... ¡Y á esto llaman ir al campo del honor! ¿Qué cosa es el honor tan frágil, tan mísera y embustera, que está á merced de un escritorzuelo venal, de una impura meretriz, de un vil marido mercader de su honra?

—¡Bien claro lo veo todo!—pensaba con ira—. López de la Rúa, para destruir á su rival, dirige los tiros contra mí, contra el «caballo blanco»... Y Tristán, movido por su mujer, aprovecha la ocasión y me lleva á matar ó á morir...

Tembló de espanto y de rencor. Sintió un loco deseo de salir por las calles, á grito herido, pregonando estas vilezas, pidiendo justicia, abominando del honor, maldiciendo los crímenes de aquella turba de fariseos y sayones, y decir á la faz del mundo que no se batía, que no quería batirse, que se negaba á ser la víctima propiciatoria de semejantes infamias.

—Pero ¿no tengo yo la culpa de todo?—repuso mentalmente—. ¿No me arrojé yo mismo á las fieras?... Bien castigado estoy por mi necedad... Ya no puedo retroceder... Me han llenado el rostro de injurias... ¡Han ofendido á Carmen!...

El recuerdo de su novia, la imaginación de la afrenta, volvieron á turbarle el juicio, á desviar sus reflexiones y sus cóleras, á imponerle, como una obsesión, la muletilla de Tristán: «Yo no puedo, yo no debo consentir...» Ardió en ideas de venganza y trajo otra vez delante de los ojos el artículo de *La Lucha:* «Érase que se era, y va de cuento, un salteador andaluz...»

Aquellas frases crudas, mordientes, que se metían como

hierros viles en la piel de César, fueron látigos de su carne y espuelas de su voluntad. Hizo pedazos el periódico, lloró de rabia y dijo:

—Tristán tiene razón... Después de leer estas cosas es preciso matar ó morir...

Resuelto, impaciente, fué á su despacho; se puso á escribir con vertiginosa rapidez; emborronó muchos pliegos; otorgó un testamento ológrafo, donde legaba sus bienes á los hermanos Acuña; dirigió una larga epístola á Carmen, y llamó por último al mayordomo:

—Escucha, Will... Salgo mañana al amanecer... Si á las doce no he vuelto, lleva estas cartas á su destino... Y abre esta otra que dejo para ti...

Como aliviado de un peso enorme salió César al parque, todo lleno de luna á la sazón, empapado de relente, dormido en apacible silencio. Era ya cerca de la media noche; ante la calma y la hermosura del cielo y de la tierra, experimentó el pobre mozo un desfallecimiento agudísimo, una ternura infantil; sintió ganas de llorar... de rezar... ¡él, que no había rezado nunca! Próximas ya las Navidades, sonaba á lo lejos, entre el hervor de la ciudad despierta, el eco bullicioso de las rondas, de los alegres villancicos. El reloj de la basílica medinense dejó caer, á poco, doce robustas campanadas. La fina centella de un cohete fulguró en el aire, dió un breve estampido y dibujó, sobre el azul del mar, una rosa de encarnados pétalos. Allá, en el seno de los montes, repercutió el agudo silbo del tren...

De pronto, unas sombras oscilaron en el jardín; se oyó la voz de Tristán.

Creyó César que soñaba, que volvía á ver visiones.

—¿Quién es? ¿qué sucede?—gritó con fuerza para espantar los fantasmas.

—Soy yo—dijo Tristán, apareciendo en un claro de luna—. Sucede que Jorge ha dado parte á la policía... Impedirán el lance, nos detendrán á todos, nos llevarán al despacho del gobernador, nos pondremos en ridículo...

—¡Caray!—exclamó César con una inconsciente alegría—. ¡Vaya un chasco!

—Pero yo soy hombre previsor—repuso Tristán—. En vez de salir al amanecer nos vamos ahora... Ya están los «otros» advertidos... Iremos por el atajo de Onil, pasaremos el resto de la noche en el lagar del Duende y al amanecer se verificará el encuentro en el bosque... Ni una palabra más... No hay tiempo que perder... ¡Vámonos!

—Pero...—arguyó César balbuciente—yo no puedo marchar todavía... Tengo que disponerlo todo...

—¡Imposible! ¿No ves que van á venir?

Insistió César con ansia.

—¡Rayos y truenos!—rugió más bien que dijo el de Vilches—. ¡Desventurado! ¿En tan poco estimas tu honor? Pues ¡acuérdate de tu madre, escarnecida en el sepulcro por ese malandrín! Ya que no un caballero... ¡sé á lo menos un hombre!

Sacudido César por el latigazo de estas palabras, pensó esgrimir su cólera y abofetear el rostro del sayón; pero tuvo miedo, un miedo cerval, un miedo insuperable.

Sintióse desfallecer bajo el ímpetu de aquella fiera; vió de repente una vellosa zarpa, unos belfos contraídos, unos ojos que relucían en la noche como dos carbunclos... Quiso entonces huir y se le doblaron las piernas; quiso gritar y se le pegó

la lengua á la boca, se le nublaron las pupilas y cayó inerme en los brazos del monstruo.

Cuando el pobre César recobró el sentido se halló en el fondo de un automóvil y á muchas leguas de distancia; vió delante de sí una cara rechoncha y bermeja, unos bigotazos muy tiesos, unos ojos redondos que le miraban fijamente.

—Es Brander, el doctor alemán...—oyó decir á guisa de presentación.

Brander era un tudesco agitanado y parlanchín, doctor insigne por las Universidades de Gotinga y del Perchel, antiguo cirujano castrense y novísimo belitre andaluz. Como venía henchido de cerveza, no paraba de hablar en todo el camino, con infantil chapurreo, contando cuentos verdes y chuscadas de allende el Rhin.

—Mis dos *afisiones*—decía—son la música *geligiosa* y el cante flamenco; mis clásicos, Palestrina, Juan Breva y la *Niña de los Peines*.

Tristán y Ariza glosaban los chistes de Brander y reían á carcajadas, muy regocijados, como si en vez de ir á un duelo fuesen de montería ó de zahora.

César, en cambio, había perdido la clara noción de la realidad; iba á la manera de un sonámbulo, con los ojos muy abiertos, maquinalmente, sin conciencia de sí mismo. Presa de helado estupor, miraba al través de los cristales del coche la fuga velocísima de los paisajes soñolientos: campos lívidos al palor de la luna, riscos ingentes, árboles convulsos, hoces angostas, caseríos montaraces, tajos y breñas, montes y cielos, aguas y nubes, sombras fantásticas que huían con galope siniestro y desaforado, como si toda la tierra girase en una rotación vertiginosa bajo las llantas del automóvil.

El cual paró bruscamente junto á las tapias de un cortijo que blanqueaban á la luz de la luna. Se oyó un silbido penetrante, unos fuertes ladridos, el sonoro retumbo del mar. Bajó César del coche, anduvo unos pasos, conducido por Rafael Ariza; entró en un hosco zaguán, vió allí un farol, unos escabeles, unos hombrones de recias cataduras, un perrazo bermejo; siguió á fuerza de traspiés por obscuros tránsitos y dió al fin con los molidos huesos en un catre. Acomodóse como pudo sobre la sórdida yacija, exhaló un triste suspiro y cayó en un sueño profundo, letárgico, semejante al sueño de la muerte.

Apenas había la rutilante aurora esclarecido el mar con sus doradas lumbres, cuando en un claro de la selva, no lejos de la playa, aparecióse el grupo trágico del duelo. Saludaban las avecicas en sus nidos la anunciación del astro rey; entonaba el campo una dulce sinfonía, con las hojas de los árbol les, el desperezo del mar y la graciosa bulla de una fuente que en las florestas serpeaba, mientras unos hombres, dejados sin duda de la mano de Dios, profanaban el hermoso teatro de la vida con sed de sangre y homicidas cóleras. Allí estaban Diego Araujo, finchado y trémulo; sus padrinos, Manolo Agüera, que lucía en el ojal la insignia del Club de Regatas, y Polo Silva, reconciliado con su «gallina de los huevos de oro», tras el *casus belli* de la Almanzora; César, más muerto que vivo, desencajado, inerte; el doctor alemán, con los bigotes muy tiesos y la nariz muy colorada; Tristán, bizarro, altivo, runflón, más orgulloso que el Cid frente á los muros de Valencia; Rafael Ariza, de mal talante, porque tuvo que despedirse tan á deshora de una Maritornes del cortijo, con quien se estaba solazando...

Hora es ya de decir, para que la verdad quede en su punto, que el famoso artículo de *La Lucha, O tempora, o mores!*, no le debía nada, ni siquiera los latines, al campanudo director del periódico. Fuera de combate Magallón, después de la solfa; dudoso Tristán por el despego de César; ausente el cacique; mustio *El Centauro* por falta de dinero, pareció que aquella guerra civil de *centauros* y *luchadores*, tan cruda y sin cuartel, paraba en tácito armisticio. ¿Cuál no sería el asombro de don Diego al leer una diatriba semejante, no escrita ni autorizada por él, inserta clandestinamente en las columnas de su periódico? Lleno Araujo de majestuosa indignación fuése á la imprenta: interrogó á los redactores; nadie sabía ni jota; buscaron las cuartillas originales y... estaban compuestas á máquina; el regente juró que las tales cuartillas vinieron desde la redacción, y por traer tantos latines no le infundieron la menor sospecha... En resumen: alguna mano criminal y misteriosa había furtivamente colocado entre los corondeles de *La Lucha* aquella bomba Orsini... Estrujábase don Diego la cerrada mollera por descubrir la clave del enigma, cuando llegaron los padrinos de Carvajal. —Un duelo? —Exactamente: nuestro representado exige una completa, una inmediata reparación... —Luego vino Polo Silva. —¡Nada, chico; tienes que batirte! No hay más remedio... Eres responsable de las injurias como director del periódico. No cabe dar explicaciones... Se reirían de ti... perderías el cartel... Nada, nada; yo me entenderé con esos caballeritos... Ya sabes que Tristán me teme y... En efecto, Polo Silva y Tristán, que en cuestiones de negra honrilla eran dos águilas caudales, llevaron el negocio por la tremenda y no sosegaron un punto hasta traer á sus víctimas al

«campo del honor» con una pistola en la diestra y un miedo trágico en el alma.

Fué el trance breve, angustioso, brutal. Medido el terreno, hechas las debidas prevenciones, puestos los adversarios frente á frente y á cierta distancia los testigos, reinó en el claro del bosque un gran silencio.

César, que aún se tenía en pie por un milagro, sintió entonces un agudo escalofrío en las raíces de sus entrañas. Algo profundo, misterioso, invisible, estremeció á la par las ramas de los árboles: tal vez el soplo de la brisa, tal vez el aliento de lo sobrenatural...

Oyése de pronto una palmada, una detonación, un grito... Araujo soltó la pistola, se llevó las manos al pecho. Vaciló después como un beodo, cayó de bruces sobre la tierra, la manchó de sangre...

XV

LANCES DE AMOR Y DE MUERTE

Ayer fué víctima el director de *La Lucha* de un lamentable accidente. Examinando una pistola, en compañía de varios amigos, disparóse el arma y le hirió en el pecho. Afortunadamente, la herida no reviste gravedad, como se temió en un principio; el estado del paciente es hoy muy satisfactorio. Con grande regocijo lo consignamos aquí, no sin dar las gracias á las muchas personas de todas las clases sociales que se interesan por la salud de nuestro ilustre director.»

¡Loado sea el cielo que así protege á la inocencia! ¡Bendito el generoso *vade mecum*, merced al cual se convirtió en sainete el desafío! Pues aunque la bala iba derecha al corazón del adversario, todo el ímpetu del plomo se estrelló contra el libruco de memorias que don Diego solía llevar en uno de los bolsillos interiores del chaleco. Los «pensamientos escogidos», los latines *ad usum scholarum*, aquellas virutas de erudición, lustre, corona y prez de los artículos de fondo, vinieron á prestar al periodista chapucero un lindo, feliz y nunca imaginado servicio: el de salvarle la pelleja. Las frases lapidarias de Cicerón, los agudos conceptos de La Bru-

yère, los perfiles de Gracián contuvieron la furia homicida del proyectil y fueron próvidos amuletos á la preciosa existencia del director de *La Lucha*...

Carvajal se veía también á salvo y en el mejor de los mundos posibles. Con los récipes del doctor Brander y unas horas de profundo sueño, reparó las desmayadas fuerzas y salió al día siguiente del brazo de Jorge, ávidos los dos de exhibirse por las calles de Medina. Libre César del riesgo; vencedor en la lid; con el honor más limpio que los chorros del oro, y un cartel de mozo crudo ganado á costa de tantos miedos y sudores, olvidó las fatigas pasadas, fiel á su genio versátil, donde no hacían mella los peligros ni las lecciones prudentes de la realidad.

—Carmen no sabe nada—le decía Jorge, pasando por la Lonja—. Pero es preciso adelantar los sucesos... Mira: he «decomisado» otros dos anónimos... y este ejemplar de *La Lucha* con el *casus belli*... Lo echaron por debajo de la puerta... Si no lo pillo á tiempo... ¿Conoces la letra de la faja?

La letra era de *Mercy;* una letra varonil, angulosa, iracunda, escrita rabiosamente hasta el punto de rasgar el papel.

—Urge la boda, César.

—¡Mañana mismo!

Habían dejado atrás la Lonja cuando se oyó al fondo de la calle el eco de una detonación; después un estrépito singular, voces y gritos, rumor de gentes que huían á galope.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?—preguntó César á un mocito que venía corriendo.

—Pues *ná*... Que hay bronca en el diván de la Castaña...

—¡Vamos á ver!—exclamó César con curiosidad infantil.

—Sí, ¿eh?—repuso Jorge, que aún temblaba por la aza-

rosa vida de su cuñado en cierne—. ¿Aún te pide el cuerpo más tiritos?

Y cogiéndole por un brazo, dobló la esquina y se lo llevó casi en volandas al Postigo del Rey.

Pocas horas más tarde ya sabía *Mercy* que Carvajal apresuraba sus nupcias. *Jurel*, antiguo limpiabotas, convertido en *groom* de César por obra y gracia de Polo Silva, era el correvedile de *Mercy*.

—¿Conque mañana?—dijo con furia la amazona—. Voy ahora mismo á casa de la señorita *Paripé*... Pues ¡no faltaba más! Yo le diré que su novio es mi amante; que estoy dispuesta á deshacer el bodorrio, á dar un escándalo... ¡Buena es la hija de mi madre!... Y si no me escucha... entonces, le arrancaré los perendengues... y luego... ya sabrá mi señor marido lo que tiene que hacer... Él no puede, no debe consentir...

Con firme resolución levantóse *Mercy*, llamó á la doncella, pidió los vestidos para salir á la calle. Pero en tan crítico momento, volvió *Jurel* y trajo una noticia terrible, una noticia capaz de romper súbitamente los arteros propósitos de esta rival de Fredegunda. Así que oyó á *Jurel*, dió *Mercy* un grito, no de dolor, sino de rabia; cayó presa de un soponcio, sobre la alfombra, y allí se quedó sin huelgo, muda, inerte, con los brazos tendidos, como una pantera que al esgrimir la zarpa recibe un tiro mortal.

No era el trance para menos. Aquel clarísimo varón, celoso ciudadano, paladín de las buenas costumbres, juez severo de las honras ajenas, flor y copete de maridos, azote de tiranos y caciques, Pedro Tristán, en fin, yacía en el diván de la Castaña sobre un charco de sangre, con una faca enorme hundida hasta el puño en el corazón.

¿Cómo pudo ocurrir semejante tragedia?

El artículo de *La Lucha*, los episodios del lance, la derrota de Araujo, despertaron la expectación de los medinenses y encendieron de nuevo las pasiones en torno á *luchadores* y *centauros*. Hervía otra vez la Lonja en bravas polémicas y desapacibles disputas, cuando llegó Tristán, aquella mañana, tan negro de humor como de intenciones, y entró en el cafetín del señor Frascuelo con Rafael Ariza y otros tales.

Á este punto salía de su cubil Juanito Magallón, largo de greñas y de tufos, revuelto de hieles y fruncido de morros, tal como quien deja el catre luego de estar en él siete semanas «luchando» en carnes vivas con los retentones de aquella zurra descomunal. Muy embozado en la capa, por no descubrir los chirlos de la piel y de la ropa; con el andar melindroso para disimular la renquera; el chapeo derribado hacia atrás á fin de esconder ciertos chichones; un ojo encendido de rabia y el otro nublo por la furia de un vergajo soez, fué Magallón calle adelante hasta dar con sus molidos huesos en la Lonja. Como aún no había tomado el desayuno y eran las once bien corridas, miró al soslayo, dobló la esquina del Realejo y se metió en la taberna de la Castaña.

Mató allí el hambre y la sed, bebió unas copas de anís á la salud de López de la Rúa (el cual le daba treinta duros al mes á cuenta de libelos y palizas), y vino á zambullirse en los hondones del café para probar fortuna en la chirlata. Mas, como el infeliz tenía tan negra sombra, perdió cinco duros de un voleo, salió votando de la timba, y, para colmo de males, al cruzar un patio desierto, frontero del café y de la taberna, topó de manos á boca con Tristán.

Apenas vió el tagarote á su enemigo, le echó el quién

vive, le cortó los pasos, tiró el chapeo y la pañosa, puso la diestra en el cuadril y dijo, con salvaje gozo:

—¡Y que no tenía yo ganitas de pillarte á solas, cara á cara, como los hombres! De ésta no te salva ni la *lumia* que te parió...

—¡Charrán!—bramó el de Vilches—. Me sobran agallas para cien guapos como tú.

Reñían á la chulesca, igual que dos rufos del callejón de la Tizne, pecho á pecho, tuteándose con la terrible familiaridad del odio.

—Pues vamos á ver ahora quién corta aquí el bacalao...

—¡Más vivo!

Alzó Tristán la vellosa diestra y descargó un sonoro bofetón de los de mano airada y brazo fuerte.

Rodó Juanito por el suelo, mas levantóse al punto, echando espumas y venablos; hurgóse la cintura y esgrimió una «lengua de vaca», de esas de virola y golpete que hacen risas al abrirse para meter en un puño el corazón más bravo.

Pero Tristán, al verla, se puso fuera de alcance; sacó un revólver y amenazó al baratero.

—Si das un paso más, te abraso los hígados... ¡Suelta la faca, granuja!

Vióse Magallón entre el revólver y la pared. Vaciló un instante. Luego, con voz ronca y salvaje actitud, repuso:

—Tira, si eres capaz... Y apunta bien, porque si no aciertas, te clavo la faca en el corazón.

Esta actitud, bárbara y heroica, desconcertó á Tristán. Sintió un miedo espantoso de aquel hombre, despreciador de la vida, que desafiaba á la muerte con tan terrible majeza. Vióle allí, á pocos pasos, resuelto á morir ó á matar, dan-

do quiebros, agachadillas y corcovos, hurtándose á la boca del revólver y cortando el aire con el tajante acero. Poseído Tristán de un pánico indecible, apretó el revólver en la convulsa diestra y, sin saber lo que hacía, disparó...

No hizo blanco... quiso entonces huir... pero el ágil matasiete, que ya contaba con el pavor de su enemigo, dió un salto de tigre, se echó de súbito encima y hundió la faca hasta el mango en el pecho de Tristán...

Sucedió todo ello en un abrir y cerrar de ojos.

Los parroquianos del cafetín, que oyeron sonar un tiro y vieron aparecer á Magallón sin capa y sin chapeo, con las manos llenas de sangre y huyendo, como alma que lleva Lucifer, se alzaron despavoridos. Saltó del mostrador el señor Frascuelo, vino la *señá* Angustias dando voces, tiró su maletín Maese Raimundo, salió Roquito detrás de Magallón, por la Lonja arriba, y todos los marchantes huyeron también... sin pagar, derribando mesas, rompiendo copas y saltando por las ventanas. Al pimpollo de la señá Angustias, que estaba en su *camerino* cantando el *Vorrei morire*, se le quebró la voz, como la cuerda de un arpa, y la perdió para siempre, á consecuencia del susto.

Poco después, al venir el Juzgado y registrar el cadáver de Tristán, se halló en su cartera, entre otros papeles no menos curiosos, el original del artículo *O tempora, o mores!*, escrito de puño y letra de Polo Silva, con notas y añadiduras de *Mercy*.

Al día siguiente, muy de mañana, se celebró la boda de Carmen y César en la capilla de la Victoria. Todavía, en vísperas del suceso, tornó á dudar la de Acuña; volvió á sentir no pocos escrúpulos y secretas incertidumbres. Quiso que el

padre Borja la oyese de nuevo en confesión; pero el activo apóstol estaba fuera de Medina, acompañando á un reo de muerte. Secuestrada la joven por sus celosos familiares, con la astuta complicidad de todo el Postigo del Rey; llena de obscuros presentimientos, cerró al cabo los ojos y marchó al sacrificio, con una helada sonrisa en el semblante.

Fué la boda sencilla, burguesa, algo triste, sin ningún boato. Sólo asistieron á las nupcias Jorge y Alfonsa, que eran los padrinos, y unos cuantos devotos de Carmela, fieles aún á la memoria de su padre, el caballero don Gaspar de Acuña. Al salir de la iglesia, posó la breve comitiva en la Almanzora; luego, Carmen y su marido, que, por muchas razones, tenían prisa de emprender un largo viaje, se dirigieron á la estación del ferrocarril. En la Alameda el coche de los novios se cruzó con el entierro de Tristán...

Hallábase don Diego Araujo, á la sazón, en la cama, tomando un sopicaldo y una copita de Jerez. Todo le sonreía al director de *La Lucha:* la fiebre había remitido; la herida presentaba buen cariz; la negra sombra de *El Centauro* se desvanecía para siempre; Polo Silva, huyendo de la quema, se fugó á Barcelona; don Adolfo, desde la corte, se declaraba satisfecho; las aguas turbias volvían al fin á sus antiguos y sosegados cauces; la paz reinaba en Varsovia y en Medina del Mar...

Manolo Agüera, que, con otros fieles luchadores, vino á ver á don Diego, relató la tragedia de la Castaña, sin olvidar ni uno solo de sus dramáticos perfiles:

—Así que llegó el juez y trajeron á Magallón... ¿saben ustedes?... atado codo con codo, delante del cadáver... Bueno, pues... ¡aquella escena ponía los cabellos de punta! ¿ver-

dad?... Estaba el cadáver en posición decúbito supino... sobre un mar de sangre... con los brazos en cruz... y la faca hundida en el corazón... Bueno, pues... ¡si tendría duro el corazón que el hierro se melló al traspasarlo!... ¡Exactamente: lo sé de buena tinta!... Pues ¿y la cara? No parecía el rostro de un hombre... Los ojos muy abiertos, la boca de par en par, enseñando los dientes... en un rictus de póstumo furor... Bueno, pues...

—*Sicut vita, finis ita!*—exclamó, sentenciosamente, don Diego. Y apuró de un trago la copa de Jerez.

Tal fué el responso de Tristán.

XVI

PADRE NUESTRO

Mintió como un bellaco quien dijo que en el montuno arrabal de las Palmas, en el riñón de la germanía medinense, no osaba aventurarse ningún cristiano (á no ser el «fiero almoravide» y otros de su calaña) al cerrar la noche y ampararse en las tinieblas la horda picaril de aquellos cotarros y burdeles. Bien á deshora andaba por allí, si alguien lo había menester, un ángel de Dios para quien eran familiares (paradoja sublime) las más hurañas zahurdas de los hampones, facinerosos, rabizas, fulleros y birladores de Medina del Mar.

Dos estrellas guiaban al padre Borja—que él era aquel bendito de Dios—por estos golfos y yermos de la jacarandina, del vicio y del crimen: la caridad y el arte. Sin más cota ni escudo que la sotana; sin otros aceros que su encendido amor y una pequeña cruz que llevaba dentro de los hábitos, íbase al haza del Churumbel, á los chamizos de la Tizne ó al cañuelo de Zurradores, ya para ver los restos de la moruna Alcazabilla ó socorrer á un moribundo, descubrir un patio mudéjar ó rescatar un corderuelo cautivo en el redil de Sa-

tanás. Como otros muchos apóstoles de la edad pasada, que solían hacer muy buenas migas con los pícaros para traerlos á conversión, entraba el padre Borja en las madrigueras de los tunos, en sus cubiles y lupanares, derramando lágrimas, misericordias y oraciones, mano á mano con la gentuza más soez.

—Una *miajita* de paciencia—les decía en su propia garla—, que ya me voy... Ven aquí, *Joyosa;* te daré unos *chavicos* para los *chorreles;* hoy no tengo más... ¿Dónde vive *Malayerba?*... Sé que está en las últimas y quiero asistirle... ¿Qué decís? ¿Que no quiere ni el *Santolio?*... Peor que *Malayerba* era el *Farote*, y acabó por confesarse... Pues ¿y *Cintaverde?*... Los dos murieron por mano del verdugo..., y hoy están gozando de Dios... Yo les tuve en mis brazos y recibí en mi boca el postrer aliento de las suyas... Todavía he de ver á la *Perico* muriendo santamente... No te rías, chaval; que tú has de concluir cantando misa... Vaya, hijos míos, hasta luego; que el *Malayerba* se nos va por la posta... Rezad conmigo un Avemaría por su salvación: Dios te salve, María, llena eres de gracia...

No era caso peregrino ver en el barrio de la espuma medinense escenas semejantes. Allí donde el hurto, el secuestro, la prostitución, el contrabando, los delitos contra la propiedad, la vida y la honra, tenían sus aulas y academias, un siervo del Señor, sin más arnés que su entrañable caridad, penetraba sin escrúpulos, obrando maravillas en la conciencia de los más duros facinerosos.

Alma de santo y corazón de artista, lo mismo entraba por los zaguanes de los próceres que en los tugurios de la plebe; igual señorío tenía con los varones doctos y principales que

entre los rufos y virotes de la chusma, dijes de la «trena» y racimos de la horca; le eran tan dulces y tan sabrosos los museos, las bibliotecas apacibles como los hospitales y los presidios, pues allá iba siempre, con derretidas ternuras, dondequiera que hubiese almas que redimir, hermosuras que descubrir, obras audaces que acometer, altas empresas que rematar. Luego de cumplir intrépidas misiones, de pueblo en pueblo, de lugar en lugar, por toda España, tornaba á su bendita Andalucía, el amor de sus amores humanos, pues el padre Borja, á fuer de medinense y de poeta, sentía una gran afición por su tierra natal, la más noble, la más alegre y generosa del mundo, la que por tantas razones mereció que la llamasen tierra de María Santísima...

No hubo dolor, miseria, pecado, riesgo, crimen ni angustia que detuviesen al hijo de Loyola; antes procuraba buscarlos como el más exquisito manjar y traerlos y encadenarlos al pie de la Cruz. Ni los gritos y calumnias con que en algunas partes le persiguieron; ni las piedras, los garrotes y las facas traicioneras con que otras veces le ensangrentaron; ni las enfermedades contagiosas, ni los peligros de todo jaez le detuvieron nunca, pues consideraba envidiable suerte morir en trances de caridad. Era tanta la fuerza de su espíritu, que, al celebrar la misa, solía quedarse extático, suspendido sobre el suelo, arrasados de lágrimas los ojos, toda la cara encendida y reluciente como un sol; y, al predicar, le brotaban del rostro unos resplandores y unas palabras tan elocuentes de la boca y unos acentos tan divinos de la garganta, que á las peñas hiciera llorar cuando no á los duros semblantes de los hombres. Quitábase el sueño y el descanso por redoblar su heroico celo; iba con los vagabundos á sus

cuevas, con los mendigos á sus ranchos, con los enfermos á las clínicas, con los pobres á los hospicios, con los presos á las cárceles, con los reos de muerte hasta el tablado de la horca, y allí se abrazaba al pecho tembloroso del mísero delincuente, llorando de amor y de lástima, compartiendo su agonía, participando de las ansias y terrores del patíbulo, hasta caer exánime sobre el inmóvil cuerpo del ajusticiado...

Tal era el padre Borja, el nuevo Apóstol de Andalucía, el que venció con unas pocas frases empapadas de llanto á los dos más perdidos criminales de estas tierras: el *Farote* y *Cintaverde*... ¿Cómo extrañar, pues, que anduviese con tanta libertad por los recuestos de las Palmas y prendiese en el corazón de aquella tribu sín ley la enamorada flecha de un Avemaría?

Caminando una tarde á la ventura por tan difíciles vericuetos, entróse como distraído en la torre mudéjar donde Juan de Tarfe tenía su cubil. Estaba el «fiero almoravide» en la situación más rigurosa que cabe imaginar: enfermo, inerte sobre la mugre de su yacija, casi desnudo entre borras y andrajos; recociéndose á fuego lento en sus biliosos humores y en el sudor de unas calenturas capaces de agotar los bríos del más duro y correoso bereber.

Para colmo de males, *Sereni*, la alegre gitanilla, la de los negros ojos y las merinas crenchas, harta ya de los humos de su áspero dueño, le abandonó una noche y se fué «al moro» en compañía de la guitarra, de quince duros y de un galeote ceutí, recién salido del Hacho.

Esta crudelísima defección, la soledad, la fiebre, el hambre, la roña y la tristeza, concluyeron por abatir el cuerpo y el espíritu de Tarfe. Más parecía un ánima del otro mundo

que persona viviente: el rostro amarillo y flaco, en los puros huesos; las revueltas crines, las ociosas barbas, los ojos insomnes, el pecho hirsuto, las secas y vellosas piernas que entre los harapos del catre se le veían, dieran un susto al miedo, á la par de las sombras, los muebles, los chafarotes y las pinturas de tan extravagante habitación.

Allí hubieran dado fin el juicio ó la vida del pintor de la Castaña sin la ternura del padre Borja y la caridad con que algunos discípulos de Apeles, y aun de Monipodio, socorrían al huésped de la torre.

Pero nadie como el solícito siervo de Dios supo atender al enfermo y envolverle en amorosas palabras. ¡Con qué dulzura y diligencia le tomó en sus blandas manos, le mudó las ropas, le limpió el desván y le trajo por último alimentos y medicinas! Tarfe se dejaba mover y cuidar, gimiendo como un niño; mas apenas reparó un poco los ánimos y pudo menear la lengua, se revolvió iracundo contra su manso bienhechor.

—¿Quién eres tú?—le dijo . ¿Quién eres tú, que así vienes adonde no te llaman?... ¡Déjame en paz! ¡Quiero morirme!

—¿Por qué?—preguntó el padre Borja con suavísima voz—. Yo soy un hombre como tú..., soy un hermano tuyo, que viene á darte compañía y consuelo... ¿Qué tienes? ¿Por qué deseas morir?... Cuéntame tus penas..., desahoga tus males... ¡Dios te manda que vivas! ¿No crees en Dios?

—¡En nada creo!—repuso Tarfe con desgarradora amargura—. Veinte años ha... yo creía en todo... Creía en las cosas del corazón y en los milagros de la fe... Creía en la hermosura de la vida, en la lealtad de los hombres, en la virtud

de las mujeres... ¡Mentira!, ¡mentira! Todo es mentira en el mundo... ¡Una mentira abominable!... No hay más verdad que la muerte... ¡Quiero morirme!

Hablaba lo mismo que un orate, movía con furia los descarnados brazos, repitiendo, como en un delirio, las lúgubres palabras: ¡Quiero morirme!, ¡quiero morirme!

—No digas tal...—interrumpió el padre Borja—. La vida es acre y amarga como la tuera..., tienes razón... La vida es hiel y vinagre para los que han hambre y sed de felicidad... Pero hay algo en la vida muy noble, muy hermoso, muy verdadero, que torna este valle de lágrimas en cumbre de alegría y de luz... ¡Es el amor!... ¿No amaste nunca?

—¡El amor! Esa es mi llaga y mi cruz... Yo amé con fuerza, con locura, con demasiada fe... ¡Sí; también creía en el amor, en la felicidad, en la gloria!... Ya no creo en nada... no espero nada... sino la muerte; la muerte que sacia todas las hambres y enfría todos los ardores y pudre el corazón y llena la boca de tierra y de gusanos... Me duele la vida... me duelen los pensamientos... me duelen todas las sensaciones... Quiero desfallecer, quiero dormir... ¡No puedo más! Quiero disolverme, quiero morirme...

—Pero, ¿y tu alma?—gritó con súbita energía el apóstol—. ¡Hermano mío, escúchame por Dios! ¿Y tu alma? ¡Tu alma!... ¡Ten caridad... ten caridad de ti mismo!... No conozco tus males... no sé de tus dolores...; mas por fuertes que sean, yo aspiro á consolarlos, yo quiero redimirlos... Te hablo en nombre del Amor, no del amor humano que punge y muerde con tristeza, con rabiosos celos, con implacables angustias; no en nombre de los pasiones que á la par nos arrican y nos abrasan, nos embrutecen y deshonran... sino del otro

amor, del verdadero Amor; de aquel que es eterna fidelidad y alegría del ánimo, de aquel que nunca miente, que nunca nos engaña, que no está mezclado de tribulación ni congoja, que no enturbia ni desabre el espíritu, sino le ensancha, le enriquece, le deleita y clarifica... ¡Si tú sintieras como yo la embriaguez de este divino mosto, la santa enfermedad, la sublime locura de este amor de amores! ¡Qué feliz serías! ¡Con qué ansia bebieras el vinagre y la hiel, como quien bebe un dulce y regaladísimo licor! ¡Con qué vehemencia abrazarías las mayores injurias del mundo y cebarías con ellas tu apetito hasta que el alma reventase de gozo, quebrando el vaso del cuerpo, este vaso de tierra y de podre!... ¿Qué importa el dolor? ¿Qué vale la vida? ¿Qué son, al fin, sino imágenes de un sueño, vanas especies que huyen como sombra y humo?... Un corto tránsito, una breve jornada, una noche en vela, y después... la eternidad, la silenciosa y pavorosa eternidad... la noche, desgarrándose de pronto en jirones de foscas tinieblas, para mostrar, como á la luz de un relámpago, las encendidas fraguas de los cielos... Allí las fuentes inextinguibles de la vida, la verdad inmutable y resplandeciente, la belleza absoluta, el amor para siempre satisfecho; allí las almas, inmaculadas palomas, saciando al fin sus ardentísimos afectos en los brazos del Esposo, bebiendo, con celestial embriaguez, la dulcísima sangre del divino Corazón... Y abajo, la horrible sima, el espantoso averno, el barranco maldito donde eternamente se llora la culpa de no amar...; el tenebroso tajo donde á un tiempo se padece la entrañable pesadumbre del Mal realizado y la insufrible ausencia del Bien ofendido, la sempiterna compañía del Dolor y la memoria inmanente de la perdida Felicidad... Allí el

buitre del Deseo, hincando sus garras feroces en las entrañas abiertas del espíritu; allí la Lujuria, en carne viva, retorciéndose con rabiosas convulsiones; allí la Sed, la sed urente de los réprobos, socarrando las vivas fauces del alma...

Decía así el padre Borja, con elocuencia terrible. Su rostro, marchito por la vejez, resplandecía ahora en toda la fuerza y lumbre de la más fogosa juventud; sus ojos brillaban con un divino furor; sus manos, trémulas y ardientes, se elevaban al cielo, aleteando como dos espíritus; todo su cuerpo, enjuto, pequeño, senil, vibraba, temblaba, se engrandecía, se dejaba llevar por la emoción, semejante á un batel arrebatado por el empuje de un vendaval.

—¡Hermano mío! ¡Ten piedad de tu alma!... Yo no sé tus desventuras, no conozco tus dolores... ¡Dímelos! Quiero saberlos, hijo mío; quiero verlos aquí... para robártelos, para metérmelos en el corazón. . Tengo hambre de tus penas... tengo sed de tu felicidad... Yo daré mi sangre por tu alma si es preciso... ¡Pégame si quieres, maltrátame, sacia en mi rostro tus iras, venga en mi carne pecadora todas las infamias del mundo, todas las afrentas que hayas padecido injustamente... pero no te olvides de tu alma! ¡Ten caridad de tu alma!... Yo te amo con un puro cariño fraternal, como si hubiésemos nacido del mismo vientre... Yo te amo por Dios, porque Dios me manda que te quiera, que te busque y te salve... ¡Yo te salvaré, aunque para ello tenga que arrancarme el corazón de cuajo! ¡Mi vida, mi vida entera á cambio de tu alma!

Bajo los trépidos borbollones de este hervoroso frenesí, Juan de Tarfe sollozaba convulso, en un rapto de emoción y de piedad. Despertábase en él todo lo que había de tierno,

misterioso y dolorido en su brusca y sensible naturaleza.

—¿Quién es usted?—dijo al fin, lleno de gratitud y respeto .Yo soy un loco, un pobre loco... Y usted... ¡usted es un santo! Nadie me habló jamás con tan dulce misericordia... Los hombres fueron verdugos para mí...; las mujeres vampiros..., peores que vampiros... ¡Entre todos me han hecho aborrecer la vida y desear la muerte!... Y, sin embargo, aún brota la ternura á raudales de este pecho más duro que la roca... Ya ve usted que todavía puedo llorar...

—¡Llora, hijo mío! - repuso el apóstol, abrazando con ímpetu al enfermo -.Todo aquel que llora, postula á Dios involuntariamente; se irgue sobre la miseria del mundo con ansias de amor y caridad... Cuando los hombres lloran, se asoman los ángeles á las ventanas del cielo. En el fondo de toda angustia viril, no hay sino sed de vida, hambre y sed de las infinitas cosas que se desean y no se alcanzan..., tristeza y apetito de Dios... Pero los hombres sabemos muy poco de nosotros mismos; nos juzgamos peores de lo que somos... No hay alma sorda á la voz de la ternura; yo he tenido en mis manos á los reos más feroces; les he tocado el corazón..., y lloraban, lloraban como tú; lloraban como niños... Mientras los hombres sepan llorar, el agua viva del Amor fecundará la tierra... ¡Bienaventurados los que lloran!

Las palabras del vehemente serafín se clavaron como dardos en la imaginación calenturienta del artista. Aquella noche, cuando el padre Borja se fué, cayó Tarfe en un profundo sueño; y así que cerró los ojos, empezó á hervir su mente caldeada en el recio torbellino de mil figuras y especies maravillosas. Vino á soñar que se moría, que unos dedos muy suaves, como de monja, cerraban sus párpados, amortajaban

su cuerpo y le ponían blandamente en humilde ataúd, entre cuatro cirios... Oyó un runrún de plegarias, el roce de unos hábitos, el eco de unos sollozos, y vió su propio cadáver, amarillo como la cera, tieso, hirsuto, glacial, con las manos cruzadas y entre las manos una cruz... Luego sintió sobre su rostro la pesadumbre y la negrura de una tapa que parecía de hierro; pasos y golpes lúgubres, un vaivén singular, el lento crujido de las ruedas de un coche... Después, el sordo retumbo del azadón, el ludir de ásperas sogas, voces groseras, un choque brusco en la espalda, un espantoso estruendo de piedras y terrones que á paletadas caían sobre el ataúd... Al fin los ruidos se amortiguaron; nada más se oyó... Silencio absoluto... Negra y apretada sombra... De repente crujieron las tablas del féretro, se abrió el sepulcro en el espasmo de un terremoto, y surgió Tarfe al haz del camposanto. Como un ánima en pena erró el triste por la umbría llanura sembrada de huesos y de cruces... ¡Qué frío, qué soledad! Era la noche gélida y medrosa; yacía el campo estéril bajo las hurañas tinieblas como un cadáver amortajado en ancho ropón de negrísimo terciopelo... A este punto sonó en los aires la ronca bocina del huracán; se revolvió la atmósfera, relincharon los vientos cual furiosos corceles, se estremecieron las entrañas de la tierra, tembló el firmamento con un tronido fragoroso... Y de los cuatro puntos cardinales brotó un haz de gritos y clamores, un turbión de lamentos y sollozos, un bramido de innúmeras trompetas, un *Dies irae* universal, á cuyo son terrible y divino se movían las tumbas, se desgarraban los mármoles, se alzaban los difuntos y el mundo entero se retorcía de congoja y de pavor. Hallóse Tarfe de pronto sumido en sábanas de agua, en silbosos her-

videros de espumas y vapores, precipitado en abismos ignescentes, lanzado después á lo alto, como el ascua de un cráter, cielo arriba... Flotó después en un inmenso mar, en un vacío sin límites, en un flúido sutil, imponderable, elástico, activísimo, que encendía las raíces del alma y esclarecía sus potencias y le comunicaba cierta maravillosa lucidez; sintió entonces trepidar en el infinito espacio la máquina formidable del universo; vió cruzar por las ondas vibrantes del éter los astros y los mundos como raudas pelotas de fuego, como flamígeros proyectiles, rotando majestuosamente en sus órbitas con un zumbido grave y armonioso... De súbito, se cuajó el éter en una pausa estupenda; pararon los mundos y los soles; se derritieron las cumbres celestiales en crenchas de agua y de luz, y apareció á los ojos atónitos del alma el «inmortal seguro»... ¿Quién podría describir, con lengua ó pincel humanos, aquel vértice de gloria, aquella fuente viva de felicidades y hermosuras que carecen de rostros y representaciones sensibles, pues únicamente el puro espíritu las ve, las goza y las penetra? Sintióse el alma de Tarfe abrasada y encandecida como una mariposa en el fuego; vió enfrente de sí la Imagen altísima y sublime, la hermosa y espantosa Imagen sólo accesible á los ojos de los videntes y de los muertos..., y oyó en los espacios una voz, de tremenda y agudísima ternura, que decía de esta suerte: «¿Por qué me niegas, hijo mío?...» El eco de la voz inefable rodó de cielo en cielo, como un retumbo del mar... ¡Ay de mí!—gimió el reo ante su eterno Juez.—¡Ay de mí!...—Tuvo entonces un súbito conocimiento de su miseria, un desengaño irreparable de sus errores; le crujieron los dientes; sintió un horrible escalofrío en la carne y en el alma, en las visce-

ras y en los tuétanos... Cayó despeñado de las alturas inmortales; cayó de bruces en el vacío, en un vacío tenebroso, en la noche sin aurora... Clamó con angustia suprema, dió un alarido trágico..., abrió los ojos al fin...

—¿Qué tienes?—preguntó el padre Borja, que estaba á la cabecera del lecho—. ¿Soñabas quizá?

—Sí que soñaba—dijo Tarfe, temblando todavía—. ¡Qué horror! Ni aun en la muerte hallé reposo... También allí, debajo de las tumbas, se sufre y se llora; hasta en el negro vientre de la tierra, donde se pudre nuestra carne, nos persiguen el pensamiento y el deseo, los dos verdugos del alma... Todo es abismo, todos son tajos y sombras, y puertas que se abren á la eternidad de la vida, á la implacable infinitud del dolor... También la muerte es una mentira, un lazo que nos arroja de nuevo en las torturas sempiternas del pensar y del sentir. También la muerte tiene nombre y figura de mujer...

—¿Qué dices, hijo mío?—repuso el padre Borja—. Estás delirando...

—No, padre, no... La mujer y la muerte; ¡qué bellas y crueles hermanas! ¡Cómo atraen, cómo fascinan, cómo destruyen y corrompen!... No, padre, no estoy loco... ¡Pluguiera á Dios que lo estuviese! Quizá en perdiendo la memoria, me sentiría feliz, no me acordaría de mis penas... ¡Mis penas! ¿Para qué quiere usted saber mis penas? Son tan vulgares, tan ridículas, tan sañudas é irremediables como casi todas las que afligen á los hombres... por culpa de las mujeres... Verá usted... Cuando yo tenía veinte años...

Tarfe se incorporó en el lecho y sonrió con amarga ironía. El padre Borja, henchido de emoción, le sostuvo delicadamente.

—¡Qué feliz era yo entonces!... Al regresar de Italia eché mis áncoras en Madrid y me puse á trabajar sin descanso, movido por la pasión de la belleza y de la gloria... En esa edad, ¿quién no tiene fe si no es un miserable? Consagrado enteramente á la pintura, produje con fruto, vendí algunos lienzos y presenté en la Exposición del Retiro mi obra maestra juvenil, *Llama de amor viva*, que obtuvo una primera medalla... Comencé á gustar las mieles del éxito, á vivir con cierta holgura, á satisfacer mis ambiciones; mas como estaba solo y mi genio infantil y sansible languidecía en esta soledad, me casé... Me casé por amor, por noble y encendido amor, con una muchacha muy pobre, pero linda, inteligente, y, á mi ciego parecer, angelical... Sentíme dichoso, completamente dichoso, cautivo en los goces de la ternura y el arte. No mucho después conocí al hombre que más había de influir en mi destino para torcerlo y aniquilarlo, para arrancar de mi alma todas las raíces... La vida es un infierno; ¡qué pronto lo supe!... Mas por mucho que aquí se llore y se padezca, debe haber detrás de la muerte un infierno más grande todavía para los hombres como aquél...

Calló Tarfe, hundiendo las miradas en el abismo de sus memorias; se pasó una mano por el rostro, y siguió diciendo con tristísima pesadumbre:

—Era un crítico de arte á quien llamaban «el Maestro»; un escritor agudo, cínico y maldiciente; uno de esos Zoilos desapacibles y envidiosos, cuya autoridad se funda en la paradoja y el sarcasmo. Aquel ente, lleno de bilis, de secretos estigmas, deslumbró mi candidez con el brillo de su facineroso ingenio... ¡Es tan fácil seducir y corromper á un alma joven!... Yo me había educado en los austeros modelos de la

belleza clásica; mis inclinaciones me conducían á la pintura religiosa; yo era un místico. Leía con avidez á San Juan de la Cruz, mi poeta predilecto; me afanaba por reproducir con el pincel las ardentísimas imágenes del santo poeta, los símbolos de la *Llama de amor* y de la *Noche obscura:* al pintar el rostro de la Esposa, con los cabellos esparcidos por «el aire del almena», bajo el «ventalle de los cedros», más que el rostro de una mujer, pinté la llama de un espíritu, de mi propio espíritu... Pero de repente... verá usted, padre... lo diré en pocas palabras, aunque es muy largo de contar...

Hacía el triste un rudo esfuerzo por mantenerse tranquilo al revolver su tragedia. El padre Borja estaba de rodillas, lo mismo que un penitente, al pie del lecho, con las manos de Tarfe entre las suyas. Por el ancho ventanal entraba con fuerza el sol de la mañana.

—Era mi genio entonces dócil y blando como arcilla; me entregué á la amistad, á la sugestión del falso «Maestro». Aquel hombre cobarde, gatuno, torvo y ruin trastornó mis ideas, me llenó de confusiones, me robó los bríos, me cortó las alas. Consumó, dentro de mí, un asesinato moral... Por último, un día terrible, un día maldito, supe con horror que mi esposa, la luz de mi hogar, la inspiración de mi arte, mi vida entera... me engañaba... ¡me engañaba con «el Maestro»! El infame, después de haberme arrebatado la fe, la alegría, la juventud, el ímpetu creador, me hurtaba la felicidad, me despojaba de la honra... Tuve intención de castigar aquella larga serie de crímenes, destruir al monstruo y matar también á mi esposa... ¿Por qué no lo hice? No lo sé á punto fijo; al recibir tan violento desengaño, caí en profunda postración... Mi verdugo, antes de arrancarme las últimas raíces

del alma, me había robado la fuerza... Torné solo á Medina del Mar, desesperado, infamado, vacío, inútil... Mi vida desde entonces ya la conoce usted... Se reduce á unas pocas y tristes palabras: pobreza, abulia, fracaso, degradación... He venido á ser como una ridícula parodia de aquel hombre. ¡También á mí me dicen «el Maestro»!

Rompió á reir el desdichado con fuertes y lúgubres carcajadas. Quiso luego saltar del catre en un ímpetu de histerismo; pero el apóstol le contuvo.

—Me llaman también el «fiero almoravide»... ¡Ja... ja!... ¡E fiero almoravide!... ¿Dónde está tu fiereza, pobre asnillo disfrazado con piel de león?... No saben que soy un infeliz, un idiota, un borracho, un loco... ¡más todavía!... No saben que aún tuve la ruin debilidad de creer en el amor... en la virtud, y poner los ojos en otra mujer... ¡Carmen de Acuña! ¡Cuántas noches he llorado por ti, en esta soledad, royendo con desesperación la cadena, la mordaza, que me impedían gritar: yo te amo! ¡Cuántas veces he caído de hinojos, diciendo tu nombre, para besarlo entrañablemente al resbalar por mi boca. Fuiste el grande y único amor de mi alma: por ti volví á creer en las mujeres, en la hermosura de la vida, en la misericordia de Dios; por ti me juzgué capaz de redimirme, de cobrar las alas y los bríos, de rescatar mi juventud... ¡Carmen de Acuña! Tú me hiciste volver los ojos y los deseos á lo alto, y beber en el agua salobre de las lágrimas el licor exquisito de una nueva felicidad... Pero no... Tú eres como *aquélla...*, eres como todas. Parecéis ángeles del cielo, y sois espíritus infernales, sepulcros blanqueados... Unas se dan por el vicio, otras se venden por el oro... Todas mentís, todas escarnecéis, todas engañáis... Sois las eternas Dalilas del

hombre, las impuras cloacas de su apetito, los sumideros de la sangre y de la fuerza... ¡Con qué júbilo brotan las flores en la tierra donde se pudren vuestros huesos! Por vosotras es mentira el amor, mentira el pudor, la virtud, la fidelidad... Todo es mentira..., todo es mentira en el mundo... ¡Ni siquiera es verdad la muerte!

Concluyó Tarfe estas palabras con un sollozo. Y el padre Borja, así que las oyó, se puso en pie, lleno de ira y majestad, como un arcángel.

—Miente quien diga —pronunció —que esa mujer es como todas... Esa mujer es la más dulce y lastimada criatura de cuantas lloran y padecen bajo el áspero yugo de los hombres... Esa mujer es una santa, una elegida, y ofendes al cielo al ofenderla... Juro ante Dios y pongo en prenda la salvación de mi alma, que no le llevó la codicia al duro sacrificio de su dichosa pobreza, que sólo por caridad tomó la cruz del matrimonio... Esa mujer está llamada á más altos y gloriosos destinos... Si la quisiste algún día, no la afrentes con viles calumnias..., imita su ejemplo, sufre como ella sufre, reza como ella reza y ámala en Dios como amarías á tu madre...

—¿Es cierto?—preguntó el pintor, con voracísima ansiedad—. ¿Usted lo jura?... ¿Usted, que es un santo?... ¡Gracias, gracias, padre mío!... ¡Si usted supiera el bien que me hace!... Pero no es posible... ¡Sí... sí!... ¡Usted lo dice y lo jura!... ¿Verdad que sí?... Pues entonces..., si es cierto..., si Carmen..., si ella... es un ángel, un ángel de Dios... ¡ya puedo vivir..., ahora quiero vivir..., porque puedo creer y amar!... Hay una mujer en el mundo que es una santa .., que sufre, bue reza y llora... ¡Y es Carmen de Acuña!... ¡Quiero rezar,

quiero sufrir, quiero llorar también, quiero vivir!... ¿No es esto la vida: fe, paciencia, amor y lágrimas?

—¡Sí, hijo mío! exclamó el apóstol, abrazando á Tarfe -. ¡Eso es la vida! Lágrimas y amor... ¡Bienaventurado tú, que amaste y padeciste mucho! Los amores y las penas son las ventanas por donde el alma se asoma á la noche del más allá... Hermoso es Cristo en el cielo, pero es más hermoso todavía en el Calvario, sufriendo y muriendo por amor... Levántate, hijo mío, pues tienes la fuerza de la ternura... ¡Mírate en el espejo de tu propio desengaño! No pongas la fe en los hombres, ni en los vientos, ni en los navíos, ni en las mujeres, ni en las ondas... ¿Para qué quieres las alas sino para subir á la cumbre? ¿Por qué prefieres el hilo turbio del arroyo á los raudales del manantial? ¿Por qué servir á señores que nos maltratan y desazonan, que nos fatigan y desabren, que nos niegan y nos repudian, y que, por último, se nos mueren? El hombre fuerte y deseoso tiene por alto destino servir y amar á un eterno Dueño. ¿Qué mayor gloria y orgullo que poner los ojos, no en una criatura, por santa que sea, sino en el mismo y sempiterno Amor?... El deseo es el hambre del alma, y Dios es su manjar; cuando las almas olvidan su divino sustento por comer el pan de la tierra... ¿qué han de sentir sino hambre? ¿Qué han de hacer sino morir de deseo? ¡Juan, hijo mío! Tú eres fuerte y sensible y deseoso... Tú sabes amar y llorar... Dios te quiere, Dios te perdona, Dios te llama...

Decía así el misionero, estrechando el busto sudoroso de Tarfe, sacudiéndole con un divino frenesí.

—¡Oh, qué entrañable piedad me inspiran tus penas! Mira: ya las tengo aquí todas, dentro de mi corazón, dentro de mi

alma... Ya estoy llorándolas y sufriéndolas... Ya te las robé... ya no son tuyas, que son mías... ¿No sientes un alivio muy grande? ¿Verdad que sí?... No hay tuyo ni mío en el dolor ni en el amor... Todo es de todos: las alegrías, las pesadumbres... Somos pedazos de la misma tierra y ángeles caídos del mismo cielo... carne y sangre de dolorosa y amorosa humanidad... ¿No adivinas, no comprendes lo que es amar por el amor de Dios? ¡Suprema embriaguez! Para quien ama así, la vida y la muerte se confunden, el cielo y la tierra se juntan, los seres y las cosas son hermanos, el universo entero desfallece de amor... ¡Dios mío, si el amor es religioso hasta cuando deja de serlo!

Sonó á este punto, en la paz de la mañana, el tañer de una campana, de una campana dulce y argentina. Callóse el padre Borja, hizo la señal de la cruz y se puso de hinojos al pie del ancho ventanal.

Juan de Tarfe, que le miraba con grande reverencia, sintió de pronto un vuelco de emoción; dió un salto en el catre, juntó las manos convulsas y febriles, derramó dos gruesas lágrimas y empezó á decir, con voz opaca y temblorosa:—*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad...*

XVII

LUNA DE HIEL

¡Virgen de las Angustias! ¿Quién me lo había de decir?... No hace seis meses que salió esta reina, este lucero, de la iglesia de la Victoria, lo mismo que sale el sol, cuajadita de azahar como un alba de Mayo; no hace seis meses cabales, y allá se fueron los gustos con las flores... ¡María Santísima! ¿No era preferible vivir en el Postigo del Rey, en aquella pobreza tan limpia y tan honrada? Más vale pan con amor, que perdices con dolor... ¡Si esto es la pura desgracia en carnes vivas! ¿De qué aprovecha comer cabellos de ángeles y dormir en colchones de plumas y beber en vasos de oro, si falta lo principal? Bien dicen: mi padre se llama hogaza, y yo me muero de hambre... ¡Qué desgobierno, qué derroche, qué pena, qué perdición! Aquí todo el mundo tiene puerta franca y mesa redonda y cofres abiertos... ¡Si ésta parece la casa de Lucifer!... ¡Lástima de palacio, de riqueza, de hermosuras y caudales! Margaritas á puercos... Dios le da pañuelo á quien no tiene narices... ¿Qué se puede esperar de un hombre que se pone pulseras como una mujer, y hasta se pinta la cara y se unta las ropas de almizcle y «pachulí»?

¡En cueros vivos se ha de ver el muy pendón, sin que nadie le dé un mal harapo con que taparse las vergüenzas!... En vez de alternar con personas finas y decentes, va buscando lo peorcito de cada casa para traérselo á la suya; en lugar de poner á su esposa en un trono, como ella se merece, la ha de tener arrinconada..., mientras él se va por esos mundos para venir al cabo de los días á desfogar aquí el mal humor y á que le cuiden los alifafes... Luego mucho ¡mi reina! y mucho ¡mi hijita!..., hasta volver á las andadas... Pues ¿y el otro charrán? Mejor mil veces era Caín... ¡Miren el niño bonito y qué pronto aprendió á ser un granuja! Entre los dos bribones me están crucificando á esta mártir... ¿No es para morirse de pena? ¡Vaya un negocio que hemos hecho, santo Dios!

—Cállate, Alfonsa—decía Carmen con tristeza y severidad.

—Que me calle, eso es... Ni siquiera puede una desahogar las pesadumbres... ¡A callar, á sufrir, á morderse las telas del corazón y aguantar esta «refitolera» vida, que es un puro infierno!... Pues ¿no valdría más plantarse de una vez y decir de aquí no paso? ¿Es justo que nos veamos así, por culpa de dos tunantes sin ley ni temor de Dios?... ¡Carmelica de mi alma! Por ti lo siento, por ti lo lloro, por ti, que eres lo único que yo quiero en el mundo. La pobre Alfonsa no quiere nada, no pide nada; ¿qué va á querer este manojico de huesos, que pronto se ha de pudrir en la tierra?... Yo pasaría por todo; pero el verte como te veo me vuelve loca... Bien merecía ese pillo, en lugar de un ángel como tú, una pícara de ésas que le engañara, que le aborreciera... ¡Dios me perdone!, pero es la pura verdad... Y fuí yo, Carmelica de mi

alma, quien te metió en el lazo y te colgó al cuello estas cadenas y te trajo á pasar por estas horcas... ¡Virgen de las Angustias! ¿Por qué no se me helaría la sangre y se me caería la lengua y se me saltarían los ojos antes de cometer tamaña fechoría?... En fin, al paso que vamos, no tardaremos en rematar el negocio..., porque el truhán de tu marido se ha propuesto, según tira la salud y los caudales, irse al mengue y no dejar aquí ni para lutos... Esto es lo que siento; que lo otro... amén Jesús.

En tanto Alfonsa «desahogaba las pesadumbres» con la facilidad que la simple tenía para aliviarlas á fuerza de imprecaciones y plañidos, Carmen sufría en silencio, merced á su heroica resignación. ¡Estaba ya tan hecha á sufrir!

Luna de hiel, que no de miel, fué para ella la de sus bodas. Desde el primer día se puso al descubierto el abismo que separaba á los cónyuges: Carmen era una mujer á la española, fuerte, sencilla, austera, cabal, semejante al modelo de Fray Luis; César, un mozo irresoluto, desequilibrado, sinuoso, con puntas y perfiles de libertino parisiense. ¿Cómo habían de concertar dos almas de tan distinta naturaleza?

Así que Carmen se vió en los brazos del codicioso marido, comprendió, con íntima repugnancia, cuán grave y rigurosa era la cruz de este matrimonio. Mas recatando en lo secreto de su conciencia la triste certidumbre, procuró, durante el viaje de novios, establecer dulcemente el dominio de su apacible virtud. ¡Qué lucha más ardua la de esta mujer tan noble, qué milagros de prudencia, de energía y discreción para enfrenar y distraer los malos hábitos de su esposo, para tenerle á raya siempre, reprimir sus instintos y domar

sus pasiones, como potros salvajes, sin sentirse ella arrastrada por el mismo vértigo!

Al volver á Medina, dos meses después, logró transformar las costumbres de la Almanzora, introducir compostura y orden, economía y limpieza: mudó poquito á poco muebles y pinturas, cerró aposentos, arregló para sí las habitaciones más humildes, consiguió imponer en todo el palacio una decencia inusitada, y acertó, por último, á rodearse y cercar también á su marido de una sociedad pulcra y honesta, escogida entre la flor y nata del señorío medinense.

Quiso ir más adelante la de Acuña, penetrar en el alma de su esposo, torcer sus inclinaciones y asir las riendas de su vida espiritual; pero en vez de un hombre franco, duro, irascible, de un genio viril, cuyos ímpetus pudieran encauzarse con maña, encontró un ser abúlico, muelle, depravado y enfermo, que ofrecía á todo influjo moral una resistencia pasiva, una tierra blanda y cenagosa donde no echaban raíces los más fuertes propósitos. Esclavo siempre de sus agudas sensaciones, cambiaba de pensamientos y designios con igual frecuencia que de trajes: una mujer desconocida, un amigo nuevo, una joya, un libro, un cuadro, el amor, la música, le producían de súbito emociones vertiginosas; creíase capaz en aquel instante de sacudir las alas del espíritu sobre los fangos de la tierra; pero otra impresión más reciente, otro impulso más hondo, le dominaban al punto, le enfebrecían, le arrojaban de bruces en el blando cieno de su mórbida sensualidad.

Quería César á su mujer con un deseo hervoroso, aún no saciado; necesitaba de ella, de su protección y su ternura, como un niño necesita á su madre; pero este ambiente do-

méstico, apacible, «á la antigua española», según él decía con irónico desdén; este respeto que su esposa le infundía hasta en las horas de mayor intimidad; una vida tan serena y templada, sin bureos ni derroches, eran manjares harto simples á un paladar estragado por la mostaza y el ajenjo.

Como el torpe y ladino mozalbete que burla con astutos ardides la vigilancia del hogar, se escurría César de las manos de Carmen y á hurto de ella satisfacía él sus antojos, añadiendo á la salsa de la vida cuantas especias y condimentos excitantes puede ministrar la gula para lisonja del gusto y perdición de la salud. Todos los buenos propósitos de la discreta dama fenecían en los buches y sumideros de tan vicioso apetito.

Un día, entrando Carmen por las habitaciones de César, le sorprendió en alegre retozo con Trini, una doncella de la casa. Cogido infraganti, como un rapaz ladronzuelo, no supo qué decir ante la muda y terrible indignación de la esposa. Al cabo, queriendo él excusar su desliz con otra bellaquería, increpó á la doncella, que se había escondido en un rincón.

—¡Vete de aquí!—le dijo—. La señora te despide... ¡Anda..., mala pécora! Tú viniste á sonsacarme...

Al oir tal se irguió Trini como una leona.

—¿Conque yo tuve la culpa?... ¡Miente usted... so bribón!... ¡Por estas cruces... que le voy á poner en la cara!

Roja de ira y de bochorno se dirigió Carmen hacia la puerta para salir del aposento. Mas, antes de llegar á los umbrales, oyó el estallido de una sonora bofetada envuelta en estas razones:

—Tome usted, so mandria... Yo creía que era usted un caballero...

Fuése Carmen de allí, encarnada y altiva, sin volver el rostro; abalanzóse Carvajal sobre la irritada doncella, pero Trini, que era muy buena moza y de briosos puños, cogió al señorito como un trapo, le tumbó en el suelo de una sacudida y se fué á pedir la cuenta.

Al poco rato el belitre buscaba á su esposa, le pedía perdón, se hincaba á sus pies entre disculpas y sollozos.

—¡*Esto* es un hombre!—pensaba Carmen con mudo desprecio, apartando el rostro para no ver al ruin marido...

—Yo te juro—clamaba él—que no tuve la culpa... Yo te juro... ¡Perdóname, vida mía, reina de mi casa!

Estas escenas y otras semejantes se repetían casi á diario. César tenía los ojos muy tiernos y sensibles; luego de afrentar á su mujer, lloraba á mares, pedía perdón, juraba que se arrepentía, se arrastraba por las alfombras, tirando por los suelos el pudor y la dignidad. Carmen padecía en lo más hondo de su noble delicadeza; experimentaba una dolorosa compasión de aquel hombre tan vil y tan mezquino; sentía ganas de castigarle como á un perro y protegerle como á un idiota; huía de él, se encerraba la triste en sus aposentos y concluía por perdonarle...

—¡Oh, gracias, Carmencita!... ¡Si yo te quiero como un loco! ¡Si no puedo vivir sin ti!

Y era verdad; él la quería á su manera, «como un loco». La honestidad de la esposa, su hermosura y su virtud eran acicates para la imaginación depravada del marido.

—Yo comprendo que tienes razón para aborrecerme... No soy digno de una mujer tan santa y tan discreta... Pero... no sé cómo explicártelo... llevo un demonio dentro de mí, que no me deja vivir en paz... ¡Soy muy desventurado!... Per-

lóname..., castígame..., pero no me aborrezcas!... Sé siempre ina madrecita para mí... Necesito de tu ternura, de tu com-pasión, de tu caridad...

Mientras decía así, no mentía, era sincero. Mas todas las buenas intenciones se le desvanecían con el eco de las pala-bras. Analizándose á sí mismo se despreciaba profundamen-e: padecía el prurito de confesar á voces sus flaquezas, ir á os pies de su esposa y arrastrarse por los suelos para ex-piar sus culpas; durante breves minutos sentía un ansia fer-vorosa de corrección, un propósito firme y resuelto de la en-mienda; pero al poco rato un ímpetu más fuerte que la vo-utad, más hondo que el sentimiento, se alzaba entre las sombras de la vida inferior. Y entonces dejaba caer el espíritu, como una paloma muerta, en el fango caliente de sus pasiones, en la tierra blanda y corrompida de su carne.

No siempre Carvajal trató á su noble esposa con tan hu-milde estilo; alguna vez, acaso por vengarse de sus propias humillaciones, intentó perseguirla con celos impertinentes, con un estúpido afán de herir su amor propio y ofender sus más exquisitos sentimientos. Otras veces aludía en tono des-deñoso á la antigua profesión de Carmen, á su «pedagogía de perro chico»; censuraba sus «hábitos caseros», sus «gus-tos burgueses», sus «ideas provincianas», su «pobreza inte-lectual»...

—Las españolas—solía decir—sois cursis de remate... No comprendéis los refinamientos de la vida moderna; estáis en pleno siglo quince... El matrimonio, á vuestro entender, es una santa rutina; el amor, una antigualla; la vida, un cuadro sin matices; el hogar, un puro aburrimiento... Echáis al mari-

do de casa, le arrojáis en brazos ajenos con vuestros escrúpulos de monja...

Ella, lejos de volver las ofensas, prodigaba su ingenio andaluz para burlarse lindamente del ridículo «modernista» mas aun riéndose de él, usaba de cierta piadosa caridad, sin lastimarle ni zaherirle. Sentía por sus culpas un menosprecio mezclado de compasión; disimulaba sus yerros y se armaba de paciencia á compás de estas razones:

—Tengo el deber de sufrirle... Tengo la obligación de enmendarle... Yo me casé con él sabiendo lo que hacía... Mi puesto de honor está aquí...

Falta de todo arrimo, padecía sin consuelo entre dos bellacos igualmente viciosos é incorregibles: César y Jorge. Preso el antiguo luchador en las tramoyas de Raquel, sometido al yugo de esta hembra voraz y ladina, cebo y sirte para galanes de quita y pon, vivía el chisgarabís sin ley ni coto, de feria en feria, panza al trote, pluma al viento, emancipado de Carmen, asido á la bolsa del Fúcar, exprimiendo á chorros esta ubre por tantas y tan diversas manos ordeñada. Con tales tientos, el oro del Perú se derretía como cera; ya, al punto de casarse, había derrochado el mestizo los dos tercios de su caudal; poco después, y con la ayuda eficacísima de Jorge, los bienes del imperio del Sol, las minas del Cuzco, los tesoros de Eldorado, caían á racimos en las uñas de Nilson y don Efrén, á fuerza de hipotecas y mohatras.

Firme en su puesto, gobernaba la infeliz esposa el timón de aquel hogar, roto navío arrastrado por ciegas corrientes y furibundas olas á la ruina y al desastre. ¡Con qué noble sonrisa hurtaba ella las desventuras de su matrimonio á la compasión ó al placer ajenos! ¡Con qué graciosa urbanidad

recibía á las gentes y mantenía la dignidad de la Almanzora, y enderezaba en lo posible los entuertos familiares! Tras la sorda lucha cotidiana, salíase algunas noches á lo más escondido de los jardines, y allí, mirando al cielo, derramaba ardientes lloros y suavísimas oraciones. ¡Cuán sola y triste se veía en este retiro suntuoso! ¿No eran, al lado de su presente soledad y congoja, dulces, muy dulces su anterior pobreza, su honestísima libertad? ¡Bien se acordaba de la humilde habitación del Postigo del Rey, de sus horas apacibles, cuando, al llegar el domingo, se recreaba en su aposento, pobre, eso sí, pero limpio y alegre como los chorros del oro! ¡Cuánto le dolían ahora la riqueza y el lujo de este palacio donde aún sonaban los ecos de las antiguas bacanales!

De día en día la posición del matrimonio era más falsa y difícil. Paulatinamente las familias de Miraflores, que aún solían concurrir á la Almanzora, se iban retirando, y César, lejos de dar satisfacción al delicado espíritu de su mujer, sustituía en su hogar aquella sociedad pulcra y honesta con amigotes y parásitos, como en sus tiempos de soltero. Veíase Carmen escarnecida y rebajada en tan impuro ambiente, sola y expuesta á la curiosidad de los ociosos, al galanteo de los audaces, á la estúpida compasión de la servidumbre; mientras César y Jorge, cada cual por su lado y con los mismos procedimientos y artilugios, daban rienda suelta á sus pasiones, sin perjuicio de arrepentirse luego y llorar de hinojos ante la ultrajada «madrecita», para tornar con más brío á ofenderla cinco minutos después.

Llegó por fin el momento en que la triste dama hubo de dar razón de su carácter, cortando por lo sano allí donde más le dolía.

Ocurrió cierta vez que, en el fragor de una disputa conyugal, pretendió el marido cobardemente disculparse con el ejemplo de Jorge y poner los embrollos del mancebo como excusa y pantalla de los suyos. Al oir tal irguió Carmen la frente, llena de rubor y de altivez. Con súbita resolución tocó el timbre, y dijo luego á la doncella:

—Que llamen al señorito Jorge... Que suba aquí en seguida.

Ante la severa y firme actitud de la esposa, arrepintióse Carvajal de sus necias palabras.

—Perdona, amiga mía—repuso—. Yo no quise... yo no pretendí ofender tu amor propio ni acusar al pobre chico... ¿Es que vas á reñirle?

—¿Es que vas tú ahora á defenderle?—preguntó Carmen á su vez con mal refrenada indignación.

—Considera, mujer, que sus pocos años... Él no tiene la culpa...

—Bien dices. Él no tiene la culpa... ¡Yo soy quien la tiene! Yo, que permití desde el primer día su torpe ociosidad; yo, que encubrí sus faltas y perdoné sus licencias y le traje á vivir con nosotros... Mi ternura le ha perdido... Los hombres sois ciegos, ingratos; necesitáis que os hagan sufrir; sólo amáis á quien os hace llorar... No supe corregirle con mano dura, porque yo, más que su hermana, era su madre... lo que también he sido para ti... una madre demasiado complaciente... Pues bien: todo acabó... ¡También las madres castigan!

Presintió Carvajal una escena de lágrimas y reproches. Enemigo de esta suerte de espectáculos, iba escurriéndose poco á poco hacia la puerta.

—¡No te vayas! —le dijo Carmen con voz imperiosa—, quédate aquí... Es menester que te quedes.

Vaciló Carvajal, pero á este punto apareció Jorgito, bien ajeno al chaparrón que le aguardaba.

—¿Qué quieres, prenda?—interrogó muy meloso—. Dame un beso, chiquilla...—añadió ronceando—. Estás más encarnada que un clavel...

—¡Jorge!—pronunció ella, rechazándole severamente—. He resuelto que salgas ahora mismo de esta casa.

Retrocedió el muchacho lleno de asombro y estupor.

—Ya no eres un niño. Eres un hombre y quiero que aprendas á serlo de verdad. A mi lado no lo serías nunca: tú lo dijiste una vez... ¡Torpe magisterio el mío, pues no supo educar á quien más amaba!... Pensé hace tiempo separarte de mí...; pero al pensarlo se me partía el corazón... Fuí débil, harto débil; y tú necesitas unos puños de hierro que te sojuzguen y te domen... Anda, pues, yo te emancipo... Que la necesidad te enseñe lo que yo no supe enseñarte...

Pero, nena... ¿qué es esto?—balbució Jorge—. ¿Qué vas á hacer de mí, Carmencita?

—¿Qué has hecho tú del honor? Vete á recobrarlo...

—Perdónale, mujer—intercedió Carvajal—. Yo te ruego que le perdones.

—Vete á expiar tus culpas—continuó Carmen sin mirar siquiera á su marido—, que bien purgadas tengo yo las mías... Vete á ganar el pan con el sudor de tu rostro... Aprende á vivir, aprende á sufrir, aprende á ser hombre.

—¿No te da lástima de tu hermano?—dijo el muy pícaro, en tono teatral, poniéndose de rodillas.

—Mi madre era una santa; mi padre, un caballero. Tú no

eres hijo de mis padres; tú no eres hermano mío. Hace ya mucho tiempo que has renegado de ellos y de mí.

—¡Carmen, por Dios! Yo te juro...

—Es inútil. Si no te vas ahora mismo llamaré á los criados para que te arrojen de la Almanzora. No des lugar á esa vergüenza. Vete.

Había en las palabras de la joven una desgarradora decisión. Jamás estuvo la de Acuña tan alterada, tan impaciente, y á la vez, tan dueña de sí misma.

—¡Basta!—exclamó de pronto César—. Esto no puede ser... Jorge no se va...

—¿Qué dices?—repuso Carmen con un mohín de orgullo.—¿Tú dices que no se va? Pues bien: ¡ó él, ó yo!

Dejó caer estas palabras con tal majestad y fuerza, que acabó de confundir á César y Jorge.

—¡Pronto! No quiero llantos ni embelecos. Ya le daré instrucciones á Alfonsa. ¡Vete! Aprende á vivir, á trabajar, y, sobre todo, á ser hombre. Mientras no lo seas con absoluta dignidad, piensa que has muerto para mí. Adiós.

Bajo el imperio de aquel mandato inexorable, Jorge comprendió que toda resistencia era nula. Humilló la frente y salió de la estancia.

—Y tú, César—concluyó la de Acuña—, aprende también ahora á cumplir con tu deber. Ya estás viendo que, cuando es preciso, yo sé arrancarme un pedazo del corazón sin derramar una lágrima. No lo olvides.

Dijo y se encerró en su aposento. Una vez á solas, sintió que el alma se le rompía de pesadumbre y de ternura; le faltaron las fuerzas, y escondió el semblante en las manos para ahogar los tristísimos sollozos.

XVIII

NOCHE OBSCURA

Convalecía Juan de Tarfe, recluído en la soledad y pobreza de su torre. Aquella profunda crisis, que estuvo á punto de acabar con el juicio ó la vida del infeliz bohemio, no le dejó otras señales que unos mechones grises en las melenas y una suave melancolía en el corazón. Gozaba, al fin, la mansedumbre espiritual de quien renuncia á todas las vanidades del mundo, y se ampara en la paz de un cenobio y recoge el pensamiento en el regazo de una humilde verdad. Hacía ya muchos meses que no ponía los pies fuera de sus míseros lares: ya no iba al cafetín de la Lonja, ni al hotel de la Gelmírez, ni á los añejos sitios de holgorio y trasnocheo; pintaba á ratos, y á ratos meditaba, ó cuando más, se salía á tomar el sol al campillo del Churumbel, y allí terciaba paladinamente en las pláticas y juegos de las comadres y «chaveas» del suburbio. Sus antiguos discípulos y amigachos dieron en decir que el maestro estaba loco, versión que él fomentaba á su vez, recibiendo con malos humos y peores razones á cuantos venían en su busca, sin más excepción qne el padre Borja.

Una mañana, ¡oh sorpresa!, apareció en la torre César de

Carvajal, muy refitolero, arreado con el lujo y extravagancia que le eran peculiares. Traía en la cabeza un sombrero cordobés... (¡vive Dios y qué mal le caía!), un puro en los dientes, un floripondio en el ojal, los guantes en una mano y en la otra un junquillo.

El «fiero almoravide», sentado en un sillón, á la vera de la ventana, leía un viejo librote.

—¡Querido amigo!, ¡insigne maestro!—exclamó César con grande alborozo—. ¿Cómo te va?... Sé que andas mal de salud y vengo á visitarte... ¡Buen trabajo me costó subir á este nido de águilas! A pique estuve de rodar por los peñascos... Pero no importa... Ya sabes que te estimo de veras...

—Gracias—contestó el bohemio desdeñosamente, sin levantarse del sillón.

—Pregunté por ti... Me dijeron que no querías ver á nadie... Pero, hombre... ¿á quién se le ocurre?... ¿Por qué eres tan huraño?... Yo hubiera venido á verte...

—Gracias—repitió Tarfe con la cara fosca y el acento sombrío.

—¡Claro que sí! ¿No es un cargo de conciencia que un artista como tú... se abandone de este modo... y se encierre aquí... en semejante aduar... para morirse de roña y de tedio?

El pintor estaba sobre ascuas. La presencia de Carvajal le hacía daño, le revolvía en el corazón los sedimentos de muchos odios y de muchas hieles.

—Ya sabrás que me casé—añadió el perulero, sentándose en un cofre—. Pues sí... Me aburría el celibato... ¿cómo no?... Dice un refrán de esta tierra que el buey suelto bien se lame; eso es cierto para el buey, pero no para el hombre...

¡Ja, ja!... Y acerté, chico, acerté... Soy feliz... casi feliz.

—Ya lo suponía—dijo Tarfe, sin poder reprimirse—. La felicidad es una señora que sólo favorece á los tontos.

—Satírico estás. ¡Bien se conoce que no andas bien de dinero!... Pues mira si seré tonto, que supe acertar en lo más difícil... supe elegir... Porque mi Carmen es una joya, una mujer estupenda... Y eso que tiene su geniecillo: figúrate que en cierta ocasión echó á Jorge de casa; le plantó de patitas en la calle... A mí también me riñe á las veces... Su concepto de la vida es algo estrecho y burgués... Pero aquí de mi discreción: ¿qué hombre de mundo no sabe engañar á las mujeres, sobre todo á la propia?... La mía, por lo demás, es un ángel, una santa...

—Por eso, sin duda, se casó con un bellaco. Las santas suelen casarse con los bellacos, y los hombres de bien con las bribonas... Es providencial: pues si los santos se casaran con las santas, concluirían por perderse ellos y ellas... En el dulce matrimonio, como en todo lo humano, la bellaquería es el contrapeso y el sostén de la virtud. El día en que se acabase la casta de los bribones, fenecería también la de los justos. A lo menos se quedarían cesantes...

—¡Caray! *C'est drôle!*

—¡Triste sino el de las gentes virtuosas!—continuó Tarfe, con acérrimo sarcasmo—. ¡Siempre han de cargar en vida con el demonio!... Conocí una mujer muy discreta, cuyo padre era terrible: por huir de él se casó con un gaznápiro que la hizo pasar las de Caín, y cuando la pobre dió á luz puso la corona á sus desventuras, pues el hijo salió tan necio como su padre y tan bruto como su abuelo... Murió la infeliz en olor de santidad... ¡naturalmente!... Pero éste es un caso de

excepción. Una mujer discreta ya tiene bastante con el marido para ganar el cielo...

—¿Tan malos juzgas á los hombres?

—¡Quiá! Los hombres no somos malos. Somos algo peor: somos tontos. Algunos, como tú, son mitad y mitad: miel sobre hojuelas.

—¡Vaya un modo que tienes de recibirme!... Pero me hace mucha gracia tu *sans façon*... Lejos de enfadarme, te convido á almorzar... Y como supongo que andarás ahora un tanto apuradillo...

Sacó el prócer la cartera y de la cartera unos billetes; pero Tarfe le atajó al punto:

—Guarda tus dineros..., guarda tus convites... Ya sabes que no admito limosnas..., que no soy un parásito... Si me sobornaras á mí, ¿quién quedaría para decirte la verdad?... No quiero nada tuyo; quiero tener el derecho de despreciarte...

—Pero, hombre... Tú siempre tan orgulloso, tan incivil... ¡Buena manera de agradecer al amigo...!

—¡Amigo! ¡Amigo!—interrumpió el bohemio—. ¡Cómo profanáis los mentecatos esa noble palabra!... ¿Qué sabes tú de mí?... ¿Qué me importa de ti?... ¿Crees que por ser rico ya me proteges? ¿Que por estrechar mi mano ya me conoces? Por ofrecerme un puñado de dinero, ¿ya eres amigo mío?... Guarda tu oro..., guarda tu amistad..., si es que ambas cosas no se avergüenzan de verse juntas...

—Hoy estás intratable... Ni á ti mismo puedes sufrirte... ¡Adiós, pues!

Levantóse el indiano y se dirigió hacia la puerta.

—Pero, escucha...—agregó, deteniéndose—. Como la fe-

licidad no es rencorosa, yo deseo hacer algo por ti... Ve á mi casa, ve cuando gustes... Carmen tendría sumo placer.

Estremecióse el «fiero almoravide»; todo el rudo semblante se le iluminó de pronto, al oir tales palabras.

—Ella te quiere mucho—siguió diciendo Carvajal—. No olvida que una vez fuiste su Providencia... Y, á propósito: me agradaría que la hicieses un retrato; es un capricho que tengo desde el punto y hora que me casé... Porque el rostro de Carmencita no se parece á ninguno: es una Santa Teresa «morena y sevillana»..., ¿verdad? Y nadie mejor que tú... ¡Salve, maestro! He aquí una ocasión para emular los pinceles del divino Leonardo...

Tarfe no respondió: quedóse mudo y pensativo, clavados los ojos en el suelo. De repente se alzó con furia, sacudió las crines y dijo de esta manera:

—¡Luzbel! ¡Luzbel! ¿Por qué vienes á quitarme la paz?

César le miró con asombro.

—¡Sí! ¿Por qué viniste? Mi alma era un sepulcro, donde yacían las pasiones como amantes muertas y olvidadas... Tú has venido, Luzbel, á despertar la memoria de mis pasiones, á romper el silencio de mi sepulcro... Yo me sentía más dichoso que tú: yo había logrado, á fuerza de dolor, arrancar de mis entrañas las raíces del deseo... Era mi alegría la alegría de un niño: vivía pobre y humilde con los humildes y los pobres, contento de no servir á señor que se me pudiese morir... Pero en un instante has echado por tierra todo lo que yo fundé; me has hecho un daño mortal... Ya me son odiosos estos muros, desapacible mi pobreza, insufrible mi esclavitud... Pasó la dulce noche y amaneció el cuidado, se despertó el deseo, resucitaron las pasiones y volvió á sentir

el cautivo la pesadumbre de su cárcel... ¡Triste de mí! Soñ - ba que dormía y que olvidaba... ¿Por qué vienes á romper mi sueño? ¿Por qué vienes á robarme la paz?

Creyó á este punto el indiano que el «fiero almoravide» había perdido la chaveta.

—¡Pobre Tarfe!—exclamó —. ¡Pobre amigo mío!

—¡Necio!—repuso el artista —. ¿Piensas que estoy loco?... Eso dicen de mí... Pues bien: dejadme en paz con mi locura; idos vosotros en mal hora con vuestra miserable razón... ¡Vete, vete! ¿Qué sabes tú de las cosas del alma? ¿Qué sabes tú de esa noche obscura?... Tenía yo mi casa en beatísimo sosiego... Las penas, las zozobras, los apetitos, yacían olvidados entre las flores... Caminaba yo en silencio, por secreta vía, sin más luz que la luz de mi espíritu... Y era mi noche más dulce que la aurora... ¡Vete, vete!... ¿Qué sabes tú de la noche, pobre gusanillo ofuscado por las lumbres del sol?

Hablaba Tarfe como en sueños, abatida la frente, en la actitud más triste y pesarosa del mundo. Enternecido Carvajal, salió al fin de la torre y bajó por aquellas trochas, con el sombrero cordobés, el floripondio y el junquillo, entre la zumba y regodeo de los chavales del barrio, mientras el «fiero almoravide», perdida ya del todo su fiereza, se dejaba caer en el sillón y se tapaba el rostro con las manos para esconder los sollozos.

¡Qué recia lucha se libró en el alma del bohemio! Durante muchos días vivió sin vivir en sí... arrebatado, encendido, delirante, presa de una ardentísima calentura espiritual. Acudía el llanto á sus ojos sin esfuerzo, con una ternura infantil, con una mezcla de escozor y deleite. Rezaba y gemía. Pasaba las noches en vela, sobre el alféizar de la ventana, mirando al

mar, avizorando las sombras, tenso el espíritu como un arco, repleto el corazón, desbocados los pulsos, cual si fuesen á estallar de pronto y á regar de sangre toda la tierra. Al amanecer se ponía á pintar con ímpetu febril, bajo la obsesión de aquel suavísimo semblante que tenía dibujado á fuego en los ojos y en las entrañas. Luego de llenar el estudio de apuntes y bocetos más ó menos felices, imaginó hacer «su obra», pintar en un gran lienzo, sobre el fondo de la Noche, la figura de la Amada, la efigie de la Esposa ideal, vestida de blanco, vestida de luna, inflamada en ansias de amores, errabunda por los oteros, con los cabellos negrísimos esparcidos al aire como un jirón de las tinieblas... Volvió á sentir los bríos juveniles, la fuerza creadora que antaño movió sus pinceles, y encendió el horno de su pecho con la *llama viva* de San Juan de la Cruz... Creyóse capaz de infundir en la materia la pura gracia del Espíritu y encerrar en las apariencias sensibles las emanaciones de la belleza inmortal, los reflejos misteriosos de la increada lumbre; pretendió sugerir á los sentidos e alma, la noche obscura del alma, la «soledad sonora», la «callada música» del cielo; pintar las aguas, los aires, los ardores, y en el centro vivo de este paisaje interior, la imagen de la eterna Esposa, encarnada en el retrato hermosísimo de Carmen de Acuña...

¡Cómo *veía* Juan de Tarfe, así que cerraba los ojos, el cuadro entero, *la obra maestra*, la obra de toda su vida, apenas esbozada en su lienzo juvenil! ¡Con qué claridad y evidencia la veía y la sentía ahora, al través de sus acerbos dolores, palpitando en la sorda tragedia de su corazón, hecha carne y espíritu en el rostro de aquella mujer!

Temblorosas las manos, de unción y maravilla, tomó lo

pinceles y quiso trasladar al lienzo sus ambiciosos dibujos. Mas ¡ay!, que al salir de la imaginación caían muertos en la tela, sin lumbre y sin relieve, como secas y mustias flores...

—¡No... no es esto!—decía Tarfe, pálido y nervioso—. Esto es vulgar, es rígido, amanerado y triste... ¡No, vive Dios, no es así!... ¿Y el alma? ¿Dónde está el alma?... Se me fué; ya sólo tengo aquí un trapo grosero, un estúpido pincel, unos colores marchitos, una mano impotente... ¡Charlatán!, ¡imbécil!, ¡pintamonas!

Lloraba, se asía las melenas, pateaba como un corcel indómito. Luego pintaba á bulto. corregía sin reflexión, tornaba á gruñir... Sentía un deseo agresivo de quebrar los pinceles y romper el lienzo de un puñetazo. Con tales aspavientos las imágenes sutiles volaban y huían á la manera de alegres mariposas, dejando en los dedos el tenue polvillo de sus alas.

Un día, por fin, no supo contener la exaltación de sus nervios y se lanzó fuera del arrabal, camino de la Almanzora. Más aún que al hombre el vivo afán de la amada, empujó al artista la sed de su modelo. Ya no podía prescindir de la difícil empresa; aquel cuadro era su ilusión y su martirio; quería el pintor á todo trance copiar el rostro de la Esposa; necesitaba verla y estudiarla, recibir la emanación de su hermosura, el flúido magnético de sus ojos, las impresiones de su forma y de su espíritu, arrancarle el dulce secreto de su expresión ideal.

Llegó Tarfe á la quinta; dijo su nombre, le hicieron pasar á un saloncillo. Cuando se vió allí, arrepintióse de la audacia. Sentía cierta nerviosa timidez, como si jamás hubiese entrado en casas de tanto fuste: una inquietud, una zozobra...

De pronto se abrió la puerta y apareció en el umbral Carmen de Acuña.

¡Dios mío! El «fiero almoravide» estuvo á punto de caer de hinojos, cual si viera una imagen celeste. Avanzó la dama sonriendo; se acercó al pintor, le tendió la mano.

—César no está en Medina—dijo con su voz grave y pastosa—. Fué por unos días á Granada... Pero yo tengo mucho gusto en recibir á usted.

Tarfe no se atrevía á desplegar los labios. La emoción, el respeto, la ternura, ataban su lengua y contenían sus pensamientos. Por fin aludió al retrato.

—Sí; ya sé que mi marido... Por mí no hay ningún inconveniente; me servirá de distracción. Y, sobre todo, será un grato pretexto para verle á usted en la Almanzora.

Hablaba Carmen, sonriendo siempre, con una mezcla de dulzura y majestad. Vestía el hábito de su nombre, sin más joyas ni arreos que el propio donaire y natural elegancia; los cabellos traía partidos en dos crenchas sobre las sienes y atados en la nuca; brillaba en su mano el anillo de bodas y en el pecho una cruz. A pesar de la franca sonrisa y el garbo de su talle, la salud del rostro y el perfecto dominio que tenía de su persona, hallábase como envuelta en un velo de profunda tribulación. Tarfe quedóse atónito al advertir el cambio de esta mujer, en otro tiempo tan alegre; y viéndola así, más triste, pero más hermosa, pensaba con admiración y pesadumbre cuán cierto es que la tristeza añade siempre á la hermosura un noble atractivo espiritual.

Absorto el pintor en la presencia de su dulce modelo, expuso con breves y tímidas palabras el plan de «la obra»; mas encendido poco á poco en el vibrante hogar del corazón,

abrió al cabo las fuentes de su caudalosa ternura, derramó con viva elocuencia el cáliz de sus convulsos amores y empuñó los dardos encandecidos, las preñadas imágenes de San Juan de la Cruz. ¡Cómo latían en su cálido verbo pasiones y ambiciones, dulzuras y calenturas, la sed, el ímpetu, la llama, la sublime enfermedad de la belleza!

—Señora...—concluyó, con lágrimas en los ojos . Perdóneme usted, señora... Todo bulle en mí sin orden ni medida... Quiero pintar un alma, la más hermosa, la más noble de cuantas he conocido... Tosco y humilde es mi pincel; pero al servir para tan alto empleo, lumbre del corazón descenderá á la mano y pondrá en mi noche obscura un rayo glorioso de la eterna luz...

Quedóse Carmen un tantico perpleja al oir tan encumbradas razones, sin entender el gran dolor, el gran amor que las dictaba; pero algo de la ternura del artista se le entró en el pecho sin licencia de la voluntad.

Convinieron al fin en que el pintor iría á la Almanzora todas las tardes á partir del día siguiente, y después de no pocos reparos, consintió la dama, por no estropear «un efecto de luz», en vestir, sobre la librea del Carmen, una túnica blanca. Milagros eran éstos de su fuerte espíritu y generosa caridad; pues sólo por encubrir sus pesadumbres y favorecer á Tarfe, cuya pobreza conocía, pudo la triste señora hacer gala de tan gentil humor.

Durante las primeras sesiones mostrábase el artista muy reservado y silencioso. Pintaba de pie ante el lienzo; avanzaba y retrocedía con posturas de gladiador, sacudiendo las crines, empuñando la paleta y los pinceles lo mismo que el escudo y las espadas de combate; mirando á su modelo con

ojos de Fierabrás, como si fuese á pegarla; después, mansamente, moviendo los labios, como si rezase una oración...

Reinaba en la estancia un silencio apacible, un discreto ambiente de intimidad y tristeza; aquel saloncillo, decorado con gusto y sencillez, tenía delicadezas de camarín y penumbras de oratorio. La fuerte claridad del sol, que por altas vidrieras descendía, se atenuaba allí, desmayándose en los paños y en los tapices obscuros, en los antiguos muebles de severa pátina.

A las pocas sesiones empezó Tarfe á perder la paciencia. El *quid divinum* se le desvanecía de nuevo entre las manos. Trabajaba con fe, mudo y febril; únicamente los ojos, los ojazos negros, daban razón de la lumbre que en las entrañas le ardía; pero en un minuto de vulgaridad ó de vehemencia echaba á perder la labor de muchas horas. Y entonces no podía reprimir un gesto de furor. Carmen disimulaba el cansancio con la piedad de su infantil sonrisa.

—Perdone usted mi torpeza—dijo el pintor, lleno de humildad—. La estoy mortificando á usted... ¡Dios mío, cuánto lo deploro!... Pero, ¡es tan difícil expresar lo inefable... revelar lo escondido de las almas y de las cosas!... ¡Qué gran sufrimiento es el arte para el artista que de verdad lo siente! ¡Cómo se resiste la materia al espíritu!... Pintar es fácil, creen algunos... Si la pintura fuese una copia servil de la Naturaleza... Mas ¡ay! no es la envoltura visible lo que se debe reproducir; es esa emanación misteriosa, reflejo de la belleza inmortal... Porque ¡vamos á ver! ¿Qué es lo que brilla y tiembla en las pupilas, que no es luz ni color, pues con la muerte se apaga?... ¡Oh, el secreto de los ojos humanos, mudo secreto que trasciende á lo divino!... Esa mirada de usted, pe-

netrante como una centella; esa luz rubia, angelical, incoercible, risa del cielo, resplandor del alma y de la sangre, sutil efluvio de la vida... ¡Todo es misterio, todo es arcano en el mundo! Lo sobrenatural nos envuelve como el aire á la tierra... El arte es un juego de niños para los que sólo ven la epidermis de las cosas; pero en llegando al alma... ¡qué grave y difícil es caminar en esa noche obscura!

Quedóse el artista mirando á su modelo en una noble actitud de reverencia y de dolor.

—No acierto á interpretar el semblante de usted. Cada día me parece distinto... es un enigma viviente... ¡No se ría usted, por Dios!... Su rostro, amiga mía, es profundo y cambiante como el cielo, como el mar... Tiene la variedad infinita de las nubes y de las olas... dentro de una unidad indefinible... Es alegre y melancólico, manso y altivo, humilde y enérgico; parece, á la vez, de niña y de matrona, de reina y de gitana, de mujer y de ángel... Muda de expresión á cada minuto, como espejo fidelísimo de todas las sensaciones... Y es á la par uno y múltiple...

Carmen reía á mandíbula batiente. Su ingénito humor andaluz, mal contenido por la adversidad, ponía de cuando en cuando un rayito de sol en los horizontes de su admirable paciencia. Tarfe concluyó por reir también, embelesado con la inocente alegría de Carmen.

—No se burle de mí... Para copiar su rostro es preciso retratar muchos semblantes á la vez y asir con los pinceles los rayos invisibles de muchas almas... No sé cómo explicarlo...

—¡Ay, Jesús! ¿A que resulta que soy un fenómeno?

—Cierto. Un fenómeno, un verdadero fenómeno de idealidad y de expresión: un pasmo de «belleza dinámica»...

—¡Ave María Purísima!

—Usted no se ríe como las demás mujeres, ni su mirada se parece á ninguna otra... Hay en usted una mezcla de felicidad y desventura, de dolor y de júbilo, de austeridad y de salud, de arrobo místico y de ironía andaluza... Sus ojos, de color de miel...

—¡Vaya, amigo Tarfe!—interrumpió la dama—. ¿Sabe usted lo que yo digo? Que si se mete en esos dibujos no va á concluir el retrato... Es usted un pintor con demasiadas literaturas...

—Ese es mi mal, señora. Fuí pintor entre los literatos y literato entre los pintores. Así me lucieron la capa, la pluma y el pincel...

—Pues ahora—repuso Carmen, entre risueña y compasiva—yo creo que va usted á dar en el quid.

—No sé... no sé... No acabo de ver claro...

—¿Conque no? ¡Tendría gracia!... Aquí de fray Juan Miseria: después de martirizar á su modelo, la sacó fea y legañosa...

—¿Conoce usted la vida de la Doctora Mística?

—¡Ya lo creo! Si es mi Santa... A mí me pusieron el nombre de mi madre; pero yo nací el día de Santa Teresa de Jesús.

—¡Oh, qué estrella más hermosa! Pues mire usted qué feliz casualidad: yo nací el día de San Juan de la Cruz. Me llamo Juan de la Cruz Tarfe... y por añadidura Yepes, que es mi apellido materno. ¿Quién dirá que, á pesar de todo, soy de la piel de Lucifer?

—No - protestó la de Acuña—. Usted no es malo... Usted es un hombre de corazón... Yo tengo pruebas de su mucha caridad...

Quedáronse ambos silenciosos, conmovidos por el recuerdo. Las memorias de otros días, las desventuras presentes, la ausencia de Jorge, clavaron sus agudos filos en el pecho de Carmen. Pudo más el dolor que la entereza: los dulces ojos se le arrasaron de lágrimas.

Volvió Tarfe el rostro para ocultar las suyas y se puso á trabajar en el lienzo.

—¡Qué gran espíritu el de San Juan de la Cruz!—dijo al cabo, por distraer y confortar á la triste dama—. ¡Qué fuerza tenía para sufrir!... ¿Ha leído usted los libros de mi dulce Poeta?

—Sí—respondió Carmen cobrando otra vez los bríos—. Algunos de sus versos me los sé de memoria.

—¿Recuerda usted la *Noche obscura?*

Carmen hizo un esfuerzo heroico para sonreir. Después, con su voz grave y armoniosa, mojada todavía de llanto, empezó á recitar:

En una noche obscura
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

. . . . . .

¡Oh noche, que guiaste,
oh noche amable más que el alborada,
oh noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el amado transformada!
En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.
Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

XIX

LAS GLORIAS DE CANDELITA

Fué la muerte de Tristán un mal suceso que trajo larga cadena de tribulaciones y desastres al cafetín de la Lonja. Con ocasión del crimen salieron á relucir los trapicheos de la hostería, los negocios que á espaldas de la honestidad y de la ley solían fraguarse en los rincones de la Castaña; dió la gente en poner al viejo Diván el «antro de los reptiles», el «huerto del francés», la «flor de Sierra Morena» y otros motes; perdió su crédito la casa, perdió su voz el pimpollo, la salud el señor Frascuelo y su alcancía la *señá* Angustias. Pues para colmo de males, dolidos como estaban ambos cónyuges por el entuerto caciquil, se fueron de la lengua y barajaron con el homicidio de Tristán el nombre de don Adolfo, el cual, no sin hartos expedientes, logró cerrar el café y el hondilón á fuerza de multas y mil vejámenes por el estilo.

Con estos disgustos y un mal que en los bofes padecía el señor Frascuelo, cayó en la cama á punto de morir. No le salvaron al insigne tañedor de vihuela los solícitos cuidados

de su mujer, la ex bailadora del Turco, ni las lágrimas de Candelita, ni los jaropes del doctor Brander: una noche pidió con tristes gemidos el paciente que avisaran á la parroquia; hizo confesión de sus culpas, no sin grandes muestras de pesadumbre; llamó después á su oíslo; dió unos consejos al pimpollo; se despidió de este pícaro mundo muy cristianamente, y pasó á mejor ó peor vida, que esto Dios lo sabe, entre los hipos de la *señá* Angustia, los llantos de Candelaria y el alborozo del antruejo, pues era la última noche de Carnaval.

Cuaresma fué, de allí en adelante, para la viuda y su paloma, todo el resto del año. Con los relieves de la hucha y el traspaso del local, imaginó la pobre mujer irse á la corte para emprender nuevos negocios y lucir de paso á Candelita. Como pensaba realizar su proyecto en el otoño, dió entretanto los monises á un corredor para que los acrecentase merced á ciertos mangoneos; mas—¡oh peligros de la ambición! ¡oh la eterna fábula de la infeliz lechera!—el ingenioso corredor, que lo era de verdad, desapareció de Medina, de la noche á la mañana, con los dineros de la *señá* Angustias y otros de más abrigo para socorro del viaje. En resolución: pocos meses después de la muerte del señor Frascuelo, estaban la viuda y la doncella viviendo de milagro, muertecitas de pena y de hambre en un «corralón» de la calle de la Amargura.

¿Qué hubiera sido de estas dos ovejuelas, á no parecer un día en su destierro Maese Raimundo el chalán, con cara de Pascuas, el maletín al hombro y un puro de gran vitola entre los dientes?

—Felices, señora Angustias: ¿qué me cuenta usted?

—Pesares y más pesares, don Raimundo... Parece que algún basilisco nos ha hecho mal de ojo...

—Vaya, vaya; todo sea por Dios... ¿Y esa rosita de mayo?

—Ahí está cosiendo... ella que nunca supo lo que eran agujas ni dedales... ¡Si levantara la cabeza el señor Frascuelo!... En fin: no quiero hablar de cosas tristes... ¿Qué trae usted de bueno por aquí?

—*Na* de particular... El gusto que siempre tuve de ver á mi comadre...

Lanzó ella un hondo suspiro.

—¿Conque la niña se quedó sin voz?—dijo el truhán, de repente.

—¡Ay don Raimundo de mi alma! Como una gallina clueca se me quedó la infeliz... Desde aquel escopetazo no ha vuelto á cantar ni unas *seguiriyas*...

—Pues alégrese usted, comadre; yo sé de una yerba maravillosa que en cuatro días pone la garganta lo mismo que un chamariz...

—¿Es posible?

—*La chipén*. ¿Se acuerda usted, *señá* Angustias, de la sobrina del *Faroles*? Aquella niña era una cotorra... no cantaba ni el tiento de los lunares... Pues hoy... canta en la mano, igualito que un ruiseñor... Se fué á Madrid y está ganando un dineral...

—Y esa yerba...

Esa yerba la tiene en su huerto un señor, amigo mío, que es más sabio que Merlín, más rumboso que el sol y más cabal que el premio gordo de la lotería...

—¿Costará la yerba mucho dinero?

—¡Millones! Pero como él es tan garboso y la niña es tan

salá, quizá se la regale... Que venga Candelita conmigo y...

—¡Eso no!—dijo la *señá* Angustias, con honradísimo enojo—; Candelita no sale de casa... y menos con usted...

—Pues entonces, abur, *señá* Melindres... ¿Usted se figura que ese caballero es un sacamuelas, para venir á estos andurriales... á poner en su punto el gargüero de la niña?

—Escuche usted, don Raimundo; podía yo ir con la chavala...

—Eso, después... cuando se suelte á cantar.

—¿Y qué garantías tengo yo de que la yerba...?

—¿Garantías?—dijo el rufián, metiéndose la mano en el bolsillo—. ¿Las quiere usted en oro ó en billetes? Pida usted sin escrúpulos, comadre, que el señor de la yerba maravillosa es nada menos que don César de Carvajal...

Así, entre burlas y veras, con el auxilio de unas estampas de Goya, puso el belitre á su comadre como un terrón de azúcar. Pero aún quedaba el hueso por roer. No era almendra mollar la virtud de Candelita; pues aunque las tribulaciones socavaron no poco los fundamentos de su orgullo, todavía, en medio de tantas pesadumbres, acertaba á conservar incólume el tierno pimpollo de su apetitosa doncellez. Mas ¿qué aceros podía esgrimir una mozuela ignorante y ambiciosa, con el magín lleno de humo y el pecho de tristes desengaños, contra las artes refinadísimas del rufián? Harto sabía éste los puntos por donde flaqueaba la esquiva fortaleza. ¡Cuán lindamente le pintó á la pobre criatura los prodigios de la yerba maravillosa, la esplendidez de Carvajal, su gran corazón, siempre dispuesto á proteger á los artistas, el porvenir de una joven «lanzada al mundo del arte» por un generoso Mecenas! ¡Qué de historias la relató de «estrellas

rutilantes», «divas gloriosas» y celebérrimas cantatrices», que debían su fama y su fortuna al amparo de un magnífico prócer!

—Tú eres una «diva» de cuerpo entero, una estrella de primera magnitud, y lo que te conviene es ir á Milán, á Roma, á París, á San Petersburgo..., así que tomes la yerba y se te aclare la voz...

¡Con qué fogoso pincel describía Maese Raimundo las opulencias de Italia, los coliseos insignes, los triunfos de los artistas, los aplausos, las ovaciones ardientes, los proscenios cuajados de flores y palomas!

—¿Qué haces tú aquí, mosquita blanca, metida en un corralón, sin conocer todas esas maravillas?

Deslumbrada la doncella con semejantes pinturas, se dejó engatusar poquito á poco, y, al cabo, consintió en ir furtivamente, para que le restaurasen la voz, á un hotel de Miraflores, jaulita de oro preparada por César para cautivar al lindo colorín de la Castaña.

Recibió el «centauro» á la ninfa con mucha seriedad y fingidos aires de magisterio, disimulando, bajo un disfraz de severa protección, las diabólicas intenciones; alabó las prendas de la futura diva; puso en el séptimo cielo los presuntos fililíes de su garganta; la hizo beber dos cálices de un extremado licor, que era—según la dijo con grandes ponderaciones—la quinta esencia de la yerbuca maravillosa, y regaló, por fin, á la inocente ilusa, un collar de perlas que parecía cosa de magia.

—Entre las perlas de este collar—manifestó el mago—hay una de artificio que contiene el secreto de la dicha y de la gloria. Tan bien imitada está esa perla, que no se distingue

de las otras naturales. Basta con ponerse el collar, para conseguir los antojos más difíciles... Me lo donó en Estambul un discípulo de Zarathustra...

No reparaba Carvajal en embustes ni tramoyas para satisfacer sus enconados deseos. ¡Válgame Dios y qué de cosas dijo á la tímida chavala; cómo acabó de seducirla con el brillo de las perlas y el de las ilusiones! So pretexto de probarle la voz la hizo entrar en un delicioso camarín, donde unas «esclavas» la bañaron, la perfumaron y la vistieron al modo oriental, con grande lujo de sedas y de joyas. ¡Parecía enteramente la reina de Saba en el palacio de Salomón! Mirándose al espejo, como se vió tan bella y resplandeciente, apenas reparó la infeliz en que las tales vestiduras le dejaban al desnudo no poca parte de su blanquísimo cuerpo de azuzenas. Ruborosa y embelesada, salió del brazo de Carvajal á otro salón, aderezado con toda suerte de comodidades y primores. Allí sintió Candelita un mareo dulcísimo, una laxitud inefable; ¡el maravilloso licor empezaba á surtir efecto!

Perdida ya la timidez, se lanzó la joven á cantar, y aunque lo hacía con muchos gallos, melindres y rozaduras, creyó á pie juntillas las lisonjas de César.

—¡Bravo, mi hijita!... Ni la Patti... Es menester aprovechar tan felices disposiciones... Con cuatro copas más y un *spartito*..., bien puedes ir á la *Scala*, de Milán... Mañana mismo te llevo á Italia... ¡Qué ha de gruñir la señora Angustias! En último caso, nos la llevamos también...

¡Oh, pérfido influjo del licor y de las perlas!

Candelita estaba en sus glorias. Tras nuevos cocos y obsequios del ladino Carvajal, quedó concertado que al día si-

guiente irían los dos á Italia, en automóvil. ¡A Italia, sí, señor; á la famosa cuna del arte!...

Mas á este punto, un indiscreto reloj, que había en una consola, dió las doce de la noche, con muchos repiques y tintinelas.

—¡Jesús! Ya son las doce... ¿Qué va á decir mi mamá?... Vaya, don César, hasta mañana... ¡Me voy corriendo!

—¡Imposible! ¿Cómo voy á permitir que una mocita...? ¡Ni soñarlo! Todo se reduce á esperar aquí unas horas y... al amanecer... *taf, taf...*, caminito de Italia...

Empezó la ilusa á recelar de su alegre protector, y más cuando vió cómo le relucían los ojos y le temblaban las manos. Pero aquel ambiente dulce y enervante de Miraflores... ¡Era tan fino don César, tan delicioso el hotel! ¿Quién se resiste á cenar en tan graciosa compañía? ¿Quién abandona estos lujos por la desnuda «sala» de un corralón? ¿Cómo correr por la ciudad á deshora y descubrir el precioso enredo?... Nada; que no era posible irse del hotel sin más ni más... He aquí los manjares que adulan el gusto, los vinos rancios que adormecen el seso, un olor á flores y esencias orientales que lisonjean y desmayan el sentido... ¡A cenar! ¡A cenar! *¡A beber y apurar las copas del licor!...*

Llegando á los postres se vió transportada Candelita á un mundo de inefables deleites: se olvidó de Italia, de la gloria, del corralón de la Amargura, de la memoria del señor Frascuelo... y se puso á cantar y á bailar desaforadamente, como una almea; se dejó vestir y desvestir con trajes vaporosos, cada vez más ligeros é insinuantes, y concluyó por sentirse envuelta en gasas y aromas y perderse en las nubes como una voluta de humo...

Estaba entretanto la *señá* Angustias en su pobre habitación, revolviendo otra vez en el magín la fábula de la eterna lechera...; mas al día siguiente, cuando vió entrar á Maese Raimundo, se creyó en el caso de recibirle con uñas y dientes, lo mismo que una leona á la que hurtasen su cachorro.

—¿Qué ha hecho usted de mi niña, so bribón? ¿Qué ha hecho usted de esa real prenda que yo criaba con tantos mimos y regalos? ¿Qué va á ser de esta madre infeliz, que se miraba como en un espejo en la virtud de su pimpollo?

Habló la iracunda madre de ir á la Almanzora y acometer al infame forzador; publicar el crimen á voz en grito por calles y plazas; pedir justicia á todos los poderes de la tierra; vengar el estupro con venenos y puñales y arrancar los hígados á los autores de tan horrible villanía. Pero Maese Raimundo, que estaba en el secreto de aquellos furores teatrales, se encerró con la desesperada leona y ablandó sus enojos de esta suerte:

—Calma, calma, señora Angustias, por la memoria del señor Frascuelo, que en gloria esté; mire que yo tengo manos de santo para enmendar y zurcir semejantes descosidos... No hay mal que por bien no venga, y, á veces, la fortuna se viste con hábitos de calamidad, á fin de que sepamos luego reconocer sus favores... Candelita se halla en este punto y sazón más á gusto que la perla en su concha. Bien sabe usted que la niña nació más fina que los corales y se perece por el lujo y el *postín*... Su rumboso protector, que es hombre de ley, la quiere con locura y no ha de parar hasta ponerla en un trono, lo mismito que una reina de Oriente... Vea usted, si no, qué recadito me ha dado el barbián para su madre morganática...

Diciendo así, puso don Raimundo sobre la mesa un estuche que en la bolsa traía, y, en abriéndole, mostró un soberbio anillo de oro y brillantes, que relumbraba como un sol.

—Este racimo de estrellas, señora Angustias, vale mil duros á la vuelta de cada esquina... Pues *item* más: el señor don César, que sabe tasar las cosas en su justo valor y pagarlas con estrambote, se ha dignado conceder á Candelita una pensión de tres mil pesetas anuales para que vaya á Italia cuando guste á proseguir y ampliar sus estudios de *bel* canto...

—¿Pero canta ya mi niña?

—¿Cómo si canta, señora Angustias? ¡Mejor que Gayarre! Cantando está *La Traviata* que se las pela.

—¡Bendito Dios!

—*Item* más: el Mecenas cede á la artista los vestidos que usó en la noche de bodas... Otrosí: le regala, en concepto de dote, el completo y libre dominio de la casa número 2 de la calle de Pulchinela, según escritura ante notario... Por último, ofrece á su señora madre política, además de esta tumbaga, la tontería de unos miles de reales, que se le harán efectivos cuando entre usted en razón y ponga á todo su visto bueno...

¡Vaya si iba entrando en razón la *señá* Angustias, subyugada por los reflejos de la sortija y fascinada por aquel río de oro desatado con las ponderaciones del rufián!

—Conque, dígame usted, comadre—concluyó Maese Raimundo—si no es para bendecir la hora en que don César puso los ojos en esa criatura... ¿Era ó no verdad lo de la yerba maravillosa?... Déme usted las gracias, *señá* Melindres, que yo le he traído la fortuna con más salero que lo

Reyes Magos... Y ¡luego mienten de mí, que si tal y si cual! Razón tenía Don Quijote: este oficio es ejercicio de discretos y muy necesario en toda república bien ordenada... Que lo prueben, si no, tantas familias como he salvado yo de la miseria... Mal parece que lo diga, pero ¡qué diantre!, para esta suerte de bodas me pinto solo... En cambio, para las otras... La única vez que me metí á casamentero y moralista, me salió el negocio un poquito desigual... Pero, en fin, nunca es tarde para enmendar errores...

Lloraba la *señá* Angustias con grandes hipos y sollozos; dejóla don Raimundo harto consolada, y así que éste salió, dijo la viuda del señor Frascuelo, mirando de reojo el estuche, puesto sobre la mesa:

—¡Lo que es la suerte de las criaturas! Bien sospechaba yo que esa niña iba á ser el descanso de mi vejez...

XX

RELÁMPAGOS EN LA NOCHE

Sentir, Carmen, sentir... y no poder expresar; sentir hasta morir... tener el corazón abrasado y desgarrado por el hierro y el fuego de secretísimas pasiones, llevar el alma *en carne viva*... y las fauces secas de sed, las manos inertes, los ojos sin luz y una mordaza en la boca; sufrir todas las angustias del amor sin alcanzar sus goces; padecer todas las inquietudes del arte sin recibir ni uno solo de sus lauros; experimentar todas las penas de la vida, pero ninguna de sus glorias... Hay destinos crueles...

—Si, amigo Tarfe. Pero también hay resortes para domar el destino. ¿Es usted hombre de fe?

—Lo era, como pocos, en primera juventud... Después, la realidad tuvo entrañas de tigre para mí... En el fracaso enorme de mi vida, todo cayó por tierra... No quiero contarle á usted cosas tristes... Hoy, ya casi viejo, más viejo por las miserias y las pesadumbres que por los años, vuelvo á sentir la necesidad de creer...

—Pero...—repuso Carmen ¿acaso puede ser escéptico un artista?

—Tiene usted razón, señora... El arte es el más noble argumento de nuestra inmortalidad. Cuando estoy en presencia de la belleza, experimento un sagrado escalofrío y escucho una voz muy honda que me grita: ¡Hay algo superior á la tierra miserable, algo que sobrevive al barro perecedero: esta chispa de luz invisible que tiembla en los pinceles, en las gubias, en las arpas, en las rimas, en el color, en el sonido, en la palabra y en la forma; este *no sé qué* del arte que al través de las cosas ciegas y de los siglos remotos nos arranca emociones y lágrimas y deseos puros..., esto es algo divino, algo que no muere, algo que no es posible reducir á materia aunque en la materia vibre y en la materia se retrate!... Tiene usted razón, señora: es preciso creer. Hay muchas cosas en el mundo que trascienden á eternidad: el amor y la belleza, el deseo y la ternura, el sacrificio y la virtud... ¿Es posible sentir el amor y no creer en el alma? ¿Es posible sufrir el dolor y no creer en el cielo?... ¡Carmen! — y pronunció el nombre con infinita dulzura —. ¿Es posible mirar á usted y no creer en Dios?

Resplandecía el semblante del artista como el de un iluminado; de pronto se le apagaba y parecía como muerto, con la tez lívida y las barbazas negras. A ratos, su voz se encendía en juveniles ardores para adelgazarse poco á poco y desvanecerse al fin entre balbuceos infantiles.

—Pero ¡qué lástima, señora, qué lástima!... Vivimos á obscuras, andamos á ciegas en la noche, rastreando la cumbre para caer de abismo en abismo... Si se filtra un rayo de luz por las rendijas, es para darnos más pena, para alumbrar

nuestra cárcel... Un relámpago, sólo un relámpago... y luego otra vez la sombra, la impenetrable sombra... el misterio, la fiebre, el insomnio, la ardentísima sed... ¡Todo es noche y tribulación en el mundo! La belleza, un sufrimiento; el amor, una enfermedad; el genio, una locura... Si á lo menos pudiese yo fijar la luz de ese relámpago en el alma y esclarecer mi noche... ¡Vana ilusión! La sombra crece, la tierra se hunde, la noche me devora... ¡Qué horrible es verse agotado, sentirse fallido, cobarde para vivir, impotente para crear! Siquiera cuando se es joven, no importa el dolor; siempre nos queda el porvenir. Pero ya, ¡Dios mío!... ¿Dónde poner la esperanza?, ¿cómo recobrar la fuerza?... Todo inútil: ¿á qué luchar con lo irreparable?

Era tan lúgubre y dolorosa la expresión del pobre artista, que daba miedo y compasión. Carmen de Acuña se levantó azorada.

—No, no se preocupe usted... no me haga caso... óigame como se oye á un niño, como se oye á un demente: de niño y de loco tengo mucho... La vida es esto: flaqueza, sombra, incertidumbre, locura, esfuerzos malogrados, luchas inútiles, breves atisbos, centellas fugaces; sólo algunos hombres, muy pocos, de siglo en siglo, consiguen recoger las energías frustradas, levantar á pulso las estatuas rotas, descubrir el secreto de la esfinge y arrebatar á los dioses un ascua de la eterna luz...

Calló Tarfe y movió los pinceles en un acceso de repentino fervor. Ya la figura de la esposa comenzaba á salir de las tinieblas de la noche como un rayo de luna, como una efigie de ensueño, sobre un fondo de azul sombrío. Aquella imagen, esbelta y armoniosa, tenía cierta gracia espiritual.

—Sí—meditaba el pintor—, estos paños caen bien; la actitud es noble, la cabeza es fina...; pero falta lo más difícil, lo esencial... Es preciso descubrir la clave del rostro, sorprender esos rasgos, cifra y secreto de la expresión... Y hay que ensanchar las lejanías, poner transparencia en el ambiente, dar vida á la sombra. Porque aquí el paisaje no es un accesorio: es la irradiación de lo infinito, el espejo del alma... La figura se ha de embeber en el paisaje y la luz en la sombra como la melodía de la voz se funde al acompañamiento de la orquesta... La túnica de la Amada tiene que ser aún más vaporosa y tenue, como un resplandor de la noche; y el rostro... ¡Oh divino Rafael! Dame una chispa de tu gracia, un rayo de tu dulce serenidad; unge mis pinceles con la suavísima excelsitud que infundías en los semblantes de las Madonas... Préstame, ¡oh Fray Angélico!, el místico albor de tus Anunciaciones, de tus Coronaciones, de las leyendas de los santos; la pureza ideal de los serafines, el candoroso arrobamiento de los ángeles músicos... Y tú, Leonardo de Vinci, noble precursor de las modernas inquietudes, dame el secreto para pintar la carne de un rostro con la sonrisa de un espíritu...

Carmen sufría en aquellas largas sesiones las dolorosas impaciencias, las torturas, las zozobras del pintor. Presa de la misma fiebre, caía en torpe laxitud, bañada por el sudor del esfuerzo, como si todas sus potencias y sentidos ayudaran á Tarfe en el angustioso parto.

—¡Cómo la estoy aburriendo, amiga mía!—dijo el «fiero almoravide»—. ¡Qué no pensará usted de mi rudeza y terquedad!... Va á ser preciso desistir...

—¡No, por Dios!—repuso Carmen con admirable pacien-

cia—. Concluya usted... Pero concluya pronto, por los clavos de Cristo—añadió, sonriendo todavía—. Me hace usted pasar unos ratos...

Muchas veces quiso la dama resistirse á tan duro agobio; pero una secreta fascinación la empujaba todas las tardes al saloncillo. Y sin saber por qué, se ponía triste y nerviosa cuando Tarfe se retrasaba.

Llegó allí un día César de Carvajal, que tornaba de su excursión; hizo grande fiesta y alborozo ante el retrato, puso por las nubes al Maestro, y como vió á Carmen tan dulcemente distraída, partióse él de nuevo con la disculpa de otro viajecito. Cada vez eran más frecuentes las ausencias de Carvajal; temeroso de su mujer, cuya mirada profunda y severa le conmovía como un sordo reproche, y débil, por otra parte, para revolverse contra este tácito dominio, prefería huir, mentir, sustraer el corazón á toda pesadumbre. Cautivo ahora en los brazos de Candelita, pasaba lo más del tiempo solazándose con el pimpollo, á hurto de la esposa; fingía mil patrañas, viajes y expediciones por mar y por tierra, deportes y bizarrías de tan fértil invención como las obras de Julio Verne y Alejandro Dumas. Carmen, que, por su mal, sabía los malos pasos del infiel marido y las razones de sus frecuentes ausencias, disimulaba y padecía con un gesto de altivo desdén, resignada ya á toda suerte de ultrajes y abandonos. A fuerza de sufrirle, comprendió al cabo cuán inútiles eran las más amorosas coerciones para reducir aquel temperamento ardiente y laso, vibrante y quebradizo, infantil por la flaqueza, por la astucia y también por la crueldad; acostumbrada á sorprenderle en pasos ruines, en trances ridículos, en fugas vergonzosas, y á verle de rodillas después

arrastrando por los suelos la dignidad, perdió del todo la fe en el marido y en el hombre.

Con sólo un mirar de ojos comprendió Tarfe desde el primer momento la sorda tragedia de aquel hogar, tragedia escrita en el rostro hermosísimo de la paciente esposa con huellas de meditaciones y de lágrimas. Al través de la dulce risa, de los graciosos donaires que á modo de careta ponía la infeliz sobre sus íntimas desventuras, adivinaba el «fiero almoravide» un corazón como el suyo, desgarrado y estrujado por la adversidad, un corazón henchido de hervores y dolores, un alma en carne viva... Y al comprenderlo así, lloraba Tarfe por dentro, mudo, tembloroso, derretido de amor y misericordia.

—Pero, ¿qué le sucede?—preguntó la dama en uno de aquellos instantes de pasión y de angustia—. Hoy vino usted de mal cariz... ¿Es que no luce ya la centellica?

—Pluguiera á Dios, señora, que se apagase para siempre... Que se apagaran también los astros del cielo, y la noche nos devorase á todos. ¿Para qué vivir?... Esto de vivir, si se tiene corazón ó se tiene entendimiento, es una desgracia muy grande... Los que, como usted y como yo, no somos malos, ni siquiera necios, no deberíamos haber nacido. El mundo es para los infames y los tontos... La inteligencia y la virtud se mueren aquí de pesadumbre...

—¡Jesús, amigo mío, y qué de locuras dice usted!

—Es que yo soy un insensato. No me bastan los males propios, y me da por sentir los ajenos. Mas ¿cómo no sentirlos, cuando se ven tan de cerca, delante de los ojos, delante del corazón? Si la hermosura, la desventura y la virtud se juntan en un mismo semblante, hay que tener entrañas de fiera para no sentir, para no llorar...

Rodaron dos gruesas lágrimas por las mejillas de Tarfe. La discreta dama advirtió en su pecho una agudísima zozobra. La actitud del pintor empezaba á producirle cierto vago malestar.

—¡Vaya!—le replicó, dejando ya de sonreir—. Es menester, amigo mío, concluir este retrato... ó si usted lo prefiere, renunciar á él... Si no, acabaremos usted y yo por perder el tiempo y la paciencia...

Llegó, por fin, el dia decisivo. Entonces el pintor parecía loco de remate; hablaba con exaltado frenesí, trémulo, incoherente, más nervioso que nunca. Se puso á pintar, desde luego, movido de inusitada resolución; pero al poco rato empezó á borrar, á gruñir, á piafar de impotencia y de cólera. De súbito quedóse en éxtasis, mirando á Carmen con indecible ternura, y tornó á trabajar, mudo, absorto, sin respirar apenas, como si toda la vida se le hubiese agolpado en los ojos y en los dedos.

Languidecía Carmen, fatigada y soñolienta. Su melancólica frente se inclinaba rendida, con mortal palidez, á la sombra de los cabellos tenebrosos. En esta actitud de invencible cansancio, las líneas del semblante se dilataban, la boca de púrpura se entreabría, los párpados se entornaban, toda la faz adquiría una expresión de pesadumbre, un misterio sobrenatural. Sobre la carne morena, dorada y mate de su rostro, los ojeras profundas se destacan con intenso livor. Pocas veces la hermosura y la tristeza se unieron tan amorosa y apasionadamente en la imagen viva de una mujer.

Pasó media hora. De pronto dió Tarfe un salto, profirió un grito y se puso de rodillas ante el lienzo como ante un altar.

—¡Ya está aquí, ya está aquí!—dijo, temblando de júbilo.

—¿Qué es ello?—preguntó la dama, con vivísima inquietud—. ¿Le ha dado á usted otro avenate?

—¡Ya está aquí! repitió el artista—. Brilló el relámpago, saltó la centella y la cogí en los pinceles... Ya no se me apaga; ya está aquí...

Levantóse Carmen al punto, y fué á mirar «la obra».

—¡Qué maravilla!—exclamó—. Por fuerza los ángeles le han movido á usted las manos... Pues ¿no parece cosa de sueño?

Era un relámpago en la noche, una visión en la sombra; una fantasía de Rembrandt con ímpetus y ráfagas de misticismo español. Para colmo de paradojas, después de evocar los manes de Fray Angélico, Leonardo de Vinci y Rafael de Urbino, concluyó Juan de Tarfe por esgrimir los pinceles de fuego del taumaturgo holandés. En las tinieblas de la Noche, súbitamente esclarecidas por el fulgor de un relámpago, se dibujaban las visiones sublimes de San Juan de la Cruz, los bosques y espesuras, las ínsulas extrañas, los sotos vestidos con la hermosura del Amado celestial, la cristalina fuente, los cedros, las cavernas, una sucesión de fantásticos paisajes que se perdían en las penumbras del fondo como proyecciones de lo Infinito. La figura de la Esposa, puesta de frente en primer término y en actitud de vigorosa audacia, recibía de plano el resplandor: nada más noble y triste que aquel semblante amoroso y doloroso, lleno de fuerza y de ternura, encendido en el crudo livor de la centella, mirando á los cielos con una expresión de trágica ansiedad; la blanca túnica, movida por el aire y envuelta en lívidos fulgores, como azulenca llama con perfiles y curvas de mujer, parecía una

lengua de fuego retorciéndose en la noche. Las manos, las preciosas manos de niña, se cruzaban sobre el pecho en un arranque de pasión, y los cabellos copiosos, revueltos y esparcidos, se le enroscaban al busto como á la Magdalena del Ticiano. ¡Cuán briosamente acertó el artista á sorprender la expresión real é ideal de su modelo! Era Carmen de Acuña y era á la vez la Esposa, la que «con ansias en amores inflamada», presa de ardentísimos frenesíes, poseída de anhelante embriaguez, conjuraba á los pastores y doncellas, á las montañas y los ríos, á todos los elementos, á todos los seres y las cosas, persiguiendo las huellas del Amado ausente. El cuadro entero, á pesar de su libre impresionismo, de sus extravagancias y durezas, hallábase impregnado de una profunda emoción: tenía á la par el dulce empaste de un óleo y el rudo vigor de un agua fuerte, la fidelidad de un retrato y la afectación de una alegoría, la robusta sencillez de un clásico del Renacimiento y, á trozos, la torpeza infantil de un primitivo. Aquella exhalación potente, brusca y misteriosa que iba por grados desvaneciéndose en la noche; el asunto, harto convencional, pero sentido honradamente; los efectos vigorosos de luz; la suave palpitación del aire y de la sombra, la vasta perspectiva, los livores, las brumas, las tinieblas, daban al lienzo un atractivo sobrenatural. Logró Tarfe á la postre clavar allí la garra de su genio desconcertado y vehemente, el súbito relampagueo de su numen.

—¡Carmen! —decía, fuera de sí—. ¿Es posible? ¿es posible? ¿Es posible que esto lo haya pintado yo? ¡Qué alegría! ¡qué alegría más inesperada!... Quebré la dura roca y descubrí el manantial... Arranqué á la materia el secreto de pintar los espíritus...

Lloraba y reía á un tiempo, de asombro y de placer; sacudía las románticas melenas; erguía el cuerpo membrudo; alzaba la orgullosa frente: su rostro noble, ascético y bravío, bañado de ternura y de gozo, resplandecía con destellos de impetuosa juventud.

—El amor... el amor hizo este milagro... El amor, que es la raíz del arte, la fuente de la gracia, el raudal de la fuerza, la revelación de todas las hermosuras, la centella de las más altas inspiraciones... Porque yo la amo á usted, Carmen —añadió con acento indefinible—, porque yo la amo á usted desesperadamente...

Palideció la de Acuña. Vióle avanzar con los brazos tendidos, los ojos llenos de lágrimas, á la vez imperioso y humilde. Sintióse ella fascinada, abrasada, aturdida por el fuego de este cráter abierto de repente á sus pies. Contuvo un grito y corrió hacia la puerta.

En tan preciso instante la puerta se abrió y apareció allí César de Carvajal.

—¡Hola, mi hijita! ¡Hola, Maestro! ¿Cómo va de salud?... Yo vengo ahora mismo de Jerez... del propio Jerez... ¡Una excursión deliciosa!... Pero esos jerezanos son terribles: ¿pues no me han tenido tres días encerrado en una bodega? Y que allí no hay más remedio que entregarse... ¿Cómo no? Toman por punto de honra que el forastero pierda los estribos... Yo, esta vez..., la verdad..., creo que los perdí...

No necesitaba esforzarse mucho para demostrarlo. La alegría de su rostro, la torpeza de sus remos, lo decían harto mejor que sus razones.

—En fin—agregó queriendo rectificar—, yo apenas lo caté... Ya estoy más fresco que una lechuga... Pero ¿qué ha-

céis ahí, tan absortos los dos, con esa cara de susto?... ¿Y el retrato?... ¡Sopla! Pues ¡si ya está!... ¡Picarones! ¿Me queríais dar la sorpresa?... ¡Oh, qué prodigio! *Un chef d'œuvre!*... Esto es Leonardo puro... con relámpagos de Rembrandt... *C'est épatant!* ¡Bravo, Maestro!... La figura de Carmela tiene una expresión... un *chic*... una *souplesse*... ¿Y el paisaje? ¡divino! Este ambiente se respira... este agua se bebe... y esa luz... ¡caray! deslumbra los ojos... ¡Maestro! ¡dame un abrazo!... Hay que celebrar el triunfo, ¿sabes?... Mira: por de pronto, esta noche te quedas á cenar aquí!...

—No—repuso enérgicamente la de Acuña, azotando á los dos hombres con una misma mirada de altivez y desprecio—. Esta noche no puede ser.

Sintióse Carvajal un tanto cohibido. Miró á su esposa, sin atreverse á preguntar la razón.

—Pues bien: será otro día... Es preciso dar una gran fiesta... la fiesta del *vernissage*... y exponer el lienzo en los salones de la Lonja... ¿No os parece? ¡Ahí es nada!... Carmencita: ¡di algo, mujer!... ¡Qué gloria para el pintor y... qué orgullo, también, para tí!...

Arrebatado César por la admiración y por el vino, que de Jerez mas no en Jerez había trasegado, quiso lanzar un ardoroso *speech;* pero Tarfe á este punto se dirigió hacia la puerta. Ya en el umbral, volvió el artista sus ojos, desconsoladamente, al lienzo peregrino; despidióse de Carmen con una muda reverencia y abandonó la estancia y salió de la Almanzora, desencajado, trémulo, inerte, bajo la horrible desolación de esta angustiosa despedida que era un adiós definitivo, para siempre jamás, á cuanto él soñaba y adoraba: á la juventud, á la belleza, á la poesía, al amor, á la ternura y á la gloria...

Salió Carvajal con «el Maestro» hasta el jardín y tornó después al saloncillo, disimulando á duras penas su vergonzosa embriaguez.

—Carmencita—la dijo dulcemente—: ¿Por qué no quisiste que se quedara el pobre Tarfe?... ¿Piensas, quizá, que todavía estoy borracho?—agregó, dando un traspié sobre la alfombra.

—No es esa la razón—repuso Carmen, y miró á Carvajal severamente—. La razón es... que me voy ahora mismo de tu casa. He resuelto separarme de ti.

—¿Qué dices?—replicó el marido lleno de asombro—. ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

—No: te hablo con entero conocimiento, con absoluta resolución; he decidido abandonarte. Mi presencia en tu hogar es inútil; es un estorbo para ti, una vergüenza para mí... acaso un riesgo para los dos... Pensé redimirte á fuerza de sacrificios, de abnegaciones y de lágrimas... Todo fué estéril... Tú necesitas sufrir mucho, llorar mucho, para comprender la verdad, para abrir los ojos á la luz... Ahora estás ciego... y yo no puedo curarte. Caería, tal vez, contigo en las tinieblas...

Él la escuchaba con aparente mansedumbre, pero en el fondo de su pecho hervían la cólera y el vil enojo, estimulados por los vapores del alcohol.

—Me afrentaste muchas veces—siguió Carmen, tranquila y resuelta—; me afrentaste en tu misma casa, sin respetar siquiera mis aposentos; ofendiste mi decoro y el tuyo delante de los amigos, de la servidumbre, á la faz de propios y extraños; hiciste gala de tu poca aprensión, trayendo aquí los relieves de tus orgías, salpicando mi alcoba con el cieno del

arroyo; escarneciste el hogar, sembrándole de impurezas, de mentiras y de traiciones... Yo callé hasta ahora, sufrí, me contuve, con el noble propósito de evitar el escándalo y detener la ruina de tu hacienda y disimular á los ojos del mundo estos ultrajes, aun á riesgo de envilecerme con ellos... Todo lo padecí, todo lo perdoné; pero lo que no puedo soportar, lo que me obliga á huir de la Almanzora para siempre, es el peligro, el grave peligro de perder mi alma por culpa de tu abandono... Mira que soy mujer... mira que á fuerza de recibir agravios, de llorar en silencio, de poner en tortura el corazón... llegaría el corazón á rebelarse contra la voluntad... Acostumbrada á prescindir del apoyo y defensa de mi marido... me olvidaría de ti y, lo que es peor, olvidaría mi deber... Me hallo en la situación de quien ve morir á un semejante suyo y no le puede salvar, antes bien corre el peligro de morir con él... Ya que tú te empeñas en perderte, deja que yo me salve... No es la vida lo que aquí arriesgo; no es mi vida lo que pretendo rescatar; es algo más frágil y más precioso: la honra. Es mi honra, es tu honra, que acabarían por rodar juntas en el mismo fango... ¡Ciego!, ¿no lo comprendes?

Brotó del pecho de Carvajal la ira, á compás de tales razones.

—¡Bueno!—dijo de pronto—. ¡Déjate de historias! ¿Á qué viene esta comedia? No te irás... porque yo no quiero que te vayas... ¡Soy el marido... soy el amo!—añadió con la brutalidad de la embriaguez.

—Sólo es dueño el marido por el amor, por la dignidad; sólo es esclava la mujer por la ternura. Mas ya no es tiempo de discutir estas cosas... Óyeme sin arrebatos, César. Yo podría entablar demanda de divorcio y acogerme á la ley·

Como tú no te recatas de mí ni de nadie para ofenderme, tengo testigos á montones. Pero no... Quiero evitar en lo posible el escándalo: me voy sin ruido, calladamente, amistosamente...

César, que vió perdido el pleito, se echó á llorar como solía.

—¡Carmen, por compasión!... No me abandones... Yo haré lo que tú quieras, lo que tú mandes... Yo estaré siempre de rodillas á tus plantas... ¡Perdóname! Yo no puedo vivir sin ti...

—Es preciso que sufras, es preciso que llores —repetía Carmen con acento conmovedor—. Es menester que llores mucho para lavar tus miserias... Para los hombres como tú no vale la ternura, es inútil la caridad, no tiene eficacia la mansedumbre... Los hombres como tú no se enmiendan más que á fuerza de latigazos y de lágrimas... Y yo no sirvo para hacerte sufrir, yo no sirvo para hacerte llorar...

—¡Carmen, amiga mía! Pues ¿no ves cómo sufro? ¿No ves cómo lloro?

Ese llanto es el mismo de otras veces. Ya llorarás algún día con todo tu corazón; ya sufrirás de veras cuando estés solo, cuando te halles sin fortuna, sin amigos, sin esperanza ni salud...

¡Qué contraste el de ambos cónyuges, en medio de esta porfía grotesca y trágica á la par! Él, humilde, convulso, de hinojos en el suelo, con las ropas y los cabellos en desorden, el rostro fruncido como el de un nene, torpe, cobarde y ebrio ante su esposa; ella, de pie, con la túnica blanca todavía, en una actitud de orgullo, de majestad y de dolor.

—¡Carmen! Yo te quiero..., eres la única mujer á quien yo quiero... Te engañé muchas veces... te ofendí... tienes razón

de sobra...; pero todos mis errores no bastan á desmentir mi ternura... Me dejé llevar de los malos instintos, de los antojos fugaces...; pero mi corazón fué siempre tuyo... lo será mientras viva... Tú sola tienes el señorío de mi alma... No sé cómo explicártelo... ¡Me pareces tan distinta de las demás mujeres! ¡Tan superior á todas! Respiro en ti un aliento maternal... Y te adoro... te adoro con locura... A veces los hijos hacen sufrir á sus madres sin dejar por eso de quererlas...

Detúvose aquí, pugnando, entre zollipos y balbuceos, por exprimir el turbio caletre y hallar razones en el fondo de su infantil egoismo. Próximo ya el anochecer, estaba el salón bañado por una suave penumbra; en el centro de la estancia, absorbiendo los últimos rayos de luz, yacía el lienzo de Tarfe, mortecino y triste, como una pobre criatura abandonada en el fragor de una tragedia.

—También las madres—replicó la esposa—llegan á desprenderse de sus hijos cuando lo pide la ocasión... Con harta pesadumbre me separé de Jorge; pues ahora es fuerza que me separe de ti. Repito lo que dije un día: Fuí madre para los dos, pero una madre demasiado complaciente. Y tú necesitas, lo mismo que Jorge, unos puños de hierro...

—¡Carmen! No seas cruel...

—Harto me duele ahora—añadió la dama, enjugándose los ojos—no ser tan blanda como fuí... A pesar de lo que me hiciste padecer te tengo lástima y cariño; no en balde te di con la mano el corazón... Mas ya no es hora de volver atrás, porque te pierdo y me pierdo...

—¡Carmen! repitió el marido, levantándose impaciente—. Por última vez, ¡no me abandones!

—Cuando hayas llorado de veras, cuando hayas sufrido

como yo; cuando estés solo en el mundo y todos te rechacen; cuando me necesite tu alma, entonces volveré... Hasta entonces, me buscarás en vano... Me voy sin odio, con mucha pena, pero con la frente muy alta... Voy á vivir de mi trabajo, conforme he vivido siempre: no aceptaré nada tuyo... Si tuviéramos un hijo, yo haría que te declarasen pródigo; yo defendería tu casa de la bancarrota que la espera; mas, por bien ó por mal, Dios no ha querido darme hijos. No tengo ese derecho, el único derecho que yo sabría invocar y mantener hasta la muerte con tanta resolución como mi honra.

—¿Qué hablas de derechos?—repuso Carvajal sin poder reprimirse . . ¿Olvidas acaso el que yo tengo sobre ti?

—Pierde sus derechos quien falta á sus deberes.

Se desbordó la cólera en el pecho de César. Vió en la actitud de su mujer un propósito inquebrantable; comprendió que la perdía para siempre. Y entonces, fuera de sí, frenético, agresivo, pretendió imponer á todo trance su varonil autoridad.

—A mí el derecho me lo da la ley—dijo, echando lumbre por los ojos—. Y, en último término, la fuerza.

Levantó Carmen la frente al escuchar estas palabras. Quiso al punto salir del aposento, pero el marido se lo impidió.

—¡No te vas!, ¡te digo que no te vas!—clamó iracundo—. ¡Eres mía!, ¡eres mía hasta la muerte!

Carmen, sin responder, tocó el timbre para llamar á Alfonsa.

Concluyó César con esto de embravecerse. Perdida ya la mansedumbre, saltó de súbito el instinto, ese instinto brutal de los maridos ruines á quienes irrita y enfurece, no el me-

nosprecio ni el desamor de la esposa, sino el cobarde miedo de perder la hembra. Movido Carvajal de frenético impulso, y abrasado también por los ardores del alcohol, puso con ciega furia la mano sobre el rostro de Carmen.

Tembló la dama al recibir la afrenta; miró al infame, roja de indignación y de orgullo; pero más valerosa que él, mucho más fuerte, supo en seguida refrenar sus ímpetus y decir con voz firme, llena á la par de sufrimiento y altivez:

—Es el único ultraje que me faltaba recibir de tus manos.

XXI

PARECE QUE FUÉ AYER...

Cuando Carmen salió de la Almanzora, pensó huir de Medina y esconder su bochorno y desventura en el último rincón de la tierra. Pero al verse á cielo descubierto, en la soledad del camino, sintió una lúgubre inquietud. ¿Dónde volver los ojos y enderezar los pasos? ¿Dónde ampararse aquella noche? ¿Cómo evitar el ruido, las hablillas de la gente, las calumnias tal vez? Estaba sola en el mundo, sin más tesoro que su noble espíritu, sin más ajuar que las ropas que llevaba puestas, sin otro refugio que la clemencia de Dios. Alfonsa no sabía sino gemir y encomendarse á la Virgen de las Angustias; Jorge, suelto y horro, tras su expulsión de la Almanzora, vivía clandestinamente de las migajas de César y sumergido con la bella Raquel en el blando cieno de la más vergonzosa depravación.

Mas no era Carmen de Acuña hembra cobarde ni medrosa; antes bien, las más rudas pesadumbres despertaban en su pecho una energía varonil. Cobrando los bríos al hallarse libre de tan impuro ambiente, donde á la postre flaqueara la más recia virtud, resolvió vindicar los fueros de la suya, vol-

ver al antiguo estado, restaurar su pobreza, rehacer su vida anterior, como si aquel indigno matrimonio fuese un mal sueño del cual despertase al fin. Cogióse al brazo de Alfonsa; tornó á la vieja Alcaicería, y, encubriéndose cuanto pudo, entró en la casa de Clotilde, la vendedora del Postigo del Rey.

—Vengo—le dijo, confiándole sus cuitas—á buscar un refugio en esta casa, mientras encuentre medios decorosos para vivir... Yo trabajaré, Clotilde; no le seré muy gravosa... Le pido solamente un rinconcillo en su aposento y un pedazo de pan... No quise recurrir á los amigos de mi difunto padre, por evitar un mayor escándalo... Serían pocos los que supieran comprenderme...; afearían mi conducta... Los hombres, en estos trances, dan la razón al hombre... Pero usted, Clotilde, es mujer... y mujer de gran corazón...

—¡Ay, señorita Carmen—repuso Clotilde con lágrimas en los ojos—, y qué bien hizo viniendo aquí! Soy una pobre, pero tengo muy buena voluntad: disponga usted de mi pobreza... ¡Jesús! El pan me quitaría de la boca para dárselo á usted... Cabalmente, hoy se fueron mi padre y mi hermanillo á la feria de Mairena, y estaremos nosotras con mayor anchura. Por de pronto les cedo á ustedes mi aposento, que es el mejor de la casa.

Era la de Clotilde primorosa por lo chiquita y alegre. Tenía un solo piso, un zaguán de baldosines, unas habitaciones muy claras, un huerto con muchas flores y un corredor lleno de macetas y de pájaros. La alcoba de la joven relucía como el oro, de puro limpia y gentil, lo mismo que su dueña. En la pared, sobre un lecho más blanco que la nieve, pendía una estampa de la Virgen del Carmen.

—Ella le ayudará dijo Clotilde, señalando al óleo—. Es su patrona, señorita... Ya verá usted cómo acude á remediar sus penas...

La aflicción, la gratitud y la ternura humedecieron á este punto las mejillas de Carmen. Se echó en los brazos de la moza, llenándola el rostro de besos y de lágrimas.

—¡Dios se lo pague, Clotilde! ¡Dios le pague á usted su generosa hospitalidad!

—Una es pobre, señorita; pero no le faltan buenos sentimientos.

—¡Ay, Clotilde!... Debieran los ricos aprender de los pobres, muchas veces, á tener buen corazón...

Alfonsa, que no podía reprimir los sollozos, salióse al huerto, buscando un sitio, á la luz de la luna, donde hipar á sus anchas.

Al calor de tan dulce asilo concluyó Carmen de reponer las fuerzas y dirigir sus propósitos al fin que había determinado; mas no pudo evitar que la nueva de su escisión corriese como un reguero de pólvora por todo el barrio de la Alcaicería. Vióse al punto anegada en ese turbión de malsanas curiosidades y estúpidas compasiones que envuelve á la grandeza caída en este pícaro mundo, donde las gentes, por lo común, hallan singular complacencia en humillar y perseguir al que «viene á menos» con plañidos de hipócrita caridad.

—¡Infeliz! —decían —. ¡Tan hermosa!... ¡Pobrecilla!, ¡tan buena!... ¡Qué lástima!, ¡qué dolor!... ¡Si levantara la cabeza don Gaspar de Acuña!

Estos dichos, y otros mil más impertinentes que discretos, volaban de boca en boca por el antiguo arrabal, en los escritorios, en las bodegas y hondilones de la Alozaina y la Ven-

deja, en el Pasillo de los Claveles y el Postigo del Rey. Ociosos y comadres, tan accesibles á la compasión como al dinero, comentaron de esta suerte el retorno de la Maestra:

—¿Ha visto *usté, señá* Engracia, á lo que han venido á parar «aquellas misas»? —No me hable *usté, señá* Remedios, que tengo el corazón en un puño... —Desde que vi á ese mal ángel adiviné lo que iba á pasar; ya sospechaba yo que el «inglés» no venía con buen fin... —¡Pobretica! Poco más de un año le duró la buenaventura... — ¡Si lo tenía yo *profetizao!*

—Ella, lo que debía hacer—aconsejaba la estanquera, viuda, por cierto, de un travieso procurador—, es pedir el divorcio...

—No, hija, no, que eso es cosa de herejes... Lo que debía es exigir una indemnización al perulero... Al fin y al cabo se va á gastar los caudales con la niña de la Castaña... —Si yo estuviera en su lugar, me las pagaba el muy bribón, como tres y dos son cinco...

Y no faltó quien insinuase:

—Después de todo... la «pobre» debió *chanelar* y «hacerse de sentido», y pagarle en la misma moneda... igual que otras en su caso... Pero no dejarle el campo libre y pasar las de Caín mientras él se divierte...

Martín Tenorio, el peluquero, aprovechaba la ocasión para exaltar sus ideales políticos:

—Si hubiese república en España no sucederían estas cosas... Todo ello lo arreglaba yo en un periquete con una ley estableciendo el amor libre... ¡Viva la república federal!

Y el zapatero de al lado blandía el tirapié á compás de una copla por el estilo:

A aquel que tuvo la culpa
de su pena y perdición,
á cachitos se le caigan
las alas del corazón.

Mientras la planchadora de enfrente, una mocita marbellí, también desdichada en amores, decía con lágrimas en los ojos:

Los hombres son *tós* iguales;
el que menos y el que más
tienen palabras de santo
y *partías* de charrán.

Al olor de la hermosura y la desgracia acudieron también Arístides y Rafael Ariza, entre otros, ofreciéndose á título de «hombres buenos» y «amigables componedores», creyendo quizá los muy bellacos que el despecho pudiera debilitar la robusta virtud de la de Acuña. Fingía Arístides unos ímpetus caballerescos y románticos al poner los ojos con voraz y pérfida intención sobre el semblante de la dama, y el cursi gacetero, retorciéndose el bigote, repetía entre dientes: «¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

Cerró Clotilde la puerta á necios, curiosos é importunos, en tanto Carmen, superior á todas las situaciones, envolvía su pena en una fuerte y austera dignidad. La voz de sus virtudes é infortunios le deparó por fin honrosa coyuntura para partirse de Medina sin detrimento de su fama. Una ilustre familia de Alcalá de los Zegríes, que tenía dos hijos de pocos años, propuso á Carmen que se fuese con ellos en calidad de institutriz. Medió en el trato el padre Borja, y hasta la vieja alpujarreña halló acomodo en la misma casa. Mas como fué

preciso aguardar que aquellos señores volviesen de Madrid, donde á la sazón estaban, aún tuvo Carmen sobrado tiempo de disponer el viaje y apurar la paciencia.

Holgaba entretanto el infiel marido con la gentil y complaciente Candelaria, libres los dos y felices, por los bosques deleitosos de la Almanzora. Pasado el susto de aquel día, cuando vió salir á su mujer, impávida y serena, cargada de razones y de ultrajes, procuró el mestizo emborrachar sus torpes remordimientos con los vinos de su bodega y con los besos del pimpollo. Vivió César desde entonces en un ambiente de embriaguez y de locura; volvieron á brillar en la Almanzora las luces de las antiguas bacanales; tornaron las noches de zambra y regodeo, las cenas en el triclinio, los lances bufos, las verbenas, las músicas, los festines, con un alarde de insolente de impudor y de insania. Hundióse el Fúcar en los goces más bulliciosos; se entregó de nuevo á los parásitos; se dejó explotar y aturdir y embrutecer, como si quisiera consumir de golpe salud, honra y dinero; estrujar de una vez el corazón y la bolsa; derramar la sangre y la vida á puñados, á chorros, lo mismo que un salvaje, que un demente.

¡Vive Cristo y cómo corría el oro del Perú! Vendidas ó hipotecadas las haciendas de Ultramar, iban feneciendo los hoteles de Medina, las huertas, los cortijos y lagares; y no mucho después las colecciones, los cuadros, los tapices, las ánforas, los vargueños, las panoplias, las vestiduras, las medallas, las vitrinas resplandecientes, como si un tropel de bárbaros cayera de súbito sobre el hogar de este pequeño César, viva parodia de aquellos otros que arrastraron sus púrpuras imperiales por el suelo de los triclinios en una brutal orgía de todas las sensaciones.

Era de ver Candelita, ríe que te ríe; más alegre que el sol, llena de encajes y de brocados y de joyas, sin más que decir «esto quiero», para saciar su sed de lujos y deleites en tan espléndida almoneda: ya paseando por los jardines en el precioso palanquín de lacas y bambúes, ó recreándose en el baño como una odalisca, ó durmiendo la siesta en una hamaca de sedas y flores, mientras *Jurel*, su pajecillo, la abanicaba al sonsonete de un *garrotín*. Eran de ver y de oir también las tertulias de la Almanzora: las intrigas y conspiraciones alrededor de Carvajal; los trapicheos de la servidumbre; aquel ir y venir de gentes, noche y día; aquel desfile inverosímil y grotesco de truhanes, verrugos, tahures, buscones y pícaros de toda laya; las sombras chinescas por los tránsitos; las conversaciones á media voz en las penumbras; los cuchicheos detrás de los tapices; el hervor incesante de las pasiones desatadas en torno del insensato reyezuelo. ¡Qué cosas dijeran, si hablasen, las cornucopias del salón Luis XV, las lunas venecianas, los espejos de «las termas», los baldaquines de las alcobas, las cátedras del triclinio, los biombos del camarín japonés, los cenadores y cabañuelas del parque, las alcatifas, los confidentes, los faldistorios!... ¡Cómo andaban allí, revueltos y amistados en interés del «procomún», Arístides y el doctor Brander, Lechuga y Maese Raimundo, John Nilson y don Efrén, la espuma del vicio cosmopolita, la flor y nata de la bellaquería internacional! Will, el Jorge IV de sir Lawrence, el mayordomo impenetrable, miraba con sus ojos claros y fríos esta batahola, sin pestañear siquiera.

No hay nada tan democrático y nivelador como la crápula, ni que tan pronto destruya las jerarquías, borre las diferencias, pise los respetos y estreche las manos de los hom-

bres más opuestos y enemigos. Al olor de una cena en la Almanzora, sentóse don Efrén al lado de Lechuga; fraternizó Arístides con Nilson; hizo Maese Raimundo muy buenas migas con Muley Safar; pusiéronse á partir un piñón la bella Raquel y Candelita... ¿Qué más? Si hasta don Adolfo López de la Rúa y su finchado condestable, don Diego Araujo, dignáronse favorecer con su presencia el festín, confundiendo en un abrazo fraternal á *centauros* y *luchadores*...

—¡Esto ensancha el corazón!—decía don Diego, enteramente feliz desde la fuga de Polo Silva—. *Novus nascitur ordo... Tempora mutantur...*

—Pues á mí me parece que *nihil novum*...—replicó Lechuga, trinchando un rosbif. Y añadió, cantando bajito:

Todo está igual,
parece que fué ayer...

Volvió Margarita Gelmírez á la privanza de César después de cierta operación de crédito, por la que el prócer dejó en las uñas de la rámila el más precioso yate de recreo que surcó las aguas azules del apacible Mediterráneo. Rasgo peregrino de Carvajal, que pinta por sí solo las líneas de un carácter; se le antojó de pronto el buque, lo encargó á Inglaterra, y antes de echar el áncora en el puerto de Medina se lo entregó á «los corsarios», á cambio de «una turca» en Miraflores...

Insigne fué la que á renglón seguido preparó la Gelmírez una noche de Carnaval en los salones del hotel. Impuso por condición á sus invitados que habían de disfrazarse, lo cual hicieron casi todos con muy buena gracia y festivo humor.

Aparecióse la bella Raquel en traje de vestal, más blanca y pura que la nieve, coronada por las ínfulas gentiles, envuelta en gasas virginales, sujetas al casto pecho por una fíbula de oro, y en la fíbula un opulento ramo de azahar .. Venía detrás John Nilson, con trazas de ginovés, gregüescos amarillos, jubón adamascado y hopalanda corta de pañete obscuro, en cuya espalda puso una mano aleve este letrero: *Shylock*. Don Adolfo López de la Rúa vestía á la chinesca: túnica de seda morada, un peto verde con un gallo rojo, una trenza larguísima y un collar de nueces; en la cabeza el gorro negro con botón de coral, insignia del mandarín. Araujo, que era el propio Napoleón, traía del brazo á la dama de los ojos saltones y la nariz agresiva; la cual dama se puso un traje masculino del siglo XVI, con calzas enteras, muy sonrosadas y ceñiditas, para lucir aquellos orondos fundamentos de su persona, donde la Naturaleza fué más galante que en el rostro...

Grandes aplausos, risas y cuchufletas levantó, al pasar por los salones, una maja de Goya, que vestía, con el donaire y la finura de la más maja del Avapiés, basquiña negra, falda de medio paso, mantilla de tira y peineta de concha. Esta *Tirana*, esta manola de don Ramón de la Cruz, era nada menos que Magín Ramírez, el atiplado «coronista» de salones. Tras él venía Lechuga con calzón de punto, chaquetilla de alamares, faja de seda azul, cofia de malla y sombrero de medio queso.

La dueña del hotel, la «anfitriona», como decía «su primo», desaparecía bajo el montón de trapos y de alhajas, de sedas, tules y perendengues con que compuso y disfrazó su vieja y torpe humanidad. A su lado «hacía los honores»

Pepe Antún, vestido á lo baturro, para tapar la calva con un pañuelo de yerbas. Parecían ambos dos peleles de un holgorio plebeyo, los «gigantes y cabezudos» de la feria de Calatorao. ¡Qué contraste el de esos dos figurones con el arrogantísimo señor don Efrén de la Patilla, envuelto majestuosamente en unos paños helénicos y en la noble actitud del Sófocles de Lisipo! Con él hacía *pendant* Arístides, arreado también á la griega, como un currutaco de los tiempos de Alcibíades. Mas ¿qué decir del redactor jefe de *La Lucha*, del archicursi lugarteniente de Araujo, que osó venir sin otro disfraz que el de caballero? Fué condenado por voto unánime á vestir, sobre el frac ridículo que traía, la colcha de una cama, á guisa de dominó.

Ya estaban todos impacientes por la tardanza de Carvajal, cuando se oyó en el jardín un extraño concierto de flautas, atambores y churumbelas. Abriéronse las ventanas para ver lo que sucedía y se vió, á la luz de cien antorchas y bengalas, una especie de litera, en hombros de unos jayanotes á modo de salvajes con faldellines de flecos y penachos de plumas. Daba Magín diente con diente; reía la bella Raquel; curioseaba la Gelmírez; palidecía Napoleón; pero á este punto, los salvajes pusieron las andas en tierra y saltó de allí, al resplandor de los fuegos de azufre... César de Carvajal, es decir, Atahualpa, el Inca, el Soberano del imperio del Sol... Ceñía un traje de finísima lana de vicuña recamado de luminosa argentería; en la cabeza el *llantu*, la insignia imperial, un fleco carmesí de sien á sien, cubriendo la mitad de la frente, y un airón de plumas de rutilantes colores. Los brazos desnudos, llenos de brazaletes y de ajorcas; el rostro risueño y pálido, cubierto de un sudor frío, pues momentos

antes de salir de su casa le había dado un soponcio. Candelita, que estaba ya muy peripuesta, con almaizares de hurí, creyó que su príncipe se moría, y tal pena le dió que se puso mala y no pudo moverse de la Almanzora. Allí se quedó con *Jurel*, mientras Carvajal, un poco repuesto, dispuso el palanquín y fuése al baile de la Gelmírez.

Una jocosa muchedumbre invadía los salones, rebosaba en el vestíbulo, bajo la luz de los elegantes candelabros, y esparcía por el jardín voces y risas, agudos falsetes, ecos de bromas y carcajadas. El piano del salón principal tañía los valses de moda, los aires vieneses, á cuyo son entraban allí nuevos invitados en pintoresco tropel. La linda vestal, que había vertido en sus velos de virgen un frasco entero de heliotropo, revoloteaba como una paloma, seguida de un grupo de mascaritas juveniles. La poetisa de los ojos saltones, á quien decían *Manón* (tal era su pseudónimo en libros y papeles), lucía sus calzas de color de rosa y disertaba en el corro de «intelectuales», entre don Efrén, López de la Rúa y Araujo. El doctor tudesco llegó á última hora en figura de *Lohengrin* y eligió por *Elsa* á cierta viuda alegre vestida de napolitana. La Gelmírez, con los impertinentes á guisa de cetro, se dirigió al grupo de doncellas.

—¡Niñas, al salón!—les dijo en tono maternal—. Que empieza el baile...—Al oir esto acudieron todas, presididas por Magín, el cual tomaba apuntes en su *carnet* para escribir en *La Lucha* al día siguiente una crónica llena de almíbares y *adjetivitos*... Así decía el muy picarón, relamiéndose de gozo.

Andaba el Inca mohino y triste en el barullo del hotel, hurtándose á la curiosidad de las damas, buscando los rincones como si le mordiese una secreta preocupación. Luego de

valsar un poco, asido al talle de la gentil sacerdotisa de Vesta, bajo las celosas miradas del inglés, apartóse del salón, guiado por Pepe Antún, mientras la «anfitriona», Sófocles y míster Nilson cuchicheaban detrás de un biombo. No mucho después, en la penumbra del próximo gabinete, se debatía Carvajal entre las garras del viejo neblí.

—Mire usted, don Efrén, yo necesito con urgencia veinte mil duros...

—¡Veinte mil duros, santo Dios! Imposible, querido, imposible... ¿Dónde voy á buscar tanto dinero? Arriesgué en su favor toda mi fortuna... La subasta de los hoteles fué un desastre... La propiedad urbana está por los suelos... Antes de hacer una nueva operación sería preciso recoger los pagarés, cancelar el crédito de la casa Nilson y reforzar las garantías...

—Como usted quiera... Tengo á su disposición dos joyas: un Greco, un Rubens... Además, las porcelanas..., una colección de aguas fuertes...

—Aquí no hay mercado de antigüedades. Yo no entiendo ese negocio; con los tapices perdí catorce mil pesetas... ¿Por qué no va á usted á Madrid?...

—No puedo esperar... Necesito mañana... siquiera quince mil duros...

—Imposible, querido, imposible...

Insistía César con ansia, reduciendo la cifra, exasperado ya por la pachorra del ateniense. Las lunas de los espejos, en el fondo de la habitación, retrataban la singular escena: los paños blancos de Sófocles, los plumajes rútilos de Atahualpa, las actitudes majestuosas de don Efrén, el perfil aguileño de Carvajal. Afuera, entre el galop de la alegre

mascarada, se oía la voz sardesca de la Gelmírez, el falsete de Magín, las erres de Nilson, que decía embelesado:

—Señoga... Este es el pagaíso tegenal...

Pero más atento al *negosio* que al baile, vigilaba la puerta del gabinete, avizorando en los espejos las plumas temblorosas del Inca.

—Pronto estagá—pensaba el judío—como el gallo de Mogón...

A una señal de Sófocles acudió el inglés y oyó imperturbable las pretensiones de César, que balbucía impaciente:

—Mañana mismo... diez mil duros...

—¡Se me ocuge una idea!... Podíamos haseg una liquidasión total de los créditos, acumulag los integeses y añadig los dies mil dugos... hipotecando la Almansoga...

Palideció el perulero; las plumas del airón se estremecieron en su cabeza. ¡La Almanzora! ¡La Alhambra de sus amores! ¡El último jirón de su fortuna! ¡El noble solar de los califas medinenses!

—Pues bien...—dijo por fin, extendiendo los brazos desnudos en actitud de heroico sacrificio—. ¡Sea! Mañana les aguardo allí... Dispongan ustedes la «operación»...

Pasada la media noche sirvióse á los invitados un copioso *buffet*. Corrieron á raudales el vino, el ingenio, la desvergüenza y la locura. El inca se dió á beber y á reir desaforadamente, con la facilidad que el pícaro tenía para olvidar sus zozobras y aturdir sus remordimientos. El doctor Brander, á la vera del inca y de la viuda alegre, mezclaba el jerez y el champagne, los chistes gitanos y las leyendas del Rhin, en el turbión de su verbosidad inagotable. Don Adolfo López de la Rúa hechizaba al auditorio femenino con gen-

tiles anécdotas de amor y de política, intimidades de la vida cortesana, historias del gran mundo que sabía urdir y salpimentar, haciendo gala de una insolencia deliciosa. Cierto pródigo arruinado que aún vivía á lo príncipe merced á su donaire y lindo rostro, contaba sus aventuras por España y América, en un tonillo displicente y fanfarrón:

—Yo heredé dos grandes fortunas y las tiré por la ventana... Me cansé muy pronto de ser rico... Sentí el acicate de otras emociones... Me embarqué..., corrí por el mundo, y como basta despreciar el oro para tenerlo, volvió el oro á mis manos y otra vez lo perdí... Cuando sólo me quedó la casa donde vivía, le pegué fuego... para alumbrar mi orgullo y fastidiar á mis acreedores... Yo sólo quiero las cosas para desdeñarlas y sentirme superior á ellas. Soy un filósofo... ¿Qué me importa el dinero? ¿Qué me importa la vida? Quisiera agotarla en una noche de amor y de gloria; concentrar en un vértice de suprema embriaguez todos los apetitos, los deseos, los ímpetus del alma y de la sangre, cuantas emociones pueden caber en el ancho vaso del corazón, y morir..., morir de un furioso atracón de vida...

Galvanizado Carvajal por estas palabras, se levantó de su asiento y dijo con torpe lengua:

—Yo también... yo también quisiera abarcar el mundo en una noche; poseerlo, gozarlo y destruirlo, para arrojar después sus trizas á la nada, como un puñado de flores muertas al aire. Me consume el deseo, la fiebre de vivir y de morir... Quisiera estrujar la vida, igual que un racimo, y beberme todo su zumo de golpe, y apagar la sed... esta sed que me devora...

Trémulo, ronco, febril, con las pupilas ardientes y el ros-

tro lívido, los brazos desnudos y las plumas en la cabeza, parecía Carvajal la estampa de Lucifer.

—¡Brindo—repuso Manón alzando su copa—, brindo por el superhombre de Nietzsche, por el que supo romper las tablas de los viejos valores y lanzarse gallardamente más allá del bien y del mal! ¡Brindo por los hombres rebeldes, sinceros, libres, comprensivos, emancipados de todo yugo, pródigos de la sangre y del oro, que luchan por destruir los prejuicios de una moral de esclavitud! ¡Brindo por los valientes luchadores; brindo por los centauros, por los fogosos centauros, hambientos de libertad y de vida, símbolos de la pasión humana, del humano deseo, de la eterna sed!

Un fragor de aplausos, vítores, risas y olés ahogó las últimas frases del *speech*. La superhembra apuró su copa. *Lohengrin* exclamó con grande alborozo:

—Esta *mugier* tiene un talento... macho.

—Toma nota, Magín—recomendó Lechuga al «coronista»—, y ponle un buen *adjetivito*.

Dos horas después empezó el desfile. Sófocles, muerto de sueño, se retiró á descansar. Napoleón, su ayudante y el ingenioso mandarín se despidieron también. Arístides paseaba triunfalmente su pareja, la insigne Manón. A Carvajal se le caían todas las plumas; huraño y mustio, andaba por allí, cuando la bella Raquel vino á sacarle de su torpe modorra y á entretenerle con muy gracioso palique. Poco más tarde, míster Nilson, completamente beodo, se levantó para salir; hizo unas cuantas eses y buscó á Raquel por los rincones; pero la dulce vestal se había escabullido... en compañía de Atahualpa, el galante soberano del Perú...

Esta aventura de Carnaval tuvo un donoso epílogo el

miércoles de Ceniza en la mansión coquetona de la calle de Pulchinela. Holgaba la ninfa de los ojos verdes, fumando un cigarrillo turco en su gabinete modernista, cuando llegó Jorge de Acuña pálido, nervioso, iracundo, fuera de sí.

—¡Jorge!, ¿qué es eso?—preguntó la dama—. ¿A qué vienes? ¿No te dije que hasta la noche...?

—¡Infame!—exclamó Jorgito—. ¿Y me preguntas á qué vengo?... Lo sé todo...

—¿Qué es lo que sabes, mentecato?

—Sé que fuiste al hotel de la Gelmírez, y que al salir del hotel...

—¡Eso es mentira!

—Yo lo vi con mis propios ojos... Te vi entrar en la Isabela con ese hombre... á las tres de la mañana... Y por si no fuese bastante, anoche estuviste en la Almanzora... Te vi también...

—¡Ah! ¿Te dedicas á seguir mis pasos? ¡Lindo papel, por vida mía! *C'est drôle!*

—¡Oh, pérfida! Yo perdoné tus burlas, tus traiciones, tus ultrajes... Me envilecí contigo; puse á tus pies mi honor, mi vergüenza, mis deberes... Cerré los ojos, me arrastré por los suelos, para mendigar las sobras de tus impúdicos amores... Todo lo consentí... porque te adoro con locura; porque no puedo... porque no sé vivir sin tus caricias; porque estoy degradado y perdido... Pero esto no te lo perdono... ¡Irte con él... con César!, ¡qué infamia!... No, y cien veces no... No puedo perdonarte... Me voy de aquí para siempre...

Lloraba Jorge de cólera y de pena, de amor y de odio, preso en la doble tortura de la pasión y de los celos, sintién-

dose incapaz de hacer lo que decía, de abandonar á esta mujer, que era su vida y su muerte, su dicha y su martirio, su placer y su deshonra.

Ella le miró de soslayo, con una mezcla de compasión y desprecio. Ya no le amaba; ya había perdido el mozo, para la astuta aventurera, todas los incentivos y deleites de la dulce ingenuidad, de la golosa timidez; ya su amor carecía de novedades y misterios... Quiso Raquel á Jorge por su candor infantil, por sus gracias de niño y de poeta; pero luego de corromperle y estragarle, luego de exprimirle como un fruto nuevo y sabroso, concluyó la muy bribona por aborrecerle. —¿Para qué—pensaba—soportar los humos de este mocoso, que ya no tiene pudor y ni siquiera tiene dinero? —Pues bien; sí... vete...—le dijo con profundo desdén—. ¡Ya estoy harta de tí! ¿Con qué derecho me pides cuentas? ¿No vives á mi costa?

Sintió Jorge la puñalada en el centro del corazón. Vió de repente, como á la luz de un relámpago, el negro abismo abierto á sus pies, el negro abismo de su desdicha y de su oprobio. ¡Ah, la pérfida sirena! ¡Cuán dulcemente le trajo aquí para engañarle, para perderle y destruirle, para arrojarle ahora de cabeza á la sima! ¡Con qué insolente crueldad le echaba en cara los puñados de lodo! Cierto que ella le socorría desde que el Fúcar, por el desvío de su esposa, desamparó al hermano; pero, ¿y antes? ¿Y las joyas que el mozo regaló á su manceba? ¿Y el río de oro con que regó el belitre los caminos de Onil, la casita de sus amores, los aposentos de la ingrata? El bochorno y el asco de todas estas vilezas hicieron estallar la cólera de Jorge:

—¡Ah, miserable! ¡Nunca pensé que fueras tan ruin!

Puso Raquel los brazos en jarras con el desgarro y el brío de una rabanera.

—*Va t'en!*—dijo, moviendo los ojos verdes como un basilisco—. *Va t'en! Souteneur!*

Fuera de sí Acuña al entender el insulto, repitió la fea palabra que el ventero dijo á Maritornes, y... ¡aquí fué Troya! Revolvióse la fiera Raquel lo mismo que una hiena, torció la linda boca, rechinó los dientes, abrió las ventanas de las narices, y clavó las finísimas uñas en el rostro del mancebo. ¡Válgame Dios y cómo le puso la cara!

No tuvo tiempo el infeliz para responder á la agresión de esta gata de Angora, pues casi al mismo punto sonó un campanillazo y entró en el gabinete míster Nilson.

Así que vió á Jorge se encaró con el mozo:

—¿Qué hase usted aquí, so botagate?

Nunca dijera tal. Ávido el joven de resarcir los arañazos de su rostro, estampó en el de Nilson la más terrible bofetada que manos españolas pusieron en la dura jeta de un judío inglés. Bramó el feroce mercachifle; mas antes de que pudiera tomar cruda venganza del sopapo, salió Jorge corriendo y no paró hasta el Postigo del Rey.

Una vez allí, se detuvo un momento en la puerta de su antigua casa; miró el zaguán, desierto á la sazón, los melancólicos umbrales de su dulce niñez, y sintió que el llanto le acudía con ímpetu á los ojos. Los recuerdos de otros días felices, cuando al calor de las primeras ilusiones componía los primeros versos, allá arriba, en el hogar apacible y hospitalario, vinieron á su memoria como reproches maternales. ¿Qué se hizo aquel garzón de los cabellos rubios? ¿Adónde fué el poeta que, entre rubores y ternuras, acariciaba ensue-

ños y quimeras de amor y de gloria? ¡Cuán miserablemente había gastado desde entonces la mocedad, la fuerza y el ingenio! ¡Con qué rabioso frenesí corrió al tumulto de las pasiones más viles en los impuros brazos de la pérfida Raquel! Lleno el triste mancebo de pesadumbre y de furor, pero encendido todavía en los rescoldos de sus infames amores, sufría estérilmente el desengaño, sin bríos ya para salir de este abismo donde, marchita la honra, evaporada la ilusión, muerta la voluntad, rota la juventud, sólo quedaba el pecado con su infinita tristeza, su torpe fiebre, su atracción irresistible.

Bajo el azote de tan crueles desventuras, sintióse débil, cobarde y niño, como en otro tiempo; vió ante sus ojos turbios el porvenir, lleno de incertidumbres y de tinieblas; se halló, frente á la noche, en medio del arroyo, sin hogar, sin amparo, y lloró... Lloró desconsoladamente; pronunció el nombre de Carmen, con un deseo vivísimo de ir á sus pies y pedirla perdón y esconder en su falda maternal todas las culpas y las penas; mas, á este punto, se alzó de pronto, sobre los limbos de la estragada fantasía, la imagen de Raquel, vestida de blancos y delgadísimos tules, angelical, sonriente, seductora, tal cual la vió una tarde en su lindo gabinete de la calle de Pulchinela: medio sentada en el brazo del sillón, balanceando el pie chiquitín y desvaneciéndose entre las volutas azules de un cigarrillo turco... Ciego Jorge de enconados deseos, quiso ir allá otra vez, arrojarse á sus plantas, recibir de nuevo sus afrentas, revolcarse definitivamente en el lodo; pero el latigazo de aquel insulto, que aún le abrasaba las mejillas, más indeleble que los golpes, movió en el fondo de su conciencia los últimos resortes de la dignidad.

—¡Nunca!—afirmó con un arranque viril . ¡Antes me pego un tiro en el corazón!

La frescura de la noche, la humedad de la lluvia que empezó á caer en gruesas gotas sobre la acera, se le metieron dentro del alma al triste Acuña. Iba á guarecerse en el portal, cuando acertó á pasar por allí la vieja Alfonsa, la cual, como vió al «señorito» de esta traza, se le acercó en seguida y cogiéndole por un brazo le dijo á boca llena, con grande aparato de aspavientos, repizcos y mojicones:

—¿Qué haces aquí, pendoncillo, azotando las calles, mientras la pobre de tu hermana está en casa de Clotilde, poco menos que de limosna, y dispuesta á ganarse la vida con el sudor de su frente? ¿De tal modo perdiste la chaveta, gandul, que ya reniegas de tu sangre y te tiras al barro, sin ley ni temor de Dios? ¿Qué miras son las tuyas, imbécil? ¿No te da fatiga, truhán, que te vea la gente de coza en coroza, sin oficio ni beneficio, comiendo el pan de balde y echando la honrilla á los perros?... ¡Jesús y qué vitola tienes! ¿Con quién anduviste que así te ha puesto la cara? ¡Virgen de las Angustias! Pues ¿no parece un *ersehomo?* ¡Quién te ha visto y quién te ve! Acabarás por ir á la cárcel, á presidio, á la horca... ¡Bien lo mereces por *arrastrao!... ¡Juye,* apártate de mi vera; que eres un borde, un criminal!

Sufría el mozo injurias y pellizcos sin chistar siquiera, con los ojos arrasados de lágrimas, lleno de humildad, de mansedumbre, de acres y amargos remordimientos.

—¡Alfonsa! ¡Alfonsa!—dijo de pronto, en un acceso invencible de ternura—. ¡Quiero ver á mi hermana!

—¡Quita, charrán! Tu hermana no quiere verte... Tu hermana se va de aquí... Nos vamos las dos...

—¿Adónde?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para ir detrás .. de rodillas si es preciso... ¡Alfonsa! Tú no sabes lo desgraciado que soy...

—¡Mal alma! ¿Quién tiene la culpa?

—Yo solo, Alfonsa; yo me busqué mi perdición... Los hombres somos así...

—¿Los hombres? No te pongas moños. Tú eres un pelele, una chancleta, un *ná* de *ná*... igualito que el zarramplín de tu cuñado... La mayor parte de los que se llaman hombres merecían vestir enaguas lo mismo que las mujeres... Ser hombre es ser cabal, es vivir con honra, no mentir nunca, llevar el alma en su almario y el corazón en su sitio... Ser hombre es tener vergüenza.

¡Qué autoridad, qué aplomo adquiría esta cruda reprensión en labios de la vieja Alfonsa! ¡Qué ejemplo para el menguado señorito, recibir lecciones de una tosca serrana sin más luces que las de su noble y fidelísimo natural! Baja la frente, quietos los pies, humilde el ánimo, los ojos en el suelo, escuchó Jorgito la filípica; murmuró torpemente algunas frases; movió al fin la compasión de su rústico juez, y encamináronse los dos á casa de Clotilde.

Era la noche obscura como boca de lobo; caía un fuerte aguacero; relucían los charcos á la luz vacilante de los faroles; sólo se escuchaba en el silencio de la rúa el triste son del agua, el chapoteo de los escasos transeuntes, el gañido lastimero de un can...

Alfonsa, recia y clemente, gruñona y sensible, repetía al oído de Jorge, mientras le amparaba de la lluvia con el pico del mantón:

—Ser hombre es tener vergüenza...

Mudo, lloroso, inerte, se arrojó el infeliz en los brazos de su hermana. Miráronse los dos en silencio, poseídos de la misma ternura. Clotilde y Alfonsa se retiraron discretamente.

Bajo la mirada austera y dulce de Carmen, junto á su rostro bello y dolorido, noble y puro retrato de la hermosura y el sufrimiento, comprendió Jorge, más que nunca, las flaquezas de su juventud, la ruindad de sus cuitas, la abyección de sus rotos amores. Toda la hiel de las recientes pesadumbres se le vertió con las lágrimas; sintióse de súbito purificado, consolado y redimido al calor de los besos fraternales, y dió rienda suelta á sus íntimas desventuras, en frases cortadas por la emoción y la congoja.

—¡Ay, Carmen, cuánto sufro!

—Aprende, Jorge, aprende le contestó la hermana con profunda severidad—. La vida es una cosa muy seria... muy seria y muy triste; pero es más triste todavía, es absolutamente despreciable, cuando se pierde el honor...

Pocos días después de estos sucesos, en una apacible mañana de primavera, cruzaba un coche las angostas vías del arrabal hacia la estación del ferrocarril. Iban en el coche Carmen, Jorge y Alfonsa, con la tristeza de una despedida en que tomaron parte, llenos de expectación y curiosidad, casi todos los vecinos del Postigo del Rey.

Los ecos de una copla que, al pasar el carruaje, entonó el zapatero de enfrente, se clavaron como saetas en el alma de los hermanos Acuñas:

Adiós, Medina la bella,
tierra donde yo nací...

Miraba Jorge, conteniendo las lágrimas, los horizontes de su niñez, los recodos de la vieja Alcaicería, las morunas calles, las floridas rejas, los alegres mercados, los bulliciosos almacenes, los mil lugares pintorescos del suburbio, más dulces y queridos ahora al verlos con tanta pena, quizá por última vez... Atrás quedaron el Postigo famoso, la antigua casa de los Acuñas, el huerto de las Monjas, el paseo de los Tristes, el campillo de los Claveles, la fuente de la Salud; atrás también la galera de *Nilson, Faure y Compañía*, la vieja cárcel del atrevido luchador... En la penumbra del sórdido cubil atisbó el mozo la jeta de Rodríguez, el Judas barbitaheño, y las caras tristonas de los pobretes zarramplines, temblando de miedo al escuchar las erres del judío... Pasó luego el coche por la Puerta de los Abades: la barbita puntiaguda del cacique, la estampa napoleónica de Araujo, se perfilaron en el ancho portal sobre el fondo luminoso del claustro. Más allá, en la calle de Pulchinela, al través de unos visillos de color de rosa, adivinó Acuña, ¡oh dolor!, un lindo rostro, unas pupilas verdes, unos cabellos rubios, unos labios de carmín... Toda la mocedad de Jorge, sus recuerdos, sus amoríos, sus glorias y sus penas desfilaban por los cristales del coche y se perdían á lo lejos en una nube de polvo y de sol...

Pugnaba Carmen también por reprimir el llanto que con fuerza le subía á los ojos. ¡Adiós para siempre la juventud, el hogar, el amor, la tierra materna, las esperanzas de felicidad! Todo quedaba allí muerto, derribado, hecho trizas, como los tristes despojos de una catástrofe...

Al pasar por la Alameda se oyó cerca del coche un recio vocerío, un alegre rumor de vítores, aplausos y carcajadas. Movida por brusco presentimiento más que por vana curio-

sidad, se asomó Carmen á la ventanilla y vió (nunca lo viera) un pobre vagabundo, astroso y ebrio, á quien seguía, con grande befa y algazara, la chusma del arroyo, la andrajosa plebe del vecino barrio. Aquel maltrecho vagabundo, aquel beodo perseguido por una turba de pilluelos y tarascas, era... ¿quién lo diría?... Juan de Tarfe.

¡Dios mío! ¿Cómo pudo venir á tal estado, á tal rebajamiento el noble artista? Muda de asombro y de pena, vió la de Acuña el rostro de su amigo, lleno de polvo y de sangre, petrificado en una torpe sonrisa de idiota... Sintió la dama un agudísimo dolor, como si le hundiesen en el pecho la hoja fría y cortante de un puñal; escondió el cuerpo en el coche y la cara en las manos, lloró y rezó al mismo tiempo, con la espantosa pesadumbre de aquella tragedia que rodaba por el lodo de las calles entre la zumba y el regocijo de la plebe...

XXII

CUESTA ABAJO

¡Polo Silva! ¿Tú por aquí?

—Hola, príncipe... ¿Ya te colaste en la Almanzora? ¡Vive Dios, que esto es famoso!

—Pero, cuéntame, prócer: ¿no estabas en presidio?

—¡Quita, guasón! Me najé á Cataluña á mudar de aires porque los de Medina no me sentaban bien... Mas, como á mí me tira tanto la tierra, tomé el pendingue y aquí me tienes...

—¡El diablo eres tú! Y... ¿á qué te dedicas?

—Sirvo á don Adolfo.

—No me hagas de reïr...

—A don Adolfo López de la Rúa. ¿Más claro?

—¿Y aquello que pasó?

—¿Lo de Tristán? El muerto al hoyo y el vivo al bollo... Agua pasada no mueve molino... Don Adolfo sabe que soy de temer... y pelillos á la mar... En resumen: tengo un momio en el Ayuntamiento y mesa franca en la Almanzora... sin contar las escurriduras...

—¡Olé los pillos con talento! Yo te creía en el otro mundo.

—Soy semejante al fénix: renazco de mis propias cenizas...

—Pero, dime, barbián: ¿cómo hiciste las paces con don César?

—Divinamente. Ya sabrás que nostramo está en las últimas.

—¡Que si lo sé! Ya no le queda ni la salud... Entre Candelita, Manón y la bella Raquel le han dejado al infeliz lo mismo que un boquerón. . ¡Es natural! Tres mujeres para un hombre solo... Y, ahora, todas le dejan: Candelita y su madre se han ido á París; Raquel se fugó con Arístides á la corte; Manón se casa con Magín Ramírez...

—¡Ay, don Raimundo de mi alma! Esta vida es un fandango... ¡Qué de cosas ve uno!... Dime: ¿qué fué de la mujer de Carvajal?

—¿Carmencita de Acuña? ¡Lástima de paloma! Hace año y medio que se marchó... Creo que está de institutriz en Alcalá de los Zegríes...

—¿Y el *pirandón* de su hermano?

—Diz que le protege el cacique de Alcalá, don José María Moreno. Jorgito tiene un gran porvenir: un niño tan fresco, tan buen mozo y galán, con tan pocos años y tan poca lacha, necesariamente ha de hacer carrera... Pero, chico, no salgo de mi «apoteosis». ¿Tú por aquí? ¡Bendito Dios! ¿Cómo volviste á la gracia del César?

—No hay quien me gane á ser gracioso... Ahora el César necesita de mí; ahora soy yo quien le da dinero... ¿Ves estos naifes?—añadió el truhán, sacando unos estuches del bolsillo—. Acabo de mercar una linda colección de joyas proce-

dentes del Perú... ¡A peseta por duro!... Ayer le vendí unas medallas... Nostramo se ha vuelto loco... y yo le sigo la ventolera... Esto se va... Es menester aprovechar las escurriduras... Después de todo, le hago mil favores. ¿Quién le daría á toca teja el parnés que yo le doy? Si no fuera por mí ya estaría comiendo de sus carnes... Y tú, príncipe, ¿á qué vienes?

—A completar tus favores... Como yo sé el mucho daño que á don César le hace el dinero, procuro aliviarle de esa pesadumbre. ¿Cuánto le diste ayer por las medallas?

—Dos mil pesetas.

—Pues ya están aquí—dijo el rufián palpándose los bolsillos.

—¡Chavó, qué lince! Las coges al vuelo...

—¿Qué quieres, prócer? Este mundo es una noria; un cangilón va, otro cangilón viene, y el dinero se escurre como el agua. La rueda de la fortuna no se detiene jamás. Will, el fidelísimo mayordomo, ha puesto un almacén de frutos en la Alcaicería con los monises que le robó á su amo. Dentro de pocos lustros, ese hijo de Albión se llamará don Guillermo, tendrá un hotel en Miraflores y será presidente honorario de instituciones morales y filantrópicas... Don Efrén de la Patilla, que estaba en crisis por culpas de su mujer, ha restaurado sus cofres y acabará por vivir en la Almanzora, sobre el sepulcro del César... Unos bajan, otros suben; cada cual apaña lo suyo y, si es posible, lo ajeno. La vida se nutre de la muerte, la felicidad, de la desgracia; los listos se comen á los tontos... No hay como ver estas cosas para aprender filosofía...

Platicaban los dos compadres en un recodo del jardín, enfrente del palacio. Era una noche deleitosa de estío, refrigerada por el aliento apacible de la ribera. Yacía el parque en sombra y silencio, solitario y triste, sin fiestas ni luminarias, sin músicas ni holgorios, cual si escuchase envidiosamente, desde su callada altura, los murmullos de la ciudad, extendida allá abajo y envuelta en orgulloso resplandor. Las lucecillas del puerto, las de Miraflores y Onil, dibujaban, parpadeando en el horizonte, la curva de la costa. La luz bermeja del faro relucía, semejante á un ascua, sobre el mar. Arriba, en el cielo profundo, plateaba la vía láctea como un ancho río fosforescente.

De pronto se oyó, dentro del palacio, el tañido de una vihuela y una voz penetrante de mujer, que en dulcísimos ayes se derretía.

—¿Cante *jondo* tenemos?—preguntó Maese Raimundo.

—Es *Zahorí*, que viene á cantarle el gorigori... Ahí están también el doctor Brander, Muley Safar, Lechuga... Moros, gitanos, judíos... y los ingleses á la puerta. ¿Quién es el cristiano que se atreve á entrar?

—No te falta razón. Aquí ya no viene más que gentuza. Y uno, todavía... tiene algo qué perder. Si no fuera por el pícaro negocio no ponía los pies en esta casa... ¿Tú no entras?

—Voy de vuelo, á trabajar con los naifes. Volveré á la hora del ambigú. Adiós, príncipe.

—Adiós, prócer.

Fuése Polo Silva y entró el rufián en el triclinio. Flotaba allí un ambiente de inquietud y de tristeza, de abandono y de tedio, que en vano pretendían espantar *Zahorí* con sus coplas desgarradas, Lechuga con sus risas estridentes, el

alemán con sus chistes, el moro con sus gritos, Rafael Ariza con sus festivos palmoteos. Una cruel zozobra, una secreta angustia, el terror latente del porvenir que roía sin descanso el corazón del pródigo, concluyeron por inficionar la Almanzora y filtrarse como un hálito lúgubre en los pechos alegres de todos aquellos pícaros. A fuerza de mofas y de burlas, de libaciones y carcajadas, conseguían esconder sus miserias y ahogar el gusanillo roedor, hasta que al fin sobrevenían esos silencios fatigosos, esas horas de invencible hastío, de trágica estupidez, en que, estragados los paladares y las almas, huye el espíritu y se rinde la bestia á la pesadumbre del sueño.

Languidecía Carvajal en los blandos cojines de un canapé, con el rostro lívido y triste, cuando entró Maese Raimundo. A los pies de César, en un taburete, *Jurel* tañía la guitarra. Sobre una alcatifa, á la moruna, cantaba *Zahorí* al son de la vihuela. Los parásitos formaban corro delante del canapé. La roja librea del gitanillo, los faralaes de la moza, el jaique del musulmán, los mostachos de Ariza, el coranvobis del tudesco, la enorme nariz de Lechuga, los frescos mitológicos del triclinio, se destacaban, al resplandor de las luces y entre el humo de los cigarros, como figuras de un sueño extravagante, como una fantasía de Carnaval.

Templó *Jurel* la guitarra. Tosió *Zahorí* con muchos melindres, echó atrás la gentil cabeza y lanzó, á modo de cohete, un salvaje alarido, roto después en una lluvia de gorjeos y sollozos:

Ya no creo ni en mi madre:
todo en el mundo es mentira;

no hay más verdad que la muerte,
que es la reina de la vida.

—*¡Zahorí! ¡Zahorí!*—clamó Carvajal, de pie, galvanizado por los lamentos conmovedores de aquella bárbara petenera, cuyos dulcísimos gritos le mordían el corazón como puñales—. ¿Quién te enseñó á poner el alma en una copla y á cuajar en un sollozo toda la angustia del dolor eterno? ¿Qué demonio sutil modula en tu garganta los secretos de la vida y de la muerte? ¿Al filo de qué tajo conociste la verdad suprema y la lloraste con sublimes acentos de horror y de ternura? ¿Dónde aprendiste á revelar las voces ignotas, los sentimientos sin palabras, las penas sin nombre, los placeres sin alegría, los deseos sin fin?... Tú, sin saberlo, con el instinto de un ruiseñor, hieres divinamente las cuerdas de las más ocultas emociones; á un tiempo mismo ríes y lloras, ruges y cantas, muerdes y acaricias, aborreces, maldices y desfalleces de amor... Si yo pudiera cantar, cantaría como tú, lloraría como tú, maldeciría como tú: «Ya no creo ni en mi madre...»

Tomó César una copa, la colmó de vino, dejó caer en ella dos lágrimas que de los ojos le salían, y la apuró de un golpe.

—¡Canta, *Zahorí!*—dijo después, enjugándose las manos en los cabellos de la chavala—. Cántame lo que cantan los gitanillos en el yunque, los presos en la trena, los zagales en el monte, los grumetes en la cofa, los jabegotes en la playa, los pajarillos en el nido, los aires en el desierto, las olas en el mar... Finge el relincho del caballo, el balido del cordero, el arrullo de las tórtolas, el gorjeo de los colorines, el bramido de las fieras enceladas, el ronco grito de la pasión del

hombre, la querella monótona del tedio, los estertores de la agonía... Cántame las coplas de tu raza sentimental y errabunda, salvaje y libre; desgárrame el corazón con los zarpazos de tus coplas... Mi alma es bohemia como la tuya: mi espíritu también es un sollozo, un alarido... ¡Si oyéndote cantar, gitana, se me erizan los cabellos de mi carne!... Canta!... «¡No hay más verdad que la muerte!» ¿Cómo lo sabes tú, *Zahorí*?

—Yo lo sé *tó*...— repuso la indina alzando su bronceada tez y abriendo mucho los ojos negros y escrutadores. Yo siento nacer las matitas de la yerbabuena y *parpaguear* las estrellitas en el cielo y leo en las rayuelas de la mano la suerte de las criaturas... Mira tú si yo lo sabré, que en *cuantito* te vi aquella noche en el divín del señor Frascuelo, que en los infiernos está, pronostiqué tus *achares*... Y ahora mismito estoy *diquelando* las fatigas de muerte que te esperan... ¡*Ojú*, qué perdición! Unos lobitos te siguen que han de beberte la sangre... La *bicha* de oro que tienes te *ajogará* sin remedio...

—¡Cállate ya, mala hora!—dijo Maese Raimundo.

—¡Bruja de los demonios!—vociferó Lechuga—. ¡Que nos vas á cortar la digestión!

—Santa Valpurgis, *ora pro nobis*...— rezó el tudesco socarronamente.

—¡Alá es grande!—chilló el tetuaní, extendiendo los brazos.

—¿Qué garláis vosotros, ánimas en pena, *raniyas* de *güey*, pulpos de la mar, *corasones* de aserrín? ¿Qué hacéis vosotros, gavilanes, mientras el *seporturero* está trabajando y la mala Muerte ronda por ahí fuera, *engolosiná* con vuestros

güesos?... ¿No la veis? ¿No la veis? Ya viene de camino... las campanas doblan... las estrellitas se apagan... ¡Jesús!

Levantóse *Zahorí* de repente. Hizo la señal de la cruz y tendió las manos hacia la puerta, diciendo:

—Anda, vete, Satanás; que de aquí no sacas *ná*... Que *er* día de la Santa Cruz dije mil veces Jesús...

Luego llenó una copa de vino y se la ofreció á Carvajal muy graciosamente.

—Toma, *resalao*, turrón de azúcar; que ya *juyó* el mal agüero. Bebe, por tu *salú*, que este *viniyo* generoso es de la *sepa* tuerta que plantó el señor Noé... á orillitas del Guadalquivir.

La muerte no bebe vino
ni registra *fardiqueras;*
no hay nada contra la muerte
como una linda *jumera.*

No fué en balde el consejo de la chavala. Al filo de la media noche, quién más, quién menos, hallábanse todos en el mejor de los mundos posibles. Muley Safar bailaba el tango con verdadero frenesí. El doctor flamenco enronquecía á fuerza de ¡hurras! y ¡olés! *Zahorí* cantaba á voz en grito:

El cuerpo me huele á plomo
y el corazón á puñales,
y está la sangre en mis venas
rabiando porque no sale.

Dieron las doce de la noche. Casi al mismo punto saltó el bordón de la guitarra con un chasquido pavoroso.

—¡Jesús!—clamó *Zahorí*—. ¡Otra vez el mal agüero!... *Ju-*

rel, échale vino á la guitarra... Callad, que tocan á la puerta.

Hizo de nuevo la señal de la cruz, y extendió los brazos con ademán sibilino.

—Oste, moste; toca, moca: *grigos* en tus pies y freno en tu boca. Dios nos libre de Satanás y guarde la Almanzora. Hoy es sábado. Ave María...

—¡Ave María!—repitio, detrás de la puerta, una voz que parecia del otro mundo.

Palideció Carvajal. Se estremecieron sus amigos. Todos, entre las tinieblas de la embriaguez, miraron con terror hacia la puerta.

¿Quién eres tú?—preguntó *Zahorí*.

Reinó un silencio trágico. Abrióse la puerta de repente.

—Buenas noches, señores—dijo Polo Silva, apareciendo en el dintel—. ¿Se puede pasar?

Sonó una salva de aplausos y de risa, y al propio tiempo, una voz lastimera, un gemido de angustia.

—¡Socorro!—decía Carvajal, caído en el canapé—. ¡Favor!... ¡Me muero!... ¡Abrid las ventanas! ¡Me ahogo!

Acudió en seguida el doctor Brander. Se produjo en la estancia una confusión enorme; César, inerte en el sofá, cerraba los ojos. Un murciélago, que entró por las ventanas, empezó á revolotear entre las luces.

—Un poco de agua, *señoges* balbució el tudesco—. No asustagse...

—¿Qué tiene?—preguntó Lechuga con ansiedad.

—Nada; el susto, la *emosión*... Un pequeño patatús...

Echó el doctor en el agua dos sellos que sacó de una cajita. Abrió César los ojos, se incorporó temblando, tomó el brebaje y recuperó las fuerzas.

—Amigos míos—murmuró después, pálido como la muerte, queriendo en vano sonreir—. No fué nada... El corazón, el pícaro corazón... ¡Vino! ¡dadme vino! Tengo una sed horrible... ¡Dadme vino! A ver si se calla ese demontre de corazón... Ahora galopa... lo mismo que un corcel... Taca tá... taca tá... taca tá...

Y bebía, bebía para engañar aquella sed que le encendía la boca y las entrañas; sed del espíritu y de la carne, ardor supremo de una juventud inútil, de una existencia estéril, trunca, irreparablemente caída en la abyección y en el fracaso. Bebía para acallar las últimas voces de la razón y la conciencia; para encubrir su miserable desventura, galvanizar sus bríos y esconder sus terrores; para aturdirse y embrutecerse; para sacudir su acidia y su impotencia; para no morirse de inacción y de hastío, de remordimiento y de esplín.

Cuando sus amigotes le abandonaban, hartos ya de la estúpida bacanal, sentía el triste una inquietud, una zozobra indefinible, un oculto pavor. Tenía miedo de sí mismo, de su cobarde soledad. Parecíale que, á cada momento, había de asomar por las desiertas estancias la fúnebre sombra de la Intrusa. Veíase enfermo, caduco en plena juventud, arruinado, envilecido, inerme, sin un regazo amoroso donde apoyar la cabeza para llorar, para dormir... El sueño huía de sus ojos: encendía todas las luces; se reclinaba en un sofá; pero el silencio de las habitaciones y la melancolía de las cosas allí presentes le llenaban de angustia y de temor. Con el alba solía conciliar el sueño; descansaba un poco; mas al despertar, sentía una invencible laxitud, como si al dormir se le hubiese derramado toda la sangre de las venas. Turbio el humor, y más amargo que la hiel, ácida la boca, torpes los

miembros, nublos los ojos y el espíritu, se encaminaba al baño y erraba después por los jardines, sin que la alegría de este paraíso le confortara el corazón. Castigado por el insomnio y la tristeza, temeroso de aquellas noches lúgubres, dilataba sus bacanales, retenía á los amigos hasta el amanecer, soportaba sus hurtos, sus bellaquerías y sus mofas, y, entre risas huecas, antojos dementes y continuas libaciones aguardaba la hora del embrutecimiento para caer insensible en el lecho triclinario.

La ausencia de su esposa le remordía y le quemaba, le producía á veces súbitos accesos de furor y de ternura, de cólera y de llanto. Amábala á su manera, con una pasión cruda y salvaje, enardecida ahora por la soledad y el recuerdo, por la privación y el abandono, por la dificultad de recobrarla. Poseído de agudos frenesíes, perseguía sus huellas en los aposentos de la Almanzora; contemplaba el tálamo nupcial, triste y vacío; el próximo tocador, donde aún flotaba un casto perfume; abría el ropero y mojaba de lágrimas los vestidos; balbucía como un idiota, llamándola con dulces y lastimeras voces: ¡Carmen! ¡Carmen! Soy un loco, un miserable loco, un insensato; pero te quiero..., ¡te quiero entrañablemente, desesperadamente!... No puedo vivir sin ti...—Al través de la distancia, bajo las lumbres del deseo, la hermosura de la Esposa adquiría un brillo sobrenatural, un esplendor divino, una aureola de beatitud, como en el lienzo de Tarfe, como en el brusco relampagueo de la Noche obscura... Pasábase Carvajal las horas muertas ante el cuadro; besaba la imagen fría, con devota unción, y cerraba después los ojos para ver en el fondo del alma aquellas pupilas de miel, clementes y severas, aquel semblante dulcísimo, ultrajado un día por su

torpe dueño... Volvía á verla, á escuchar sus palabras, sus nobles palabras henchidas de paciencia y de dolor : «Los hombres sois ciegos, ingratos... Necesitáis que os hagan sufrir; sólo amáis á quien os hace llorar...»

Y lloraba, lloraba sin consuelo, cobarde y niño, incapaz de rehacer su vida y sacudir las alas sobre su estólida abyección. Caía después en una parálisis moral, durante días y semanas enteras. Sentíase entonces tan miserable, tan ruin como un animal enfermo. Todo le hastiaba, le ofendía, le repugnaba, le producía horror; no había ya sensaciones que conmovieran su torpe sensibilidad: todas las fuentes estaban secas, todas las rosas mustias, todos los fuegos apagados: sólo quedaba ya la tierra de su carne, dura y quebradiza como un vaso de vidrio. El pensamiento de la muerte, la convicción de su fin próximo, le asaltaban de súbito. - ¡Morir, sí! La vida es una ciega esclavitud. ¡Morir!... Pero, ¿y después? —El tajo sombrío del más allá, las tinieblas de la espantosa noche, le llenaban de angustias y de vértigos... Ante el pavor de fenecer, temblaba, le crujían los dientes, sentía un frío misterioso en la raíz de las entrañas.

Otras veces, por fin, tras sus tediosas francachelas, le apetecía contemplar espectáculos inocentes y serenos. Paseaba á pie con el doctor Brander y veía jugar á los niños en los jardines de Miraflores; entraba en el convento de Onil, para atisbar á las monjas en el coro, y se enternecía oyendo sus preces; envidiaba la paz de los claustros, refugios de virtud, silencio y oración; comparaba, el triste, su vida con aquellas otras de candidez y de pureza, de abnegación y castidad; maldecía su vil decrepitud, su innoble rebajamiento y, por un instante, acariciaba la ilusión de adoptar

resoluciones firmes y generosas, rasgos heroicos y peregrinos, actitudes bizarras para morir... al son de las rimas de Verlaine:

...loin des baisers et des combats,
loin de nos jours d'esprit charnel et de chair triste...

En uno de estos paseos, de fugaz y estéril penitencia, distrajo sus penosas cavilaciones el dulce sonido de una flauta que al borde del camino tañía un pordiosero. Como el triste Carvajal, con todas sus flaquezas y pecados, era muy limosnero y compasivo, se acercó al humilde músico para socorrerle.

Dios se lo pague, señor—dijo el mendigo, un viejo lisiado que se arrastraba por la tierra como un reptil. Dios se lo aumente con salud y le conserve los remos...

Vió entonces Carvajal, con pesadumbre, que el infeliz carecía de ambas piernas, cuyos feos muñones, casi á raíz de las ingles, descansaban en dos burdos zoquetes.

—¿Cómo perdiste las piernas?

—Yo era minero, señor, en las minas de plomo de Linares. Saltó un barreno... y por milagro de Dios salvé la pelleja. Tenía yo entonces veinte años... Como me vi sin poderlo ganar, solo en el mundo y *arrastraíto* por los suelos, tomé el zurrón y la flauta, que aprendí á tocar de niño, y, tumba que tumba, por el mundo voy, pidiendo una limosna...

—Y ¿qué haces para caminar?

—Vea, señor: igual que los caracoles...—respondió el mendigo riéndose. Meto las manos en estos zunchos de cuero, las apoyo en tierra, como Dios me da á entender, y arre que arre...

—¿No te aflige verte así?

—A todo se acostumbra uno, al fin y al cabo... *Pacencia* manda Dios... Hay cosas peores en el mundo... De cuando en cuando me pongo á tocar la flauta y esto me distrae...

—Mejor estarías en un asilo.

—¡Antes la muerte!... ¿Yo perder mi libertad? Así voy donde quiero, hago lo que se me antoja, duermo donde se presenta; no trabajo, no sufro ancas de nadie; avío, mal que bien, mi pucherete; fumo un cigarrillo, tomo el sol, toco la flauta y... ¡á vivir!

—¿No tienes miedo de morirte?

—No, señor. Espero mi hora, cuando Dios se acuerde de mí... Como no hago mal á nadie, no me faltará allá arriba otro rinconcillo donde sentarme al sol y tocar la flauta...

Miró César al vagabundo con reverente admiración; dióle cuanto dinero llevaba y se alejó de allí, pensando de esta suerte:

—¡Qué poco basta para la felicidad!, ¡qué poco basta para la vida! ¡Todo nos sobra para ser dichosos! ¡Cuán tarde lo comprendo!... Feliz, sí; feliz mil veces más que yo, pobre caracol humano, que vives arrastrándote por la tierra, á la merced de Dios y de los hombres... ¡Si yo hubiera podido comprar tu flauta con el oro que derroché! ¡Si ahora pudiera arrancarme la inteligencia y el deseo y tumbarme tranquilo al sol, esperando la hora de morir, sin pesadumbre y sin angustia!... O todo ó nada: ¡cuán cierto!

Fué éste un instante de lucidez maravillosa en que el desventurado Carvajal descorrió las nubes de la ceguera en que vivía. Escudriñó los senos de su alma; vióla perdida miserablemente; quiso, con más ímpetu que nunca, sacudir las alas

del corazón; pero su flaco natural, ligero, veleidoso, y la alegre zumba de los perdidos amigotes, que á poco le tomaron por su banda, echaron por tierra el providente aviso. Aquella misma noche, en un burdel famoso de la ciudad, donde Maese Raimundo organizó una orgía «en honor» del perulero, concluyó el infeliz de echar por la ventana, para siempre, sus últimos propósitos de enmienda.

—¡A ver, esclavos!—gritó en el paroxismo de la más aguda embriaguez—. Divertidme, alegradme, enloquecedme... Volcad los últimos cofres; arrancad las últimas rosas; escanciad las últimas botellas... Quiero vivir como los centauros, corriendo por el mundo en un bárbaro galope; arrastrando el vientre por el suelo, y desgarrándome las entrañas con las púas de todas las flores... Que sea mi juventud un haz de antorchas encendidas... Cuando se apaguen... buenas noches y á dormir... á dormir en la sepultura... La vida es un caudal: yo agotaré dos caudales á un tiempo... ¡Esclavas!, ¡venid! Yo feneceré en vuestros brazos festivamente, en una definitiva borrachera de vino y de sangre, recitando versos y diciendo como Nerón: «—¡Qué gran artista pierde el mundo!»

—¡Ave, César!—clamó Lehuga, allí presente.

—¡Olé los hombres! – repusó el doctor.

—¡Vivan los centauros!—vociferó Polo Silva.

Pocos días después de esta bacanal, César, cada vez más enfermo y triste, se encerró á piedra y lodo en la Almanzora; despidió á casi toda la servidumbre y se escondió en sus habitaciones, sin descubrir á nadie los motivos de tan extraña resolución. Hiciéronse cruces los parásitos: unos decían que el prócer se estaba muriendo; otros, que había perdido la chaveta; muchos afirmaban que se fugó de Medina huyen-

do de los «ingleses»; cada cual tradujo á su sabor el nunca imaginado suceso. Por fin, recibieron todos un día este lisonjero billete, luz de sol entre nubes:

«Caro amigo: Antes de partir para un largo viaje deseo congregar, por última vez acaso, en la Almanzora, á mis buenos camaradas, á los que hicieron grata mi vida y aliviaron mis pesadumbres. Lamento mucho la ausencia de algunos de ellos, pues era mi voluntad... ¿cómo no? que todos, absolutamente todos participasen de este festín, pequeña prueba de mis profundos sentimientos de gratitud... Cuento con vosotros: el domingo á las doce de la noche. Vale.—CÉSAR DE CARVAJAL.»

¡Cuán diligentes acudieron los lindos capigorrones al dulce reclamo del convite! Rutilaba el triclinio como en los días más bellos de abundancia y prosperidad, cuajado de luces y de flores, lleno de júbilo y esplendor.

—¡Vive Cristo!—pensó Lechuga, relamiéndose ya—. Pues ¿no decían que estaba César arruinado? Sin duda le tocó la lotería...

Sobre los blanquísimos manteles, al pie de grandes floreros de cristal, unas elegantes vitelas rezaban el siguiente

MENÚ

Puré de las Euménides.
Langostas de Egipto.
Hígados del «Demonio de los Andes».
Lampreas de Calígula.
Jabalíes del Tártaro.
Riñones de Lucifer.
Setas venenosas.
Lengua de escorpiones.

Cabellos del Angel Exterminador.
Cicuta.
Hiel y vinagre.
Cigarros de pólvora sin humo.
Se suplica el coche.

Este rasgo de humor, tan propio de Carvajal, fué celebrado con grandes risas y palmoteos.

—¡Por mi salud!—exclamó Polo Silva—. He aquí un banquete original... Digno es, por vida mía, de un nieto de los Borgias...

Acomodáronse los invitados en los muelles cojines del triclinio.

—¡Gloria al César!—pronunció el truhán, alzando una copa llena de añejo mosto.

—¡Bebed, amigos!

—¡Rayos y truenos! —rugió Polo, tirando al suelo la copa —¿Qué brebaje es este?

—¡César!—añadió Rafael Ariza—. ¿Qué nos das aquí? ¡Si esto es vinagre!... ¡Uf! ¡Se lleva el paladar!

—¡Amigos míos!—repuso riendo el anfitrión—. ¿Qué habláis de vinagre? ¡Si es vino generoso!... ¡Si es Falerno de la propia Campania!... ¿Ya estáis borrachos antes de beber?

Aparecieron los servidores con bandejas de plata. Lechuga, que tenía un apetito voraz, metió el trinchante y el cuchillo en la dorada carne de las bandejas... y lanzó un terrible juramento. Los comensales se levantaron al punto, llenos de asombro y de estupor. La carne estaba podrida y exhalaba un tufo pestilente; un ejército de gusanos salía de las bandejas y pululaba por el mantel.

—¡Cuerpo de tal!—exclamó el anfitrión—. ¡Cocinero!,

¿has ido á destapar los sepulcros para servirnos la cena?

Un gesto de cólera se dibujaba en todos los semblantes; pero el asco, el horror, les mantenía inmóviles.

De pronto cayeron del techo unos bolindres que rebotaban en los platos como granizos. Llenóse el ambiente de insufrible hedor.

—¡Miserable!—gritó Maese Raimundo—. ¿Nos apedreas con bolas de asafétida?

Carvajal soltó una carcajada.

—¡Amigos míos!, ¿qué decís? ¡Dulcísimos bellacos, estómagos aventureros, ganzúas de mis cofres, parásitos de mis mesas, vampiros de mi sangre, lombrices de mis entrañas!, ¿de qué os pasmáis?... Comed gusanos, bebed vinagre, respirad inmundicias, que es lo que todos merecéis... ¡Ya se agotó el oro, ya se acabaron los manjares, los vinos, los festines!... Ya sólo queda podre y veneno: las ubres de la vida cuelgan ya flácidas y exangües; en sus negros pezones sólo hay ya gotas de pus... ¿No sabéis que estoy arruinado?, ¿que esta casa ya no es mía?, ¿que vivo aquí de limosna?... Vendí mis últimos diamantes para obsequiaros esta noche...

Dijo, y tornó á reir con estridentes carcajadas, como un loco.

Los comensales, repuestos de la horrible mofa, vociferaron juntos; armáronse de los cuchillos y trinchantes; avanzaron furiosos para castigar la insolencia...

—¡Bordel, ¡mal nacido!—clamó Polo Silva—. ¿Qué te resta, pues, si ya no tienes dinero? ¿Dónde irás, tan feo como eres, en cueros vivos, sin una perra gorda?

—¡Charrán!—añadió Maese Raimundo—. Permita Dios que te veas *colgao* del *jopo* en las zahurdas de Lucifer. Que

jierva tu carne en la olla de los infiernos... ¡tu carne dura y correosa de cabrito!

Huyó César de allí. A este punto empezaron á brotar del suelo sapos, culebras y toda suerte de bichos repugnantes; una nube de abejorros inundó el comedor... Lanzáronse los huéspedes á la puerta, para huir de aquel antro de horrores; mas se apagaron las luces, y quedó la sala á obscuras. Con gritos de pavor, buscaron á tientas la salida... Se oyó en la sombra un recio fragor de golpes, bramidos, imprecaciones; un estrépito de platos y muebles rotos; una brega singular y siniestra, el duro pataleo de unas pezuñas formidables... De repente se abrieron las puertas, se encendieron las luces, y salieron los pícaros de estampía como alma que lleva el diablo, perseguidos por un fogoso becerrete que, á éste quiero, á éste no quiero, los llevó á todos, entre sustos, carreras y revolcones, por las pendientes de la Almanzora, hasta muy cerca de la playa...

XXIII

LA HORA DE LA VERDAD

Media noche era por filo... La blanca y redonda luna bañaba con suavísima luz los mármoles de la Almanzora, las bellas terrazas, los senderos del jardín, las cumbres de los montes, la feraz llanura medinense, la quieta comba del mar. En el frondoso parque, triste y desierto, se deshojaban las últimas flores del estío, marchitas ya por los primeros aires del otoño, pálido segador de vidas y de rosas. Y en el grave silencio nocturno, en el ambiente luminoso y frío, lleno de lánguidos perfumes, algo lúgubre y suave latía como un pulso misterioso: tal vez el agua de las fuentes ó el rumor del viento, acaso el corazón de aquel paisaje, cuyas lozanas pompas y orgullosos colores empezaban á morir.

Mudo, febril, insomne, con los ojos abiertos y el alma en pena, yacía Carvajal, en su desamparado retiro, contando las horas, las horas sombrías, las horas profundas de la noche, eternas para el triste, para el enfermo, para el infeliz sin esperanza, que, en tenaz vigilia, las ve pasar lentamente, calladamente, como fantasmas enlutados de una infinita procesión.

Y ¿qué esperanzas, qué auroras, qué rayos de luz podían quedarle á este mísero sér, abandonado de Dios y de los hombres, herido ya de muerte, solo, inútil, caduco en plena juventud, despeñado sin remedio en los abismos de la desesperación y de la ruina? Por un resto de caridad de sus verdugos, Nilson y don Efrén, dueños, al fin, de las últimas riquezas del pródigo, aún vivía en la Almanzora, mudo panteón de sus postreras locuras; pero vivía muriendo, como un rey pobre, inválido y cautivo; vivía de limosna, como un huésped en su propio hogar, viendo en cada rincón una amenaza, en cada mueble una inquietud, en cada espejo una sombra, en cada sombra un reproche, en cada reproche una sentencia, en cada criado un carcelero, en cada rostro un enemigo hostil, implacable, feroz, como si todas las cosas que le rodeaban fuesen torvos sepultureros que aguardasen la hora de hundirle para siempre en el sepulcro...

Por eso cuando el sol se ponía y la noche llegaba, con su fatídico tropel de angustias y pavores; cuando las tinieblas le acosaban en el lecho y el insomnio le abría los párpados y la neurosis le amenazaba el corazón; cuando los vértigos, las pesadillas, la disnea, las alucinaciones y delirios, hacían presa en su doliente carne, martirizando á la par su pobre espíritu, corría como un demente al través de las desiertas habitaciones, abría las ventanas, encendía todas las luces, hasta que el estupor, el miedo ó la fiebre le rendían, acurrucado, en un diván.

Mas dondequiera que fuese, allí le perseguían las sombras y los fantasmas de su turbia conciencia. El terror, el viejo, enorme y espantoso Terror, padre convulso de la Muerte, invadía los aposentos, movía los tapices, zarandeaba las

puertas, se sentaba en los sillones, con los cabellos erizados y las manazas temblorosas, husmeando tragedias y presagiando desdichas. Y los remordimientos, como ratoncillos voraces, correteaban por los rincones y asaltaban con agudos chillidos el diván, hambrientos de la carne pecadora, deseosos de clavar los dientes en las fibras sensibles del corazón.

Dábanle ganas entonces de llorar, de gritar, de huir de la Almanzora, su dorada cárcel, y correr por los caminos y esconderse en lo más hondo de las selvas, como un animal en fuga, como una res herida por la mano del cazador y acosada por los perros. Salíase al jardín, erraba por las frondas, transido, vacilante, sudoroso, aspirando el traidor remusgo de la noche, y en todas partes: en el cielo, en la tierra, en las hojas, en las aguas, en el tranquilo remanso del mar, se dibujaban los espectros de la terrible calentura, y aparecía la Muerte, con la guadaña al hombro, incansable, sutil, siguiéndole los pasos, como la sombra de sí mismo.

¡La Muerte! Pintada la veía también por la mano de aquel burlesco profeta, Juan de Tarfe, en los salones de la Almanzora. ¡Qué profundo sentido tenían ahora las lúgubres pinturas del «fiero almoravide»: el triunfo de la muerte sobre el poder y el oro, sobre la gloria y la fortuna, sobre el amor y la privanza; el galope de los centauros, la carrera desenfrenada de las pasiones hacia el abismo, bajo una nube de aves de rapiña; el festín de Baltasar, el *mane, tecel, fares*, de Daniel, escrito en los anchos muros y en las soberbias frentes de los hombres sin fe, de los impíos y orgullosos, de los rebeldes á la ley de Dios!

Estas pinturas, estas tremendas alegorías, vertiginosas

abocetadas, pero llenas de espíritu y de nervio, de misteriosa virtud, vinieron á ser una obsesión para el desventurado Carvajal. Con los pies clavados en el suelo y los ojos en los muros, contemplaba, atónito, las febriles imágenes, y á fuerza de mirarlas y sentirlas y meterlas dentro de sí, entre las alucinaciones de su cerebro enfermizo, llegó á sorprenderlas y á tocarlas, vivas y reales, atroces y clamorosas, corriendo, bullendo, galopando como una inmensa muchedumbre, como una innúmera grey, en la vasta perspectiva de un foro gigantesco, de un horizonte universal.

Por el haz de escueta llanura venía la Segadora, en su negrísimo corcel, bajo una nube de buitres, roja de sangre la guadaña, que relucía al sol como una centella de vivísimo fuego, culebreando sobre la torpe multitud. Hombres y brutos, reyes y pastores, príncipes y jayanes, siervos y tiranos, pobres y ricos, viejos y mozos, daifas y emperatrices, ermitaños y bandoleros, caían al golpe de la implacable segur, en revuelta confusión, despeñados al abismo, al terrible osario sin fondo, sima voraz donde los pueblos y las tribus, las centurias y las razas, con sus virtudes y sus crímenes, sus pasiones y vicios, sus santidades y locuras, sus podredumbres y sus glorias, los cetros, las espadas, las banderas, los armiños y los harapos, fenecen juntos, en el mismo polvo de la fosa común, en la insondable sepultura de la tierra.

De espaldas á la Muerte, al borde del abismo nunca lleno, un tropel de centauros galopaba con furia; allí corría Tristán, altivo, rozagante, inserto en el robusto tronco de un bridón de recias ancas y de cabos negros; Arístides se erguía sobre su cuerpo de alazán, elegante y nervioso, rayado como una cebra; Rafael Ariza gentileaba detrás, como potro andaluz

de remos finos y rizada cola; Tarfe, con dobles crines, más negras y revueltas que una noche de vendaval, se encabritaba indómito; Maese Raimundo, convertido en rocín de fea estampa, bayo descolorido y viejo, traía el maletín en el lomo y un puro enorme entre los dientes; Polo Silva, jamelgo flaco y gitanil, venía á la zaga con la lengua fuera. Y delante de todos, suspenso ya en el aire, sobre la horrible sima, Carvajal, el furibundo Neso, con Deyanira entre los brazos, la triste Deyanira, cuyo noble y peregrino rostro era un trasunto del rostro gentil de Carmen...

Bajo la obsesión de aquella trágica muchedumbre que poblaba de sombras y clamores los aposentos del palacio, Carvajal no podía dormir. Y cuando al fin lograba pegar los ojos, en un letargo febricitante, soñaba horribles pesadillas y movía los labios con angustia y delirio, con sollozo y pavor.

—¡Ay de mí!... Fantasmas, recuerdos, quimeras, monstruos... ¡Dejadme ya!... No me atormentéis, imágenes de la vida y de la muerte... Ya se acabó la juventud, el oro, la fuerza, la esperanza... Todo acabó... Dejadme dormir en la sepultura... Tarfe: se realizó tu símbolo; ya triunfó la Segadora... *Zahorí:* ya se cumplió tu profecía; los vampiros me bebieron la sangre, y la serpiente se enlazó á mi cuello... ¿Será verdad la leyenda... la maldición del oro?... ¡Amigos míos! No me abandonéis... ¡Vino! ¡dadme vino! Tengo sed... Me duele el corazón... me duelen las entrañas... ¡Muerte... piedad!... No, no; quita... vete... ¡Monstruos! ¿Qué hicisteis de mí?... Pero yo... yo tuve la culpa... Como un centauro pasé por la tierra... sin freno... al galope... ¡Oh dulce Deyanira!, ¿dónde estás?... Yo te quiero... ¿También tú me abandonas?

Y la efigie de Carmen se dibujaba un momento en las ti-

nieblas, como un rayo de luna, como un resplandor apacible y angélico; mas se desvanecía, de súbito, tras los negros ropajes de la Muerte.

Media noche era por filo... Yacía Carvajal en su lecho, con os ojos turbios y el alma en pena, pálido, inmóvil, sin fuerzas ya para gemir. A prima hora, el doctor Brander, que le asistía por caridad, hizo un gesto desalentado al reconocer al enfermo. César empeoraba: sobre el rudo aluvión de morbos y de humores que roían su carne, gastada por vicios y toda suerte de locuras, se erguía al fin una terrible dolencia, la angina de pecho, mortal para su pobre corazón minado fatalmente por lesiones orgánicas.

Rendido al cabo en el lecho, padecía un dolor dislacerante como el zarpazo de un monstruo en pleno tórax; una entrañable sensación que empezaba con finas picaduras de agudos y sutiles alfileres en los artejos de las manos, y subía después, á modo de un aura, por las venas, por los nervios, por todas las raíces de su ser, hasta llenar la frente y la nuca de trágicos soplos y escalofríos; una angustia inexplicable: el *angor pectoris*, invisible caricia de la Parca.

Tremenda expiación la de aquel hombre, sujeto al potro de un infortunio sin consuelo ni luz; abandonado á la merced de criados indiferentes ú hostiles; acosado sin tregua por el dolor físico y por las lúgubres imaginaciones de su cerebro; caído de la cumbre de los placeres y riquezas, donde vivió orgulloso, al tajo de las más crueles desventuras. Pero á fuerza de cavilar y de sufrir, de llorar con lágrimas de sangre, horas y horas, se le abrían en lo más hondo del espíritu

unas dulces llagas, unos caminos nuevos, unas sendas de humildad, por las que empezaban á correr y á salir, como el humor por las fístulas de la carne, los feos vicios, las malas aficiones, las pertinaces culpas, los deseos inmundos, toda la podre de su pasada juventud; y entonces el alma, el alma terrosa y empedernida, comenzó á purgarse y enmollecerse en los hornos y yunques de la bendita tribulación.

Envuelta en suave penumbra la estancia y en grave silencio todo el espacio, sólo se oía el tic-tac de una péndola y la anhelante respiración de Carvajal. El tono obscuro de las cortinas y los muebles acrecentaba el misterio y la tristeza de la alcoba: una piel de puma, á los pies de la cama, parecía con sus fofas extremidades un tigre soñoliento que afilaba sus garras en el tillado lustroso; cierto cofre antiguo, largo y estrecho, fingía en la sombra la figura de un ataúd... Revolvióse César en el lecho y miró en torno suyo. Martirizado por el dolor, por el insomnio, por los fantasmas indelebles, buscó en la mesilla de noche una caja de opio que le había traído el doctor Brander. Merced á las inyecciones que se puso, logró el enfermo caer en profundo sopor, dando las tres de la mañana.

Próximo ya el amanecer, movióse un tapiz del aposento. Penetró en la alcoba cautelosamente un criado: el que después de Will asumió en la Almanzora las funciones de mayordomo. Se acercó despacito á la cama; observó el semblante del enfermo, lívido, sudoroso, congelado en una mueca de angustia; le contempló ansiosamente y, luego, con ágil diligencia, se deslizó por la estancia, se arrodilló junto al cofre, le abrió sin ruido y extrajo de allí un estuche, el cual contenía una sortija de brillantes, la última joya de Carvajal

librada por milagro del desastre. Cogió el estuche el mayordomo; se lo guardó en el bolsillo, con todo el dinero que en el cofre había, tristes relieves de la fortuna agotada, y después, el vil ladrón de ataúdes tornó á mirar el rostro dormido de su amo, y salió por fin del aposento, furtiva y calladamente.

Pasaron las horas eternas de la noche y llegó el alba, perezosa y fría, bañando de lácteas claridades la tierra y el mar, los bosques entumecidos de la Almanzora, las aguas quietas, los rosales mustios, los andenes umbrosos del jardín. Cuando los rayos del sol, vencedores de la niebla otoñal, traspasaron las ventanas del palacio silente y los pajarillos hicieron alegre salva al rubio padre del día, y las dianas militares, con sonoros clangores, bizarramente sacudieron el sueño de la ciudad amodorrada, abrió César los ojos y se frotó los párpados, casi dormido aún por el influjo sedante de la morfina.

Hallóse mejor tras el descanso de aquellas horas; mas según avanzó la mañana, tornó á padecer los agudísimos martirios de la implacable enfermedad. Volvió á sentir, con más ímpetu, con más dolor que nunca, el zarpazo del monstruo invisible que le oprimía el pecho, le desgarraba los hombros y le retorcía el corazón refinadamente. Presa de torpe congoja, se incorporó en las almohadas, trémulo, anhelante, sofocado por la disnea.

Llamó, llamó... No vino nadie... Creyóse á punto de fenecer; en tan cruda soledad, en semejante abandono, desamparado por el cielo y por la tierra, como un moribundo en

un desierto; sintió el horror de la muerte próxima; vió caer sobre su frente la sombra de lo irreparable; oyó en las arterias un fragor, como el galope de un corcel; sufrió en el pecho una espantosa pesadumbre; abrió, desmesuradamente, los ojos y la boca, y gritó con la lengua y las entrañas:

—¡Dios mío!

Fué aquél un grito del alma y de la carne, una explosión de miedo ante la muerte, un rugido supremo de ansiedad, la confesión supina de la impotencia y de la angustia humanas delante del Misterio tenebroso...

Mas la querella desgarradora se perdió en el indiferente espacio, como el clamor del marinero que se ahoga en la alta mar, sobre las trizas del navío roto, bajo las mudas tinieblas de la noche.

—¡Dios mío!—volvió á plañir el miserable—. ¡Misericordia!

Dios, al cabo, la tuvo del tembloroso gusanillo. Poco después se oyeron unos pasos impacientes; se abrió la puerta de la estancia, y penetró en la alcoba una mujer...

—¡Carmen!—sollozó Carvajal, tendiendo los brazos con ansia. Y apenas dijo así, cayó presa de un síncope sobre las almohadas del lecho.

Carmen de Acuña, que ella era la que, movida por un impulso vehemente de amor y caridad, tornaba á la Almanzora, se acercó rápidamente á su triste marido; le pasó por el rostro un pañuelo empapado de sales y, después, le tomó el pulso, estrechó el pobre cuerpo en sus brazos, le reanimó por fin con sus besos...

—¡Carmen! —repitió el infeliz, abriendo los ojos—. ¿Eres tú?

—Sí, César, yo soy... Cuando todos te olvidan, cuando todos te abandonan, cuando todos te aborrecen, yo vengo á recordarte que soy tuya... ¡César! Ahora que estás enfermo, pobre y solo, que lloras y que sufres... ahora eres mío, únicamente mío...

—¡Carmen! ¿No me desprecias? ¿No me aborreces tú también?

—¡Si ahora te quiero más que nunca! exclamo la dama en un arranque de amorosísima piedad—. Vengo á curarte, á vivir contigo, á decirte: César, todo pasó, vamos á ser muy pobres, pero muy dichosos...

—Ya es tarde, amiga mía —balbució Carvajal desesperadamente —. ¿No lo ves? Voy á morir...

—¡Calla, por Dios! No digas eso... Dios me ha traído para salvarte y protegerte... Tú no conoces todavía de lo que es capaz una mujer... Y el amor, el verdadero amor, es medicina que lo cura todo...

—¡Carmen! ¡Esposa mía de mi alma!... Ya no me importa morir, teniendo aquí tus brazos... Ahora conozco la verdad... Tú eres la verdad... tú eres el amor... Te ofendí mucho, pero bien lo pagué... ¡Si supieras lo que he sufrido!... ¡Qué buena, qué santa eres!... No te merecí... Perdóname; yo estaba loco...

—Reposa, calla, duerme, olvida... Todo fué sueño... Ahora comienza la verdad... De aquí en adelante seremos muy felices... Mira, César: así que recobres la salud, nos iremos juntos y viviremos en un rincón muy alegre, trabajando los dos para ganar el pan... La experiencia de lo pasado nos hará más dichosos... ¡Bendito sea el dolor, bendita la pobreza, bendita la desgracia!... Le pediste al placer, á las pasio-

nes, lo que no tienen... ¡Felicidad!... Pero, en fin, no hablemos más de esas cosas—añadió sonriendo—. Ya te sientes mejor... ¿no es así?... Pues esto es lo principal... A ver: ¿qué te mandó el médico? ¿A qué hora viene? Le mandaré recado en seguida... Tengo que oirle para cumplir exactamente mis obligaciones de enfermera... Tú, aquí, muy quitecito y sin chistar... Yo daré mis órdenes... Antes... un beso...

Echóse Carvajal en los brazos de Carmen, llorando como un niño. Una ternura nueva, una pura efusión, toda del alma, le subía á los ojos y á los labios.

—¿Y Jorge?—preguntó—. ¿Y Alfonsa?

—Jorge no pudo pudo venir... pero vendrá dentro de pocos días. Se quedó en Alcalá... Y Alfonsa... murió... ¡pobre Alfonsa! Murió en mis brazos...

—¡Así quiero yo morir!—exclamó César.

A este punto penetró en la estancia el doctor Brander.

Pocos días después, al comienzo de una noche revuelta y lluviosa que convirtió en lodazales los alegres caminos de Medina del Mar y en vórtice de espumas las playas apacibles de Miraflores y Onil, salía de la Almanzora un coche, y detrás del coche parpadeaban en las tinieblas dos filas de luces, y entre el rumor de la lluvia y el mugido de las olas, sonaba, triste y victorioso al mismo tiempo, el repique de una campanilla, á cuyo son se paraban las gentes, con reverencia y pesadumbre, se doblaban las rodillas y hacían las manos la señal de la cruz. Porque aquel humilde tintineo, aquellas luces, aquella breve procesión, grandiosa y lúgubre, en medio de las sombras de la noche, anunciaba el paso de la divina

Majestad, del Rey de reyes, del Amor de los amores. Huésped glorioso que visitado había la casa pecadora, la mansión que antaño fué triclinio y jardín de impuras bacanales.

Vencidas y afrentadas huyeron de la Almanzora las torpes, viles y paganas furias del vicio y la demencia, las bestiales figuraciones de faunos y de ninfas, de sirenas y centauros, las musas de la embriaguez, las sombras del terror; que hasta la muerte, cambiando su segur y sus crespones y su torvo esqueleto por la noble y gentil figura de un ángel, vestido de alba túnica y coronado de pasionarias, se acercó á la alcoba donde yacía moribundo Carvajal y le tendió los brazos amorosamente, diciéndole al oído:

«—Arráncate del mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios, Padre omnipotente que te creó; en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en el nombre del Espíritu Santo, que en ti se infundió; en el nombre de los Angeles y Arcángeles, Tronos y Dominaciones, Príncipes y Potestades, Querubines y Serafines; en el nombre de los Patriarcas y Profetas, de los santos Apóstoles y Evangelistas, de los santos Mártires y Confesores, de los santos Monjes y Ermitaños; en el nombre de las santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios: reine la paz en tu morada y sea tu habitación en la inmortal Jerusalén. Por Cristo nuestro Señor...»

Así como la llama antes de apagarse da un destello más fuerte, un parpadeo más luminoso, así el espíritu de Carvajal se encendió de improviso con muy claros resplandores antes de abandonar su cárcel. Todos los sentidos y potencias se le esclarecieron de súbito, se encandilaron en un maravilloso fulgor. Y entonces abominó entrañablemente de su pa-

sada miseria y se abrazó con todas las fuerzas de su espíritu á la verdad y fué entornando los ojos y moviendo los labios para decir:

—Jesús... Jesús... Jesús...

Presenciaba Carmen la escena desgarradora con profundo dolor y admirable entereza, sosteniendo en sus brazos al moribundo. El padre Borja, al otro lado del lecho, rezaba, con el semblante encendido y luminoso, mezclando las preces y las lágrimas:

« Señor mío Jesucristo: por tu agonía santísima y por la oración que oraste por los hombres en el monte Olivete, cuando tu sudor se transformó en gotas de sangre que corrían hasta el suelo, te suplico que te dignes ofrecer y ostentar ante Dios, Padre omnipotente, el copiosísimo y sangriento sudor que con temor y angustia derramaste por nosotros, en rescate de la muchedumbre de los pecados de tu siervo César, y le libres, en esta hora de su muerte, de toda pena y congoja que por sus culpas haya merecido. ¡Oh tú, Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas! Amén.»

Cerró Carvajal los ojos y abrió los del espíritu á la eterna luz.

XXIV

DESENGAÑO DE RUFIANES

Bermejazo platero de las cumbres
á cuya luz se espulga la canalla...

Fénix del cielo, padre de la tierra, abuelo de los pobres, antorcha común á hidalgos y truhanes, deleite de los tristes y afligidos, salud de los enfermos y los débiles, lumbre y hogar de ociosos y vagabundos; báculo de senectud, espuela de mocedad, acicate de pasión; alegría de los poetas, de los niños, de los pájaros, de las mujeres y las flores; horno resplandeciente de la vida; regia corona de las Españas: salve!

¡Orífice y platero de las auroras y de las noches, de las estrellas y la luna, de las nubes y del mar; príncipe galante y mujeriego, amigo antaño de las Musas y Ninfas, de los lances amorosos, de la flauta y del laurel; hogaño, viejo verde, pródigo, fanfarrón y jovial, dios plebeyo y demócrata, guasón y picaril, con puntas de griego y ribetes de andaluz; astro rey, viejo sol: yo te saludo!

Tú alumbras con igual largueza los diamantes del prócer y los andrajos del mendigo, la nieve de las cumbres y el cieno

de la charca, el palacio y el tugurio, el jardín y la carroña, el templo y el burdel, la aristocracia y la chusma, los harapos y las banderas, el crimen y la virtud, el bien y el mal, la santa procesión del Corpus y el desenfreno de los festivos Carnavales. Hombre pareces más que dios, villano más que rey, según eres de pícaro y truhán, amigo de zahoras y de huelgas, de toros y cucañas, de ferias, romerías, bullicios domingueros, caminos polvorosos, fiestas de vino y sangre, donde relinchan y galopan, como corceles indómitos, las vocingleras muchedumbres...

Mas á pesar de tus manchas -¡padre sol, viejo sol, cínico sol! , á pesar de tus muchos pecados, yo te adoro, á fuer de andaluz y de poeta, por tu rumbo y tu hermosura, por tu española caridad, que nunca niega un rayo de salud y de alegría á los humildes, á los pobres, á los enfermos, á los débiles, y hasta sonríe con celestial misericordia en las obscuras madrigueras de los bellacos y rufianes...

Así un buen día del abril medinense caldeaba el astro con su gloriosa lumbre la gusanera de las Palmas, los corralones y campizos, las zahurdas y lupanares, los cubiles, antros y agujeros de aquella tribu sin ley ni rey, famosa escuela de Rinconetes y Cortadillos, academia de rabizas y ladrones, refugio de bohemios y facinerosos mendicantes, costra invencible de miserias, oreada por las brisas del mar, por los efluvios embalsamados del vecino Miraflores. Sobre el haza del Churumbel, lonja y bazar de las podredumbres del suburbio, en los recuestos del arroyo, en los poyetes de las puertas, entre escombros y estiércoles, se exhibía esta corte de los Milagros con toda su tragicómica desnudez: aquí las hembras del común, las perdidas mozas de ajados rostros, llenos de

colorete, y aguardentosa voz; los guapos de cartel, los retehombres de pelo en pecho y faca al cinto, paseando sus bravatas, sus chirlos y cicatrices con aire de perdonavidas; los tahures de baja estofa, gariteros empedernidos, linces del naipe y la farfulla; los gitanos, con las tijeras en la faja y los tufos encima de los ojos, *cañís* de lo más neto, esquiladores, feriantes, cuatreros, contrabandistas del monte y de la mar; chavales de manos finas y pies de goma, cadetes del hurto, regatones de Monipodio, cortabolsas, descuideros, abonados de la trena y aspirantes al presidio; brujas de candil, Celestinas de ochavo, encubridoras de robos, estupros y otros gatuperios, osamentas vestidas de moho, quintañonas del vicio, dejadas ya de las manos de Dios y de la muerte; charranes, rateros, desertores, vagabundos, todos los matices de la canalla secular; la espuma de la miseria, los tuétanos de la podre, la esencia de la tizne, la flor de la zupia, la nata de la roña, la crema de la mugre, la hez de la hez, mostrando al rútilo sol cuantas escorias, lodos, morrallas, basuras y cochambres corren por las ondas turbias del albañal humano...

Por una vereda del Campillo caminaba á la sazón, muy torpemente, apoyándose en dos muletas, un pobre carcamal, desarrapado y triste. Cubría sus flacos miembros con unos rotos vestidos, llenos de lamparones; traía en la cabeza un sombrero de alas mustias y abollada copa, y á los pies unos borceguíes muertos de risa. Este viejo achacoso, este infeliz, era... Maese Raimundo...

La vejez, el vicio, el hambre y los malos humores habían curtido, raído y amojamado su tez de tal manera, que más parecía de corcho que de carne. Tenía los remos casi inútiles,

presos en las tenazas de la gota; la lengua torpe, los ojos vidriosos, y el ánimo lo mismo que la hiel.

A fuerza de renqueos y quejumbres llegó á la tasca de la Rubia, sita en la cuesta de los Negros, y allí, no sin trabajo, acomodóse en una silla, delante de un tosco velador, bajo el parral de la puerta. Al lado, en otro velador, jugaban al tute, con grandes voces y reniegos, unos gitanos patilludos, de caras torvas y aspérrimas pelambres. Más allá, varios redrojos encuerines retozaban al borde de un charco donde metían los pies. Dentro de la tasquera cantaba la Rubia con voz gangosa.

Quitóse el sombrero Maese Raimundo para limpiar el sudor de la frente y lució en pleno sol la calva, una calva fea y cetrina, orlada por dos tufos grises y cerdosos, que á guisa de cuernos coronaban la monda y lironda calavera. Luego de enjugarse el copioso humor que le corría por la cholla, se retrepó en el asiento y cruzó las manos sarmentosas sobre el buche, en la actitud más triste y aburrida que imaginar se puede.

No mucho después salió del tabuco un vejete de rostro seco, nariz corva, ojillos redondos, pelo gris y trazas de pordiosero vergonzante, el cual, así que vió á Maese Raimundo, se le quedo mirando fijamente y al fin exclamó con grande asombro y fisga:

—¡Hola, príncipe! ¿Eres tú?

—¡Adiós, prócer!—repuso el rufián—. Yo soy... Es decir, mi sombra soy... ¿Tú has visto sombra más negra?

—No hables de eso, compadre de mis entrañas. La mía es peor que la del manzanillo...

Sentóse Polo Silva, pues él era el ruin vejete, á la vera de

su amigote. Parecían ambos, por el roto pelaje y triste catadura, dos estampas crueles de Mateo Alemán.

—¡Cuéntame, príncipe!... Mil años ha que no nos vemos... ¡Válgame Dios!

—¿Qué quieres que te cuente? Trabajos, pesadumbres y fatigas... Salí del hospital esta mañana. Cinco meses estuve allí con angustias y sudores, pasando las *morás*... ¿Qué quieres que te cuente? Salvé la pelleja por el canto de un duro. Más me valiera haber *palmao*. *Pá* lo que da de sí este negocio... Y tú, ¿qué haces?

—Ya lo ves... A *puñalás* con la fortuna... Como ella es mujer y yo soy viejo, me volvió la espalda... Mientras estuvo aquí don Adolfo, menos mal... Pero se me acabó el turrón y á morir los caballeros... Un día madrugué, y me dije: Vámonos á Madrid, patria común, dehesa franca, madre de huérfanos y capa de pecadores, según escribió no sé quién, pues ya perdí los memoriales... A la corte me fuí con los bolsillos rotos... y vine hasta sin bolsillos... Compadre de mi alma: allí, como aquí, las honras andan por los suelos y las pesetas por los cielos. Todo es miseria pura...

—El mundo está perdido—observó el rufián amargamente—. Cada vez está peor. Ya no se puede vivir... Hace algunos años, un hombre como yo no tenía más que asomarse á la puerta de su casa, dar dos chiflidos y venían las monedas solas á la mano, como verdonas *embragás* á la varilla... ¡Aquéllos eran otros tiempos! Entonces corrían el vino, el oro y la sangre con más anchura que el río Guadalquivir... Había agallas y donaire, corazón y gusto para tirar el dinero y dar de comer á los pobretes. ¿No tiré yo un capital de muchos miles, en menos que se canta una copla? Pero ya se

acabaron los mozos crudos, los ricos generosos, las hembras con salero, los centauros con bríos, los luchadores con gracia; ya se acabaron las majezas, las alegrías, el rumbo y el buen humor... Ya los hombres no son hombres, ni las mujeres tienen *corazonás*... Ya todos son unos babiecas ó unos guasones que las matan callando y de balde... El mundo está perdido. Ya no se puede vivir...

—No es eso, príncipe, no es eso—dijo Polo Silva con honda tristeza—. El mundo está igual, las cosas no varían; somos nosotros los que cambiamos... Somos ya viejos, príncipe: ya no servimos más que de estorbo... Pasó la juventud y con ella la fortuna... Pasará la vida también y vendrá la muerte... Ya ves: no somos nadie; somos «dos capachitos de miseria»...

Calló Polo Silva y miró con pesadumbre el cielo azul, inundado de sol; la curva resplandeciente del mar, que desde allí se veía; los jardines ribereños, las montañuelas verdeantes, las playas de oro, guarnecidas por una blonda de espumas, todo aquel limpio y dulce panorama de cosas perpetuamente puras, bellas y jóvenes, testigos, antaño, de la alegre mocedad; miró después, más cerca, el inmundo barrio de las Palmas, la cuesta pedregosa de los Negros, el callejón de la Tizne, la tasca de la Rubia, los hampones de la taberna y del arroyo, este vil suburbio, asilo, hogaño, de la triste vejez, y... no lloró, porque el muy truhán tenía el corazón de roca.

Maese Raimundo meditaba, Dios sabe qué, con la cabeza sobre el pecho y los ojos turbios clavados en el lodo de la calle.

De pronto alzó la frente y dijo:

—¡Lo que es el sino de las criaturas! Casi todos los luchadores de aquel tiempo acabamos malamente.

—¡Es natural!—repuso Polo Silva—. Quien mal anda...

—¿Te acuerdas del «fiero almoravide»?

—¡Vaya si me acuerdo! Cabalmente me mudo yo ahora, con otros próceres, á su mismo cubil... ¿Qué fué del pobre Tarfe?

—Le vi una vez en el hospital. Allí estuvo también, luchando entre la vida y la muerte... Luego salió, se fué de aquí... Unos dicen que feneció; pero hay quien asegura que anda por esos mundos con un sayal y una cruz...

—¡Amén!

—Pues la Gelmírez, aquella bribona de Miraflores...

—Sí; creo que la *diñó*...

—Lo mismo que un *verraco*, la infeliz. Le dieron unas viruelas negras, como á *Nana*, y el «primo» Pepe Antún, que la vió en pepitoria, tomó las de Villadiego, robándola el dinero que tenía... Ya ves: por dondequiera que se mire, desastres y más desastres... El mundo está cada vez peor. Ya no se puede vivir...

—Desastres para unos, glorias para otros. En cambio Arístides se casó con una señorita de la corte, fea y rica; salió diputado por Ocaña (un distrito de perlas para él): se dedicó á la política, que era su asiento natural, y hemos de verle ministro como don Adolfo López de la Rúa... ¡Es un gran luchador Arístides García del Castañar!

—Deja que le llegue su San Martín...

—Pues ¿y Jorgito de Acuña? También le vi en la corte y en camino de hacerse un personaje. ¡Claro! Tiene juventud, talento y poca lacha. ¡Llegará!, ¡llegará!... Carmen, la viuda de César, concluyó por meterse monja...

—Y ¿cómo volviste de Madrid tan desastrado, teniendo amigos influyentes?

—Cuando fuí á pedirles protección, al verme así, viejo y pobre, me dieron todos ellos con la puerta en las narices. Don Adolfo, que es el más amable, me dijo: «Aquí no estamos en Medina; aquí es preciso trabajar...» Y lo decía, el muy chuflón, tumbado á la bartola en un canapé... ¡Vaya si «trabaja» don Adolfo en su apacible y provechoso Ministerio! No va á dejar allí ni los clavos...

—¡Ah, infames políticos!—vociferó Maese Raimundo—. Así son casi todos: carcomas, vampiros, sanguijuelas y esparavanes de las repúblicas... Y luego dicen de nosotros que si tal y si cual...

—Ellos, siquiera—repuso Polo Silva, envidiosamente—, van al infierno en coche, por la gran vía, llena de carrozas, de libreas y galones, en blandos cojines de ociosas plumas, mientras nosotros vamos á pie y sin dinero, como aquellos pobretes de *Las Zahurdas de Plutón*, los cuales ganaban la pena negra con muchísimos trabajos...

—Tal se ponen las cosas en el mundo, que en el infierno se vivirá mejor. Acaso las zahurdas de los diablos estén más limpias que las casas y las honras de los hombres...

—Paciencia, comparito; que muy pronto hemos de verlo... Ya estamos al fin del baile: ¿qué nos importa la música?... Y á propósito de bailes: también topé en Madrid... ¡válgame Dios! con *Mercy*...

—¿La viuda de Tristán?

—La misma que viste y baila... Ya no es *Mercy;* es *Fátima*, y se busca los chícharos por esos teatros de Lucifer, con la danza del vientre, como una bayadera... Y según me dijo

(cierta noche, que tuvo el honor de convidarme), Candelita, ¡lo que es la suerte local, la del café de la Castaña, está en París, hecha un brazo de mar, con su marido, un príncipe de Oriente... ¡Compadre de mi alma! Esta vida es una novela de folletín... Me río yo de Rocambole...

—Pues tiene todavía más salero lo que voy á referirte. ¿Recuerdas aquel moro tetuaní, Muley Safar, amigo de don César, que en paz descanse? Pues ese moro se arruinó también: anduvo de la Ceca á la Meca, y, por fin... ¿qué dirás tú que se le ha ocurrido?... Predicar la guerra santa en el Mogreb, para sacarles dinero á los gabachos... ¡Si tendrá «pupila» el hijo de Mahoma!

En este punto estaban de su amena conversación los dos compadres, cuando subió la cuesta de los Negros un mozo alegre y morenote, picado de viruelas, con aires de chulo y ropa señoril.

—¡Calla!—exclamó Polo Silva—. ¡Si es Roquito!

Era, en efecto, el camarero poeta del cafetín de la Castaña.

—¡Roquito! ¿Ya no te acuerdas de nosotros?

¡Cualquiera conoce á «vuesas mercedes»!—contestó en su fabla pintoresca el *cañí*—. ¡Lo que *jase* el tiempo, voto á bríos!

—Siéntate un rato, *pirandón*. ¿Soltaste ya la servilleta?

—Sí. Aquel oficio no es para mi genio... independiente *asaz*. Ya lo «sabéis ustedes»... Yo nací para el arte.

—Y ¿dónde estás ahora?

—En *er* teatro. Soy *artor* de melodrama en el café de *Chinitas*. Me casé con la primera *artriz*, tenemos dos pimpollos como dos soles, y... vamos viviendo.

—¡Vivan los hombres de pro!—dijo Maese Raimundo—. A ver si nos proteges. ¿No habrá en el *Chinitas* algún papel para nosotros? Anda, niño: métenos, aunque sea en la *claque*...

—Eres un mozo *apañao*, Roquito—añadió Polo Silva. Mereces ser feliz...

—Sí que lo soy. Realicé mis ilusiones: ser artista y tener un hogar con pan y con salud, mantener á mi pobre abuela...

—¡Oh!—dijo Polo, socarronamente—. ¡Esto ensancha el corazón!

—Roquito—agregó Maese Raimundo—: eres, más que un artista, un serafín. ¡Tú ganarás el cielo!... En cambio, nosotros... ya lo ves: aguardando que pase el carro de la basura... ¡Si yo volviera á nacer!... ¡Bendito Dios! Te juro que si fuera joven me dedicaba á persona decente... De fijo haría más carrera...

—¡Cállate, príncipe!—gruñó Polo—. Ya es tarde para ser hombres de bien... Ya tiene uno los colmillos flojos, los huesos duros y la sangre más negra que el betún...

—Choca, prócer: pícaro nací; pícaro acabaré cuando me toque la china...

... que como buen artillero,
moriré al pie del cañón.

—¡Rubia!—exclamó Roquito, batiendo palmas—: tráete unos espetones, unos *chatos* y una botella de anís... ¿Qué más «queréis vuesas mercedes»?

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	7
I.—La maestra del Postigo del Rey	11
II.—¡Yo soy un luchador!	21
III.—El diván de la Castaña	39
IV.—D. Adolfo López de la Rúa	49
V.—Los sábados de la Gelmírez	63
VI.—Ave Cæsar!	93
VII.—La sirena de los ojos verdes	117
VIII.—El Triclinio	131
IX.—Por una mujer	149
X.—Luchadores y centauros	167
XI.—No hay mal que por bien no venga	183
XII.—El gavilán y la paloma	195
XIII.—La camarilla	217
XIV.—Lances de honor	229
XV.—Lances de amor y de muerte	253
XVI.—Padre nuestro	261
XVII.—Luna de hiel	279
XVIII.—Noche obscura	291
XIX.—Las glorias de Candelita	307
XX.—Relámpagos en la noche	317
XXI.—Parece que fué ayer	335
XXII.—Cuesta abajo	359
XXIII.—La hora de la verdad	379
XXIV.—Desengaño de rufianes	393

Date Due

ALMA COLLEGE LIBRARY
PQ6621.E6 1918
Los centauros
3 3190 00036 6591

PQ
6621
.E6
1918

37481

WITHDRAWN
from the
Alma College Library